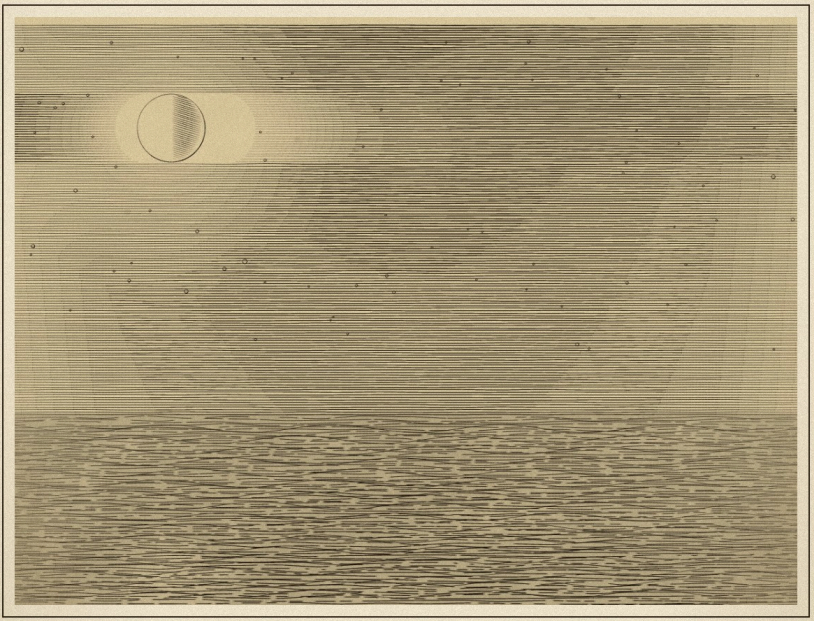
LA LETRA ESCARLATA

Nathaniel Hawthorne



La lámpara encendida

MMXXVI

La letra escarlata

Nathaniel Hawthorne

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: traducción de Francisco Sellén (D. Appleton y compañía, Nueva York, 1903).

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

Capítulo primero. La puerta de la prisión
Capítulo segundo. La plaza del mercado
Capítulo tercero. El reconocimiento
Capítulo cuarto. La entrevista
Capítulo quinto. Ester aguja en mano
Capítulo sexto. Perla
Capítulo séptimo. La sala del Gobernador
Capítulo octavo. La niña duende y el ministro
Capítulo noveno. El médico
Capítulo décimo. El médico y Su paciente
Capítulo undécimo. El interior de un corazón
Capítulo duodécimo. La vigilia del ministro
Capítulo trece. Otro modo de juzgar á Ester
Capítulo catorce. Ester y el médico
Capítulo quince. Ester y Perla
Capítulo dieciséis. Un paseo por el bosque
Capítulo diecisiete. El pastor de almas y Su feligresa
Capítulo dieciocho. Un torrente de luz
Capítulo diecinueve. La niña junto al arroyuelo
Capítulo veinte. El ministro perdido en un laberinto
Capítulo veintiuno. El día de fiesta en la Nueva Inglaterra
Capítulo veintidós. La procesión
Capítulo veintitrés. La revelación de la letra escarlata
Capítulo veinticuatro. Conclusión

Capítulo primero

La puerta de la prisión

Una multitud de hombres barbudos, vestidos con trajes obscuros y sombreros de copa alta, casi puntiaguda, de color gris, mezclados con mujeres unas con caperuzas y otras con la cabeza descubierta, se hallaba congregada frente a un edificio de madera cuya pesada puerta de roble estaba tachonada con puntas de hierro.

Los fundadores de una nueva colonia, cualesquiera que hayan sido los ensueños utópicos de virtud y felicidad que presidieran a su proyecto, han considerado siempre, entre las cosas más necesarias, dedicar a un cementerio una parte del terreno virgen, y otra parte a la erección de una cárcel.

De acuerdo con este principio, puede darse por sentado que los fundadores de Boston edificaron la primera cárcel en las cercanías de Cornhill, así como trazaron el primer cementerio en el lugar que después llegó a ser el núcleo de todos los sepulcros aglomerados en el antiguo campo santo de la Capilla del Rey.

Es lo cierto que quince o veinte años después de fundada la población, ya la cárcel, que era de madera, presentaba todas las señales exteriores de haber pasado algunos inviernos por ella, lo que le daba un aspecto más sombrío que el que de suyo tenía.

El orín de que estaba cubierta la pesada obra de hierro de su puerta, la dotaba de una apariencia de mayor antigüedad que la de ninguna otra cosa en el Nuevo Mundo. Como todo lo que se relaciona

de un modo u otro con el crimen, parecía no haber gozado nunca de juventud.

Frente a este feo edificio, y entre él y los carriles o rodadas de la calle, había una especie de pradillo en que crecían en abundancia la bardana y otras malas hierbas por el estilo, que evidentemente encontraron terreno apropiado en un sitio que ya había producido la negra flor común a una sociedad civilizada,—la cárcel.

Pero a un lado de la puerta, casi en el umbral, se veía un rosal silvestre que en este mes de Junio estaba cubierto con las delicadas flores que pudiera decirse ofrecían su fragancia y frágil belleza a los reos que entraban en la prisión, y a los criminales condenados que salían a sufrir su pena, como si la naturaleza se compadeciera de ellos.

La existencia de este rosal, por una extraña casualidad, se ha conservado en la historia; pero no trataremos de averiguar si fue simplemente un arbusto que quedó de la antigua selva primitiva después que desaparecieron los gigantescos pinos y robles que le prestaron sombra, o si, como cuenta la tradición, brotó bajo las pisadas de la santa Ana Hutchinson cuando entró en la cárcel.

Sea de ello lo que fuere, puesto que lo encontramos en el umbral de nuestra narración, por decirlo así, no podemos menos que arrancar una de sus flores y ofrecérsela al lector, esperando que simbolice alguna apacible lección de moral, ya se desprenda de estas páginas, o ya sirva para mitigar el sombrío desenlace de una historia de fragilidad humana y de dolor.

Capítulo segundo

La plaza del mercado

El pradillo frente a la cárcel, del cual hemos hecho mención, se hallaba ocupado hace unos doscientos años, en una mañana de verano, por un gran número de habitantes de Boston, todos con las miradas dirigidas a la puerta de madera de roble con puntas de hierro.

En cualquiera otra población de la Nueva Inglaterra, o en un período posterior de su historia, nada bueno habría augurado el aspecto sombrío de aquellos rostros barbudos; se habría dicho que anunciaba la próxima ejecución de algún criminal notable, contra el cual un tribunal de justicia había dictado una sentencia, que no venía a ser sino la confirmación de la expresada por el sentimiento público.

Pero dada la severidad natural del carácter puritano en aquellos tiempos, no podía sacarse semejante deducción, fundándola sólo en el aspecto de las personas allí reunidas: tal vez algún esclavo perezoso, o algún hijo desobediente entregado por sus padres a la autoridad civil, recibían un castigo en la picota.

Pudiera ser también que un cuákero u otro individuo perteneciente a una secta heterodoxa, iba a ser expulsado de la ciudad a punta de látigo; o acaso algún indio ocioso y vagamundo, que alborotaba las calles en estado de completa embriaguez, gracias al aguardiente de los blancos, iba a ser arrojado a los bosques a bastonazos; o tal vez alguna hechicera, como la anciana Señora Hibbins, la mordaz viuda del magistrado, iba a morir en el cadalso.

Sea de ello lo que fuere, había en los espectadores aquel aire de gravedad que cuadraba perfectamente a un pueblo para quien religión y ley eran cosas casi idénticas, y en cuyo carácter se hallaban ambos sentimientos tan completamente amalgamados, que cualquier acto de justicia pública, por benigno o severo que fuese, asumía igualmente un aspecto de respetuosa solemnidad.

Poca o ninguna era la compasión que de semejantes espectadores podía esperar un criminal en el patíbulo. Pero por otra parte, un castigo que en nuestros tiempos atraería cierto grado de infamia y hasta de ridículo sobre el culpable, se revestía entonces de una dignidad tan sombría como la pena capital misma.

Merece notarse que en la mañana de verano en que comienza nuestra historia, las mujeres que había mezcladas entre la multitud, parecían tener especial interés en presenciar el castigo cuya imposición se esperaba.

En aquella época las costumbres no habían adquirido ese grado de pulimento en que la idea de las consideraciones sociales pudiera retraer al sexo femenino de invadir las vías públicas, y si la oportunidad se presentaba, de abrir paso a su robusta humanidad entre la muchedumbre, para estar lo más cerca posible del cadalso, cuando se trataba de una ejecución.

En aquellas matronas y jóvenes doncellas de antigua estirpe y educación inglesa había, tanto moral como físicamente, algo más tosco y rudo que en sus bellas descendientes, de las que están separadas por seis o siete generaciones; porque puede decirse que cada madre, desde entonces, ha ido trasmitiendo sucesivamente a su prole un color menos encendido, una belleza más delicada y menos duradera, una constitución física más débil, y aun quizás un carácter de menos fuerza y solidez.

Las mujeres que estaban de pie cerca de la puerta de la cárcel en aquella hermosa mañana de verano, mostraban rollizas y sonrosadas mejillas, cuerpos robustos y bien desarrollados con anchas espaldas; mientras que el lenguaje que empleaban las matronas tenía una rotundidad y desenfado que en nuestros tiempos nos llenaría de sorpresa, tanto por el vigor de las expresiones cuanto por el volumen de la voz.

—Honradas esposas,—dijo una dama de cincuenta años, de facciones duras,—voy a deciros lo que pienso. Redundaría en beneficio público si nosotras, las mujeres de edad madura, de buena reputación, y miembros de una iglesia, tomásemos por nuestra cuenta la manera de tratar a malhechoras como la tal Ester Prynne. ¿Qué pensáis, comadres?

Si esa buena pieza tuviera que ser juzgada por nosotras, las cinco que estamos aquí, ¿saldría acaso tan bien librada como ahora con una sentencia cual la dictada por los venerables magistrados? ¡No por cierto!

—Buenas gentes, decía otra, se corre por ahí que el Reverendo Sr. Dimmesdale, su piadoso pastor espiritual, se aflige profundamente de que escándalo semejante haya sucedido en su congregación.

—Los magistrados son caballeros llenos de temor de Dios, pero en extremo misericordiosos, esto es la verdad,—agregó una tercera matrona, ya entrada en la madurez de su otoño.—A lo menos deberían haber marcado con un hierro hecho ascua la frente de Ester Prynne.

Yo os aseguro que Madama Ester habría sabido entonces lo que era bueno. Pero qué le importa a esa zorra lo que le han puesto en la cotilla de su vestido.

Lo cubrirá con su broche, o con algún otro de esos adornos paganos en boga, y la veremos pasearse por las calles tan fresca como si

tal cosa.

—¡Ah!—dijo una mujer joven, casada, que parecía de natural más suave y llevaba un niño de la mano,—dejadla que cubra esa marca como quiera; siempre la sentirá en su corazón.

—¿Qué estamos hablando aquí de marcas o sellos infamantes, ya en el corpiño del traje, en las espaldas o en la frente?—gritó otra, la más fea así como la más implacable de aquellas que se habían constituído jueces por sí y ante sí.—Esta mujer nos ha deshonrado a todas, y debe morir.

¿No hay acaso una ley para ello? Sí, por cierto: la hay tanto en las Sagradas Escrituras como en los Estatutos de la ciudad. Los magistrados que no han hecho caso de ella, tendrán que culparse a sí propios, si sus esposas o hijas se desvían del buen sendero.

—¡El cielo se apiade de nosotros! buena dueña,—exclamó un hombre—¿no hay por ventura más virtud en la mujer que la debida al temor de la horca? Nada peor podría decirse. Silencio ahora, vecinas, porque van a abrir la puerta de la cárcel y ahí viene en persona Madama Ester.

La puerta de la cárcel se abrió en efecto, y apareció en primer lugar, a semejanza de una negra sombra que sale a la luz del día, la torva y terrible figura del alguacil de la población, con la espada al cinto y en la mano la vara, símbolo de su empleo.

El aspecto de este personaje representaba toda la sombría severidad del Código de leyes puritanas, que estaba llamado a hacer cumplir hasta la última extremidad.

Extendiendo la vara de su oficio con la mano izquierda, puso la derecha sobre el hombro de una mujer joven a la que hacía avanzar, empujándola, hasta que, en el umbral de la prisión, aquella le repelió

con un movimiento que indicaba dignidad natural y fuerza de carácter, y salió al aire libre como si lo hiciera por su propia voluntad.

Llevaba en los brazos a un tierno infante de unos tres meses de edad, que cerró los ojos y volvió la carita a un lado, esquivando la demasiada claridad del día, cosa muy natural como que su existencia hasta entonces la había pasado en las tinieblas de un calabozo, o en otra habitación sombría de la cárcel.

Cuando aquella mujer joven, madre de la tierna criatura, se halló en presencia de la multitud, fue su primer impulso estrechar a la niñita contra el seno, no tanto por un acto de afecto maternal, sino más bien como si quisiera de ese modo ocultar cierto signo labrado o fijado en su vestido.

Sin embargo, juzgando, tal vez cuerdamente, que una prueba de vergüenza no podría muy bien ocultar otra, tomó la criaturita en brazos, y con rostro lleno de sonrojo, pero con sonrisa altiva y ojos que no permitían ser humillados, dio una mirada a los vecinos que se hallaban en torno suyo.

Sobre el corpiño de su traje, en un paño de un rojo brillante, y rodeada de bordado primoroso y fantásticos adornos de hilos de oro, se destacaba la letra A.

Estaba hecha tan artísticamente, y con tal lujo de caprichosa fantasía, que producía el efecto de ser el ornato final y adecuado de su vestido, que tenía todo el esplendor compatible con el gusto de aquella época, excediendo en mucho a lo permitido por las leyes suntuarias de la colonia.

Aquella mujer era de elevada estatura, perfectamente formada y esbelta.

Sus cabellos eran abundantes y casi negros, y tan lustrosos que reverberaban los rayos del sol: su rostro, además de ser bello por la re-

gularidad de sus facciones y la suavidad del color, tenía toda la fuerza de expresión que comunican cejas bien marcadas y ojos intensamente negros.

El aspecto era el de una dama caracterizado, como era usual en aquellos tiempos, más bien por cierta dignidad en el porte, que no por la gracia delicada, evanescente e indescriptible que se acepta hoy día como indicio de aquella cualidad.

Y jamás tuvo Ester más aspecto de verdadera señora, según la antigua significación de esta palabra, que cuando salió de la cárcel.

Los que la habían conocido antes y esperaban verla abatida y humillada, se sorprendieron, casi se asombraron al contemplar cómo brillaba su belleza, cual si le formaran una aureola el infortunio e ignominia en que estaba envuelta. Cierto es que un observador dotado de sensibilidad habría percibido algo suavemente doloroso en sus facciones.

Su traje, que seguramente fue hecho por ella misma en la cárcel para aquel día, sirviéndole de modelo su propio capricho, parecía expresar el estado de su espíritu, la desesperada indiferencia de sus sentimientos, a juzgar por su extravagante y pintoresco aspecto.

Pero lo que atrajo todas las miradas, y lo que puede decirse que transfiguraba a la mujer que la llevaba,—de tal modo que los que habían conocido familiarmente a Ester Prynne experimentaban la sensación de que ahora la veían por vez primera,—era LA LETRA ESCARLATA, tan fantásticamente bordada e iluminada que tenía cosida al cuerpo de su vestido.

Era su efecto el de un amuleto mágico, que separaba a aquella mujer del resto del género humano y la ponía aparte, en un mundo que le era peculiar.

—No puede negarse que tiene una aguja muy hábil, observó una de las espectadoras; pero dudo mucho que exista otra mujer que haya ideado una manera tan descarada de hacer patente su habilidad.

¿A qué equivale esto, comadres, sino a burlarse de nuestros piadosos magistrados, y vanagloriarse de lo que esos dignos caballeros creyeron que sería un castigo?

—Bueno fuera,—exclamó la más cariavinagrada de aquellas viejas, —que despojásemos a Madama Ester de su hermoso traje, y en vez de esa letra roja tan primorosamente bordada, le claváramos una hecha de un pedazo de esta franela que uso para mi reumatismo.

—¡Oh! basta, vecinas, basta,—murmuró la más joven de las circunstantes,—hablad de modo que no os oiga. ¡No hay una sola puntada en el bordado de esa letra que no la haya sentido en su corazón!

El sombrío alguacil hizo en este momento una señal con su vara.

—Buena gente, haced plaza; ¡haced plaza en nombre del Rey! exclamó. Abridle paso, y os prometo que Madama Ester se sentará donde todo el mundo, hombre, mujer o niño, podrá contemplar perfectamente y a su sabor el hermoso adorno desde ahora hasta la una de la tarde.

El cielo bendiga la justa Colonia de Massachusetts, donde la iniquidad se vé obligada a comparecer ante la luz del sol. Venid acá Madama Ester, y mostrad vuestra letra escarlata en la plaza del mercado.

Inmediatamente quedó un espacio franco al través de la turba de espectadores. Precedida del alguacil, y acompañada de una comitiva de hombres de duro semblante y de mujeres de rostro nada compasivo, Ester Prynne se adelantó al sitio fijado para su castigo.

Una multitud de chicos de escuela, atraídos por la curiosidad y que no comprendían de lo que se trataba, excepto que les proporcio-

naba medio día de asueto, la precedía a todo correr, volviendo de cuando en cuando la cabeza ya para fijar las miradas en ella, ya en la tierna criaturita, ora en la letra ignominiosa que brillaba en el seno de la madre.

En aquellos tiempos la distancia que había de la puerta de la cárcel a la plaza del mercado no era grande; sin embargo, midiéndola por lo que experimentaba Ester, debió de parecerle muy larga, porque a pesar de la altivez de su porte, cada paso que daba en medio de aquella muchedumbre hostil era para ella un dolor indecible.

Se diría que su corazón había sido arrojado a la calle para que la gente lo escarneciera y lo pisoteara.

Pero hay en nuestra naturaleza algo, que participa de lo maravilloso y de lo compasivo, que nos impide conocer toda la intensidad de lo que padecemos, merced al efecto mismo de la tortura del momento, aunque más tarde nos demos cuenta de ello por el dolor que tras sí deja.

Por lo tanto, con continente casi sereno sufrió Ester esta parte de su castigo, y llegó a un pequeño tablado que se levantaba en la extremidad occidental de la plaza del mercado, cerca de la iglesia más antigua de Boston, como si formara parte de la misma.

En efecto, este cadalso constituía una parte de la maquinaria penal de aquel tiempo, y si bien desde hace dos o tres generaciones es simplemente histórico y tradicional entre nosotros, se consideraba entonces un agente tan eficaz para la conservación de las buenas costumbres de los ciudadanos, como se consideró más tarde la guillotina entre los terroristas de la Francia revolucionaria.

Era, en una palabra, el tablado en que estaba la picota: sobre él se levantaba la armazón de aquel instrumento de disciplina, de tal modo

construído que, sujetando en un agujero la cabeza de una persona, la exponía a la vista del público.

En aquella armazón de hierro y madera se hallaba encarnado el verdadero ideal de la ignominia; porque no creo que pueda hacerse mayor ultraje a la naturaleza humana, cualesquiera que sean las faltas del individuo, como impedirle que oculte el rostro por un sentimiento de vergüenza, haciendo de esa imposibilidad la esencia del castigo.

Con respecto a Ester, sin embargo, como acontecía más o menos frecuentemente, la sentencia ordenaba que estuviera de pie cierto tiempo en el tablado, sin introducir el cuello en la argolla o cepo que dejaba expuesta la cabeza a las miradas del público.

Sabiendo bien lo que tenía que hacer, subió los escalones de madera, y permaneció a la vista de la multitud que rodeaba el tablado o cadalso.

La escena aquella no carecía de esa cierta solemnidad pavorosa que producirá siempre el espectáculo de la culpa y la vergüenza en uno de nuestros semejantes, mientras la sociedad no se haya corrompido lo bastante para que le haga reir en vez de estremecerse.

Los que presenciaban la deshonra de Ester Prynne no se encontraban en ese caso.

Era gente severa y dura, hasta el extremo de que habrían contemplado su muerte, si tal hubiera sido la sentencia, sin un murmullo ni la menor protesta; pero no habrían podido hallar materia para chistes y jocosidades en una exhibición como esta de que hablamos: y dado caso que hubiese habido alguna disposición a convertir el castigo aquel en asunto de bromas, toda tentativa de este género habría sido reprimida con la solemne presencia de personas de tanta importancia y dignidad como el Gobernador y varios de sus consejeros: un juez,

un general, y los ministros de justicia de la población, todos los cuales estaban sentados o se hallaban de pie en un balcón de la iglesia que daba a la plataforma.

Cuando personas de tanto viso podían asistir a tal espectáculo, sin arriesgar la majestad o la reverencia debida a su jerarquía y empleo, era fácil de inferirse que la aplicación de una sentencia legal debía de tener un significado tan serio cuanto eficaz; y por lo tanto, la multitud permanecía silenciosa y grave.

La infeliz culpable se portaba lo mejor que le era dado a una mujer que sentía fijas en ella, y concentradas en la letra escarlata de su traje, mil miradas implacables. Era un tormento insoportable.

Hallándose Ester dotada de una naturaleza impetuosa y dejándose llevar de su primer impulso, había resuelto arrostrar el desprecio público, por emponzoñados que fueran sus dardos y crueles sus insultos; pero en el solemne silencio de aquella multitud había algo tan terrible, que hubiera preferido ver esos rostros rígidos y severos descompuestos por las burlas y sarcasmos de que ella hubiese sido el objeto; y si en medio de aquella muchedumbre hubiera estallado una carcajada general, en que hombres, mujeres, y hasta los niños tomaran parte, Ester les habría respondido con amarga y desdeñosa sonrisa.

Pero abrumada bajo el peso del castigo que estaba condenada a sufrir, por momentos sentía como si tuviera que gritar con toda la fuerza de sus pulmones y arrojarse desde el tablado al suelo, o de lo contrario volverse loca.

Había sin embargo intervalos en que toda la escena en que ella desempeñaba el papel más importante, parecía desvanecerse ante sus ojos, o a lo menos, brillaba de una manera indistinta y vaga, como si los espectadores fueran una masa de imágenes imperfectamente bosquejadas o de apariencia espectral.

Su espíritu, y especialmente su memoria, tenían una actividad casi sobrenatural, y la llevaban a la contemplación de algo muy distinto de lo que la rodeaba en aquellos momentos, lejos de esa pequeña ciudad, en otro país donde veía otros rostros muy diferentes de los que allí fijaban en ella sus implacables miradas.

Reminiscencias de la más insignificante naturaleza, de sus juegos infantiles, de sus días escolares, de sus riñas pueriles, del hogar doméstico, se agolpaban a su memoria mezcladas con los recuerdos de lo que era más grave y serio en los años subsecuentes, un cuadro siendo precisamente tan vivo y animado como el otro, como si todos fueran de igual importancia, o todos un simple juego.

Tal vez era aquello un recurso que instintivamente encontró su espíritu para librarse, por medio de la contemplación de estas visiones de su fantasía, de la abrumadora pesadumbre de la realidad presente.

Pero sea de ello lo que fuere, el tablado de la picota era una especie de mirador que revelaba a Ester todo el camino que había recorrido desde los tiempos de su feliz infancia.

De pie en aquella triste altura, vio de nuevo su aldea nativa en la vieja Inglaterra y su hogar paterno: una casa semi-derruida de piedra obscura, de un aspecto que revelaba pobreza, pero que conservaba aún sobre el portal, en señal de antigua hidalguía, un escudo de armas medio borrado.

Vió el rostro de su padre, de frente espaciosa y calva y venerable barba blanca que caía sobre la antigua valona del tiempo de la reina Isabel de Inglaterra.

Vió también a su madre, con aquella mirada de amor llena de ansiedad y de cuidado, siempre presente en su recuerdo y que, aún después de su muerte, con frecuencia y a manera de suave reproche, había sido una especie de preventivo en la senda de su hija.

Vió su propio rostro, en el esplendor de su belleza juvenil e iluminando el opaco espejo en que acostumbraba mirarse.

Allí contempló otro rostro, el de un hombre ya entrado en años, pálido, delgado, con fisonomía de quien se ha dedicado al estudio, ojos turbios y fatigados por la lámpara a cuya luz leyó tanto ponderoso volumen y meditó sobre ellos.

Sin embargo, esos mismos fatigados ojos tenían un poder extraño y penetrante cuando el que los poseía deseaba leer en las conciencias humanas. Esa figura era un tanto deformada, con un hombro ligeramente más alto que el otro.

Después vio surgir en la galería de cuadros que le iba presentando su memoria, las intrincadas y estrechas calles, las altas y parduscas casas, las enormes catedrales y los edificios públicos de antigua fecha y extraña arquitectura de una ciudad europea, donde le esperaba una nueva vida, siempre relacionándose con el sabio y mal formado erudito.

Finalmente, en lugar de estas escenas y de esta especie de variable panorama, se le presentó la ruda plaza del mercado de una colonia puritana con todas las gentes de la población reunidas allí y dirigiendo las severas miradas a Ester Prynne,—sí, a ella misma,—que estaba en el tablado de la picota, con una tierna niña en los brazos, y la letra A, de color escarlata, fantásticamente bordada con hilo de oro, sobre su seno.

¿Sería aquello verdad?

Estrechó a la criaturita con tal fuerza contra el seno, que la hizo dar un grito: bajó entonces los ojos, y fijó las miradas en la letra escarlata, y aún la palpó con los dedos para tener la seguridad de que tanto la niñita como la vergüenza a que estaba expuesta eran reales.

Sí: eran realidades—¡todo lo demás se había desvanecido!

Capítulo tercero

El reconocimiento

De esta intensa sensación y convencimiento de ser el objeto de las miradas severas y escudriñadoras de todo el mundo, salió al fin la mujer de la letra escarlata al percibir, en las últimas filas de la multitud, una figura que irresistiblemente embargó sus pensamientos.

Allí estaba en pie un indio vestido con el traje de su tribu; pero los hombres de piel cobriza no eran visitas tan raras en las colonias inglesas, que la presencia de uno pudiera atraer la atención de Ester en aquellas circunstancias, y mucho menos distraerla de las ideas que preocupaban su espíritu.

Al lado del indio, y evidentemente en compañía suya, había un hombre blanco, vestido con una extraña mezcla de traje semi-civilizado y semi-salvaje.

Era de pequeña estatura, con semblante surcado por numerosas arrugas y que sin embargo no podía llamarse el de un anciano.

En los rasgos de su fisonomía se revelaba una inteligencia notable, como la de quien hubiera cultivado de tal modo sus facultades mentales, que la parte física no podía menos que amoldarse a ellas y revelarse por rasgos inequívocos.

Aunque merced a un aparente desarreglo de su heterogénea vestimenta había tratado de ocultar o disimular cierta peculiaridad de su figura, para Ester era evidente que uno de los hombros de este individuo era más alto que el otro.

No bien hubo percibido aquel rostro delgado y aquella ligera deformidad de la figura, estrechó a la niña contra el pecho, con tan convulsiva fuerza, que la pobre criaturita dio otro grito de dolor. Pero la madre no pareció oirlo.

Desde que llegó a la plaza del mercado, y algún tiempo antes que ella le hubiera visto, aquel desconocido había fijado sus miradas en Ester.

Al principio, de una manera descuidada, como hombre acostumbrado a dirigirlas principalmente dentro de sí mismo, y para quien las cosas externas son asunto de poca monta, a menos que no se relacionen con algo que preocupe su espíritu. Pronto, sin embargo, las miradas se volvieron fijas y penetrantes.

Una especie de horror puede decirse que retorció visiblemente su fisonomía, como serpiente que se deslizara ligeramente sobre las facciones, haciendo una ligera pausa y verificando todas sus circunvoluciones a la luz del día.

Su rostro se obscureció a impulsos de alguna poderosa emoción que pudo sin embargo dominar instantáneamente, merced a un esfuerzo de su voluntad, y de tal modo, que excepto un rápido instante, la expresión de su rostro habría parecido completamente tranquila.

Después de un breve momento, la convulsión fue casi imperceptible, hasta que al fin se desvaneció totalmente.

Cuando vio que las miradas de Ester se habían fijado en las suyas, y notó que parecía haberle reconocido, levantó lenta y tranquilamente el dedo, hizo una señal con él en el aire, y lo llevó a sus labios.

Entonces, tocando en el hombro a una de las personas que estaban a su lado, le dirigió la palabra con la mayor cortesía, diciéndole:

—Le ruego a Vd., buen señor, se sirva decirme ¿quién es esa mujer, y por qué la exponen de tal modo a la vergüenza pública?

—Vd. tiene que ser un extranjero recién llegado, amigo,—le respondió el hombre, dirigiendo al mismo tiempo una mirada curiosa al que hizo la pregunta y a su salvaje compañero,—de lo contrario habría Vd. oído hablar de la Señora Ester Prynne y de sus fechorías.

Ha sido motivo de un gran escándalo en la iglesia del santo varón Dimmesdale.

—De veras, replicó el otro. Yo soy aquí forastero; y muy contra mi voluntad he estado recorriendo el mundo, habiendo padecido contratiempos de todo género por mar y tierra. He permanecido en cautiverio entre los salvajes mucho tiempo, y vengo ahora en compañía de este indio para redimirme.

Por lo tanto ¿quiere Vd. tener la bondad de referirme los delitos de Ester Prynne (creo que así se llama), y decirme qué es lo que la ha conducido a ese tablado?

—Con mucho gusto, amigo mío, y me parece que se alegrará Vd. en extremo, después de todo lo que ha padecido Vd. entre los salvajes, dijo el narrador, de encontrarse en fin en una tierra donde la iniquidad se persigue y se castiga en presencia de los gobernantes y del pueblo, como se practica aquí, en nuestra buena Nueva Inglaterra.

Debe Vd. saber, señor, que esa mujer fue la esposa de un cierto sabio, inglés de nacimiento, pero que había habitado mucho tiempo en Amsterdam, de donde hace años pensó venir a fijar su suerte entre nosotros aquí en Massachusetts.

Con este objeto envió primeramente a su esposa, quedándose él en Europa mientras arreglaba ciertos asuntos. Pero en los dos años o más que la mujer ha residido en esta ciudad de Boston, ninguna noticia se ha recibido del sabio caballero Señor Prynne; y su joven esposa, habiendo quedado entregada a su propia extraviada dirección....

—¡Ah! ¡ah! comprendo, le interrumpió el extraño con una amarga sonrisa. Un hombre tan sabio como ese de quien Vd. habla, debería de haber aprendido también eso en sus libros.

Y ¿quién se dice, mi excelente señor, que es el padre de la criaturita, que parece contar tres o cuatro meses de nacida, y que la Sra. Prynne tiene en los brazos?

—En realidad amigo mío, ese asunto continúa siendo un enigma, y está por encontrarse quien lo descifre, respondió el interlocutor. Madama Ester rehusa hablar en absoluto, y los magistrados se han roto la cabeza en vano.

Nada de extraño tendría que el culpable estuviera presente contemplando este triste espectáculo, desconocido a los hombres, pero olvidando que Dios le está viendo.

—El sabio marido, dijo el extranjero con otra sonrisa, debería venir a descifrar este enigma.

—Bien le estaría hacerlo, si aun vive, respondió el vecino.

Sepa Vd., buen amigo, que los magistrados de nuestro Massachusetts, teniendo en cuenta que esta mujer es joven y bella, y que la tentación que la hizo caer fue sin duda demasiado poderosa, y pensando, además, que su marido yace en el fondo del mar,—no han tenido el valor de hacerla sentir todo el rigor de nuestras justas leyes.

El castigo de esa ofensa es la pena de muerte.

Pero movidos a piedad y llenos de misericordia, han condenado a Madama Ester a permanecer de pie en el tablado de la picota solamente tres horas, y después, y durante todo el tiempo de su vida natural, a llevar una señal de ignominia en el cuerpo de su vestido.

—Una sentencia muy sabía,—observó el extranjero inclinando gravemente la cabeza. De este modo será una especie de sermón viviente

contra el pecado, hasta que la letra ignominiosa se grabe en la losa de su sepulcro.

Me duele, sin embargo, que el compañero de su iniquidad no estuviera, por lo menos, a su lado sobre ese cadalso. Pero ¡ya se sabrá quién es! ¡ya se sabrá quién es!

Saludó cortésmente al comunicativo vecino, y diciendo en voz baja algunas cuantas palabras a su compañero el indio, se abrieron ambos paso por en medio de la multitud.

Mientras esto pasaba, Ester había permanecido en su pedestal, con la mirada fija en el extranjero; tan fija era la mirada, que parecía que todos los otros objetos del mundo visible habían desaparecido, quedando tan solos él y ella.

Esa entrevista solitaria quizás habría sido más terrible aun que verle, como sucedía ahora, con el ardiente sol del mediodía abrasándole a ella el rostro e iluminando su vergüenza; con la letra escarlata, como emblema de ignominia, en el pecho; con la niña, nacida en el pecado, en los brazos; con el pueblo entero, congregado allí como para una fiesta, fijando las miradas implacables en un rostro, que debía haberse contemplado solo al suave resplandor de la lumbre doméstica, a la sombra de un hogar feliz, o bajo el velo de novia en la iglesia.

Pero por terrible que fuera su situación, sabía, con todo, que la presencia misma de aquellos millares de testigos era para ella una especie de amparo y abrigo. Preferible era estar así, con tantos y tantos seres mediando entre él y ella, que no verse faz a faz y a solas.

Puede decirse que buscó un refugio en su misma exposición a la vergüenza pública, y que temía el momento en que esa protección le faltara.

Embargada por tales ideas, apenas oyó una voz que resonaba detrás de ella y que repitió su nombre varias veces con acento tan vigoroso y solemne, que fue oído por toda la multitud.

—¡Óyeme, Ester Prynne! dijo la voz.

Como se ha dicho, directamente encima del tablado en que estaba de pie Ester, había una especie de balconcillo o galería abierta, que era el lugar donde se proclamaban los bandos y órdenes con todo el ceremonial y pompa que en ocasiones tales se usaban en aquellos días.

Aquí, como testigos de la escena que estamos describiendo, se encontraba el Gobernador Bellingham, con cuatro maceros junto a su silla, armados de sendas alabardas, que constituían su guardia de honor. Una pluma de obscuro color adornaba su sombrero, su capa tenía las orillas bordadas, y bajo de ella llevaba un traje de terciopelo verde.

Era un caballero ya entrado en años, con arrugado rostro que revelaba mucha y muy amarga experiencia de la vida.

Era hombre a propósito para hallarse al frente de una comunidad que debe su origen y progreso, y su actual desarrollo, no a los impulsos de la juventud, sino a la severa y templada energía de la edad viril y a la sombría sagacidad de la vejez; habiendo realizado tanto, precisamente porque imaginó y esperó tan poco.

Las otras eminentes personas que rodeaban al Gobernador se distinguían por cierta dignidad de porte, propia de un período en que las formas de autoridad parecían revestidas de lo sagrado de una institución divina.

Eran indudablemente hombres buenos, justos y cuerdos; pero difícilmente habría sido posible escoger, entre toda la familia humana, igual número de hombres sabios y virtuosos, y al mismo tiempo me-

nos capaces de comprender el corazón de una mujer extraviada, y separar en él lo bueno de lo malo, que aquellas personas cuerdas de severo continente a quienes Ester volvía ahora el rostro.

Puede decirse que la infeliz tenía la conciencia de que si había alguna compasión hacia ella, debía de esperarla más bien de la multitud, pues al dirigir las miradas al balconcillo, toda tembló y palideció.

La voz que había llamado su atención era la del reverendo y famoso Juan Wilson, el clérigo decano de Boston, gran erudito, como la mayor parte de sus contemporáneos de la misma profesión, y con todo eso hombre afable y natural.

Estas últimas cualidades no habían tenido, sin embargo, un desenvolvimiento igual al de sus facultades intelectuales.

Allí estaba él con los mechones de sus cabellos, ya bastante canos, que salían por debajo de los bordes de su sombrero; mientras los ojos parduscos, acostumbrados a la luz velada de su estudio, pestañeaban como los de la niña de Ester ante la brillante claridad del sol.

Se parecía a uno de esos retratos sombríos que vemos grabados en los antiguos volúmenes de sermones; y para decir la verdad, con tanta aptitud para tratar de las culpas, pasiones y angustias del corazón humano, como la tendría uno de esos retratos.

—Ester Prynne, dijo el clérigo, he estado tratando con este joven hermano cuyas enseñanzas has tenido el privilegio de gozar,—y aquí el Sr.

Wilson puso la mano en el hombro de un joven pálido que estaba a su lado,—he procurado, repito, persuadir a este piadoso joven para que aquí, a la faz del cielo y ante estas rectas y sabias autoridades y este pueblo aquí congregado, se dirija a ti y te hable de la fealdad y negrura de tu pecado.

Conociendo mejor que yo el temple de tu espíritu, podría también, mejor que yo, saber qué razones emplear para vencer tu dureza y obstinación, de modo que no ocultes por más tiempo el nombre del que te ha tentado a esta dolorosa caída.

Pero con la extremada blandura propia de su juventud, a pesar de la madurez de su espíritu, me replica que sería ir contra los innatos sentimientos de una mujer, forzarla a descubrir los secretos de su corazón a la luz del día, y en presencia de tan vasta multitud.

He tratado de convencerle de que la vergüenza consiste en cometer el pecado y no en confesarlo. ¿Qué decides, hermano Dimmesdale? ¿Quieres dirigirte al alma de esta pobre pecadora, o debo hacerlo yo?

Se oyó un murmullo entre los encopetados y reverendos ocupantes del balconcillo; y el Gobernador Bellingham expresó el deseo general, al hablar con acento de autoridad, aunque con respeto, al joven clérigo a quien se dirigía.

—Mi buen Señor Dimmesdale, dijo, la responsabilidad de la salvación del alma de esta mujer pesa en gran parte sobre vos. Por lo tanto, os pertenece exhortarla al arrepentimiento y a la confesión.

Lo directo de estas palabras atrajeron las miradas de toda la multitud hacia el Reverendo Sr. Dimmesdale, joven clérigo que había venido de una de las grandes universidades inglesas, trayendo toda la ciencia de su tiempo a nuestras selvas y tierras incultas. Su elocuencia y su fervor religioso le habían hecho eminente en su profesión.

Era persona de aspecto notable, de blanca y elevada frente, ojos garzos, grandes y melancólicos, boca cuyos labios, a menos de mantenerlos cerrados casi por la fuerza, tenían cierta tendencia a la movilidad, expresando al mismo tiempo que una sensibilidad nerviosa, un gran dominio de sí mismo.

A pesar de sus muchos dones naturales y vastos conocimientos, había en el aspecto de este joven ministro algo que denotaba una persona asustadiza, tímida, fácil de alarmarse, como si fuera un sér que se sintiese completamente extraviado en el camino de la vida humana y sin saber qué rumbo tomar, sintiéndose tranquilo y satisfecho tan sólo en un lugar apartado, escogido por él mismo.

Por lo tanto, hasta donde sus obligaciones se lo permitían, su existencia se deslizaba, como si dijéramos, en la penumbra, habiendo conservado toda la sencillez y candor de la infancia; surgiendo de esa especie de sombra, cuando se presentaba la ocasión, con una frescura, fragancia y pureza de pensamiento tales que, como afirmaban las gentes, hacían el efecto que produciría la palabra de un ángel.

Tal era el joven ministro hacia quien el Reverendo Sr. Wilson y el Gobernador habían llamado la atención del público, al pedirle que hablase, en presencia de todos, del misterio del alma de una mujer, tan sagrado aún en medio de su caída.

Lo difícil y penoso de la posición que así le crearon, hizo agolpársele la sangre a las mejillas y volvió trémulos sus labios.

—Háblale a esa mujer, hermano, le dijo el Sr. Wilson. Es de la mayor importancia para su alma, y por lo tanto, como dice nuestro digno Gobernador, importante también a la tuya, a cuyo cargo está la de esa mujer. Exhórtala a que confiese la verdad.

El Reverendo Sr. Dimmesdale inclinó la cabeza como si estuviera orando, y luego se adelantó.

—Ester Prynne,—dijo reclinándose sobre el balconcillo y fijando sus miradas en los ojos de aquella mujer,—ya has oído lo que ha dicho este hombre justo, y ves la responsabilidad que sobre mí pesa.

Si crees que conviene a la paz de tu alma, y que tu castigo terrenal será de ese modo más eficaz para tu salvación, te pido que reveles el

nombre de tu compañero en la culpa y en el sufrimiento.

No te haga guardar silencio una mal entendida piedad y compasión hacia él; porque, créeme, Ester, aunque tuviera que descender de un alto puesto, y colocarse a tu lado, en ese mismo pedestal de vergüenza, sería sin embargo mucho mejor para él que así sucediera, que no ocultar durante toda su vida un corazón culpable.

¿Qué puede hacer tu silencio en pró de ese hombre sino tentarlo, sí, compelerlo a agregar la hipocresía al pecado? El cielo te ha concedido una ignominia pública, para que de este modo puedas conseguir un triunfo público sobre lo malo que en ti pueda haber.

Mira lo que haces al negarle, a quien tal vez no tenga el valor de tomarla por sí mismo, la amarga pero saludable copa que ahora te presentan a los labios.

La voz del joven ministro, al pronunciar estas palabras, era trémulamente dulce, rica, profunda y entrecortada. La emoción que tan evidentemente manifestaba, más bien que la significación de las palabras, halló honda resonancia en los corazones de todos los circunstantes, que se sintieron movidos de un mismo sentimiento de compasión.

Hasta la pobre criaturita que Ester estrechaba contra su seno parecía afectada por la misma influencia, pues dirigió las miradas hacia el Sr. Dimmesdale y levantó sus tiernos bracillos con un murmullo semiplacentero y semi-quejumbroso.

Tan vehemente encontró el pueblo la alocución del joven ministro, que todos creyeron que Ester pronunciaría el nombre del culpado, o que bien éste mismo, por elevada o humilde que fuera su posición, se presentaría movido de interno e irresistible impulso y subiría al tablado donde estaba la infeliz mujer.

Ester movió la cabeza en sentido negativo.

—¡Mujer! no abuses de la clemencia del cielo,—exclamó el Reverendo Sr. Wilson con acento más áspero que antes.—Esa tierna niña con su débil vocecita ha apoyado y confirmado el consejo que has oído de los labios del Reverendo Dimmesdale. ¡Pronuncia el nombre!

Eso, y tu arrepentimiento, pueden servir para que te libren de la letra escarlata que llevas en el vestido.

—¡Nunca! ¡jamás!—replicó Ester fijando las miradas, no en el Sr. Wilson, sino en los profundos y turbados ojos del joven ministro.—Está grabada demasiado hondamente. No podéis arrancarla. Y ¡ojalá pudiera yo sufrir la agonía que él sufre, como soporto la mía!

—Habla, mujer, dijo otra voz, fría y severa, que procedía de la multitud que rodeaba el tablado. Habla; y dale un padre a tu hija.

—No hablaré,—replicó Ester volviéndose pálida como una muerta, pero respondiendo a aquella voz que ciertamente había reconocido.—Y mi hija buscará un padre celestial: jamás conocerá a uno terrestre.

—¡No quiere hablar!—murmuró el Sr. Dimmesdale que, reclinado sobre el balconcillo, con la mano sobre el corazón, había estado esperando el resultado de su discurso.—¡Maravillosa fuerza y generosidad de un corazón de mujer! ¡No quiere hablar!... Y se echó hacia atrás respirando profundamente.

Comprendiendo el estado del espíritu de la pobre culpable, el ministro de más edad, que se había preparado para el caso, dirigió a la multitud un discurso acerca del pecado en todas sus ramificaciones, aludiendo con frecuencia a la letra ignominiosa.

Con tal vigor se espació sobre este símbolo, durante la hora o más que duró su peroración, que llenó de terror la imaginación de los circunstantes a quienes pareció que su brillo escarlata provenía de las llamas de los abismos infernales.

Entretanto Ester permaneció de pie en su pedestal de vergüenza, con la mirada vaga y un aspecto general de fatigada indiferencia.

Había sufrido aquella mañana cuanto es dado soportar a la humana naturaleza, y como su temperamento no era de los que por medio de un desmayo se libran de un padecimiento demasiado intenso, su espíritu podía solamente hallar cierto desahogo bajo la capa de una insensibilidad marmórea, mientras sus fuerzas corporales permanecieran intactas.

En condición semejante, aunque la voz del orador tronaba implacablemente, los oídos de Ester nada percibían. Durante la última parte del discurso la niña llenó el aire con sus gritos y sus quejidos; la madre trató de acallarla, mecánicamente, sin que le afectara, al parecer, el desasosiego de la criaturita.

Con la misma dura indiferencia fue conducida de nuevo a su prisión y desapareció a la vista del público tras la puerta de hierro.

Los que pudieron seguirla con la vista dijeron, en voz muy baja, que la letra escarlata iba esparciendo un siniestro resplandor a lo lago del obscuro pasadizo que conducía al interior de la cárcel.

Capítulo cuarto

La entrevista

Después de su regreso a la cárcel fue tal el estado de agitación nerviosa de Ester, que se hizo necesaria la vigilancia más asidua para impedir que intentase algo contra su persona, o que en un momento de arrebato hiciera algún daño a la pobre criaturita.

Al acercarse la noche, y al ver que no era posible reducirla a la obediencia ni por medio de reprensiones ni de amenazas de castigo, el carcelero creyó conveniente hacer venir a un médico, que calificó de hombre muy experto en todas las artes cristianas de ciencias físicas, y que al mismo tiempo estaba familiarizado con todo lo que los salvajes podían enseñar en materia de hierbas y raíces medicinales que crecen en los bosques.

En realidad, no solamente Ester, sino mucho más aún la tierna niña, necesitaban con urgencia los auxilios de un médico; la niña, que derivaba su sustento del seno maternal, parecía haber bebido toda la angustia, desesperación y agitación que llenaban el alma de su madre, y se retorcía ahora en convulsiones de dolor.

Era, en pequeña escala, una imagen viva de la agonía moral por que había pasado Ester durante tantas horas.

Siguiendo de cerca al carcelero en aquella sombría morada, entró el individuo de aspecto singular cuya presencia en la multitud había causado tan honda impresión en la portadora de la letra escarlata.

Lo habían alojado en la cárcel, no porque se le sospechase de algún delito, sino por ser la manera más conveniente y cómoda de dis-

poner de él hasta que los magistrados hubieran conferenciado con los jefes indios acerca del rescate. Se dijo que su nombre era Rogerio Chillingworth.

El carcelero, después de introducirlo en la habitación, permaneció allí un momento, sorprendido de la calma comparativa que había causado su entrada, pues Ester se había vuelto inmediatamente tan tranquila como la muerte, aunque la criaturita continuaba quejándose.

—Te ruego, amigo, que me dejes solo con la enferma, dijo el médico. Créeme, buen carcelero, pronto habrá paz en esta morada; y te prometo que la Sra. Prynne se mostrará en adelante más dócil a la autoridad y más tratable que hasta ahora.

—Si Su Señoría puede realizar eso, contestó el carcelero, os tendré por un hombre indudablemente hábil. En verdad que esta mujer se ha portado como si estuviese poseída del enemigo malo; y poco faltó para decidirme a arrojar de su cuerpo a Satanás y a latigazos.

El extranjero había entrado en la habitación con la tranquilidad característica de la profesión a que se decía pertenecer.

Ni tampoco cambió de aspecto cuando la retirada del carcelero le dejó faz a faz con la mujer que le había reconocido en medio de la multitud, y cuya abstracción profunda al reconocerle indicaba mucha intimidad entre ambos.

Su primer cuidado fue atender a la tierna criaturita, cuyos gritos, mientras se retorcía en su cama, hacían de absoluta necesidad posponer todo otro asunto a la tarea de calmar sus dolores.

La examinó cuidadosamente y procedió luego a abrir una bolsa de cuero, que llevaba bajo su traje, y parecía contener medicinas, una de las cuales mezcló con un poco de agua en una taza.

—Mis antiguos estudios en alquimia, dijo por vía de observación, y mi residencia de más de un año entre un pueblo muy versado en las propiedades de las hierbas, han hecho de mí un médico mejor que muchos que se han graduado.

Oye, mujer, la niña es tuya, no tiene nada mío, ni reconocerá mi voz ni mi rostro como los de un padre. Adminístrale por lo tanto esta poción con tus propias manos.

Ester rechazó la medicina que le presentaban, fijando al mismo tiempo con visible temor las miradas en el rostro del hombre.

—¿Tratarías de vengarte en la inocente criatura? dijo en voz baja.

—¡Loca mujer! respondió el médico con acento entre frío y blando. ¿Qué provecho me vendría a mí de hacer daño a esta pobre y bastarda criatura? La medicina es buena y provechosa; y si fuera mi hija, mi propia hija así como tuya, no podría hacer nada mejor en beneficio suyo.

Como Ester aun vacilaba, no hallándose realmente en aquellos momentos en su sano juicio, el médico tomó a la niña en brazos y él mismo le administró la poción, que pronto dejó sentir su eficacia.

Los quejidos de la pequeña paciente se calmaron, sus convulsiones fueron cesando gradualmente; y a los pocos momentos, como es la costumbre de los tiernos niños después de verse libres del dolor, quedó sumergida en un profundo sueño. El médico, pues así puede llamársele con todo derecho, dirigió entonces su atención a la madre.

Con calma y despacio la examinó, le tomó el pulso, dio una mirada a sus ojos; mirada que le oprimió el corazón y la hizo estremecer, por serle tan familiar, y sin embargo tan extraña y fría,—y finalmente, satisfecho de los resultados de su investigación, procedió a preparar otra poción.

—No sé donde hallar el leteo ni el nepentes, dijo, pero he aprendido muchos nuevos secretos entre los salvajes; y esta receta que me dio un indio en cambio de algunas lecciones mías, tan antiguas como Paracelso, es uno de esos secretos. Bebe esto.

Será sin embargo menos calmante que una conciencia limpia y pura; pero no puedo darte eso. Calmará a pesar de todo la agitación de tu pecho y las marejadas de tu pasión, así como lo hace el aceite arrojado sobre las olas de un mar tempestuoso.

Presentó la taza a Ester, que la recibió mirándole con fijeza de una manera lenta y seria; no precisamente con una mirada de temor, sino llena de dudas, como interrogándole acerca de lo que podrían ser sus propósitos, y al mismo tiempo dirigió también una mirada a la niñita dormida.

—He pensado en la muerte, dijo, la he deseado, hasta hubiera rogado por ella, si pudiera rogar por algo. Sin embargo, si la muerte se encierra en esta taza, te pido que lo reflexiones antes de que me veas beberla. Mira: ya la he llevado a los labios.

—Bebe, pues, replicó el médico con el mismo aire de sosiego y frialdad de antes. ¿Tan poco me conoces, Ester? ¿Podrían ser mis propósitos tan vanos?

Aun en el caso de que imaginara un medio de vengarme, ¿qué podría servir mejor para mis fines que dejarte vivir, y darte estas medicinas contra todo lo que pudiese poner en peligro tu vida, de modo que esa candente ignominia continúe brillando en tu seno?

Al hablar así, tocó con el índice la letra escarlata, que parecía abrasar el pecho de Ester como si hubiera sido en efecto un hierro candente. El médico notó su gesto involuntario, y con una sonrisa dijo:

—Vive, sí, vive; y lleva contigo este signo ante los ojos de hombres y mujeres,—ante los ojos de aquel a quien llamaste tu marido,—ante los ojos de esa niñita. Y para que puedas vivir, toma esta medicina.

Sin decir una palabra, Ester apuró la taza, y obedeciendo a una señal de aquel hombre de ciencia, se sentó en la cama en que dormía la niñita, mientras él, tomando la única silla que había en la habitación, se sentó a su lado.

Ella no pudo menos de temblar ante estos preparativos, pues comprendía que, habiendo ya hecho él todo lo que la humanidad, o el deber, o si se quiere, una refinada crueldad le obligaban a hacer en alivio de sus dolores físicos, iba a tratarla ahora como hombre a quien había ofendido de la manera más profunda e irreparable.

—Ester, dijo, no pregunto por qué motivos, ni cómo has caído en el abismo, mejor dicho, has subido al pedestal de infamia en que te he hallado. La razón es fácil de hallar. Ha sido mi locura y tu debilidad.

Yo,—un hombre dado al estudio, una verdadera polilla de biblioteca,—un hombre ya en el declive de sus años, que empleó los mejores de su vida en alimentar su afán devorador de saber,—¿qué tenía que ver con una belleza y juventud como la tuya?

Contrahecho desde que nací, ¿cómo pude engañarme con la idea de que los dones intelectuales podrían en la fantasía de una joven doncella arrojar un velo sobre las deformidades físicas? Los hombres me llaman sabio. Si los sabios fueran cuerdos en lo que les concierne, yo debería haber previsto todo esto.

Yo debería haber sabido que, al dejar la vasta y tenebrosa selva para entrar en esta población de cristianos, el primer objeto con que habían de tropezar mis miradas, serías tú, Ester, de pie, como una estatua de ignominia, expuesta a los ojos del pueblo.

Sí, desde el instante que salimos de la iglesia, ya unidos por los lazos del matrimonio, debería haber contemplado la llama ardiente de esa letra escarlata brillando a la extremidad de nuestro sendero.

—Tú sabes, dijo Ester,—quien a pesar del estado de abatimiento en que se encontraba, no pudo sufrir este último golpe que le recordaba su vergüenza,—tú sabes que fui franca contigo. Ni sentí amor, ni fingí tener ninguno.

—Es verdad, replicó el médico: ¡fue una locura mía! Ya lo he dicho. Pero, hasta aquella época de mi vida, yo había vivido en vano. ¡El mundo me había parecido tan triste! Mi corazón era como una morada bastante grande para dar cabida a muchos huéspedes, pero fría y solitaria.

Yo deseaba tener un hogar, experimentar su calor. A pesar de lo viejo, de lo contrahecho y sombrío que era, no me pareció un sueño extravagante la idea de que yo podía gozar también de esta simple felicidad, esparcida en todas partes, y de que toda la humanidad puede disfrutar.

Y por eso, Ester, te albergué en lo más recóndito de mi corazón, y traté de animar el tuyo con aquella llama que tu presencia había encendido en mi pecho.

—Te he agraviado en extremo, murmuró Ester.

—Nos hemos agraviado mutuamente, respondió el médico. El primer error y agravio fue mío, cuando hice que tu floreciente juventud entrara en una relación falsa, y contraria a la naturaleza, con mi decadencia. Por consiguiente, como hombre que no ha pensado ni filosofado vanamente, no busco venganza, no abrigo ningún mal designio contra ti.

Entre tú y yo la balanza está perfectamente equilibrada. Pero, Ester, el hombre que nos ha agraviado a los dos vive. ¿Quién es?

—No me lo preguntes, replicó Ester mirándole al rostro con firmeza. Eso nunca lo sabrás.

—¿Nunca, dices?—replicó el médico con una sonrisa amarga de confianza en sí mismo. ¿Nunca lo sabré?

Créeme, Ester, hay pocas cosas,—ya en el mundo exterior, o ya a cierta profundidad en la esfera invisible del pensamiento,—hay pocas cosas, repito, que queden ocultas al hombre que se dedica seriamente y sin descanso a la solución de un misterio. Tú puedes ocultar tu secreto a las miradas escudriñadoras de la multitud.

Puedes ocultarlo también a las investigaciones de los ministros y magistrados, como hiciste hoy cuando procuraron arrancar ese nombre a tu corazón y darte un compañero en tu pedestal. Pero en cuanto a mí, yo me dedicaré a la investigación con sentidos que ellos no poseen.

Yo buscaré a este hombre como he buscado la verdad en los libros; como he buscado oro en la alquimia. Hay una simpatía oculta que me lo hará conocer. Le veré temblar. Yo mismo al verle, me sentiré estremecer de repente y sin saber por qué. Tarde o temprano, tiene que ser mío.

Los ojos del médico, fijos en el rostro de Ester, brillaron con tal intensidad, que ésta se llevó las manos al corazón como temiendo que pudiese descubrir allí el secreto en aquel momento mismo.

—¿No quieres revelar su nombre? Sin embargo, de todos modos lo sabré,—continuó el médico con una mirada llena de confianza, cual si el destino lo hubiera decretado así. No lleva ninguna letra infamante bordada en su traje, como tú; pero yo la leeré en su corazón. Pero no temas por él.

No creas que me mezclaré en la clase de retribución que adopte el cielo, o que lo entregue a las garras de la justicia humana. Ni te ima-

gines que intentaré algo contra su vida; no, ni contra su fama si, como juzgo, es un hombre que goza de buena reputación.

Le dejaré vivir: le dejaré envolverse en el manto de su honra externa, si puede. Sin embargo, será mío.

—Tus acciones parecen misericordiosas, dijo Ester desconcertada y aterrada, pero tus palabras te hacen horrible.

—Una cosa te recomendaré, a ti, que eras mi esposa, dijo el sabio. Tú has guardado el secreto de tu cómplice: guarda también el mío. Nadie me conoce en esta tierra. No digas a ningún sér humano que en un tiempo me llamaste tu esposo.

Aquí, en esta franja de tierra plantaré mi tienda; porque habiendo sido donde quiera un peregrino, y habiendo vivido alejado de los intereses humanos, he encontrado aquí a una mujer, a un hombre, y a una tierna niña entre los cuales y yo existen los lazos más estrechos que puedan imaginarse.

Nada importa que sean de amor o de odio, justos o injustos. Tú y los tuyos, Ester, me pertenecéis. Mi hogar está donde tú estés y donde él esté. ¡Pero no me vendas!

—¿Con qué objeto lo deseas?—le preguntó Ester, negándose, sin saber por qué, a aceptar este secreto convenio. ¿Por qué no te anuncias públicamente y te deshaces de mí de una vez?

—Pudiera moverme a ello, replicó el médico, no querer arrostrar la deshonra que mancha al marido de una mujer infiel. Pudieran moverme también otras razones. Basta con que sepas que es mi objeto vivir y morir desconocido.

Por lo tanto, tu marido ha de ser para el mundo un hombre ya muerto, y de quien jamás se recibirá noticia alguna. No me reconozcas ni por una palabra, ni por un signo, ni por una mirada. No descu-

bras a nadie tu secreto, sobre todo al hombre que sabes. Si me faltares en esto...

¡ay de ti! Su fama y buen nombre, su posición, su vida, estarán en mis manos! ¡Guárdate de ello!

—Guardaré tu secreto, como guardo el suyo, dijo Ester.

—Júralo, replicó el otro.

Y ella prestó el juramento.

—Y ahora, Ester,—dijo el anciano Rogerio Chillingworth, como había de llamarse en lo sucesivo,—te dejo sola: sola con tu hija y con la letra escarlata. ¿Qué es eso, Ester? ¿Te obliga la sentencia a dormir con la letra? ¿No tienes temor de que te asalten pesadillas y sueños horribles?

—¿Por qué me miras y te sonríes de ese modo?—le preguntó Ester toda inquieta al ver la expresión de sus ojos.—¿Eres acaso como el Hombre Negro que recorre las selvas que nos rodean? ¿Me has inducido a aceptar un pacto que dará por resultado la perdición de mi alma?

—No la de tu alma,—respondió el médico con otra sonrisa. ¡No; no la de tu alma!

Capítulo quinto

Ester aguja en mano

Terminado el período de encarcelamiento a que fue condenada Ester, se abrieron las puertas de la prisión y salió a la luz del sol que, brillando lo mismo para todos, le parecía sin embargo a su mórbida imaginación que había sido creado con el único objeto de revelar la letra escarlata que llevaba en el seno de su vestido.

Quizá padeció moralmente más cuando, habiendo cruzado los umbrales de la cárcel, empezó a moverse libre y sola, que no en medio de la muchedumbre y espectáculo que quedan descritos, donde se hizo pública su vergüenza y donde todos la señalaron con el dedo.

En aquel entonces se encontraba sostenida por una tensión sobrenatural de los nervios y toda la energía batalladora de su carácter, que la ayudaban a convertir aquella escena en una especie de lóbrego triunfo.

Fue, además, un acontecimiento aislado y singular que solo ocurriría una vez durante su vida; y para arrostrarlo tuvo que gastar toda la fuerza vital que habría bastado para muchos años de tranquilidad y calma. La misma ley que la condenaba, la había sostenido durante la terrible prueba de su ignominia.

Pero ahora, fuera ya de la prisión, sola y sin compañía en el sendero de la vida, empezaba para ella una nueva existencia, y tenía que sostenerse y proseguir adelante con los recursos que le proporcionara su propia naturaleza, o de lo contrario, sucumbir. No podía contar con lo porvenir para sobrellevar su dolor presente.

El día de mañana aportaría su ración de pesadumbre, y lo mismo el siguiente y los sucesivos: cada uno traería su propio pesar que, en esencia, era sin embargo el mismo que ahora le parecía tan inmensamente doloroso.

Los años por venir se sucederían unos a otros, y ella tendría que continuar sobrellevando la misma carga, sin poder jamás arrojarla; pues la sucesión de días y de años no haría más que acumular miseria sobre ignominia.

Durante todo ese tiempo, despojándose Ester de su propia individualidad, se convertiría en el ejemplo vivo de que podrían servirse el moralista y el predicador para encarecer sus imágenes de fragilidad femenina y de pasión pecaminosa.

Le diría a la joven y a la pura, que contemplasen la letra escarlata que brillaba en su seno,—que se fijasen en esa mujer, la hija de padres honrados,—la madre de una criaturita que más adelante sería también una mujer,—que recordasen que en un tiempo había sido inocente—y que vieran ahora en ella la imagen, la encarnación, la realidad del pecado; y sobre su tumba, la infamia que la había acompañado en vida, sería también su único monumento.

Parecerá sorprendente, que con el mundo abierto ante ella, sin ninguna restricción en su sentencia que la impidiera dejar aquella obscura y remota colonia puritana y volver al lugar de su nacimiento, o a cualquiera otro país europeo, y ocultar allí su persona y su identidad, bajo un nuevo exterior, como si empezara por completo otra existencia,—y teniendo también a su alcance los bosques sombríos y casi impenetrables, donde lo impetuoso de su sér espiritual podría asimilarse al pueblo cuyas costumbres y vida nada tenían de común con la ley que la había condenado;—parecerá sorprendente, repito, que esta mujer pudiera aún dar el nombre de hogar a aquel sitio donde había ella de ser el tipo de la ignominia.

Pero hay una especie de fatalidad, un sentimiento tan irresistible e inevitable, que tiene toda la fuerza del destino, que casi obliga invariablemente a los hombres a permanecer y vagar, a manera de espectros, en el lugar mismo en que un acontecimiento grande y notable ha influído en el curso de su vida, y que es tanto más irresistible cuanto más sombría ha sido su influencia.

Su pecado, su ignominia, eran las raíces que la retenían en aquel suelo, que había llegado a convertirse en el hogar permanente y final de Ester. Todos los otros sitios del mundo, aun aquella aldea de Inglaterra donde corrieron su infancia feliz y su juventud inmaculada, se habían convertido en cosas extrañas.

Los lazos que la ataban a este nuevo suelo estaban formados de eslabones de hierro que penetraban en lo más íntimo de su alma, sin que jamás llegaran a romperse.

Pudiera ser también,—y sin duda lo era aunque se lo ocultaba a sí propia, y palidecía cuando luchaba por salir de su corazón como una serpiente de su agujero,—pudiera ser también que otro sentimiento la hiciera permanecer en el lugar que tan funesto le había sido.

Allí moraba, allí pasaba su existencia alguien a quien ella se consideraba unida con lazos que, si bien no reconocidos en la tierra, los llevarían juntos ante el tribunal del juicio final, donde quedarían enlazados para un futuro común de retribución inextinguible.

El tentador del género humano había presentado repetidas veces esta idea a la mente de Ester, y se reía del gozo apasionado, al mismo tiempo que lleno de desesperación, con que ella al principio la acogía, y después se esforzaba en rechazarla. Apenas acariciaba semejante idea, cuando ya quería destruirla.

Lo que al fin quiso creer, lo que ella misma consideró la razón suprema para continuar viviendo en aquel sitio, era en parte verdad y

en parte una ilusión con que trataba de engañarse.

Aquí, se decía para sus adentros, cometí mi falta, y aquí debe efectuarse mi castigo terrenal; y quizás de este modo las torturas de su diaria ignominia purificarán al fin su alma, dotándola de una nueva pureza en cambio de la que había perdido, más sagrada puesto que sería el resultado del martirio.

De consiguiente Ester no se movió de allí. En los lindes de la población, aunque no en la vecindad inmediata de ninguna morada, había una choza o cabaña, construída por uno de los primeros colonos, y abandonada porque la tierra era demasiado estéril para el cultivo.

Su aislamiento y distancia de la población, la ponían fuera del círculo de la actividad social que ya se notaba en las costumbres de los colonos.

Aquella pequeña habitación estaba a orillas del mar, medio oculta por un bosquecillo de árboles no muy corpulentos; y en ese lugar solitario, con los pocos recursos que poseía, y gracias al permiso de los magistrados que aun ejercían una especie de vigilancia inquisitorial sobre Ester, se instaló ésta con su niñita.

Inmediatamente se asoció a aquel lugar una vaga idea de algo misterioso y desconocido.

Los niños, demasiado tiernos para comprender por qué aquella mujer se encontraba separada del resto de sus semejantes, se arrastraban lo más cerca posible para verla ocupada con su aguja sentada a la ventana de su cabaña, o de pie a la puerta de la misma, o trabajando en el jardincito, o paseándose en el sendero que conducía a la población; y al contemplar la letra escarlata en el seno de su vestido, emprendían la carrera con un temor extraño y contagioso.

A pesar de lo solitario de la situación de Ester, y aunque no tenía un amigo en la tierra que se atreviese a visitarla, no corría sin em-

bargo el riesgo de padecer escaseces.

Poseía un arte que bastaba para proporcionarle el sustento a ella y a su hijita, aun en un país que ofrecía comparativamente pocas oportunidades para su ejercicio. Arte que en aquella época, como hoy, era casi el único que estuviera al alcance de la mujer,—la costura.

Llevaba en el seno, en la letra primorosamente bordada, una muestra de su habilidad delicada y de su inventiva, de que se habrían alegrado las damas mismas de la Corte poder aprovecharse para agregar a sus ricas telas de seda y oro los adornos aun más preciados del arte humano.

Cierto es que, dada la sencillez del traje negro que caracterizaba en lo general las modas puritanas de aquel tiempo, no se presentarían muchas ocasiones en que pudiera desplegar Ester sus talentos con la aguja; sin embargo, el gusto de la época que se complacía en lo que era complicado en esta clase de trabajos, no pudo menos de ejercer su influencia en aquellos severos puritanos, nuestros antepasados, que se habían desprendido de tantas cosas que hoy nos parecen muy difíciles de renunciar.

Las ceremonias públicas, tales como la instalación de magistrados, y cuanto pudiera agregar majestad al modo con que un nuevo gobernador se presentaba al pueblo, se distinguían por un ceremonial imponente y una sombría pero estudiada magnificencia.

Grandes cuellos o lechuguillas, fajas de intrincadas labores, y guantes lujosamente bordados, eran de absoluta necesidad para los altos funcionarios al hacerse cargo de las riendas del poder; y su uso se permitía también a los individuos distinguidos por su posición o riqueza, aunque las leyes suntuarias prohibían estos y otros lujos semejantes a los plebeyos.

En los funerales, ya en el vestido del difunto, o ya para expresar por variedad de signos emblemáticos de paño negro y linón blanco el dolor de los sobrevivientes, había también una demanda frecuente de la clase de labor que Ester podía suministrar.

Los pañales y faldellines para niños, pues en aquella época los niños de tierna edad llevaban vestidos de gala, ofrecían también ocasión para labores delicadas de aguja.

Poco a poco, aunque no con mucha lentitud, los trabajos de Ester se fueron haciendo de moda, como hoy se dice, ya por compasión hacia una mujer cuyo destino había sido tan desgraciado, ya por la mórbida curiosidad que da un valor ficticio a cosas comunes o que no tienen ninguno, ya porque entonces, como ahora, se concediera a ciertas personas, por cualquiera razón, lo que otros solicitan en vano, o porque Ester llenara realmente un vacío que se dejaba sentir; es lo cierto que halló frecuente empleo para su aguja, y bien remunerado.

Tal vez la vanidad escogió, como medio de mortificarse, llevar a las pompas y ceremonias del Estado los adornos labrados por sus manos pecadoras.

Veíase su labor en los cuellos del Gobernador; los militares la mostraban en sus bandas y fajas; el ministro del altar también dejaba verla en su traje severo; adornaba el gorrito de los recién nacidos, y hasta los ataúdes de los que llevaban a enterrar.

Pero no se recuerda un solo caso en que la habilidad de Ester se solicitase para bordar el velo blanco que debía de cubrir el rostro pudoroso de una novia conducida al altar. Esta excepción indicaba lo inextinguible del rigor con que la sociedad reprobaba su pecado.

Ester no trataba de adquirir más allá de lo necesario para su subsistencia, siendo ésta de la naturaleza más sencilla y ascética que

pueda darse en lo que a ella se refería; y para su niña, alimentos muy sencillos si bien con abundancia.

Los vestidos que usaba eran hechos de las telas más bastas y del color más sombrío, con un solo adorno,—la letra escarlata—que estaba condenada a llevar siempre.

El trajecito de la niña, por el contrario, se distinguía por cierto corte y adornos caprichosos, mejor dicho, fantásticos, que servían para realzar una especie de encanto aéreo que desde muy temprano empezó a notarse en la criaturita, la que también daba muestras de una seriedad profunda. Ya hablaremos de esto más adelante.

Excepto la pequeña suma que dedicaba Ester al adorno de su hija, el resto lo empleaba en obras de caridad, en infelices menos desgraciados que ella, y que con frecuencia insultaban la mano que los socorría.

Mucha parte del tiempo que hubiera podido aplicar a labores más productivos, la pasaba haciendo vestidos de estofas groseras para los pobres.

Es probable que a esta clase de ocupación asociara ella una idea de penitencia, y que al dedicar tantas horas a esa ruda labor, las ofreciera como una especie de sacrificio de otros goces.

En la naturaleza de Ester había algo de la rica y voluptuosa naturaleza oriental, un gusto por todo lo que era esplendorosamente bello, y que, excepto en las exquisitas producciones de su aguja, no encontraba en qué poder ejercitarlo.

Las mujeres hallan en la delicada labor de la aguja un placer incomprensible para el sexo fuerte. Para Ester era quizás una manera de expresar la pasión de su vida, y por lo tanto de calmarla. A semejanza de todos los otros goces, rechazó esta pasión como un pecado.

Semejante mórbida intervención de la conciencia en cosas de poca monta pudiera muy bien considerarse indicio de una penitencia que no era genuina ni constante, sino más bien algo dudoso, y que en el fondo no era lo que debería ser.

De este modo Ester Prynne tuvo su parte que desempeñar en el mundo.

Merced a la energía natural de su carácter, y a su rara inteligencia, no fue posible segregarla por completo de la sociedad, aunque ésta la había marcado con una señal más intolerable para el corazón de una mujer que la grabada en la frente de Caín.

En todas sus relaciones con esa sociedad, no había sin embargo nada que la hiciera comprender que pertenecía a ella.

Cada gesto, cada palabra, y hasta el silencio mismo de aquellos con quienes se ponía en contacto, implicaban y expresaban con frecuencia la idea de que estaba desterrada, y tan aislada como si habitase en otra esfera.

Encontrábase separada de los intereses morales de sus semejantes, a pesar de estar tan cerca de ellos, a manera de un espíritu que volviese a visitar el hogar doméstico sin poder hacerse ver ni dejarse sentir; sin participar de sus alegrías, ni poder tomar parte en sus dolores; y que, caso de que llegase a manifestar los sentimientos que le estaban vedados, habría sido para despertar solamente terror y horrible repugnancia.

Y en realidad esto, y el más acerbo desdén, parecía que era lo único que había para ella en el corazón de sus conciudadanos.

No era aquella una época de delicadeza y refinamiento en las costumbres; y aunque Ester se diese exacta cuenta de su posición, y no hubiera peligro de que la olvidara, con harta frecuencia se la hacían sentir de una manera muy ruda, y cuando ella menos lo esperaba.

Los pobres, como ya hemos dicho, a quienes había hecho el objeto de sus bondades y de su beneficencia, a menudo deprimían la mano que se extendía para socorrerlos.

Las damas de alto copete en cuyas moradas penetraba a desempeñar sus labores de costura, acostumbraban destilar gotas de acíbar en su corazón; a veces, merced a esa alquimia secreta y refinada con que la mujer puede infiltrar un veneno sutil extraído de las cosas más baladíes; y en otras ocasiones, con una rudeza de expresión que caía en el pecho indefenso de aquella infeliz como un golpe asestado a una herida ulcerada.

Ester se había amaestrado por largo tiempo en el arte de sufrir en silencio: jamás respondía a estos ataques, sino con el rubor que irresistiblemente enrojecía su pálida mejilla y después desaparecía en las profundidades de su alma.

Era paciente, una verdadera mártir; pero se abstenía de rezar por sus enemigos, por temor de que, a despecho de sus buenas intenciones, las palabras con que implorase la bendición para ellos se convirtiesen irremediablemente en una maldición.

Continuamente, y de mil maneras, experimentaba los innumerables tormentos que para ella había ideado la sentencia imperecedera del tribunal puritano. Los ministros del altar se detenían en medio de la calle para dirigirla palabras de exhortación, que atraían una multitud implacable alrededor de la pobre pecadora.

Si entraba en la iglesia los domingos, confiada en la misericordia del Padre Universal, era con frecuencia, por su mala suerte, para verse convertida en el tema del sermón.

Llegó a tener un verdadero terror de los niños, que habían concebido, gracias a las conversaciones de sus padres, una vaga idea de que había algo horrible en esa triste mujer que se deslizaba silen-

ciosa por las calles de la población, sin otra compañía que su única niña.

Por lo tanto, dejándola al principio pasar, la perseguían después a cierta distancia con agudos chillidos, pronunciando una palabra cuyo sentido exacto no podían ellos comprender, pero que no por eso era menos terrible para Ester, por venir de labios que la emitían inconscientemente.

Parecía indicar una difusión tal de su ignominia, como si esta fuera conocida de toda la naturaleza; y no le habría causado pesar más profundo si hubiera oído a las hojas de los árboles referirse entre sí la sombría historia de su caída, y a las brisas del verano contarla entre susurros, o a los ábregos del invierno proclamarla con sus voces tempestuosas.

Otra especie de tortura peculiar que experimentaba la pobre mujer era cuando veía un nuevo rostro, cuando personas extrañas fijaban con curiosidad las miradas en la letra escarlata, lo que ninguna dejaba de hacer y era para ella como si le aplicasen un hierro candente al corazón.

Entonces apenas podía contener el impulso de cubrir el símbolo fatal con las manos, aunque nunca llegó a hacerlo. Pero las personas acostumbradas a contemplar aquel signo de ignominia, podían hacerla sufrir también intensa agonía.

Desde el primer momento en que la letra formó parte integrante de su vestido, Ester había experimentado el terror secreto de que un ojo humano estaba siempre fijo en el triste emblema: su sensibilidad en ese particular, lejos de disminuirse con el tiempo, era cada vez mayor, merced al tormento cuotidiano que sufría.

Pero alguna que otra vez, quizás con intervalo de muchos días o acaso de varios meses, tenía la sensación de que una mirada—una mi-

rada compasiva—se fijaba en la letra ignominiosa; y esto parecía proporcionarla un alivio momentáneo, como si alguien compartiera la mitad de su agonía.

Pero un instante después se reduplicaba ésta con renovado dolor, porque en aquel breve momento había pecado nuevamente. ¿Había Ester pecado sola?

Su imaginación estaba un tanto afectada, y a haber poseído menos fibra intelectual y moral, se habría afectado aun mucho más, en consecuencia de la soledad y de la angustia continua en que vivía.

Yendo al reducido mundo exterior con que estaba en relaciones y regresando a su morada, y siempre solitaria en esos paseos, creyó Ester, o se imaginó creer, que la letra escarlata la había dotado de un nuevo sentido.

Se estremecía al pensar, y no podía menos de pensar así, que aquella le proporcionaba una especie de conocimiento intuitivo de las culpas secretas de otras almas. Las revelaciones que de este modo se presentaron a sus ojos la llenaban de terror. ¿Y cuáles eran?

¿Pero qué podían ser sino las insidiosas insinuaciones del ángel malo, que habría deseado persuadir a aquella mujer, que estaba luchando y era solo su víctima a medias, que el aspecto exterior de pureza no era más que una mentira, y que si la verdad se conociera, la letra escarlata brillaría en más de un seno, y no únicamente en el de Ester Prynne?

¿Debía ella acaso recibir esas obscuras insinuaciones como si fueran una cosa real y positiva? Esta especie de sentido sobrenatural de que se creía dotada, era de lo más terrible e insoportable que hubiese experimentado en el curso de su desgraciada existencia.

La llenaba de perplejidad y de malestar, pues a veces aquella marca roja de infamia en el pecho de su vestido, parecía como si la-

tiera y se agitase cuando Ester pasaba junto a un venerable eclesiástico o magistrado, modelos de piedad y de justicia, a quienes el mundo contemplaba como si fueran los compañeros de los ángeles.

—¿Qué malvado pasa junto a mí? Se decía Ester para sus adentros.

Y levantando con repugnancia la cabeza veía que en aquellos alrededores no había más ser humano que aquel hombre que todos consideraban un santo.

Otras veces creía tener a su lado a una hermana en la culpa, y al levantar los ojos tropezaba con la forma de una devota y áspera matrona, cuyo corazón, según la creencia pública, había sido un pedazo de hielo durante toda su vida.

Aquel hielo en el pecho de la matrona y la candente ignominia de Ester ¿qué tenían de común? Otras veces el estremecimiento eléctrico le daba la señal, como si le dijera:

"Ester, ahí tienes una compañera,"—y al alzar los ojos, veía a una joven doncella que contemplaba la letra escarlata, a hurtadillas, y se alejaba rápidamente con un ligero rubor en las mejillas, como si su pureza se hubiera empañado con aquella ojeada instantánea.

Semejante falta de fe en la virtud de los demás, es una de las consecuencias más tristes del pecado.

Pero una prueba de que en esta pobre víctima de su propia fragilidad y de la dureza de las leyes del hombre, la corrupción no había hecho mucho progreso, consistía en la constante lucha de su espíritu para creer que ningún mortal era tan culpable como ella misma.

El vulgo, que en aquellos rudos tiempos añadía siempre el elemento de lo grotesco a todo lo que hiriera su imaginación, había inventado una historia acerca de la letra escarlata, que fácilmente podríamos convertir en una terrible leyenda.

Afirmaban que aquel símbolo no era simplemente un paño escarlata, teñido con un color que era obra del hombre, sino que el rojo ardiente lo producía el fuego del infierno, y se le podía ver brillar con todo su fulgor cuando Ester se paseaba sola, junto a su morada, durante la noche.

Capítulo sexto

Perla

Hasta ahora apenas hemos hablado de la niña; de la criaturita cuya inocente vida parecía una bella e inmortal flor brotada en medio de la excesiva lozanía de una pasión criminal.

¡Cuán extraña se presentaba esa niña a los ojos de la triste mujer, a medida que ésta contemplaba el desarrollo y la hermosura, cada vez más brillante, y la inteligencia que iluminaba con sus trémulos rayos las delicadas facciones de su hija, de su Perla!

Tal era el nombre que le había dado Ester, no porque tuviese analogía alguna con su aspecto, pues no tenía nada del blanco, tranquilo y frío lustre que podría indicar la comparación; sino que la llamó "Perla," por haberla obtenido a un gran precio, por haberla comprado en realidad con todo lo que ella poseía, con lo que era su único tesoro.

¡Cuán singular era todo esto! El hombre había hecho patente la falta de esta mujer por medio de una letra escarlata dotada de tan grande y desastrosa eficacia, que impedía que aquella fuera objeto de las simpatías humanas, a no ser de personas igualmente culpables.

Pero la naturaleza, en compensación de esta falta que el hombre había castigado, la dotó de una niña encantadora, que reposaba en aquel mismo seno infamado por la ley, para poner por siempre a la madre en relación con la raza humana, y para que llegara al fin a ser un alma escogida en el cielo.

Sin embargo, estas ideas llenaban la mente de Ester con sentimientos de temor más bien que de esperanza. Sabía que su acción había sido mala, y por lo tanto no podía creer que sus resultados fueran buenos.

Con creciente sobresalto contemplaba el desarrollo de la criatura, temiendo siempre descubrir alguna peculiaridad sombría y extraña, que guardara correspondencia con la culpa a que debió el ser.

Defecto físico no había ninguno en la niña: por su forma perfecta, por su vigor y la natural agilidad en el uso de sus tiernos miembros, era digna de haber nacido en el Edén; de haber sido dejada allí para que jugara con los ángeles, después de la expulsión de nuestros primeros padres.

Poseía una gracia ingénita que no siempre acompaña a la belleza perfecta: su traje, a pesar de su sencillez, despertaba en el que la veía la idea de que era precisamente el que más le convenía. Pero la tierna Perlita no estaba vestida con silvestres hierbas.

Su madre, merced a cierta tendencia mórbida, que más adelante se comprenderá mejor, había comprado las telas más ricas que pudieran procurarse y daba rienda suelta a su fantasía creadora en el arreglo y adorno de los vestidos de la niña, cada vez que ésta se presentaba en público.

Tan magníficamente lucía aquella criaturita ataviada de esa suerte, y era tal el esplendor de la propia belleza de Perla, brillando al través de los trajes vistosos que habrían podido apagar una hermosura mucho menos radiante, que puede decirse que en torno suyo se formaba un círculo de fulgente luz en el suelo de la obscura cabaña.

El aspecto de Perla tenía un encanto de infinita variedad: en aquella niña se compendiaban y resumían muchos niños, comprendiendo

desde la belleza a manera de flor silvestre de un niño campesino, hasta la pompa, en escala menor, de una princesita.

En toda ella había sin embargo algo de apasionado, una cierta intensidad de color de que nunca se despojaba; y si en alguno de sus cambios ese color se hubiera vuelto más débil o más pálido, habría cesado de ser ella, no habría sido Perla.

Esta movilidad externa indicaba y expresaba completamente las diversas condiciones de su vida interior. Parecía que en su naturaleza la profundidad se hermanaba con la variedad; pero, a no ser que los temores de Ester la engañasen, diríamos que le faltaba la facultad de adaptarse al mundo en que había nacido.

La niña no podía someterse a reglas fijas.

Al darle la existencia, se había quebrantado una gran ley moral, y el resultado fue un sér cuyos elementos tal vez eran bellos y brillantes, pero en desorden, o con un orden que les era peculiar, siendo difícil, o casi imposible, descubrir donde empezaban o terminaban la variedad y el arreglo.

Ester únicamente podía darse cuenta del carácter de Perla, y eso de una manera vaga e imperfecta, recordando lo que ella misma había sido durante aquel período crítico en que el alma y el cuerpo de la niña se estaban formando.

El estado de agitación apasionada en que se hallaba la madre había servido para transmitir a la criaturita por nacer los rayos de su vida moral; y por claros y puros que fueran primitivamente, habían adquirido ciertos tintes ya vivos y brillantes, ya intensos y sombríos.

Pero sobre todo, se había perpetuado en el alma de Perla aquella violenta lucha que reinaba en el ánimo de Ester, quien podía reconocer en su hija el mismo espíritu libre, inquieto, provocativo y desespe-

rado, y la misma ligereza de su carácter, y aun algo del mismo abatimiento que se había apoderado de su corazón.

Ahora todo eso estaba iluminado por los rayos de la aurora que doran el cielo de la infancia, pero más entrado el día de la existencia terrenal, pudiera ser fecundo en torbellinos y tempestades.

La educación de la familia era en aquellos tiempos mucho más severa que ahora. El entrecejo, la reprensión áspera y la aplicación de la correa o de las varillas, no tenían por objeto castigar solamente faltas cometidas, sino que se empleaban como un medio saludable para el desenvolvimiento de todas las virtudes infantiles.

Sin embargo, Ester, la madre solitaria de esta su única hija, corría poco riesgo de pecar por demasiado severa. Teniendo plena conciencia de sus propios errores y de sus infortunios, trató desde muy temprano de ejercer una estricta vigilancia sobre la tierna alma cuyos destinos estaban a su cargo.

Pero esta tarea era superior a sus fuerzas, o a su capacidad. Después de probar tanto la sonrisa como el entrecejo, y viendo que nada ejercía una influencia notable, decidió por fin dejar que la niña obedeciera a sus propios impulsos.

Por supuesto que la restricción o la compulsión producían su efecto mientras estaban vigentes; pero toda otra clase de disciplina moral, ya se dirigiere a su inteligencia o a su corazón, daba o no daba resultados según fuera la disposición caprichosa de su ánimo a la sazón.

Cuando Perla era todavía muy tierna, su madre había observado en ella cierta expresión peculiar de la fisonomía, que era señal de que entonces todo cuanto se hiciera para que la niña obedeciese sus órdenes sería en vano.

Aquella expresión era tan inteligente, y sin embargo tan inexplicable, tan perversa, y a veces tan maligna, aunque en lo general acompañada de una gran exuberancia de extravagante buen humor, que Ester no podía menos de preguntarse si Perla era en realidad una criatura humana.

Parecía más bien un espíritu aéreo que, después de haberse divertido con sus juegos fantásticos en el suelo de la cabaña, desaparecería en los aires con una sonrisa burlona. Siempre que sus ojos profundamente negros y brillantes tomaban esa expresión, la niña semejaba a un sér intangible de indefinible extrañeza.

Se diría que se estaba cerniendo en el aire y que podría desvanecerse a manera de una luz que no sabemos de dónde viene ni a dónde irá.

Entonces Ester se veía obligada a arrojarse sobre la niña, a perseguirla en la carrera que invariablemente emprendía el pequeño duende, y a estrecharla contra el seno cubriéndola de besos y caricias, no tanto por un efecto de excesivo amor, sino para cerciorarse de que era la misma Perla en carne y hueso, y no una forma completamente ilusoria.

Pero la risa de Perla cuando se veía atrapada, bien que armoniosa y rebosando contento, solo daba por resultado aumentar las dudas de su madre.

Herida en el corazón por esta especie de misterio indescifrable y desconcertador que con tanta frecuencia se interponía entre ella y su único tesoro, tan caramente adquirido, y que era todo su universo, Ester rompía a veces en amargo llanto.

Entonces, y sin saber por qué, Perla fruncía el entrecejo, cerraba el puño, y daba a su pequeño rostro una expresión dura, severa y de seco descontento; o bien prorrumpía de nuevo en una risa más rui-

dosa que antes, como si fuera un sér incapaz de sentir y comprender el pesar humano; o acaso, aunque muy raramente, experimentaba convulsiones de dolor, y en medio de sollozos y palabras entrecortadas expresaba su amor hacia su madre, y parecía que deseaba probar que tenía un corazón haciéndoselo pedazos.

Sin embargo, Ester no confiaba mucho en aquel exceso de ternura, que pasaba con tanta rapidez como se había presentado.

Pensando en todas estas cosas, la madre se encontraba en la posición de una persona que ha evocado un espíritu, como se lee en las historias fantásticas, pero que ignora la palabra mágica con que debe mantener bajo sus órdenes y dominar aquel poder misterioso.

Sus únicas horas de completa tranquilidad eran cuando la niña yacía en el reposo del sueño. Entonces estaba plenamente segura de la criaturita, y gozaba de deliciosa y apacible felicidad hasta que, acaso con aquella perversa expresión que se veía vislumbrar bajo los entreabiertos párpados,—Perla despertaba.

¡Cuán pronto!—y realmente ¡con cuánta extraña rapidez!—alcanzó Perla una edad en que ya era capaz de oir algo más que las palabras casi sin sentido con que una madre habla a su pequeñuela.

Y ¡qué felicidad habría sido entonces para Ester poder oir la voz clara y sonora de Perla mezclada al tumulto de otras voces infantiles, y distinguir y reconocer los sonidos que emitiera su adorado tesoro entre la mezcla confusa de la gritería de un grupo de niños jugetones! Pero semejante dicha le estaba vedada.

Perla, desde que nació, era una proscripta del mundo infantil. Siendo un enjerto del mal, emblema y producto del pecado, no tenía derecho a estar entre niños bautizados.

Era muy notable el instinto con que la niñita comprendía su soledad y el destino que había trazado un círculo inviolable en derredor

suyo; en una palabra, todo lo peculiar de su posición respecto a otros niños.

Jamás, desde que salió de la cárcel, había arrostrado Ester la presencia del público sin ir acompañada de Perla. En todas sus visitas a la población, iba Perla también: primero, cuando tierna niña, la llevaba en brazos; luego, más crecida, iba como una pequeña compañera de su madre, asida de un dedo y dando saltitos.

Veía a los niños del pueblo ora sobre la hierba que crecía en las aceras de las calles, ya en los umbrales de las puertas de sus casas, jugando de la manera que les permitía su educación puritana, esto es: jugando a ir a la iglesia; o a arrancar cabelleras en simulacro de combates con los indios; o bien asustándose mutuamente con algo en que trataban de imitar actos de hechicería o brujería.

Perla lo veía todo, lo contemplaba todo intensamente, pero jamás trató de trabar conocimiento con ninguno de los niños. Si le hablaban, no respondía.

Si los niños la rodeaban, como acontecía a veces, Perla se volvía realmente terrible en su cólera infantil, cogiendo piedras para arrojarlas a aquellos, acompañando la acción con gritos y exclamaciones incoherentes y penetrantes que hacían temblar a su madre, porque se asemejaban a los acentos de una maldición que pronunciara una hechicera en algún idioma desconocido.

La verdad del caso era que aquellos puritanitos en agraz, como dignos vástagos de la casta más intolerante que jamás haya existido, abrigaban una vaga idea de que había algo extraño, misterioso y fuera de lo común y diario tanto en la madre como en la hija, y por lo tanto las despreciaban en lo íntimo de su corazón, y con frecuencia las insultaban de voz en cuello.

Perla resentía la ofensa, y se vengaba con todo el odio de que puede suponerse capaz un pecho infantil.

Estas explosiones de un carácter violento, tenían algún valor y aun servían de consuelo a la madre, puesto que por lo menos revelaban cierta seriedad comprensible en aquella manera de sentir, lo que no acontecía con los caprichos fantásticos que tantas veces la llenaban de sorpresa y que no acertaba a explicarse en algunas manifestaciones de su hija.

Le aterraba, sin embargo, discernir aquí y allí una especie de reflejo del mal que había existido en ella misma.

Todos estos sentimientos de enemistad y de cólera los había heredado Perla de su madre: en el mismo estado de exclusión de todo trato social, se encontraban la madre y la hija; y en la naturaleza de esta última parecía que se perpetuaban todos aquellos elementos de inquietud que tanto agitaron a Ester antes del nacimiento de la niña, y que después habían comenzado a calmarse merced a la influencia benéfica de la maternidad.

Al lado de su madre, en el hogar doméstico, Perla no tenía necesidad de mucho trato social.

Su imaginación prestaba los atributos de la vida a millares de objetos inanimados, como una antorcha que enciende una llama donde quiera que se le aplique: la rama de un árbol, unos cuantos harapos, una flor, eran los juguetes en que se ejercitaba la magia creadora de Perla; y sin que experimentasen ningún cambio exterior, se adaptaban a todas las necesidades de su fantasía.

Prestaba su voz infantil a multitud de seres imaginarios, viejos y jóvenes, con quienes emprendía de ese modo animados diálogos.

Los antiguos pinos, negros y solemnes, que emitían una especie de gruñido y otros rumores melancólicos cuando los agitaba la brisa,

convertíanse sin dificultad en clérigos puritanos a los ojos de Perla; las hierbas más feas del jardín, eran sus hijos; hierbas que la niña pisoteaba y arrancaba sin compasión.

Era en realidad sorprendente la vasta variedad de formas en que se complacía su inteligencia, sin orden ni concierto, siempre en un estado de actividad sobrenatural, sucediéndose unas a otras como las emanaciones y despliegues caprichosos de la aurora boreal.

En el mero ejercicio de la fantasía y la festiva disposición de una mente en desarrollo, tal vez no hubiera mucho más de lo que se podría observar en otros niños dotados de facultades brillantes, excepto que Perla, por verse privada de compañeros de juego, acudía, para reemplazarlos, a los recursos que le prestaba su imaginación.

Lo singular del caso consistía en la actitud hostil que la niña desplegaba hacia esas criaturas hijas de su fantasía y de su corazón.

Jamás creó un amigo, sino que siempre, a imitación del Cadmo de la fábula, parecía sembrar a derecha e izquierda los dientes del dragón, de los que brotaban batallones de enemigos armados a los cuales la niña declaraba al punto la guerra.

Era en extremo triste observar en un sér tan tierno esta idea constante de un mundo adverso, y el fiero despliegue de energía que la preparaba para las luchas del mundo; y fácil es de suponer el dolor intenso que todo esto produciría en su madre, que hallaba en su mismo corazón la causa de aquel fenómeno.

Contemplando a Perla, dejaba con frecuencia Ester caer la costura en el regazo, y rompía a llorar con una aflicción que hubiera deseado ocultar, y que se manifestaba con sollozos y palabras entrecortadas exclamando:—"¡Oh Padre que estás en los cielos! si es que eres aun mi Padre, ¿qué criatura es esta que he traído al mundo?"—Y Perla, al oir esta exclamación, o al percibir aquellos sollozos de angustia, volvía

hacia su madre la viva y preciosa carita, sonreía dulcemente y continuaba su juego.

Nos resta hablar de una peculiaridad de esta niñita. La primer cosa que notó en su vida, no fue la sonrisa de la madre respondiendo a lo que, como en otros niños de tierna edad, puede tomarse por una sonrisa, o mejor dicho, embrión de sonrisa.

No: el primer objeto que parece haber llamado la atención de Perla, fue la letra escarlata en el seno de Ester.

Un día, al inclinarse ésta sobre la cuna, las miradas de la niñita se fijaron en el brillo del bordado de oro que cercaba la letra, y extendiendo las manecitas trató de asirla, sonriendo sin duda, aunque con una extraña expresión que hizo que su rostro pareciera el de un niño de mucha más edad.

Entonces Ester, trémula y convulsa, apretó con la mano el signo fatal, como si instintivamente quisiera arrancárselo del seno. ¡Tan intensa fue la tortura que le causó la acción de aquella criaturita!

Y como si la agonía que revelaba el rostro de la madre, no tuviera otro objeto que divertirla, la niñita fijó las miradas en ella y se sonrió.

Desde esa época, excepto cuando Perla estaba durmiendo, Ester jamás tuvo un instante de seguridad, ni un momento en que gozara con plena calma de la compañía de su hija.

Cierto es que a veces transcurrían semanas enteras sin que las miradas de la criaturita se fijaran en la letra escarlata; pero también es cierto que lo contrario acontecía cuando menos se esperaba, y siempre con aquella sonrisa peculiar y la extraña expresión de los ojos de que ya se ha hablado.

Una vez, mientras Ester contemplaba su propia imagen en los ojos de su hija, como es costumbre en las madres, brilló en ellos esa expresión singular y fantástica; y como las mujeres que viven solitarias

y cuyo corazón está inquieto se hallan sujetas a innumerables ilusiones, se imaginó de repente que veía, no su propia imagen en miniatura, sino otra faz que se reflejaba en los ojos negros de Perla.

Era un rostro enemigo, lleno de malignas sonrisas, pero que sin embargo tenía gran semejanza con facciones que había conocido muy bien, aunque raras veces las animara una sonrisa y jamás una expresión malévola. Se diría que un espíritu maligno se había posesionado de la niña, y se mostraba en sus ojos.

Después de ese suceso, Ester se vio atormentada varias veces con la misma ilusión de sus sentidos, aunque no con tanta fuerza.

En la tarde de cierto día de verano, cuando ya Perla había crecido lo bastante para poder andar sola, se divertía la niña en recoger flores silvestres, arrojándolas una a una al regazo de su madre; y ejecutando una especie de baile cada vez que una de las flores acertaba a dar en la letra escarlata.

El primer movimiento de Ester fue cubrir la letra con ambas manos; pero fuese orgullo o resignación, o la idea de que la pena a que había sido condenada la satisfaría más pronto por medio de este dolor indecible, resistió el impulso y se irguió en su asiento, pálida como la muerte, mirando con tristeza profunda a Perla cuyos ojos brillaban de inusitado modo.

Y siguió la niña lanzándole las flores que invariablemente daban contra la letra, llenando el pecho maternal de heridas para las que no podía hallar bálsamo en este mundo, ni sabía cómo buscarlo en el otro.

Al fin, cuando concluyó de arrojar las flores, la niña permaneció en pie mirando a Ester precisamente como aquella imagen burlona del enemigo que la madre creía ver en el abismo insondable de los ojos negros de su hija.

—Hija mía ¿quién eres tú?—exclamó la madre.

—¡Oh! yo soy tu pequeña Perla, respondió.

Pero mientras Perla decía esto, se echó a reir y empezó a bailar con la gesticulación petulante de un pequeño trasgo, cuyo próximo capricho sería escaparse por la chimenea.

—¿Eres tú en realidad mi hija? le preguntó Ester.

Y no fue una pregunta ociosa la que hizo, sino que, en aquel momento, así lo sentía; porque era tal la maravillosa inteligencia de Perla, que su madre hasta llegaba a imaginarse que la niña conocía la secreta historia de su existencia y se la revelaría ahora.

—Sí; yo soy tu pequeña Perla, repitió la niña continuando sus cabriolas.

—¡Tú no eres mi hija! ¡Tú no eres mi Perla! dijo la madre con aire semi risueño, porque frecuentemente en medio del más profundo dolor le venían impulsos festivos.—Díme, pues, quién eres y quién te ha enviado aquí.

—Dímelo, madre mía,—respondió Perla con acento grave, acercándose a Ester y abrazándose a sus rodillas,—dímelo, madre, dímelo.

—Tu Padre Celestial te envió, respondió Ester.

Pero lo dijo con una vacilación que no escapó a la viva inteligencia de la niña; la cual, bien sea movida por su ordinaria petulancia, o porque un maligno espíritu la inspirara, levantando el dedito índice y tocando la letra escarlata, exclamó con acento de convicción:

—No; Él no me envió. Yo no tengo Padre Celestial.

—¡Silencio, Perla, silencio! Tú no debes hablar así,—respondió la madre suprimiendo un gemido. El Padre Celestial nos ha enviado a todos a este mundo. Hasta me ha enviado a mí, tu madre; y con mucha

mayor razón a ti. Y si no ¿de dónde has venido tú, niña singular y caprichosa?

—Dímelo, dímelo,—repitió Perla, no ya con su carita seria, sino riendo y dando brinquitos en el suelo. Tú eres quien debes decírmelo.

Pero Ester no pudo resolver la pregunta, encontrándose ella misma en un laberinto de dudas.

Recordaba, entre risueña y asustada, la charla de las gentes del pueblo que, buscando en vano la paternidad de la niña, y observando algunas de sus peculiaridades, habían dado en decir que Perla procedía de un demonio, como ya había acontecido más de una vez en la tierra; ni fue Perla la única a quien los puritanos de la Nueva Inglaterra imputaron origen tan siniestro.

Capítulo séptimo

La sala del Gobernador

Un día fue Ester a la morada del Gobernador Bellingham a llevarle un par de guantes que había ribeteado y bordado por orden suya, y que debía de usar en cierta ceremonia oficial, porque si bien no desempeñaba ya el alto puesto de antes, aun ocupaba un destino honroso e influyente en la magistratura colonial.

Pero algo más importante que la entrega de un par de guantes bordados, obligó a Ester entonces a solicitar una entrevista con un personaje de tanto poder y tan activo en los negocios de la colonia.

Había llegado a sus oídos el rumor de que algunos de los principales habitantes de la población trataban de despojarla de su niña, deseosos de que imperaran más rígidos principios en materias de religión y de gobierno.

Suponiendo estas buenas gentes, como ya se ha dicho, que Perla era de estirpe diabólica, creyeron que para mayor beneficio del alma de la madre, convenía quitarle ese obstáculo de su sendero; agregando, que si la niña era realmente capaz de una educación religiosa y moral, y tenía en sí los elementos de su futura salvación, gozaría indudablemente de todas estas ventajas si se la separase de su madre y se confiara su educación a persona mejor y más cuerda.

Se decía también que entre los promovedores de esta idea, era el Gobernador uno de los más activos.

Parecerá singular, y hasta ridículo, que un asunto de esta naturaleza haya sido cuestión públicamente discutida, en la que tomaron

parte en pro y en contra varias personas eminentes del gobierno.

Pero en aquella época de prístina sencillez, negocios de menor importancia pública, y de menor trascendencia que el bienestar de Ester y de su hija, tenían cabida en las deliberaciones de los legisladores y en los actos del Estado; y hasta se refiere que una disputa relativa al derecho de propiedad de un cerdo dio margen, en una época anterior a la en que pasa nuestra historia, a debates acalorados en el cuerpo legislativo de la colonia, y ocasionó importantes modificaciones en el modo de ser de la Legislatura.

Llena, pues, de temores, aunque con tan pleno convencimiento de su derecho, que no le parecía desigual la lucha entre el público de una parte y una mujer solitaria de la otra, Ester se puso en marcha saliendo de su cabaña acompañada, como era de esperarse, de Perla.

Esta había alcanzado ya una edad que la permitía correr al lado de su madre, y como estaba siempre en constante movimiento desde la mañana hasta la noche, hubiera podido hacer una jornada mucho más larga.

Sin embargo, a veces, más por capricho que por necesidad, pedía que la llevaran en brazos; pero a los pocos momentos quería que la dejasen andar, y continuaba junto a Ester dando saltitos y tropezando a cada instante.

Hemos hablado de la belleza singular de Perla, belleza de tintes vivos y profundos, de tez brillante, ojos que poseían a la vez fulgor e intensidad meditativa, y un cabello de color castaño, lustroso, suave, y que más tarde serían casi negros.

Toda ella era fuego y parecía el fruto de un momento de pasión impremeditada.

La madre, al idear el traje de su hija, había dado rienda suelta a las tendencias vistosas de su imaginación, y la vistió con una túnica de

terciopelo carmesí, de un corte peculiar, abundantemente adornada con caprichosos bordados y floreos de hilo de oro.

Tal lujo de colores, que habrían dado un pálido y macilento aspecto a mejillas menos brillantes, se adaptaba admirablemente a la belleza de Perla, y la convertían en la más reluciente llama que jamás se haya movido sobre la tierra.

Pero era una particularidad notable de este traje, y en realidad de la apariencia general de la niña, la de traer irremediablemente a la memoria del que la contemplaba el recuerdo del signo que Ester estaba condenada a llevar en su vestido. Era la letra escarlata bajo otra forma: la letra escarlata dotada de vida.

La madre misma,—como si aquella ignominia roja se hubiera grabado profundamente en su cerebro de modo que todas sus ideas revistieran su aspecto,—la madre misma había encontrado aquella semejanza, empleando muchas horas de mórbida ingeniosidad en hallar una analogía entre el objeto de su cariño y el emblema de su falta y de su tormento.

Pero como en realidad Perla era al mismo tiempo una y otra cosa, pudo Ester imaginarse perfectamente que la apariencia de la niña guardaba completa semejanza con la letra escarlata.

Al llegar madre e hija a los linderos de la población, los niños de los puritanos, en medio de sus juegos, o de lo que pasaba por juego entre aquellos sombríos chicuelos, fijaron en ellas las miradas y dijeron:

—Ahí viene la mujer de la letra escarlata; y a su lado viene saltando lo que también se parece a una letra escarlata. Vamos a arrojarles fango.

Pero Perla, que era una niña intrépida, después de fruncir el entrecejo, de golpear el suelo con el piececito y de apretar el puño con

diversos gestos amenazadores, se lanzó de repente contra el grupo de sus enemigos y los puso a todos en fuga.

Al mismo tiempo chilló y gritó con violencia tal, que el corazón de los fugitivos tembló de espanto. Terminada su victoria, Perla regresó tranquilamente al lado de su madre, a la que dirigió una risueña mirada.

Sin otra aventura llegaron a la morada del Gobernador.

Era ésta una gran casa de madera, fabricada al estilo de las que aun se ven en las calles de nuestras ciudades más antiguas; ahora cubiertas de musgo, derrumbándose, y de aspecto melancólico, mudos testigos de las penas o alegrías de que fueron teatro sus obscuras habitaciones.

Entonces, sin embargo, había en su exterior la frescura de la juventud, y en sus ventanas, iluminadas por el sol, parecía brillar aquel contento que reina en las moradas humanas en que aun no ha entrado la muerte.

La casa del Gobernador tenía, a la verdad, una apariencia muy alegre: las paredes estaban cubiertas con una especie de estuco con innumerables fragmentos de vidrio, de modo que cuando el sol alumbraba oblicuamente el edificio, brillaba y fulguraba como si sobre él se hubieran arrojado diamantes a manos llenas, lo que le hacía parecer más propio para el palacio de Aladino, que para mansión de un viejo y grave jefe puritano.

Estaba además adornado con figuras y diagramas extraños y al parecer cabalísticos, de acuerdo con el raro gusto de la época, que habían sido dibujados en el estuco cuando se acabó de poner, y se habían endurecido con el tiempo, sin duda para que sirvieran de admiración a las edades futuras.

Perla, cuando contempló esta especie de casa maravillosa, comenzó a palmotear y a bailar, y pidió con acento decidido que arrancaran todo aquel frente radiante del edificio, y se lo dieran para jugar con él.

—No, mi querida Perlita, le dijo su madre. Tú misma tienes que procurarte tus rayos de sol; yo no tengo nada que darte.

Se acercaron a la puerta, que tenía la forma de un arco, y estaba flanqueada a cada costado por una torre estrecha o proyección del edificio, con ventanas de enrejado de alambre y postigos de madera.

Levantando el aldabón de hierro, Ester dio un golpe al que respondió uno de los siervos del Gobernador, inglés de nacimiento y libre, pero que a la sazón era esclavo por siete años. Durante ese tiempo tenía que ser la propiedad de su amo, lo mismo que si fuera un buey.

El siervo llevaba el traje azul que era el vestido ordinario de los siervos de aquella época, como lo fue también mucho antes en las antiguas casas solariegas de Inglaterra.

—¿Está en casa Su Señoría el Gobernador Bellingham? preguntó Ester.

—Ciertamente que sí, respondió el siervo, contemplando con tamaños ojos la letra escarlata, pues habiendo llegado recientemente al país, no la había visto todavía. Sí, Su Señoría está en casa; pero con él hay un par de piadosos ministros, y al mismo tiempo un médico: no creo que podáis verle ahora.

—Entraré, sin embargo, replicó Ester.

Y el siervo, juzgando tal vez por el tono decisivo con que pronunció estas palabras, y el brillante símbolo que llevaba en el pecho, que era una gran señora del país, no opuso resistencia alguna.

Madre e hija fueron, pues, admitidas en el vestíbulo.

El Gobernador, teniendo en cuenta la naturaleza de los materiales de construcción disponibles, así como la diferencia del clima y costumbres sociales de la colonia, había trazado el plano de su nueva morada a imitación de las de los caballeros de moderados recursos en su país natal.

Había por lo tanto un ancho y elevado vestíbulo que se extendía hasta el fondo de la casa y servía de medio de comunicación más o menos directa con todas las otras piezas.

En una extremidad se hallaba alumbrada esta espaciosa habitación por las ventanas de las dos torres; y en la otra, aunque protegida por una cortina, lo estaba por una gran ventana abovedada, provista de un asiento de almohadones, en el que había un volumen en folio, probablemente de las Crónicas de Inglaterra u otra literatura por el estilo.

El mueblaje consistía en algunas sillas macizas, en cuyos respaldares había esculpidas guirnaldas de flores de roble; en el centro había una mesa del mismo estilo que las sillas, todo del tiempo de la Reina Isabel de Inglaterra, o quizás anterior a él, y traído de la casa paterna del Gobernador.

Y en la mesa, como prueba de que la antigua hospitalidad no había muerto, un gran jarro de peltre en el fondo del cual el curioso podría haber visto la espuma de la cerveza bebida recientemente.

Colgaba en la pared una hilera de retratos que representaban los antepasados del linaje de Bellingham, algunos vestidos con petos y armaduras y otros con cuellos alechugados y ropa talar.

Como rasgo característico, tenían todos aquella severidad y rigidez que invariablemente hay en los antiguos retratos, como si en vez de pinturas fueran los espíritus de hombres ilustres, ya muertos, que

estuvieran contemplando con dureza e intolerancia, criticándolos, las acciones y placeres de los vivos.

Hacia el centro de los tableros de roble que cubrían las paredes del vestíbulo había suspendida una cota de malla y sus accesorios, no una reliquía hereditaria, como los retratos, sino de fecha más moderna, fabricada por un hábil armero de Londres el año mismo en que el Gobernador Bellingham vino a la Nueva Inglaterra.

Allí había un yelmo, una coraza, una gola y grebas, con un par de manoplas, y colgando debajo una espada; todo, y especialmente el yelmo y la coraza, tan perfectamente bruñido, que resplandecían con un blanco radiante, iluminando el pavimento.

Esta brillante panoplia no servía de simple ornato, sino que el Gobernador se la había endosado más de una vez, especialmente a la cabeza de un regimiento en la guerra contra los indios, pues aunque por estudios y profesión era un abogado, las exigencias del nuevo país habían hecho de él un soldado y un Gobernante.

Perlita,—a quien agradó la resplandeciente armadura tanto como el brillante frontispicio de la casa, se entretuvo algún tiempo mirando la pulida superficie de la coraza que resplandecía como si fuera un espejo.

—¡Madre! gritó, madre, te veo aquí. ¡Mira! ¡mira!

Ester, por complacer a su hijita, dio una mirada a la coraza, y vio que, debido al efecto peculiar de este espejo convexo, la letra escarlata parecía reproducida en proporciones exageradas y gigantescas, de tal modo que venía a ser lo más prominente de toda su persona.

En realidad, parecía como si Ester se ocultara detrás de la letra. Perla le llamó también la atención a otra figura semejante en el yelmo, sonriendo a su madre con aquella especie de expresión de duendecillo tan común a su inteligente rostro.

Esta mirada de traviesa alegría se reflejó igualmente en el espejo, con tales proporciones y tal intensidad de efecto, que Ester no creyó que pudiera ser la imagen de su propia hija, sino la de algún trasgo o duende que trataba de amoldarse a la forma de Perla.

—Vamos, Perla, dijo la madre llevándosela consigo. Ven a ver este hermoso jardín. Quizás haya en él flores más hermosas que las de los bosques.

Perla se dirigió a la ventana abovedada en el fondo del vestíbulo, y tendió la mirada a lo largo de las calles del jardín, alfombrado de hierba recién cortada, y guarnecido con algunos arbustos, no muchos, como si el dueño hubiera desistido de su idea de perpetuar en este lado del Atlántico el gusto inglés en materia de jardines.

Las coles crecían a la simple vista, y una calabacera, plantada a alguna distancia, se había extendido al través del espacio intermediario, depositando uno de sus gigantescos productos directamente debajo de la ventana indicada. Había, sin embargo, unos cuantos rosales, y cierto número de manzanos, procedentes probablemente de los plantados por los primeros colonos.

Perla, al ver los rosales, empezó a clamar por una rosa encarnada, y no quiso estarse tranquila.

—Cállate, niña, cállate, dijo la madre encarecidamente. No llores, mi querida Perla. Oigo voces en el jardín. El Gobernador se acerca acompañado de varios caballeros. Cállate.

En efecto, por la avenida del jardín se veía cierto número de personas con dirección hacia la casa.

Perla, sin hacer caso de las tentativas de su madre para aquietarla, dio un grito agudísimo, y guardó entonces silencio; no debido a un sentimiento de obediencia, sino a la viva y móvil curiosidad de su na-

turaleza que hizo que todo su interés se concentrara en la aparición de estos nuevos personajes.

Capítulo octavo

La niña duende y el ministro

EL Gobernador Bellingham, vestido en traje de casa, que consistía en una bata no muy ajustada, y gorra, abría la comitiva y parecía ir mostrando su propiedad a los que le acompañaban, explicándoles las mejoras que proyectaba introducir.

La vasta circunferencia de un cuello alechugado, hecho con mucho esmero, que proyectaba por debajo de su barba gris, según la moda del tiempo antiguo, contribuía a darle a su cabeza un parecido a la de San Juan Bautista en la fuente.

La impresión producida por su rígido y severo semblante, por el que habían pasado algunos otoños, no estaba en armonía con todo lo que allí le rodeaba y parecía destinado al goce de las cosas terrenales.

Pero es un error suponer que nuestros graves abuelos,—aunque acostumbrados a hablar de la existencia humana y pensar en ella como si fuese una mera prueba y una lucha constante, y aunque se hallaban preparados a sacrificar bienes y vida cuando el deber lo requería,—hicieran caso de conciencia rechazar todas aquellas comodidades, y aun regalo, que estaban a su alcance.

Semejante doctrina no fue nunca enseñada, por ejemplo, por el venerable pastor de almas Juan Wilson, cuya barba, blanca como la nieve, se veía por sobre el hombro del Gobernador Bellingham, mientras le decía que las peras y los melocotones podrían aclimatarse en la Nueva Inglaterra, y que las uvas de color de púrpura podrían flore-

cer si estuvieran protegidas por los muros del jardín expuestos más directamente al sol.

El anciano ministro tenía un gusto legítimo y de larga fecha por todas las cosas buenas y todas las comodidades de la vida; y por severo que se mostrase en el púlpito en su reprobación pública de transgresiones como las de Ester Prynne, sin embargo, la benevolencia que desplegaba en la vida privada le había grangeado mayor cantidad de afecto que la concedida a ningún otro de sus colegas.

Detrás del Gobernador y del Sr.

Wilson venían otros dos huéspedes: uno el Reverendo Arturo Dimmesdale, a quien el lector recordará tal vez por haber desempeñado, no voluntariamente, un corto papel en la escena del castigo público de Ester; y a su lado, como si fuera su compañero íntimo, el viejo Rogerio Chillingworth, persona de gran habilidad en la medicina, y que hacía dos o tres años había fijado su residencia en la colonia.

Se decía que este sabio anciano era al mismo tiempo el médico y el amigo del joven eclesiástico, cuya salud se había deteriorado mucho últimamente a causa de su abnegación sin límites y su consagración completa a los trabajos y deberes de su sagrado ministerio.

El Gobernador, adelantándose a sus huéspedes, subió dos o tres escalones, y abriendo una de las hojas de la gran ventana del vestíbulo, se encontró cerca de Perla. La sombra de la cortina ocultaba parcialmente a la madre.

—¿Qué tenemos aquí?—dijo el Gobernador mirando a la figurita color de escarlata que estaba delante de él. Confieso que no he visto nada parecido desde los días de mis vanidades, allá en mis tiempos juveniles, cuando consideraba inestimable favor ser admitido en los bailes de disfraces de la Corte.

Había entonces un enjambre de estas pequeñas apariciones en los días de fiesta. ¿Pero cómo ha entrado este huésped en mi antecámara?

—Sí, en efecto, exclamó el buen anciano Sr. Wilson, ¿qué pajarito color de escarlata podrá ser éste? Me parece haber visto algo semejante cuando el sol brilla al través de los cristales de una ventana de variedad de colores, y dibuja imágenes doradas y carmesíes en el suelo.

Pero eso era allá en nuestra vieja patria. Díme, niña, ¿quién eres, y qué ha movido a tu madre a aderezarte de un modo tan extraño? ¿Eres una niña cristiana? ¿Sabes el catecismo? ¿Ó eres acaso uno de esos petulantes duendes o trasgos que creíamos haber dejado para siempre en la alegre Inglaterra?

—Yo soy la hija de mi madre, respondió la visión escarlata, y mi nombre es Perla.

—¿Perla?—más bien Rubí, o Coral, o Rosa encendida por lo menos, a juzgar por tu color, respondió el anciano ministro extendiendo la mano, inútilmente, para acariciar la mejilla de Perla.—¿Pero dónde está tu madre? ¡Ah!

Ya comprendo, agregó; y dirigiéndose al Gobernador le dijo en voz baja:—Esta es precisamente la niña de que hemos hablado; y ved ahí a esa infeliz mujer, a Ester Prynne, su madre.

—¿Eso dices? exclamó el Gobernador. Sí, deberíamos haber pensado que la madre de tal niña tenía que ser una mujer escarlata, y un tipo digno de Babilonia. Pero a buen tiempo llega, y trataremos de este asunto inmediatamente.

El Gobernador entró en la antecámara seguido de sus tres huéspedes.

—Ester Prynne, dijo clavando la mirada naturalmente severa en la portadora de la letra escarlata, en estos días se ha hablado mucho de ti.

Hemos discutido con toda calma y seso, si nosotros, que somos personas de autoridad e influencia, cumplimos con nuestro deber confiando la dirección y guía de un alma inmortal, como la de esta criatura, a quien ha tropezado y caído en medio de los lazos y redes del mundo.

Habla, tú que eres la madre de esta niña.

¿No crees que sería mejor, tanto para el bienestar temporal como para la vida eterna de tu pequeñuela, que se te prive de su cuidado, y que vestida de una manera menos vistosa, se la eduque en la obediencia y se la instruya en las verdades del cielo y de la tierra?

¿Qué puedes hacer en pró de tu niña en este particular?

—Yo puedo instruir a mi hija según la enseñanza que he recibido de esto,—respondió Ester tocando con el dedo la letra escarlata.

—Mujer, esa es tu insignia de vergüenza, replicó el severo magistrado. Precisamente en consecuencia de la falta que indica esa letra, deseamos que tu hija pase al cuidado de otras manos.

—Sin embargo, dijo la madre tranquilamente, aunque volviéndose cada vez más pálida, esta insignia me ha dado, y me da diariamente, y hasta en este momento, lecciones que harán a mi hija más cuerda y mejor, aunque para mí no sean ya de provecho.

—Ahora lo sabremos, dijo el Gobernador, y decidiremos lo que hay que hacer. Mi buen Señor Wilson, os ruego que examinéis a esta Perla, pues tal es su nombre, y veáis si tiene la instrucción cristiana que conviene a una niña de su edad.

El anciano eclesiástico se sentó en un sillón e hizo un esfuerzo para atraer a Perla entre sus rodillas.

Pero la niña, acostumbrada solamente al tacto familiar de su madre y no al de otra persona, se escapó por la ventana abierta y se plantó en el escalón más alto, pareciendo entonces un pájaro tropical silvestre, de brillante plumaje, dispuesto a emprender el vuelo en los espacios. El Sr.

Wilson, no poco sorprendido de esto, pues era una especie de patriarca favorito de los niños, trató sin embargo de proceder al examen.

—Perla, le dijo con gran solemnidad, tienes que recibir instrucción para que, a su debido tiempo, logres llevar en tu seno una perla de gran precio. ¿Puedes decir, hija mía, quién te ha creado?

Perla sabía perfectamente qué responder, porque siendo Ester la hija de una familia piadosa, poco después de la conversación que había tenido con su niña acerca de su Padre Celestial, había comenzado a hablarle de esas verdades que el espíritu humano, cualquiera que sea su estado de desarrollo, oye con intenso interés.

Por lo tanto Perla, aunque solo contaba tres años de edad, podría haber sufrido con buen éxito un examen en algunas materias religiosas; pero la perversidad más o menos común a todos los niños, y de la cual la chicuela tenía una buena dosis, se apoderó de ella en el momento más inoportuno, y la hizo cerrar los labios o proferir palabras que no venían al caso.

Después de llevarse el dedo a la boca, y de muchas negativas de responder a las preguntas del buen Sr. Wilson, la niña finalmente anunció que no había sido creada por nadie, sino que su madre la había recogido en un rosal silvestre que crecía junto a la puerta de la cárcel.

Esta respuesta fantástica le fue probablemente sugerida por la proximidad de los rosales del Gobernador, que tenía a la vista, y por el recuerdo del rosal silvestre de la cárcel, junto al cual había pasado al venir a la morada de Bellingham.

El viejo Rogerio Chillingworth, con una sonrisa en los labios, murmuró unas cuantas palabras al oído del joven eclesiástico.

Ester dirigió una mirada al hombre de ciencia, y a pesar de que su destino estaba colgando de un hilo, se quedó sorprendida al notar el cambio verificado en las facciones de Rogerio, que se había vuelto mucho más feo, su cutis más atezado, y su figura peor formada que en los tiempos en que le había conocido más familiarmente.

Sus miradas se cruzaron un instante, pero inmediatamente tuvo que prestar toda su atención a lo que estaba pasando respecto a su hija.

—¡Esto es horrible!—exclamó el Gobernador volviendo lentamente del asombro que le había causado la respuesta de Perla. He aquí una niña de tres años de edad, que no sabe quién la ha creado. No hay duda de que en la misma ignorancia se encuentra respecto a su alma, su actual perversidad y su futuro destino.

Me parece, caballeros, que no hay necesidad de proseguir adelante.

Ester tomó entonces a Perla y la estrechó entre sus brazos, mirando al viejo magistrado puritano casi con una feroz expresión en los ojos.

Sola en el mundo, arrojada de él como fruto podrido, y con este único tesoro que era el consuelo de su corazón, tenía la conciencia de que poseía derechos indestructibles contra las pretensiones del mundo, y se hallaba dispuesta a defenderlos a todo trance.

—Dios me ha dado a esta niña, exclamó. Me la ha dado en desquite de todo aquello de que he sido despojada por vosotros. Es mi felicidad, y al mismo tiempo mi tormento. Perla es quien me sostiene viva en este mundo. Perla también me castiga.

¿No véis que ella es la letra escarlata, capaz solamente de ser amada y dotada de un poder infinito de retribución por mi falta? No me la quitaréis: primero moriré.

—Pobre mujer, dijo con cierta bondad el anciano eclesiástico, la niña será muy bien cuidada, tal vez mejor que lo que tú puedes hacer.

—Dios la confió a mi cuidado, repitió Ester esforzando la voz. No la entregaré.

Y entonces, como movida de impulso repentino se dirigió al joven eclesiástico, al Sr. Dimmesdale, a quien, hasta ese momento apenas había mirado, y exclamó:

—¡Habla por mí! Tú eras mi pastor, y tenías mi alma a tu cargo, y me conoces mejor que estos hombres. Yo no quiero perder a mi hija.

Habla por mí: tú sabes,—porque estás dotado de la conmiseración de que carecen estos hombres,—tú sabes lo que hay en mi corazón, y cuáles son los derechos de una madre, y que son mucho más poderosos cuando esa madre tiene sólo a su hija y la letra escarlata. ¡Mírala! Yo no quiero perder la niña.

¡Mírala!

A este llamamiento frenético y singular que indicaba que la posición actual de Ester casi la había privado del juicio, el joven eclesiástico se adelantó pálido y llevándose la mano al corazón, como era su costumbre siempre que su nervioso temperamento le ponía en un estado de suma agitación.

Parecía ahora más lleno de zozobra y más extenuado que cuando lo describimos en la escena de la pública ignominia de Ester; y bien sea por lo quebrantado de su salud, o por otra causa cualquiera, sus grandes ojos negros revelaban un mundo de dolor en la expresión inquieta y melancólica de sus miradas.

—Hay mucha verdad en lo que esta mujer dice,—comenzó el Sr. Dimmesdale con voz dulce y trémula, aunque vigorosa, que resonó en todos los ámbitos del vestíbulo;—hay verdad en lo que Ester dice, y en los sentimientos que la inspiran.

Dios le ha dado la niña, y al mismo tiempo un conocimiento instintivo de la naturaleza y las necesidades de ese tierno sér, que parecen muy peculiares, conocimiento que ningún otro mortal puede poseer. Y, además, ¿no hay algo inmensamente sagrado entre las relaciones de esta madre y de esta niña?

—¡Ah! ¿cómo es eso, buen Sr. Dimmesdale?—interrumpió el Gobernador,—os ruego que aclaréis este punto.

—Así tiene que ser,—continuó el joven eclesiástico,—porque, si pensamos de otro modo, ¿no implicaría que el Padre Celestial, el Creador de todas las cosas de este mundo, ha tenido en poco una acción pecaminosa, y no ha dado mucha importancia a la diferencia que existe entre un amor puro y uno impuro?

Esta hija de la culpa del padre y la vergüenza de la madre ha venido, enviada por Dios, a influir de varios modos en el corazón de la que ahora con tanta vehemencia y con tal amargura reclama el derecho de conservarla a su lado.

Fue creada para una bendición, para la única felicidad de su vida. Fue creada sin duda, como la madre misma nos lo ha dicho, para que fuera también una retribución; un tormento de todas las horas; un

dardo, una congoja, una agonía siempre latente en medio de un gozo pasajero.

¿No ha expresado ella este pensamiento en el traje de la pobre niña, que de una manera tan eficaz nos recuerda el símbolo rojo que abrasa su seno?

—¡Bien dicho, bien dicho! exclamó el buen Sr. Wilson. Yo temía que la mujer pensaba solo en hacer de su hija una saltimbanquis.

—¡Oh! no, no; continuó Dimmesdale. La madre, creédmelo, reconoce el solemne milagro que Dios ha operado en la existencia de esa criatura.

Pueda también comprender,—lo que es para mí una verdad indiscutible,—que este don, ante todo, tiene por objeto conservar el alma de la madre en estado de gracia y librarla de los abismos profundos del pecado en que de otro modo Satanás la hubiera hundido.

Por lo tanto, es un bien para esta pobre mujer pecadora tener a su cargo un alma infantil, un sér capaz de eterna dicha o de eterna pena, —un sér que sea educado por ella en los senderos de la justicia, que a cada instante le recuerde su caída, pero que al mismo tiempo le haga tener presente, como si fuera una sagrada promesa del Creador, que si la madre educa a la niña para el cielo, la niña llevará también allí a su madre.

Y en esto, la madre pecadora es más feliz que el padre pecador. De consiguiente, en beneficio de Ester Prynne, no menos que en el de la pobre niña, dejémoslas como la Providencia ha considerado conveniente situarlas.

—Habláis, amigo mío, con extraña vehemencia,—le dijo el viejo Rogerio con una sonrisa.

—Y tiene gran peso lo que mi joven hermano ha dicho,—agregó el Reverendo Sr. Wilson. ¿Qué dice el muy digno Gobernador? ¿No ha

defendido bien los derechos de la pobre mujer?

—Seguramente que sí,—respondió el magistrado,—y ha aducido tales razones, que dejaremos el asunto como está; por lo menos, mientras la mujer no sea objeto de escándalo. Hemos de tener, sin embargo, cuidado de que la niña se instruya contigo en el catecismo, buen Sr. Wilson, o con el Reverendo Sr. Dimmesdale.

Además, a su debido tiempo es preciso ocuparse en que vaya a la escuela y a la iglesia.

Cuando el joven ministro acabó de hablar se alejó unos cuantos pasos del grupo, y permaneció con el rostro parcialmente oculto por los pesados pliegues de las cortinas de la ventana, mientras la sombra de su cuerpo, que la luz del sol hacía proyectar sobre el suelo, estaba toda trémula con la vehemencia de su discurso.

Perla, con la viveza caprichosa que la caracterizaba, se dirigió hacia él, y tomándole una de las manos entre las suyas, apoyó en ella su mejilla: caricia tan tierna, y a la vez tan natural, que Ester, al contemplarla, se dijo para sus adentros:

"¿Es esa mi Perla?" Sabía, sin embargo, que el corazón de su hija era capaz de amor, aunque éste se revelaba casi siempre de una manera apasionada y violenta; y en el curso de sus pocos años apenas si se había manifestado dos veces con tanta suavidad y ternura como ahora.

El joven ministro,—pues excepto las miradas de una mujer que se idolatra, no existe nada tan dulce como estas espontáneas caricias de un niño, que son indicio de que hay en nosotros algo verdaderamente digno de ser amado,—el joven ministro arrojó una mirada en torno suyo, puso la mano en la cabeza de la niña, vaciló un momento, y la besó en la frente.

Aquel tierno capricho, tan poco común en el carácter de Perla, no duró mucho tiempo: se echó a reir, y se fue a lo largo del vestíbulo saltando tan ligeramente, que el anciano Sr. Wilson se preguntó si había tocado el pavimento con la punta de los pies.

—Este pequeño traste tiene en sí algo de hechicería,—le dijo a Dimmesdale: no necesita del palo de escoba de una vieja para volar.

—¡Extraña niña!—observó el anciano Rogerio. Es fácil ver lo que hay en ella de su madre. ¿Creeréis por ventura, señores, que esté fuera del alcance de un filósofo analizar la naturaleza de la niña, y por su hechura y modo de ser adivinar quién es el padre?

—No: en tal asunto, sería pecaminoso atenerse a la filosofía profana,—dijo el Sr. Wilson. Vale más entregarse al ayuno y a la oración para resolver el problema; y mucho mejor aún dejar el misterio como está, hasta que la Providencia lo revele cuando lo tenga a bien.

De consiguiente, todo buen cristiano tiene el derecho de mostrar la bondad de un padre hacia esta pobre niña abandonada.

Resuelto así el negocio de una manera satisfactoria para Ester, ésta partió con su hija para su cabaña. Cuando descendían las escaleras, se cuenta que se abrió el postigo de la ventana de uno de los cuartos, asomándose el rostro de la Sra.

Hibbins, la iracunda hermana del Gobernador, la misma que algunos años después fue ejecutada por bruja.

—¡Eh! ¡Eh! dijo,—dejando ver un rostro de mal agüero que contrastaba con el aspecto alegre de la casa. ¿Quieres venir con nosotros esta noche a la selva? Tendremos allí gentes muy alegres; y he prometido al Hombre Negro que Ester Prynne tomaría parte en la fiesta.

—Servíos disculparme,—respondió Ester con una sonrisa de triunfo. Tengo que regresar a mi casa y cuidar de mi Perlita. Si me la hubieran quitado, entonces habría ido con gusto a la selva en tu com-

pañía, firmando mi nombre en el libro del Hombre Negro, y eso con mi propia sangre.

—Ya te tendremos allí antes de mucho,—dijo la dama bruja, frunciendo el entrecejo y retirándose.

Pero aquí,—si suponemos que este diálogo entre la Sra. Hibbins y Ester es auténtico, y no una fábula,—aquí tenemos ya una prueba de la razón que tuvo el joven eclesiástico en oponerse a que se cortaran los lazos que unen una madre delincuente al fruto de su fragilidad.

Ya en esta ocasión el amor de la niña salvó a la madre de las asechanzas de Satanás.

Capítulo noveno

El médico

Como el lector recordará, el nombre de Rogerio Chillingworth ocultaba otro nombre, cuyo antiguo poseedor había resuelto que no se mencionara jamás.

Ya se ha referido que en medio de la muchedumbre que presenciaba el castigo ignominioso de Ester, un individuo de edad provecta, recién llegado de las tierras ocupadas por los indios, contempló de repente, expuesta a los ojos del público, como si fuera una imagen viviente del pecado, a la mujer en quien había esperado hallar encarnados la alegría y el calor del hogar.

La honra de su esposa la veía pisoteada por todos los circunstantes. Su infamia palpitaba allí, en la plaza pública.

Si la noticia llegaba alguna vez a oídos de los parientes y de las compañeras de infancia de aquella mujer, ¿qué otra cosa les quedaría sino el contagio de su deshonra, tanto mayor cuanto más íntimas y sagradas hubieran sido sus relaciones de parentesco?

Y en cuanto a él, cuyos lazos de unión con la mujer delincuente habían sido los más estrechos y sagrados que puedan darse, ¿por qué presentarse a reclamar una herencia tan poco apetecible?

Resolvió, por lo tanto, no dejarse exponer en la picota de la infamia al lado de la que en un tiempo fue su esposa.

Desconocido para todo el mundo, excepto para Ester, y poseyendo los medios de que ésta guardara silencio, escogió borrar su nombre de la lista de los vivos, considerar completamente disueltos sus anti-

guos lazos e intereses, y, en una palabra, darse por segregado del mundo como si en realidad yaciera en el fondo del océano, donde el rumor público hace mucho tiempo lo había consignado.

Una vez realizado este plan, surgirían inmediatamente nuevos intereses y a la vez un nuevo objeto a que consagrar su energía, tenebrosa, es verdad, y acaso criminal, pero de incentivo bastante absorbente para que dedicara a su realización toda la fuerza de sus facultades.

Para llevar a cabo este proyecto, fijó su residencia en la ciudad puritana, bajo el nombre supuesto de Rogerio Chillingworth, sin otra recomendación que sus conocimientos científicos y su inteligencia, de que poseía una suma no común.

Como los estudios que hizo en otros tiempos le habían familiarizado con la ciencia médica del día, se presentó como físico, y como tal fue cordialmente recibido. En la colonia eran muy raros los hombres hábiles en medicina o cirugía.

La salud de los vecinos de la buena ciudad de Boston, por lo menos en lo que se refiere a la medicina, había estado hasta entonces confiada a la tutela de un anciano diácono y farmacéutico, cuya piedad y rectitud eran testimonios más convincentes en favor suyo, que los que podría haber presentado bajo la forma de un diploma en regla.

El único cirujano era un individuo que unía al ejercicio casual de esa noble profesión, el manejo diario y habitual de la navaja de afeitar.

Para semejante cuerpo facultativo fue Rogerio Chillingworth una adquisición brillante. Pronto manifestó su familiaridad con la ponderosa e imponente maquinaria de la antigua medicina, en la que cada remedio contenía una multitud de extraordinarios y heterogéneos in-

gredientes, compuestos con tanto trabajo y esmero como si se tratara de obtener el Elixir de Vida.

Durante su cautiverio entre los indios, había adquirido un notable conocimiento de las propiedades de las hierbas y raíces indígenas; ni ocultó a sus pacientes que estas simples medicinas, que la sabía naturaleza había dado a conocer al inculto salvaje, merecían su confianza en el mismo grado que la farmacopea de los europeos, en cuya formación se habían empleado tantos siglos y tantos sabios doctores.

Era este erudito extranjero una persona ejemplar, por lo menos en cuanto a las formas externas de la religión, y poco después de su llegada a la colonia escogió al Reverendo Sr. Dimmesdale como guía espiritual.

El joven eclesiástico, que había hecho sus estudios en la Universidad de Oxford, donde se conservaba su memoria con respeto, era tenido por sus más ardientes admiradores casi como un apóstol consagrado por el cielo y destinado, si podía trabajar y vivir el término ordinario de la existencia humana, a hacer mucho en beneficio de la Iglesia de la Nueva Inglaterra.

En el período en que estamos de nuestra historia, su salud, sin embargo, había empezado evidentemente a decaer.

Aquellos que estaban más familiarizados con los hábitos y costumbres de Dimmesdale, creían que la palidez de sus mejillas era el resultado de su celo intenso por el estudio, del escrupuloso cumplimiento de sus deberes religiosos, y más que todo de los ayunos y vigilias que con tanta frecuencia practicaba para impedir que la materia terrenal obscureciera o disminuyese el brillo de su lámpara espiritual.

Algunos declaraban que si el Sr. Dimmesdale estaba realmente a punto de morir tan joven, consistía en que el mundo no era digno de

ser hollado por sus pies.

Por otra parte, él mismo, con característica humildad, decía que si la Providencia juzgaba conveniente llevárselo de este mundo, sería a causa de su poco mérito para desempeñar la más humilde misión en la tierra. Pero a pesar de la divergencia de opiniones en el particular, lo cierto era que su salud estaba muy quebrantada.

Había adelgazado mucho; su voz, aunque todavía sonora y dulce, tenía cierta melancólica expresión de decaimiento; con frecuencia se le veía, al menor ruido o accidente de poca importancia, llevarse la mano al corazón, con una súbita rubicundez del rostro, seguida de palidez, indicio de dolor.

Tal era el estado del joven Dimmesdale, y tan inminente el peligro de que se extinguiera esa naciente luz del mundo, antes de tiempo, cuando Rogerio Chillingworth llegó a la ciudad.

Su primera entrada en escena, sin que se supiera de dónde venía, si era caído del cielo o si procedía de las regiones inferiores, le daba cierto aspecto de misterio, que fácilmente se convirtió en algo casi milagroso.

Se sabía que era un hombre hábil e inteligente; se había observado que recogía hierbas y flores silvestres, que arrancaba raíces, que cortaba ramas de los árboles del bosque, como persona familiarizada con las ocultas virtudes de lo que no tenía ningún valor a los ojos del vulgo.

Se le había oído hablar de Sir Kenelm Digby y de otros hombres famosos, cuyos conocimientos en asuntos científicos se consideraban casi sobrenaturales, con quienes se había asociado o tenido correspondencia. ¿Por qué, ocupando tan alto puesto en el mundo de la ciencia, había venido a la colonia?

¿Qué podría buscar en un país semisalvaje este hombre cuya esfera de acción estaba en las grandes ciudades? En respuesta a esta pregunta, empezó entonces a circular un rumor,—al que, por absurdo que fuera, hasta personas sensatas le daban crédito.

Se decía que el cielo había operado un verdadero milagro transportando por el aire, desde una Universidad de Alemania, a un eminente Doctor en Medicina, depositándolo a la puerta del estudio del Sr. Dimmesdale.

Personas mucho más sensatas en materias de fe, y que sabían que el cielo alcanza sus fines sin lo que se llama intervención milagrosa, se hallaban inclinadas a ver algo providencial en la llegada tan oportuna de Rogerio Chillingworth.

Daba consistencia a esta idea el gran interés que el físico, como se decía en aquellos tiempos, manifestó desde el principio por el joven eclesiástico, a quién se apegó como uno de sus feligreses; y a pesar de la reserva natural de aquel, trató de ganarse su amistad y su confianza.

Manifestó gran alarma por el estado de la salud de su pastor, y también grandes deseos de probar si podía curarle, y no desesperaba de conseguirlo si se emprendía la obra en tiempo. Los funcionarios de la iglesia del Sr.

Dimmesdale, así como las damas casadas y las jóvenes y bellas señoritas, sus feligreses, le instaron para que se aprovechara de la habilidad del médico, que tan generosamente se había ofrecido a servirle. El Sr. Dimmesdale, rehusó con dulzura sus instancias.

—No necesito medicina, dijo.

Pero ¿cómo podía hablar así el joven ministro, cuando con cada domingo que pasaba sus mejillas se volvían más pálidas, su rostro más delgado, y su voz más trémula; y cuando ya se había convertido

en hábito constante oprimirse el corazón con la mano? ¿Estaba fatigado de sus labores? ¿Deseaba morir?

Estas preguntas le fueron solemnemente hechas al Sr. Dimmesdale por los ministros más ancianos de Boston y por los dignatarios de su misma iglesia quienes, para emplear su propio lenguaje, le amonestaron acerca del pecado que cometía en rechazar el auxilio que la Providencia tan manifiestamente le presentaba.

Los oyó en silencio y finalmente prometió consultarse con el médico.

—Si fuere la voluntad de Dios,—dijo el Reverendo Sr.

Dimmesdale cuando en cumplimiento de su promesa pidió al anciano Rogerio Chillingworth los auxilios de su profesión,—estaría contento con que mis labores, y mis penas, y mis pecados, terminaran pronto junto con mi existencia, y lo que en mí es terrenal se enterrase en mi sepultura, y lo que es espiritual me acompañara a mi morada eterna, antes que poner a prueba vuestra habilidad en beneficio mío.

—¡Ah!—replicó el médico con aquella calma que, natural o impuesta, distinguía todas sus maneras,—así es como un joven eclesiástico habla por lo común. La juventud, por lo mismo que no ha echado aun raíces profundas, con facilidad renuncia a la vida.

Y los hombres devotos y buenos que siguen en la tierra los preceptos de Dios, con gusto dejarían este mundo para estar a su lado en la Nueva Jerusalén.

—No,—replicó Dimmesdale llevándose la mano al corazón, con una rápida rubicundez en la frente y una contracción de dolor en el rostro,—si yo fuera más digno de ir allí, tendría más satisfacción en trabajar aquí.

—Los hombres buenos siempre se forman de sí propios una idea demasiado mezquina,—dijo el médico.

De esta manera el misterioso Rogerio Chillingworth se convirtió en el consejero médico del Reverendo Sr. Dimmesdale. Como no solamente la enfermedad despertaba el interés del médico, sino también el carácter y cualidades de su paciente, estos dos hombres, tan diferentes en edad, gradualmente llegaron a pasar mucho tiempo juntos.

En beneficio de la salud del eclesiástico, y para facilitar al médico la mejor manera de recoger las plantas con propiedades medicinales que le eran necesarias, daban largos paseos a orillas del mar o por el bosque, mezclando su variada conversación con el rumor y cadencia de las olas, y el solemne murmullo del viento en la copa de los árboles.

Con frecuencia también, uno era el huésped del otro; y para el joven ministro había una especie de fascinación en la sociedad del hombre de ciencia, en quien reconocía un desenvolvimiento intelectual de un alcance y profundidad nada comunes, juntamente con una liberalidad y amplitud de ideas que en vano trataría de buscar en los miembros de su profesión.

En realidad de verdad, se quedó sorprendido, si no escandalizado, al descubrir esta última cualidad en el médico.

El Sr. Dimmesdale era un verdadero sacerdote, en la significación vasta de esta palabra: un hombre verdaderamente religioso, con el sentimiento de la reverencia muy desarrollado, y con un género de inteligencia que le obligaba a no desviarse de los senderos estrechos de la fe, que cada día se volvía en él más profunda.

En ningún estado de la sociedad habría sido lo que se llama hombre de ideas liberales; siempre hubiera necesitado, para la paz de su espíritu, sentir que la fe le rodeaba por todas partes, sosteniéndolo, al mismo tiempo que estrechándolo en un círculo de hierro.

A pesar de esto, si bien con trémulo gozo, experimentaba una especie de desahogo temporal en poder contemplar el universo al través de una inteligencia del todo diferente a aquellas con que habitualmente estaba en contacto.

Era como si se hubiere abierto una ventana por donde penetrara un aire más puro en la atmósfera densa y sofocante de su estudio, donde su vida se iba consumiendo a la luz de la lámpara, o a los rayos del sol que allí penetraban con dificultad, y donde aspiraba solamente el olor enmohecido que se desprende de los libros.

Pero aquel aire era demasiado sutil y frío para que pudiese respirarse con seguridad por mucho tiempo; de consiguiente, el eclesiástico, así como el médico, volvieron a entrar en los límites que permite la iglesia para no caer en herejía.

De este modo examinó a su paciente con el mayor esmero y cuidado, no solo como le veía en su vida diaria, sin desviarse del sendero de las ideas y sentimientos que le eran habituales, sino también como se le presentaba cuando, en otro medio diferente tanto moral como intelectual, la novedad de ese medio hacía dar expresión a algo que era igualmente nuevo en su naturaleza.

Parece que consideraba esencial conocer al hombre antes de intentar curarle; porque donde quiera que existen combinados corazón e inteligencia, tienen estos cierto influjo en las enfermedades del cuerpo. La imaginación y el cerebro eran tan activos en Arturo Dimmesdale, y tan intensa la sensibilidad, que sus males físicos tenían seguramente origen en aquellos.

Por lo tanto, Rogerio Chillingworth,—el hombre hábil, el médico benévolo y amistoso,—trató de sondear primero el corazón de su paciente, rastreando sus ideas y principios, escudriñando sus recuerdos y tentándolo todo con cautelosa mano, como quien busca un tesoro en sombría caverna.

Pocos secretos pueden escapar al investigador que tiene la oportunidad y la licencia de dedicarse a semejante empresa, y posee la sagacidad de llevarla adelante.

El hombre que se siente abrumado bajo el peso de un grave secreto, debe evitar especialmente la intimidad de su médico; porque si éste se hallare dotado de natural sagacidad y de cierto no sé qué, a manera de intuición; si no demuestra vanidad importuna, ni cualidades características desagradables; si tiene la facultad innata de establecer tal afinidad entre su inteligencia y la de su paciente, que éste llegue a hablar, con llaneza y por descuido, lo que se imagina haber pensado solamente; si tales revelaciones se reciben en silencio, con una simple mirada de simpatía, o a lo más con una que otra palabra en que se dé a entender que todo se ha comprendido; y si a estas cualidades necesarias a un confidente se unieren las ventajas que presta la circunstancia de ser médico,—entonces, en un momento inevitable, el alma del paciente se abrirá descubriendo a la luz del día sus más ocultos misterios.

Rogerio Chillingworth poseía todas, o casi todas las condiciones arriba enumeradas.

El tiempo sin embargo transcurría; una especie de intimidad, como ya hemos dicho, se había establecido entre estos dos hombres instruídos e inteligentes; discutían todos los temas relativos a asuntos morales o religiosos, así como los negocios públicos o de carácter privado; cada uno hablaba también mucho de materias que parecían puramente personales; y sin embargo, ningún secreto, como el médico imaginó que debía de existir, se escapó de los labios del joven ministro.

Tenía, no obstante, la sospecha de que ni siquiera la naturaleza exacta de la enfermedad corporal del Sr. Dimmesdale le había sido revelada. ¡Era una extraña reserva!

Al cabo de algún tiempo, debido a una indicación del médico, los amigos del Sr. Dimmesdale arreglaron las cosas de modo que los dos se alojaran bajo un mismo techo, de manera que el facultativo tuviese más oportunidades de velar por la salud del joven eclesiástico. Gran alegría causó en la ciudad este arreglo.

Se creía que era lo más acertado para el bienestar del Sr. Dimmesdale; a menos que, como se lo habían aconsejado repetidas veces los que tenían autoridad para ello, se decidiera a escoger por esposa a una de las muchas señoritas que espiritualmente le eran adictas.

Pero por el presente no había esperanzas de que Arturo Dimmesdale se decidiera a hacerlo; había respondido con una negativa a todas las indicaciones de esta naturaleza, como si el celibato sacerdotal fuera uno de sus artículos de fe.

Hallándose las cosas en tal estado, parecía que este anciano, sagaz, experimentado y benévolo médico, sobre todo si se tenía además en cuenta el amor paternal y el respeto que profesaba al joven ministro, era la única persona y la más apta para estar constantemente a su lado y al alcance de su voz.

Los dos amigos fijaron su nueva morada en la casa de una piadosa viuda, de buena posición social, la cual asignó al Sr. Dimmesdale una habitación que daba a la calle, bañada por el sol, pero con espesas cortinas en la ventana que suavizaban la luz cuando así se deseaba.

Las paredes estaban colgadas con tapices que se decía provenir de los Gobelinos, y representaban la historia de David y de Betsabé, y la del profeta Nathán, como se refiere en la Biblia, con colores aun vivos que daban aspecto de horribles profetisas de desgracias a las bellas figuras femeninas del cuadro.

Aquí depositó el pálido eclesiástico su biblioteca, rica en enormes libros en folio forrados en pergamino, que contenían las obras de los

Santos Padres, la ciencia de los Rabinos y la erudición de los monjes, de cuyos escritos se veían obligados a servirse con frecuencia los clérigos protestantes por más que los desdeñasen y hasta vilipendiasen.

Al fondo de la casa arregló su estudio y laboratorio el anciano médico, no como un hombre científico moderno lo consideraría tolerablemente completo, sino provisto de un aparato de destilar y de los adminículos necesarios para preparar drogas y sustancias químicas, de que el práctico alquimista sabía hacer buen uso.

Con una situación tan cómoda, estas dos sabias personas se fijaron cada una de asiento en su respectivo dominio, pero pasando familiarmente de una habitación a otra, manifestando cada uno sumo interés en los negocios del otro, sin llegar sin embargo a los límites de la curiosidad.

Los amigos más sensatos del Reverendo Arturo Dimmesdale, como ya hemos indicado, se imaginaban, muy fundadamente, que la mano de la Providencia había hecho todo esto con el objeto,—demandado en tantas preces, así públicas como privadas,—de restaurar la salud del joven ministro.

Pero es preciso decir también que cierta parte de la comunidad había comenzado últimamente a considerar de un modo distinto las relaciones entre el Sr. Dimmesdale y el misterioso y anciano médico. Cuando una multitud ignorante trata de ver las cosas con sus propios ojos, por su cuenta y riesgo, corre grave peligro de engañarse.

Sin embargo, cuando forma su juicio, como acontece comunmente, guiada por las enseñanzas de una gran alma, las conclusiones a que llega son con frecuencia tan profundas y tan exactas, que puede decirse que poseen el carácter de verdades reveladas sobrenaturalmente.

El pueblo, en el caso de que tratamos, no podía justificar su prevención contra Rogerio Chillingworth con razones ningunas dignas de refutarse.

Es verdad que un antiguo artesano que había vivido en Londres treinta años antes de los sucesos que narramos, afirmaba haber visto al médico, aunque con un nombre distinto, que no recordaba, en compañía del Doctor Forman, el famoso y viejo mágico implicado en el asunto del asesinato de Sir Tomás Overbury, que ocurrió por aquel entonces y causó lo que hoy se llama gran sensación.

Dos o tres individuos decían que el físico, durante su cautiverio entre los indios, había aumentado sus conocimientos médicos tomando parte en los encantamientos o ceremonias mágicas de los sacerdotes salvajes; quienes, como se sabía de fijo, eran hechiceros poderosos que a veces realizaban curas casi milagrosas merced a su pericia en la Magia Negra.

Un gran número de individuos,—y muchos de ellos dotados de sensatez, y observadores prácticos, cuyas opiniones en otras materias hubieran sido muy valiosas,—afirmaban que el aspecto externo de Rogerio Chillingworth había experimentado un notable cambio desde que se había fijado en la población, y especialmente desde que vivía bajo el mismo techo que Dimmesdale.

La expresión de su rostro tranquila, meditativa y de hombre dedicado al estudio que le caracterizaba al principio, había sido reemplazada por algo maligno y desagradable, que antes no se notaba, pero cuya intensidad se iba aumentando a medida que se le observaba más de cerca y con más frecuencia.

Según la idea vulgar, el fuego que ardía en su laboratorio procedía del infierno, y estaba alimentado con sustancias infernales; y por lo tanto, como era de esperarse, su rostro se iba también ennegreciendo más y más con el humo.

Para resumir diremos, que tomó cuerpo la creencia de que el Reverendo Arturo Dimmesdale, a semejanza de otros muchos personajes de especial santidad en todas las épocas de la religión cristiana, se veía tentado por Satanás mismo, o por un emisario suyo en la persona del viejo Rogerio Chillingworth.

Este diabólico agente tenía el permiso divino de gozar por algún tiempo de la intimidad del joven eclesiástico, y de conspirar contra la salvación de su alma; aunque ningún hombre sensato podía dudar por un momento de qué lado quedaría la victoria.

El pueblo esperaba, con fe inquebrantable, ver al ministro salir de aquella lucha transfigurado con la gloria que le proporcionaría su triunfo inevitable. Entretanto, era sin embargo muy triste pensar en la mortal agonía por que tenía que pasar antes de salir vencedor.

¡Ay! a juzgar por la tristeza y terror que se revelaban en las miradas del pobre eclesiástico, la batalla estaba siendo muy ruda sin que pudiera decirse que la victoria fuera segura.

Capítulo décimo

El médico y Su paciente

El anciano médico había sido durante toda su vida un hombre de temperamento tranquilo y benévolo, aunque no de afectos muy calurosos, y siempre puro y honrado en todos sus tratos con el mundo.

Había comenzado ahora una investigación con la severa e imparcial integridad de un juez, como él se imaginaba, deseoso tan sólo de hallar la verdad, como si se tratara de un problema geométrico, y no de las pasiones humanas y de las ofensas de que él era víctima.

Pero a medida que procedía en su labor, una especie de terrible fascinación, una necesidad imperiosa e ineludible se apoderó del anciano Rogerio, y no le dejó paz ni reposo mientras no hubo hecho todo lo que creía de su deber.

Sondeaba ahora el corazón del pobre ministro como un minero cava la tierra en busca de oro; o un sepulturero una fosa en busca de una joya enterrada con un cadáver, para encontrar al fin solamente huesos y corrupción. ¡Ojalá que, para beneficio de su alma, hubiera sido esto lo que Chillingworth buscaba!

A veces en los ojos del médico brillaba un fulgor ominoso a manera del reflejo de una hoguera infernal, como si el terreno en que trabajaba este sombrío minero le hubiese dado indicios que le hicieran concebir fundadas esperanzas de hallar algo valioso.

—Este hombre,—se decía en tales momentos allá para sus adentros, —este hombre tan puro como lo juzgan, que parece todo espíritu, ha

heredado una naturaleza animal, muy fuerte, de su padre o de su madre. Ahondemos un poco más en esta dirección.

Entonces, después de escudriñar minuciosamente el alma del joven clérigo, y de descubrir muchos materiales preciosos en la forma de elevadas aspiraciones por el bienestar de la raza humana, amor ferviente de las almas, sentimientos puros, piedad natural fortalecida por la meditación y el estudio, e iluminada por la revelación,—todo lo cual, si bien oro de muchos quilates, no tenía valor ninguno para el escudriñador médico,—éste, aunque desalentado, empezaba sus investigaciones en otra dirección.

Se deslizaba a hurtadillas, con pisadas tan cautelosas y aspecto tan precavido como un ladrón que penetra en una alcoba donde hay un hombre medio dormido, o quizá completamente despierto, con el objeto de hurtar el tesoro mismo que este hombre guarda como la niña de sus ojos.

A pesar de todas sus precauciones y cuidado, el pavimento crujía de vez en cuando; sus vestidos formaban ligero ruido; la sombra de su figura, en una proximidad no permitida, casi envolvía a su víctima. El Sr.

Dimmesdale, cuya sensibilidad nerviosa era frecuentemente para él una especie de intuición espiritual, tenía a veces una vaga idea de que algo, enemigo de su paz, se había puesto en medio de su camino.

Pero el viejo médico poseía también percepciones que eran casi intuitivas; y cuando el ministro le dirigía entonces una mirada de asombro, el médico se sentaba tranquilamente sin decir palabra como su amigo benévolo, vigilante y afectuoso, aunque no importuno.

Sin embargo, el Sr. Dimmesdale acaso se habría dado más perfecta cuenta del carácter de este individuo, si cierto sentimiento mórbido, a

que están expuestas las almas enfermas, no le hubiera hecho concebir sospechas de todo el género humano.

No confiando en la amistad de hombre alguno, no pudo reconocer a un enemigo cuando éste realmente se presentó.

Por lo tanto, continuaba manteniendo su trato familiar con el médico, recibiéndole diariamente en su estudio, o visitándole en su laboratorio, y, por vía de recreo, prestando atención a los procedimientos por medio de los cuales se convertían las hierbas en drogas poderosas.

Un día, con la frente reclinada en la mano, y el codo en el antepecho de la ventana que daba a un cementerio cerca de la casa, hablaba con el médico, mientras éste examinaba un manojo de plantas de fea catadura.

—¿Dónde,—le dijo, contemplando de soslayo las plantas, pues rara vez miraba ahora frente a frente ningún objeto, ya fuera humano o inanimado,—dónde, buen Doctor, habéis recogido esas hierbas de hojas tan negras y lacias?

—En el cercano cementerio,—respondió el médico continuando en su ocupación. Son nuevas para mí. Crecían sobre una fosa sin lápida sepulcral, ni sin ningún otro signo que conserve la memoria del muerto, excepto estas feas hierbas.

Parece que brotaban de su corazón, como si simbolizaran algún horrible secreto sepultado con él y que habría hecho mucho mejor en confesar durante su vida.

—Quizá,—replicó el Sr. Dimmesdale,—lo deseó ardientemente, pero no le fue dado hacerlo.

—Y ¿por qué?—dijo el médico,—¿por qué no hacerlo, cuando todas las fuerzas de la naturaleza demandan de tal manera la confesión de

la culpa, que hasta estas hierbas negras han salido de un corazón enterrado, para que quede manifiesto un crimen que no se reveló?

—Eso, buen señor, no pasa de ser una fantasía vuestra. Si no me equivoco, solo el poder de la Divinidad alcanza a descubrir, ya por medio de palabras proferidas, o por signo, o emblema, los secretos que pudieran estar sepultados en un corazón humano.

El corazón que se hace reo de tales secretos, tiene por fuerza que conservarlos, hasta el día en que todas las cosas ocultas se revelarán.

Ni he leído o interpretado las Sagradas Escrituras de modo que me hagan comprender que el descubrimiento de los hechos o pensamientos humanos que entonces ha de verificarse, deba formar parte de la retribución. Esto sería seguramente una manera muy superficial de ver las cosas.

No; estas revelaciones, a no ser que yo me equivoque muy mucho, sirven sólo para aumentar la satisfacción intelectual de todos los seres racionales que en ese día estarán esperando ver la explicación del sombrío problema de la vida.

Para que sea completa en todas sus partes la resolución de ese problema, será necesario un conocimiento del corazón de los hombres. Y yo creo, además, que los corazones que encierran esos tristes secretos de que habláis, lo darán a conocer en ese día postrimero, no con repugnancia, sino con alegría inexplicable.

—Entonces ¿por qué no revelarlos aquí?—preguntó el médico mirando de soslayo y tranquilamente al ministro—¿por qué los culpables no se aprovechan cuanto antes de este gozo indecible?

—La mayor parte lo hacen,—dijo Dimmesdale llevándose la mano al pecho como si fuera presa de repentino dolor. Más de una infeliz alma ha depositado en mí su secreto, no solo en el lecho de muerte,

sino en la plenitud de la existencia y del goce de una buena reputación.

Y siempre, después de una confesión semejante, ¡oh! ¡qué aspecto de interna tranquilidad he visto reflejarse en el rostro de esos hermanos que habían errado en la senda del deber! Y ¿cómo podría ser de otro modo?

¿Por qué habría de preferir un hombre culpable, por ejemplo, de asesinato, conservar el cadáver enterrado en su propio corazón, más bien que arrojarlo lejos de sí de una vez y por siempre, para que el mundo lo tome por su cuenta?

—Sin embargo, algunos hombres entierran sus secretos de esta manera,—observó el tranquilo médico.

—Sí, es cierto; existen semejantes hombres,—contestó el Sr. Dimmesdale. Pero, por no presentar otras razones más obvias, pudiera ser que no desplieguen los labios a causa de la constitución misma de su naturaleza.

Ó—¿por qué no suponerlo?—por culpables que fueren, como todavía abrigan verdadero celo por la gloria de Dios y el bienestar de sus semejantes, les arredra acaso la idea de presentarse manchados y culpables ante los ojos de los hombres, pues temen que en lo futuro nada bueno podrá esperarse de ellos, ni podrán redimir por medio de buenas obras el mal que hubieren hecho.

De consiguiente, para su propio e indecible tormento, se mueven entre sus semejantes, al parecer puros como la nieve recién caída, mientras sus corazones están todo tiznados y manchados con iniquidad de que no pueden deshacerse.

—Estos hombres se engañan a sí propios,—dijo el médico con alguna más vehemencia de la que le era natural, y haciendo un signo li-

gero con el dedo índice,—temen echarse sobre sí la ignominia que de derecho les pertenece.

Su amor a los hombres, su celo en el servicio de Dios, todos estos santos impulsos, pueden o no existir en sus corazones a la par de las iniquidades a que sus faltas han dado cabida, y que necesariamente engendrarán en ellos productos infernales.

Pero no eleven al cielo sus manos impuras si trataren de glorificar a Dios. Si quieren servir a sus semejantes, háganlo dejando ver de un modo patente el poder y realidad de la conciencia, humillándose voluntariamente y haciendo penitencia.

¿Querrás hacerme creer, ¡oh sabio y piadoso amigo! que un falso exterior puede hacer más por la gloria de Dios o el bienestar de los hombres, que la pura y simple verdad? Créeme, esos hombres se engañan a sí mismos.

—Tal vez sea así,—dijo el joven ministro con aire indiferente, como esquivando una discusión que consideraba poco del caso o no muy razonable; pues poseía en alto grado la facultad de desentenderse de un tema que agitara su temperamento demasiado nervioso y sensible.

Tal vez sea así, continuó, pero ahora quiero preguntar a mi hábil médico si cree en realidad que me ha sido de provecho el bondadoso cuidado que viene teniendo de esta mi débil máquina humana.

Antes que el médico pudiera responder, oyeron la risa clara y alocada de un labio infantil en el cementerio contiguo. Mirando instintivamente por la ventana entreabierta, pues era verano, el joven ministro vio a Ester y a Perla en el sendero que atravesaba el recinto sepulcral.

Perla lucía tan bella como la luz de la aurora, pero se encontraba precisamente en uno de esos accesos de alegría maligna, que cuando

se presentaban, parece como que la segregaban por completo de todo lo que era humano.

Iba saltando sin respeto alguno de sepultura en sepultura, hasta que llegó a una cubierta con una gran lápida en que había grabado un escudo de armas, y se puso a bailar sobre ella.

En respuesta a las amonestaciones de su madre, la niña se detuvo un momento para arrancar los espinosos capullos de una cardencha que crecía junto a la tumba.

Tomando un puñado de capullos, los fue prendiendo a lo largo de las líneas de la letra escarlata que decoraba el pecho de su madre, a la que se quedaron tenazmente adheridos. Ester no se los arrancó.

El médico que, entretanto, se había acercado a la ventana, dirigió una mirada al cementerio, y sonrió amargamente.

—En la naturaleza de esa niña,—dijo tanto para sí como dirigiéndose a su compañero,—no hay ni ley, ni reverencia por la autoridad, ni consideración a las opiniones y costumbres de los demás, sean buenas o malas. Días pasados la ví rociar con agua al Gobernador mismo en el bebedero para el ganado.

¿Qué es esta niña, en fin, en nombre del cielo? ¿Es un trasgo completamente perverso? ¿Tiene afectos de alguna clase? ¿Tiene algún principio patente?

—Ninguno, excepto la libertad que proviene del quebrantamiento de una ley,—respondió el Sr. Dimmesdale con reposado acento, como si hubiera estado discutiendo este asunto consigo mismo. Si es capaz de algo bueno, no lo sé.

Probablemente la niña oyó la voz de estos hombres, porque alzando con inteligente y maliciosa sonrisa los ojos hacia la ventana, arrojó uno de los capullos espinosos al Reverendo Sr. Dimmesdale, quien con nerviosa mano y cierto temor trató de esquivar el proyectil.

Perla, notando su inquietud, palmoteó con la alegría más extravagante.

Ester también había alzado los ojos involuntariamente; y todas estas cuatro personas, viejos y jóvenes, se miraron unos a otros en silencio, basta que la niña prorrumpió en una carcajada, y gritó:

—Vámonos, madre; vámonos, o ese viejo Hombre Negro que está ahí te atrapará. Ya se ha apoderado del ministro. Vámonos, madre, vámonos, o te atrapará también. Pero no puede atrapar a Perlita.

É hizo partir a su madre, saltando, bailando, retozando fantásticamente entre los túmulos de los muertos, como criatura que nada tuviese de común con las generaciones allí enterradas, ni aun el más remoto parentesco con ellas.

Parecía como si hubiera sido creada de nuevos elementos, debiendo por lo tanto vivir forzosamente una existencia aparte, con leyes propias y especiales, sin que pudieran considerarse un crimen sus excentricidades.

—Ahí va una mujer,—prosiguió el médico después de una pausa,—que sean cuales fueren sus faltas, no tiene nada de esa misteriosa corrupción oculta que creéis debe ser tan dura de llevar. ¿Pensáis acaso que Ester Prynne es menos infeliz a causa de esa letra escarlata que ostenta en el seno?

—Así lo creo,—replicó el ministro. Sin embargo, no puedo responder por ella. Hay en su rostro una expresión de dolor, que hubiera deseado no haber visto.

Creo, no obstante, que es mucho mejor para el paciente hallarse en libertad de mostrar su dolor, como acontece con esta pobre Ester, que no llevarlo oculto en su corazón.

Hubo otra pausa; y el médico empezó de nuevo a examinar y a arreglar las plantas que había recogido.

—Me preguntásteis, no ha mucho, dijo, mi opinión acerca de vuestra salud.

—Así lo hice,—respondió Dimmesdale,—y me alegraría conocerla. Os ruego que habléis francamente, sea cuál fuere vuestra sentencia.

—Pues bien, con toda franqueza y sin rodeos,—dijo el médico ocupado aun en el arreglo de sus hierbas, pero observando con circunspección al Sr.

Dimmesdale,—la enfermedad es muy extraña; no tanto en sí misma, o en su manera de manifestarse exteriormente, a lo menos hasta donde puedo juzgar por los síntomas que me ha sido dado observar.

Viéndoos diariamente, mi buen señor, y habiendo estudiado durante meses los cambios de vuestra fisonomía, podría quizás consideraros un hombre bastante enfermo, aunque no tan enfermo que un médico instruído y vigilante no abrigara la esperanza de curar. Pero—no sé qué decir,—la enfermedad parece serme conocida, y sin embargo no la conozco.

—Estáis hablando en enigmas, mi sabio señor, dijo el pálido ministro mirando por la ventana hacia afuera.

—Entonces, para hablar con más claridad,—continuó el médico, y os pido perdón, si es necesario que se me perdone la franqueza de mi lenguaje,—permitidme que os pregunte,—como amigo vuestro, a cuyo cargo ha puesto la Providencia vuestra vida y bienestar físico,—si me habéis expuesto y referido completamente todos los efectos y síntomas de esta enfermedad.

—¿Cómo podéis hacerme semejante pregunta?—replicó el ministro. Sería ciertamente un juego de niños llamar a un médico y ocultar la llaga.

—Me dais, pues, a entender que lo sé todo,—dijo Rogerio Chillingworth con acento deliberado y fijando en el ministro una mirada perspicaz, llena de intensa y concentrada inteligencia.

Así será; pero aquel a quien se le expone solamente el mal físico y externo, a veces no conoce sino la mitad del mal para cuya curación se le ha llamado. Una enfermedad del cuerpo, que consideramos un todo completo en sí mismo, puede acaso no ser sino el síntoma de alguna perturbación puramente espiritual.

Os pido de nuevo perdón, mi buen amigo, si mi lenguaje os ofende en lo más mínimo; pero de todos los hombres que he conocido, en ninguno, como en vos, la parte física se halla tan completamente amalgamada e identificada, si se me permite la expresión, con la parte espiritual de que aquella es el mero instrumento.

—En ese caso no necesito haceros más preguntas,—dijo el ministro levantándose un tanto precipitadamente de su asiento. No creo que tengáis a vuestro cargo la cura de almas.

—Esto hace,—continuó el médico sin alterar la voz, ni fijarse en la interrupción, pero poniéndose en pie frente al extenuado y pálido ministro,—que una enfermedad, que un lugar llagado, si podemos llamarlo así, en vuestro espíritu, tenga inmediatamente su manifestación adecuada en vuestra forma corpórea. ¿Quisiérais que vuestro médico curara el mal físico?

Pero ¿cómo podrá hacerlo sin que primero le dejéis ver la herida o pesadumbre de vuestra alma?

—¡No!—¡no a ti!—no a un médico terrenal!—exclamó el Sr. Dimmesdale con la mayor agitación y fijando sus ojos grandemente abiertos, brillantes, y con una especie de fiereza, en el viejo Rogerio Chillingworth. ¡No a ti!

Pero si fuere una enfermedad del alma la que tengo, entonces me pondré en manos del único Médico del alma; él puede curar o puede matar según juzgue más conveniente. Haga conmigo en su justicia y sabiduría lo que crea bueno. Pero ¿quién eres tú, que te mezclas en este asunto?

¿Tú, que te atreves a interponerte entre el paciente y su Dios?

Y con ademán furioso salió a toda prisa de la habitación.

—Me alegro de haber dado este paso,—se dijo el médico para sus adentros, siguiendo con las miradas al ministro y con una grave sonrisa. Nada hay perdido. Seremos amigos de nuevo y pronto. Pero ved ¡cómo la cólera se apodera de este hombre y lo pone fuera de sí!

Y lo mismo que acontece con un sentimiento acontece con otro. Este piadoso Sr. Dimmesdale ha cometido antes de ahora una falta, en un momento de ardiente arrebato.

No fue difícil restablecer la intimidad de los dos compañeros, en el mismo estado y condición que antes.

El joven ministro, después de unas cuantas horas de soledad, comprendió que el desorden de sus nervios le había hecho incurrir en una explosión de ira, sin que en las palabras del médico hubiera habido algo que pudiera disculparle.

Se maravilló de la violencia con que había tratado al bondadoso anciano, cuando no hacía más que emitir una opinión y dar un consejo que eran parte de su deber como médico, y que él mismo había solicitado expresamente.

Lleno de estas ideas de arrepentimiento, no perdió tiempo en darle la más completa satisfacción, y en suplicar a su amigo que continuase con su tarea y cuidados, que si no llegaban a restablecer completamente su salud, habían sido indudablemente parte a prolongar su débil existencia hasta aquella hora.

El anciano Rogerio accedió fácilmente, y continuó su vigilancia médica, haciendo cuanto podía en beneficio del ministro, con la mayor buena fe, pero saliendo siempre de la habitación del paciente, después de una entrevista facultativa, con una sonrisa misteriosa y extraña en los labios.

Esta expresión era invisible en la presencia de Dimmesdale, pero se volvía más intensa cuando el médico cruzaba el umbral.

—¡Un caso extraño!—murmuraba. Necesito escudriñarlo más profundamente. ¡Rara simpatía entre alma y cuerpo! Aunque no fuera más que en beneficio de la ciencia, tengo que investigar este asunto a fondo.

Poco tiempo después de la escena arriba referida, aconteció que el Reverendo Sr. Dimmesdale, al mediodía, y enteramente de improviso, cayó en profundísimo sueño mientras, sentado en su sillón, estaba leyendo un volumen en folio que yacía abierto sobre la mesa.

La intensidad del reposo del ministro era tanto más notable, cuanto que era una de esas personas de sueño por lo común ligero, no continuado, y fácil de interrumpirse por la menor causa.

Pero su espíritu no estaba tan hondamente aletargado, que le impidiera moverse en el sillón cuando el anciano médico, sin ningunas precauciones extraordinarias, entró en el cuarto.

Chillingworth se dirigió sin vacilar a su enfermo amigo, y poniendo la mano en el seno de éste, echó a un lado el vestido que lo había mantenido cubierto siempre, aún a las miradas del facultativo.

Entonces fue cuando el Sr. Dimmesdale se estremeció y hasta se movió ligeramente.

Después de una breve pausa el médico se retiró. ¡Pero con qué feroz mirada de sorpresa, de alegría y de horror!

¡Con qué siniestro placer, demasiado intenso para que pudiera hallar plena expresión en sus miradas y facciones, y que por lo tanto se esparció por toda la fealdad de su rostro y cuerpo, manifestándose por medio de extravagantes gestos y ademanes, ya levantando los brazos hacia el cielo, ya golpeando el suelo con los pies!

Si alguien hubiera podido ver en aquel momento de éxtasis al viejo Rogerio Chillingworth, no tendría que preguntarse cómo se comporta Satanás cuando logra que se pierda un alma preciosa para el cielo y la gana para el infierno.

Pero lo que distinguía el éxtasis del médico del que experimentaría Satanás, era la expresión de asombro que lo acompañaba.

Capítulo undécimo

El interior de un corazón

Después del suceso últimamente referido, las relaciones entre Dimmesdale y el médico, aunque en apariencia las mismas, eran en realidad de un carácter distinto al que habían tenido antes. El médico veía ahora una senda bien sencilla que seguir, aunque no precisamente la que él se había trazado.

A pesar de lo tranquilo, apacible y frío que parecía, era de temerse que existiera en él un fondo de malignidad, hasta entonces latente, pero ahora activa, que le impulsaba a imaginar una venganza más íntima que la que ningún otro mortal hubiera tomado jamás de su enemigo.

Aspiró a convertirse en el amigo fiel a cuyo corazón se confiara todo el temor, el remordimiento, la agonía, el arrepentimiento inútil, la repetida invasión de ideas pecaminosas que en vano había querido rechazar.

Todo aquel dolor culpable, oculto a las miradas del mundo y del que éste se habría compadecido y le habría perdonado, debía revelársele a él, el Implacable, a él, que no perdonaría jamás.

¡Todo aquel tenebroso secreto tenía que mostrarse precisamente al hombre a quien ninguna otra cosa podría colmar, como esta y de una manera tan completa, el deseo de venganza!

La natural reserva y esquivez del joven ministro había sido un obstáculo para este plan. El médico, sin embargo, no estaba dispuesto a

darse por satisfecho con el aspecto que, casi providencialmente, tomó el asunto en sustitución a los negros planes que él se trazara.

Podía decir que se le había hecho una revelación; y poco le importaba que su procedencia fuera celestial o infernal. Gracias a esa inesperada revelación, en todas sus relaciones subsecuentes con el Sr.

Dimmesdale, parecía que lo más recóndito del alma del joven ministro estaba visible a los ojos del médico para que pudiese observar y estudiar sus más íntimas emociones. Desde entonces se convirtió, no sólo en espectador, sino también en actor principal de lo que pasaba en lo más recóndito del pecho del pobre ministro.

Podía hacer de él lo que quisiera. Si se le antojaba despertarle con una sensación de agonía, ahí estaba su víctima sobre el potro del tormento. Sólo necesitaba mover ciertos resortes de su alma, que el médico conocía perfectamente. ¿Quería estremecerle con un súbito temor?

Como si obedeciese a la varilla de un mágico prodigioso, surgían mil visiones de formas diferentes, que giraban en torno del infeliz eclesiástico con los dedos apuntando a su pecho.

Todo esto lo ejecutaba con tan perfecta sutileza, que el ministro, aunque constantemente con una vaga percepción de que algo maligno le estaba vigilando, nunca pudo darse cuenta exacta de su verdadera naturaleza. Es cierto que miraba con duda y temor, y aun a veces con espanto e intensa aversión, al viejo médico.

Sus gestos, sus movimientos, su barba gris, sus acciones más insignificantes e indiferentes, hasta el corte y la moda de su traje, le eran odiosos: señal todo de una antipatía en el corazón del ministro más profunda de lo que él se hallaba dispuesto a confesarse a sí mismo.

Y como era imposible asignar una causa a tal desconfianza y aversión, el Sr. Dimmesdale, con la conciencia de que el veneno de algún

punto mórbido en su espíritu le estaba inficionando todo el corazón, atribuía a esto todos sus presentimientos.

Se empeñó, pues, en curarse de sus antipatías hacia el viejo médico, y sin parar mientes en lo que debía haber deducido de ellas, hizo cuanto pudo para extirparlas.

Siéndole imposible conseguirlo, continuó sus hábitos de relaciones familiares con el anciano, proporcionándole de este modo oportunidades constantes para que el vengativo médico,—pobre y mísera criatura más infeliz que su víctima,—consiguiese el fin a que había dedicado toda su energía.

Mientras padecía corporalmente, con el alma corroída y atormentada por alguna causa tenebrosa, y entregado por completo a las maquinaciones de su más mortal enemigo, el Reverendo Sr. Dimmesdale había ido alcanzado una brillante popularidad en su sagrado ministerio. En gran parte la obtuvo seguramente merced a sus padecimientos.

Sus dotes intelectuales, sus percepciones morales, su facultad de comunicar a otros las emociones que él mismo experimentaba, le mantenían en un estado de actividad sobrenatural debido a la angustia e inquietud de su vida diaria.

Su fama, aunque todavía en constante ascenso, había dejado ya en la sombra las reputaciones menos brillantes de algunos de sus colegas, entre los cuales se contaban hombres que habían empleado en adquirir sus conocimientos teológicos muchos más años que los que tenía de edad el Sr.

Dimmesdale, y que por lo tanto deberían de hallarse mucho más llenos de sólida ciencia que su joven compañero.

Había otros dotados de más tenaz empeño, de mayor peso y gravedad, cualidades que, unidas a cierta dosis de conocimientos teológi-

cos, constituye una variedad eficiente y altamente digna de respeto, aunque poco amable, de la especie clerical.

Otros había, verdaderos Santos Padres, cuyas facultades se habían desenvuelto con el paciente, constante e infatigable estudio de los libros, y cuya pureza de vida puede decirse que los había puesto en comunicación espiritual con un mundo superior.

Pero todos estos hombres carecían de aquel don divino que descendió sobre los discípulos del Señor en lenguas de llamas el día de Pentecostés, simbolizando, no solo la facultad de hablar en idiomas extraños y desconocidos, sino la de dirigirse a todo el género humano en el idioma propio del corazón.

Todos estos ministros, por lo demás muy apostólicos, carecían de ese don divino de una lengua de llamas. Vanamente habrían procurado, dado el caso que lo intentaran, expresar las verdades más sublimes por medio de voces e imágenes familiares.

Probablemente que a esta clase pertenecía el Sr. Dimmesdale tanto por temperamento como por educación. Se habría remontado a las altas cimas de la fe y de la santidad, a no habérselo impedido el peso del crímen, de la angustia, o de lo que fuere, que le arrastraba hacia abajo.

Este peso,—no obstante ser él un hombre de etéreos atributos cuya voz hubieran escuchado tal vez los mismos ángeles,—le mantenía al nivel de los más humildes; pero al mismo tiempo le ponía en más íntima relación con la humanidad pecadora, de modo que su corazón vibraba al unísono del de ésta, comprendiendo sus dolores, y haciendo compartir los suyos propios a millares de corazones, por medio de su elocuencia melancólica y persuasiva, aunque a veces terrible.

El pueblo culpable conocía el poder que de tal modo lo conmovía. Las gentes pensaban que el joven ministro era un milagro de santidad: se imaginaban que por su boca hablaba el cielo, ya para consolarlas, ya para reprobarlas o bien para decirles palabras de amor o de sabiduría.

A sus ojos, el terreno que pisaba estaba santificado. Las jóvenes doncellas de su iglesia se volvían cada vez más pálidas en torno suyo, víctimas de una pasión tan llena de sentimiento religioso, que imaginaban ser todo solamente religión, y la ofrecían públicamente al pie de los altares como el más aceptable de los sacrificios.

Los miembros ancianos de su feligresía, contemplando la delicada constitución física del Sr.

Dimmesdale, y comparándola con el vigor de las suyas, a pesar de la diferencia de edad, creían que les precedería en su viaje a la región celestial, y recomendaban a sus hijos que enterrasen sus viejos restos junto a la santa fosa del joven ministro. Y mientras tanto, cuando el infortunado Sr.

Dimmesdale pensaba en su sepultura, se preguntaba si sería posible que la hierba creciera sobre ella, puesto que allí había de enterrarse una cosa maldecida.

¡Es inconcebible la angustia de que le llenaba esta veneración pública! Adorar la verdad era en él un impulso genuino, así como considerar vacío, vano y completamente desprovisto de todo peso y valor, lo que no estaba vivificado por la verdad. ¿Qué era él, pues? ¿Algo corpóreo, o la más impalpable de las sombras?

Anhelaba, por lo tanto, hablar una vez por todas desde lo alto de su púlpito, y decir en alta voz, ante todo el mundo, lo que él en realidad era:—"Yo, a quien veis vestido con este negro traje del sacerdocio; —yo, que asciendo al sagrado púlpito y levanto hacia el cielo el rostro

pálido tratando de ponerme en relación, en nombre vuestro, con el Todopoderoso;—yo, en cuya vida diaria creéis discernir la santidad de Enoch;—yo, cuyas pisadas, como suponéis, dejan una huella luminosa en mi sendero terrenal, que servirá a los peregrinos que vengan después de mí para guiarlos a la región de los bienaventurados;—yo, que he puesto el agua del bautismo sobre la cabeza de vuestros hijos;—yo, que he repetido las últimas preces por las almas de los que han partido para siempre;—yo, vuestro pastor, a quien tanto reverenciáis y en quien tanto confiáis, yo no soy más que una mentira y una profanación."

Más de una vez el Reverendo Dimmesdale había subido al púlpito con el firme propósito de no descender hasta haber pronunciado palabras como las anteriores. Más de una vez se había limpiado la garganta, y tomado largo, profundo y trémulo aliento para librarse del tenebroso secreto de su alma.

Más de una vez,—no, más de cien veces,—había realmente hablado. ¡Hablado! Pero ¿cómo?

Había dicho a sus oyentes que él era un sér completamente abyecto, el más abyecto entre los abyectos, el peor de los pecadores, una abominación, una cosa de iniquidad increíble; y que lo único digno de sorpresa era que no viesen su miserable cuerpo calcinarse en su presencia por la ardiente cólera del Todopoderoso.

¿Podía darse un lenguaje más claro que éste? ¿No se levantarían los oyentes de sus asientos, por impulso simultáneo, y le harían descender del púlpito que estaba contaminando con su presencia? No; de ningún modo. Todos oyeron eso, y todos le reverenciaron mucho más.

No tenían la menor sospecha del terrible alcance de estas palabras con que él mismo se condenaba. "¡El excelente joven!—se decían unos a otros. ¡El santo sobre la tierra!

¡Ay! si en la pureza de armiño de su alma puede él percibir semejante iniquidad, ¡qué horrible espectáculo no verá en la tuya o en la mía!"

Bien sabía Dimmesdale,—hipócrita sutil, aunque lleno de remordimientos,—de qué modo se consideraría esta vaga confesión.

Había tratado de forjarse una especie de ilusión, exponiendo al público el espectáculo de una conciencia culpable, pero consiguió solamente recargarse con un nuevo pecado, y agregar una nueva vergüenza a la antigua, sin obtener siquiera el momentáneo consuelo de engañarse a sí mismo.

Había hablado la pura verdad, transformándola sin embargo en la falsedad más completa. Y no obstante esto, por instinto, por educación, por principios, amaba la verdad y aborrecía la mentira como pocos hombres. Pero ante todas cosas, y más que todo, se detestaba a sí propio.

Sus angustias íntimas le habían llevado a adoptar prácticas más en armonía con las de la iglesia católica, que no con las de la protestante en que había nacido y se había educado. Encerrándose en su alcoba, bajo llave, se entregaba al empleo de la disciplina en su enfermo cuerpo.

Con frecuencia este ministro protestante y puritano se las había aplicado a las espaldas, riéndose amargamente de sí mismo al mismo tiempo, y fustigándose aun más implacablemente a causa de esta risa amarga.

Como otros muchos piadosos puritanos tenía por costumbre ayunar; aunque no como ellos para purificar el cuerpo y hacerlo más digno de la inspiración celestial, sino de una manera rigorosa, hasta que le temblaban las rodillas, y como un acto de penitencia.

Pasaba también en vela noche tras noche, algunas veces en completa obscuridad; otras alumbrado sólo por la luz vacilante de una lámpara; y otras contemplándose el rostro en un espejo iluminado por la luz más fuerte que le era posible obtener, simbolizando de este modo el constante examen interior con que se torturaba, pero con el cual no podía purificarse.

En estas prolongadas vigilias su cerebro se turbaba, y entonces creía ver visiones que flotaban ante sus ojos; quizás las percibía confusamente a la débil luz que de ellas irradiaba, en la parte más remota y obscura de su habitación, o más distintamente, y a su lado, reflejándose en el espejo.

Ya era una manada de formas diabólicas que hacían visajes al pálido ministro, mofándose de él e invitándole a seguirlas; ya un grupo de brillantes ángeles que se remontaban al cielo, llenos de dolor, tornándose más etéreos a medida que ascendían.

Ó eran los amigos de su juventud, ya muertos, y su padre, de blanca barba, frunciendo piadosamente el entrecejo, y su madre, que le volvía el rostro al pasar por su lado. ¡Espíritu de una madre! Creo que habría arrojado una mirada de compasión a su hijo.

Y luego, al través de la habitación que hacían tan horrible estas visiones espectrales, se deslizó Ester Prynne, llevando de la mano a Perlita, en su traje color de escarlata, y señalando con el índice, primeramente la letra que brillaba en su seno, y luego el pecho del joven eclesiástico.

Ninguna de estas visiones le engañó jamás por completo.

En cualquier instante, con un esfuerzo de su voluntad, podía convencerse de que no eran sustancias corpóreas sino creaciones de su inquieta imaginación; pero a pesar de todo, en cierto sentido, eran las

cosas más verdaderas y reales con que el pobre ministro tenía ahora que hacer.

En una vida tan falsa como la suya, el dolor más indecible consistía en que las realidades que nos rodean, destinadas por el cielo para sustento y alegría de nuestro espíritu, se veían privadas de lo que constituye su propia vida y esencia.

Para el hombre falso, el universo entero es falso, impalpable, y todo lo que palpa se convierte en nada. Y él mismo, mostrándose bajo un falso aspecto, se convierte en una sombra, o acaso cesa de existir. La única verdad que continuaba dando al Sr.

Dimmesdale una existencia real en este mundo, era la agonía latente en lo más recóndito de su alma, y la no disfrazada expresión de la misma en todo su aspecto exterior. Si hubiera hallado una vez la facultad de sonreir, y presentar un rostro alegre, no habría sido el hombre que era.

En una de esas terribles noches que hemos tratado vanamente de describir, el ministro se levantó sobresaltado de su asiento. Una nueva idea se le había ocurrido. Podría haber un momento de paz en su alma.

Vistiéndose con el mismo esmero que si fuera a desempeñar su sagrado ministerio, y precisamente de la misma manera, descendió las escaleras sin hacer ruido, abrió la puerta y salió a la calle.

Capítulo duodécimo

La vigilia del ministro

Andando como en un sueño, y quizá realmente bajo la influencia de una especie de sonambulismo, el Sr. Dimmesdale llegó al lugar en que, años atrás, Ester había sufrido las primeras horas de su ignominia pública.

El mismo tablado, negro y percudido por las lluvias, soles y tormentas de siete largos años, con los escalones gastados por las pisadas de los muchos reos que desde aquella época los habían subido, se elevaba allí bajo el balcón de la iglesia o casa de reunión. El ministro ascendió los escalones.

Era una obscura noche de principios de Mayo. El cielo estaba cubierto en toda su extensión con un manto espeso de nubes.

Si la misma multitud que presenció el castigo de Ester Prynne hubiera podido ser convocada ahora, no le habría sido posible distinguir las facciones de rostro alguno en el tablado, ni apenas los contornos de una forma humana en las profundas tinieblas de la media noche. Pero la población toda estaba entregada al sueño.

No había peligro de que pudieran sus moradores descubrir nada. El ministro podía permanecer allí de pie, si así le agradaba, hasta que la mañana tiñera de rojo el oriente, sin correr otro riesgo sino el daño que el aire frío y húmedo de la noche pudiera ocasionar a su organismo.

Ningún ojo alcanzaría a verle, excepto Aquél, siempre alerta y despierto, que le había visto cuando estaba encerrado en su alcoba

retirada azotándose con las sangrientas disciplinas. ¿Por qué, pues, había ido allí? ¿Era aquello acaso una parodia de penitencia?

Sí, una parodia, pero en la cual su alma se engañaba a sí misma mientras los ángeles vertían triste llanto y el enemigo de los hombres se regocijaba.

Había ido allí arrastrado a impulsos del Remordimiento, que donde quiera le acosaba, y cuya compañera era aquella Cobardía que invariablemente le hacía retroceder en el momento mismo en que iba a desplegar los labios. ¡Pobre, infeliz hombre! ¿Qué derecho tenía de abrumar bajo el peso del delito hombros tan flacos como los suyos?

El crimen es para los fuertes que o pueden soportarlo en silencio, o librarse de él descargando de una vez su conciencia si encuentran el peso demasiado grave.

Pero esta alma tan extremadamente débil y sensible no podía hacer ni lo uno ni lo otro, sino vacilar contínuamente entre los dos extremos, enredándose cada vez más en los lazos inextricables de la agonía de un inútil arrepentimiento y de un oculto delito.

Y así, mientras se hallaba en el tablado, ocupado en la tarea de esta vana muestra de expiación, se vio Dimmesdale sobrecogido de un gran horror, como si el universo entero estuviera contemplando una marca escarlata en su seno desnudo, precisamente encima de la región del corazón.

Y en aquel lugar, en verdad, estaba, y allí había estado desde hace largo tiempo, el roedor y emponzoñado diente del dolor físico.

Sin esfuerzo ninguno de su voluntad para impedirlo, y sin poder dominarse, lanzó un grito agudo penetrante, que fue repercutiendo de casa en casa, y que devolvieron las colinas lejanas, como si una comparsa de espíritus malignos, conociendo cuanto horror y miseria

encerraba aquel grito, se hubiera divertido en hacer rebotar el sonido de un lado a otro.

¡Ya no hay remedio!—exclamó el eclesiástico cubriéndose el rostro con las manos,—la ciudad toda se despertará y saldrá a la calle apresuradamente y me hallará aquí.

Pero no fue así. El gritó resonó tal vez en sus asustados oídos con mayor fuerza de la que realmente tuvo.

La población no se despertó; o si algunos se despertaron, lo atribuyeron a algo horrible que pasó en un sueño, o al ruido de las brujas o hechiceras cuyas voces, en aquella época, se oían con frecuencia en los lugares solitarios cuando cruzaban el aire en compañía de Satanás. El Sr.

Dimmesdale, por lo tanto, no oyendo nada que indicase una alarma general, separó las manos del rostro y miró en torno suyo.

En una de las ventanas de la casa del Gobernador, que estaba a cierta distancia, vio la figura del anciano magistrado envuelta en una blanca bata de dormir, con una lámpara en la mano y un gorro de noche en la cabeza. Parecía una fantasma evocada en mal hora. El grito evidentemente le había asustado.

En otra ventana de la misma casa apareció la vieja Señora Hibbins, hermana del Gobernador, también con una lámpara que, aun a la distancia en que se encontraba, dejaba ver la expresión displicente y dura del rostro de la señora. Esta asomó la cabeza por el postigo y miró hacia arriba con cierta ansiedad.

Seguramente la venerable hechicera había oído también el grito del Sr. Dimmesdale y creyó que era, con la multitud de sus ecos y repercusiones, el clamor de los demonios y de las brujas nocturnas con quienes, como es sabido, tenía la costumbre de hacer excursiones a la selva.

Al notar la luz de la lámpara del Gobernador, la anciana señora apagó prontamente la suya y desapareció probablemente entre las nubes. El ministro no la volvió a ver.

El magistrado, después de una escrupulosa observación de las tinieblas, en las que por otra parte nada le habría sido posible distinguir, se retiró de la ventana.

El ministro entonces se tranquilizó algo.

Pronto distinguió, sin embargo, el brillo de una luz lejana que se iba acercando gradualmente, y que le permitía reconocer allá un objeto, más acá otro, tales como la puerta arqueada de una casa, con aldabón de hierro, una bomba de agua, etc., que fijaban su atención, a pesar de que estaba firmemente convencido de que a medida que se aproximaba aquella luz, que pronto daría de lleno en su rostro, se iba también acercando el momento en que su suerte quedaría decidida y revelado el funesto secreto oculto por tanto tiempo.

Cuando la luz estuvo más cerca, pudo distinguir la figura de su hermano en religión, o para hablar con más propiedad, de su padre espiritual al mismo tiempo que muy estimado amigo, el Reverendo Sr. Wilson quien, como el Sr. Dimmesdale conjeturaba con razón, había estado rezando a la cabecera de un moribundo.

El bueno y anciano ministro venía precisamente de la alcoba mortuoria del Gobernador Winthrop, que acababa de pasar a mejor mundo, y se dirigía ahora a su casa alumbrándose con una linterna. El brillo de ésta había hecho imaginar al Sr.

Dimmesdale que veía al buen padre Wilson rodeado de un halo o corona radiante como la de los santos varones de otros tiempos, lo que le daba un aspecto de gloriosa beatitud en medio de esta noche sombría del pecado.

Dimmesdale se sonrió, mejor dicho, se echó a reir ante tales ideas sugeridas por la luz de la linterna, y se preguntó si se había vuelto loco.

Cuando el Reverendo Sr. Wilson pasó junto al tablado, envolviéndose muy bien en los pliegues de su manto genovés con una mano, mientras sostenía con la otra la linterna, el Sr. Dimmesdale apenas pudo reprimir el deseo de hablar.

—Buenas noches, venerable padre Wilson; os ruego que subáis y que paséis un rato en mi compañía.

¡Cielos! ¿Había hablado realmente el Sr. Dimmesdale? Así lo creyó él mismo un instante; pero esas palabras fueron pronunciadas sólo en su imaginación. El venerable padre Wilson continuó lentamente su camino, teniendo el mayor cuidado en evitar mancharse con el lodo de la calle, y sin volver siquiera la cabeza hacia el fatídico tablado.

Cuando la luz de su linterna se hubo desvanecido a lo lejos por completo, el joven ministro se dio cuenta, por la especie de desmayo que le sobrecogió, de que los últimos momentos habían sido para él una crisis de terrible ansiedad, aunque su espíritu había hecho un esfuerzo involuntario para salir de ella con la especie de apóstrofe semijocoso dirigido al Sr.

Wilson.

Poco después se deslizó nuevamente en Dimmesdale el sentimiento de lo grotesco en medio de las solemnes visiones que se forjaba su cerebro. Creyó que las piernas se le iban poniendo rígidas con el frío de la noche, y empezó a imaginarse que no podría descender los escalones del tablado.

La mañana se acercaba entretanto y allí se encontraría él: los vecinos empezarían a levantarse.

El más madrugador, saliendo en la semiobscuridad del crepúsculo, percibiría una vaga figura de pie en el lugar consagrado a expiar los crímenes y delitos; y casi fuera de juicio, movido de susto y de curiosidad, iría llamando de puerta en puerta a todo el pueblo para que viniese a contemplar el espectro,—pues así se lo figuraría,—de algún difunto criminal.

En esto, la luz de la mañana iría creciendo cada vez en intensidad: los ancianos patriarcas de la población se irían levantando apresuradamente, cada uno envuelto en su bata de franela, y las respetables matronas sin detenerse a cambiar su traje de dormir.

Toda la congregación de personas decentes y decorosas, que jamás hasta entonces se habían dejado ver con un solo cabello despeinado, se presentarían ahora con la cabellera y el vestido en el mayor desorden.

El viejo Gobernador Bellingham saldría con severo rostro llevando sus cuellos de lechuguilla al revés; y la Señora Hibbins, su hermana, vendría con algunos ramitos de la selva prendidos a su traje, y con rostro más avinagrado que nunca, como que apenas había podido dormir un minuto después de su paseo nocturno; y el buen padre Wilson se presentaría también, después de haber pasado la mitad de la noche junto a la cabecera de un moribundo, sin que le hubiera agradado mucho que le turbaran el sueño tan temprano.

Vendrían igualmente los dignatarios de la iglesia del Sr. Dimmesdale y las jóvenes vírgenes que idolatraban a su pastor espiritual y le habían erigido un altar en sus puros corazones. Todos llegarían apresuradamente, dando tumbos y tropiezos, y dirigiendo con espanto y horror las miradas hacia el tablado fatídico.

¿Y a quién percibirían allí a la luz rojiza de la aurora? ¡A quién, sino al Reverendo Arturo Dimmesdale, medio helado de frío, abrumado de vergüenza, y de pie donde había estado Ester Prynne!

Movido por el grotesco horror de este cuadro, el ministro, olvidándose de su inquietud y alarma infinitas, prorrumpió en una carcajada, que fue respondida inmediatamente por una risa ligera, aérea, infantil, en la que con un estremecimiento del corazón—que no sabía si era de intenso dolor, o de placer extremo,—reconoció el acento de la pequeña Perla.

—¡Perla! ¡Perlita!—exclamó después de un momento de pausa; y luego, con voz más baja, agregó:—Ester, Ester Prynne, ¿estáis ahí?

—Sí; es Ester Prynne,—replicó ella con acento de sorpresa;—y el ministro oyó sus pisadas que se iban acercando.—Soy yo y mi pequeña Perla.

—¿De dónde venís, Ester?—preguntó el ministro. ¿Qué os ha traído aquí?

—He estado velando a un moribundo,—respondió Ester,—he estado junto al lecho de muerte del Gobernador Winthrop, he tomado las medidas para su traje, y ahora me dirijo a mi habitación.

—Sube aquí, Ester; ven tu con Perlita, dijo el Reverendo Sr. Dimmesdale. Ambas habéis estado aquí antes de ahora, pero yo no me hallaba a vuestro lado. Subid aquí una vez más, y los tres estaremos juntos.

Ester subió en silencio los escalones, y permaneció de pie en el tablado, asiendo a Perla de la mano. El ministro tomó entre las suyas la otra mano de la niña.

No bien lo hizo, parece como si una nueva vida hubiera penetrado en su sér, invadiendo su corazón a manera de un torrente y esparciéndose por sus venas. Se diría que madre e hija estaban comunicando su calor vital a la naturaleza medio congelada del joven eclesiástico. Los tres formaban una cadena eléctrica.

—¡Ministro!—susurró la pequeña Perla.

—¿Qué deseas decir, niña?—le preguntó el Sr. Dimmesdale.

—¿Quieres estar aquí mañana al mediodía con mi madre y conmigo?—preguntó Perla.

—No; no así, Perlita mía,—respondió el ministro; porque con la nueva energía adquirida en aquel instante, se apoderó de él todo el antiguo temor de revelación pública que por tanto tiempo fue la agonía de su vida, y ya estaba temblando, aunque con una mezcla de extraña alegría, al fijarse en la situación en que se encontraba en la actualidad.—No, no así, niña mía, continuó.

Estaré de pie contigo y con tu madre otro día; sí, otro día; pero no mañana.

Perla se rió e intentó desasir la mano que le tenía asida el ministro, pero éste la mantuvo firme.

—Un instante más, niña mía,—dijo.

—Pero ¿quieres prometerme que mañana al mediodía nos tomarás de la mano a mi madre y a mí?—le preguntó Perla.

—No, no mañana, Perla,—dijo el ministro,—pero otro día.

—¿Qué día?—persistió la niña.

—En el gran día del Juicio Final,—murmuró el eclesiástico, que se vio como obligado a responder de este modo a la niña en su carácter sagrado de ministro del altar.—Entonces, y allí ante el Juez Supremo, continuó, tendremos que comparecer tu madre, tú y yo, al mismo tiempo.

Pero la luz del sol de este mundo no habrá de vernos reunidos.

Perla empezó a reir de nuevo.

Pero antes de que el Sr. Dimmesdale hubiera terminado de hablar, brilló una luz en toda la extensión del obscuro horizonte. Fue sin duda uno de esos meteoros que el observador nocturno puede ver a

menudo, que se inflaman, brillan y se extinguen rápidamente en las regiones del espacio.

Tan intenso fue su esplendor, que iluminó por completo la densa masa de nubes entre el firmamento y la tierra.

La bóveda celeste resplandeció de tal modo, que dejó ver la calle como si estuviera alumbrada por la luz del mediodía, pero con la extrañeza que siempre comunica a los objetos familiares una claridad no acostumbrada.

Las casas de madera, con sus pisos que sobresalían y sus curiosos caballetes rematados en punta; las escaleras de las puertas y los quicios con las primeras hierbas de la primavera que empezaban a brotar en las cercanías; los bancos de tierra de los jardines que parecían negros con la tierra removida recientemente;—todo se volvió visible, pero con una singularidad de aspecto que parecía darle a los objetos una significación diferente de la que antes tenían.

Y allí estaba el ministro con la mano puesta sobre el corazón; y Ester Prynne, con la letra bordada brillando en su seno; y la pequeña Perla que era en sí misma un símbolo y el lazo de unión entre aquellos dos seres.

Allí estaban de pie al fulgor de aquella extraña y solemne luz, como si ésta fuera la que había de revelar todos los secretos, y fuera también la alborada que había de reunir todos los que mutuamente se pertenecían.

En los ojos de Perla había cierta expresión misteriosa, y en su rostro, cuando lo alzó para mirar al ministro, aquella sonrisa maliciosa que la hacía comparar a un trasgo. Retiró su mano de la del Sr. Dimmesdale, y señaló al otro lado de la calle.

Pero él cruzó las manos sobre el pecho y levantó las miradas hacia el cielo.

Nada era tan común en aquellos tiempos como interpretar todas las apariciones meteóricas, y todos los otros fenómenos naturales, que ocurren con menos regularidad que la salida y la puesta del sol y de la luna, como otras tantas revelaciones de origen sobrenatural.

Así es que una lanza brillante, una espada de llamas, un arco, o un haz de flechas, pronosticaban una guerra con los indios. Era sabido que una lluvia de luz carmesí indicaba una epidemia.

Dudamos mucho que haya acontecido algo notable en la Nueva Inglaterra, desde los primeros días de su colonización hasta el tiempo de la guerra de la Independencia, de que los habitantes no hubieran tenido un previo aviso merced a un espectáculo de esta naturaleza.

A veces había sido visto por la multitud; pero con mucha mayor frecuencia, todo reposaba en el mero dicho de un solitario espectador que había contemplado el maravilloso fenómeno al través del trastornador vidrio de aumento de su imaginación, dándole más tarde una forma más precisa.

Era sin duda una idea grandiosa pensar que el destino de las naciones debía revelarse en estos sorprendentes geroglíficos en la bóveda celeste. Entre nuestros antepasados era una creencia muy extendida, indicando que su naciente comunidad estaba bajo la custodia especial del cielo.

Pero ¿qué diremos cuando un individuo descubre una revelación en ese mismo libro misterioso dirigida a él solamente?

En ese caso, sería únicamente el síntoma de una alteración profunda del espíritu, si un hombre, en consecuencia de un dolor prolongado, intenso y secreto, y de la costumbre mórbida de estarse estudiando constantemente, ha llegado a asociar su personalidad a la naturaleza entera, hasta el extremo de que el firmamento no venga a ser

sino una página adecuada para la historia del futuro destino de su alma.

Por lo tanto, a esta enfermedad de su espíritu atribuímos la idea de que el ministro, al dirigir sus miradas hacia el cielo, creyese contemplar en él la figura de una inmensa letra,—la letra A,—dibujada con contornos de luz de un rojo obscuro.

En aquel lugar, y ardiendo opacamente, solo se había dejado ver un meteoro al través de un velo de nubes; pero no con la forma que su culpable imaginación le prestaba, o a lo menos, de una manera tan poco definida, que otra conciencia delincuente podría haber visto en él otro símbolo distinto.

Había una circunstancia especial que caracterizaba el estado psicológico del Sr. Dimmesdale en aquel momento. Todo el tiempo que estuvo mirando al zenit, tenía la plena conciencia de que Perla estaba apuntando con el dedo en dirección del viejo Rogerio Chillingworth, que se hallaba en pie no muy distante del tablado.

El ministro parecía verle con la misma mirada con que discernía la letra milagrosa.

Así como a los demás objetos, la luz meteórica comunicaba una nueva expresión a las facciones del médico; o bien pudiera suceder que éste no se cuidaba en esta ocasión, como siempre lo hacía, de ocultar la malevolencia con que miraba a su víctima.

Ciertamente, si el meteoro iluminó el espacio e hizo visible la tierra con un fulgor solemne que obligó a recordar al clérigo y a Ester el día del Juicio Final, en ese caso Rogerio Chillingworth debió parecerles el gran enemigo del género humano, que se presentaba allí con una sonrisa amenazadora reclamando lo que le pertenecía.

Tan viva fue aquella expresión, o tan intensa la percepción que de ella tuvo el ministro, que le pareció que permanecía visible en la obs-

curidad, aun después de desvanecida la luz del meteoro, como si la calle y todo lo demás hubiera desaparecido por completo.

—¿Quién es ese hombre, Ester?—preguntó Dimmesdale con voz trémula, sobrecogido de terror.—Me estremezco al verlo. ¿Conoces a ese hombre? Le odio, Ester.

Ella recordó su juramento y permaneció en silencio.

—Te repito que mi alma se estremece en su presencia,—murmuró el ministro de nuevo.—¿Quién es? ¿Quién es? ¿No puedes hacer nada por mí? Ese hombre me inspira un horror indecible.

—Ministro, dijo Perlita, yo puedo decirte quién es.

—Pronto, niña, pronto,—dijo el ministro inclinando el oído junto a los labios de Perla.—Pronto, y tan bajo como te sea posible.

Perla murmuró algo a su oído que resonaba a manera de lenguaje humano, cuando no era en realidad sino la jerigonza ininteligible y sin sentido alguno que usan a veces los niños para divertirse cuando están juntos. De todos modos, no le comunicó ninguna noticia secreta acerca del viejo facultativo.

Era un idioma desconocido para el erudito clérigo, que sólo sirvió para aumentar la confusión de su espíritu. La niña entonces prorrumpió en una carcajada.

—¿Te burlas de mí ahora?—dijo el ministro.

—No has sido valiente, no has sido sincero,—respondió la niña,—no quisiste prometerme que nos tomarías de la mano a mí y a mi madre mañana al mediodía.

—¡Digno señor!—exclamó el médico que se había adelantado hasta el pie del tablado,—piadoso Sr. Dimmesdale, ¿sóis realmente vos? Sí, sí, seguramente que sí. ¡Vaya! ¡Vaya! Nosotros, hombres de estudio,

que tenemos la cabeza metida en nuestros libros, necesitamos que se nos vigile. Soñamos despiertos, y nos paseamos durmiendo.

Venid, buen señor y amigo querido; dejadme que os conduzca a vuestra casa.

—¿Cómo supiste que yo estaba aquí?—preguntó Dimmesdale con temor.

—En realidad de verdad, respondió el médico, no sabía nada de esto. Gran parte de la noche la he pasado a la cabecera del digno Gobernador Winthrop haciendo en su beneficio lo que mi poca habilidad me permitía.

A un mundo mejor ha partido, y yo me dirigía a mi morada, cuando brilló esa luz extraordinaria. Os ruego que vengáis, reverendo señor; de otro modo no os hallaréis en estado de cumplir vuestros deberes mañana domingo. ¡Ah! ¡Ved cómo los libros perturban el cerebro! ¡Estos libros, estos libros!

Debéis estudiar menos, buen señor, y procuraros algún recreo, si no queréis que estas cosas se repitan.

—Iré con vos a mi casa,—dijo el Sr. Dimmesdale. Completamente abatido, con una sensación de frío, como el que despierta de una pesadilla, acompañó al médico, y partieron juntos.

El día siguiente, domingo, predicó sin embargo un sermón que se consideró el mejor, el más vigoroso y más lleno de unción celeste que hasta entonces hubieran pronunciado sus labios.

Se dijo que más de un alma se sintió regenerada con la eficacia de aquel discurso, y que fueron muchos los que juraron eterna gratitud al Sr. Dimmesdale por el bien que les había hecho. Pero, cuando bajó del púlpito, le detuvo el anciano sacristán presentándole un guante negro que el ministro reconoció por suyo.

—Se encontró esta mañana,—dijo el sacristán,—en el tablado en que se expone a los malhechores a la vergüenza pública. Satanás lo dejó caer allí deseando sin duda jugar una mala pasada a su Reverencia. Pero ha procedido con el mismo desacierto y ligereza de siempre.

Una mano limpia y pura no necesita guante que la cubra.

—Gracias, buen amigo,—dijo el ministro con gravedad, pero muy sobresaltado, pues tan confusos eran sus recuerdos, que casi creía que los acontecimientos de la noche pasada eran solo un sueño.—Sí, agregó, parece que es mi guante.

—Y puesto que Satanás ha creído conveniente robároslo, en adelante Vuestra Reverencia debe tratar a ese enemigo sin miramientos de ninguna clase. Duro con él;—dijo el anciano sacristán con horrible sonrisa. Pero, ¿ha oído Vuestra Reverencia hablar del portento que se vio anoche?

Se dice que apareció en el cielo una gran letra roja, la letra A, que hemos interpretado significa Ángel. Y como nuestro buen Gobernador Winthrop falleció también anoche, y fue convertido en ángel, de seguro que se creyó conveniente publicar la noticia de algún modo.

—No; nada he oído acerca de ese particular,—contestó el ministro.

Capítulo trece

Otro modo de juzgar á Ester

En su última y singular entrevista con el Sr. Dimmesdale, se quedó Ester completamente sorprendida al ver el estado a que se hallaba reducido el ministro.

Sus nervios parecían del todo arruinados: su fuerza moral era la de un niño: andaba arrastrando los pasos, aun cuando sus facultades intelectuales conservaban su prístina fuerza, o habían adquirido acaso una mórbida energía, que solamente pudo haberles comunicado la enfermedad.

Conociendo ella toda la cadena de circunstancias que eran un profundo secreto para los otros, podía inferir que, además de la acción legítima de su propia conciencia, se había empleado, y se empleaba todavía contra el reposo y bienestar del Sr. Dimmesdale, una maquinaria terrible y misteriosa.

Conociendo también lo que había sido en otros tiempos este pobre hombre, ahora caído, su alma se llenó de compasión al recordar el hondo sentimiento de terror con que le pidió a ella,—la mujer despreciada,—que lo protegiese contra un enemigo que instintivamente había descubierto; y decidió que el ministro tenía el derecho de esperar de su parte todo el auxilio posible.

Poco acostumbrada, en su largo aislamiento y estado de segregación de la sociedad, a medir sus ideas de lo justo o de lo injusto según el rasero común, Ester vio, o creyó ver, que había en ella una respon-

sabilidad respecto a Dimmesdale, superior a la que tenía para con el mundo entero.

Los lazos que a este último la ligaron, cualquiera que hubiese sido su naturaleza, estaban todos destruídos. Por el contrario, respecto al ministro existía el férreo lazo del crimen mutuo, que ni él ni ella podían romper, y que, como todos los otros lazos, traía aparejadas consigo obligaciones ineludibles.

Ester no ocupaba ya precisamente la misma posición que en los primeros tiempos de su ignominia. Los años se habían ido sucediendo, y Perla contaba ya siete de edad.

Su madre, con la letra escarlata en el pecho, brillando con su fantástico bordado, era ahora una figura muy conocida en la población; y como no se mezclaba en los asuntos públicos o privados de nadie, en nada ni para nada, se había ido formando una especie de consideración general hacia Ester.

En honra de la naturaleza humana puede decirse que, excepto cuando interviene el egoísmo, está más dispuesta a amar que a odiar. El odio, por medio de un procedimiento silencioso y gradual, se puede transformar hasta en amor, siempre que a ello no se opongan nuevas causas que mantengan vivo el sentimiento primero de hostilidad.

En el caso de Ester Prynne, no había ocurrido nada que lo agravase, porque jamás ella se declaró en contra del público, sino que se sometió, sin quejarse, a todo lo que éste quiso hacer, sin demandar nada en recompensa de sus sufrimientos.

Hay que agregar la pureza inmaculada de su vida durante todos estos años en que se había visto segregada del trato social y declarada infame, y esa circunstancia influyó mucho en favor suyo.

No teniendo ahora nada que perder para con el mundo, y sin esperanzas, y acaso tampoco sin deseos de ganar alguna cosa, su vuelta a la senda austera del deber sólo podría atribuirse a un verdadero amor de la virtud.

Se había notado igualmente que si bien Ester jamás reclamó la más mínima participación en los bienes y beneficios del mundo, excepto respirar el aire común a todos y ganar el sustento para Perlita y para ella misma con la labor de sus manos,—sin embargo, siempre se hallaba dispuesta a servir a sus semejantes, cuando la ocasión se presentaba.

No había nadie que con tanta prontitud y buena voluntad compartiera sus escasas provisiones con el pobre, aun cuando éste, en recompensa de los alimentos llevados con toda regularidad a su puerta, o de los vestidos trabajados por aquellos dedos que habrían podido bordar el manto de un monarca, le pagase con un sarcasmo o una palabra ofensiva.

En tiempos de calamidad general, de epidemia, o de escasez, nadie había tan llena de abnegación como Ester: en los hogares invadidos por la desgracia, allí entraba ella, no como huésped intruso e inoportuno, sino como quien tiene pleno derecho a hacerlo; cual si las sombras que esparce el dolor fueran el medio más adecuado para poder tratar con sus semejantes.

Allí brillaba la letra escarlata a manera de luz que derrama consuelo y bienestar: símbolo del pecado en todas partes, en la cabecera del enfermo era emblema de caridad y conmiseración.

En casos tales, la naturaleza de Ester se mostraba con todo el calor que le era innato, y con aquella ternura y suavidad que nunca dejaban de producir el efecto deseado en los afligidos que a ella acudían.

Su seno, con el signo de ignominia que en él lucía, puede decirse que era el regazo donde podía reposar en calma la cabeza del infortunado. Era una hermana de la caridad, ordenada por sí misma, o mejor dicho, ordenada por la ruda mano del mundo, cuando ni éste, ni ella, podían prever semejante resultado.

La letra escarlata fue el símbolo de su vocación.

Ester se volvió tan útil, desplegó tal facultad de hacer el bien y de identificarse con los dolores ajenos, que muchas personas se negaron a dar a la A escarlata su significado primitivo de "Adúltera," y decían que en realidad significaba—"Abnegación." ¡Tales eran las virtudes manifestadas por Ester Prynne!

Sólo las moradas en que el infortunio había arrojado un velo sombrío, eran las que podían retenerla; desde el instante en que comenzaban a iluminarlas los rayos de la felicidad, Ester desaparecía.

El huésped caritativo y servicial se alejaba, sin dar siquiera una mirada de despedida en que recoger el tributo de gratitud que le era debido, si es que existía alguna en los corazones de aquellos a quienes había servido con tanto celo.

Al encontrarlos en la calle, jamás levantaba la cabeza para recibir su saludo; y si alguno se dirigía a ella resueltamente, entonces indicaba en silencio la letra escarlata con un dedo, y continuaba su camino.

Esto podría atribuirse a orgullo, pero se asemejaba tanto a la humildad, que producía en el espíritu del público todo el efecto conciliador de esta virtud.

El temperamento del público es en lo general despótico, y capaz de denegar la justicia más evidente, cuando se demanda con demasiada exigencia como de derecho; pero concede frecuentemente más

de lo que se pide, si, como sucede con los déspotas, se apela enteramente a su generosidad.

Interpretando la conducta de Ester como una apelación de esta naturaleza, la sociedad se hallaba inclinada a tratar a su antigua víctima con mayor benignidad de la que ella misma deseaba o tal vez merecía.

Los gobernantes de aquella comunidad tardaron más tiempo que el pueblo en reconocer la influencia de las buenas cualidades de Ester. Las preocupaciones que compartían en común con aquel, adquirían en ellos mayor fuerza merced a una serie de razonamientos que dificultaba en extremo la tarea de desentenderse de dichas prevenciones.

Sin embargo, día tras día, sus rostros avinagrados y rígidos se fueron desarrugando y adquiriendo algo que, con el transcurso de los tiempos, se podría tomar por una expresión de benevolencia. Así acontecía también con los hombres de alto copete, que se consideraban los guardianes de la moralidad pública.

Los individuos privados habían perdonado ya completamente a Ester Prynne su fragilidad; aún más, habían empezado a considerar la letra escarlata, no como el signo que denunciaba una falta, tan larga y duramente expiada, sino como el símbolo de sus muchas y buenas acciones. "¿Véis esa mujer con la divisa bordada?"—decían a los extraños.

"Es nuestra Ester, la Ester de nuestra población, tan compasiva con los pobres, tan servicial con los enfermos, tan consoladora para los afligidos." Cierto es que entonces la propensión de la naturaleza humana a referir lo malo cuando se trata de otro, les impelía también a contar en voz baja el escándalo de otros tiempos.

Y a pesar de todo, era un hecho real que a los ojos de las mismas personas que así hablaban, la letra escarlata producía un efecto parecido al de la cruz en el pecho de una monja, comunicando a la que la llevaba una especie de santidad, que le permitía atravesar con toda seguridad por en medio de cualquier clase de peligro.

Si hubiera caído entre ladrones, la habría protegido. Se decía, y muchos lo creían, que un indio disparó una vez una flecha contra la letra, y que, al tocarla, cayó la flecha al suelo hecha pedazos, sin haberle causado el menor daño a la letra.

El efecto de la divisa, o mejor dicho, de la posición que ésta indicaba con respecto a la sociedad, fue poderoso y peculiar en el ánimo de Ester.

Toda la gracia y ligereza de su espíritu habían desaparecido a influjos de esta funesta letra, dejando solamente algo ostensiblemente rudo y tosco, que habría podido hasta ser repulsivo para sus amigas o compañeras, a haberlas tenido.

Los atractivos físicos de su persona habían experimentado un cambio igual; quizá debido en parte a la seriedad de su traje, y en parte a la sequedad de sus maneras.

También fue una triste transformación la que experimentó su hermosa y espléndida cabellera que, o había sido cortada, o estaba tan completamente oculta bajo su gorra, que ni siquiera se alcanzaba a ver uno solo de sus rizos.

En consecuencia de todas estas causas, pero aun mucho más debido a algo desconocido, parecía que no había ya en el rostro de Ester nada que pudiera atraer las miradas del amor; nada en la figura de Ester, aunque majestuosa y semejante a una estatua, que despertara en la pasión el anhelo de estrecharla entre sus brazos; nada en el co-

razón de Ester que pudiera responder a los latidos amorosos de otro corazón.

Algo había desaparecido en ella, algo completamente femenino, como acontece con frecuencia cuando la mujer ha pasado por pruebas de una severidad peculiar: porque si ella es toda ternura, esto le costará la vida; y si sobreviviere a estas pruebas, entonces esa ternura o tiene que extinguirse por completo, o reconcentrarse tan hondamente en el corazón, que jamás se podrá mostrar de nuevo.

Tal vez esto último sea lo más exacto. La que una vez fue una verdadera mujer, y ha cesado de serlo, puede a cada instante recobrar sus atributos femeninos, si solamente viene el toque mágico que efectúe la transfiguración. Ya veremos si Ester Prynne recibió más tarde ese toque mágico y quedó transfigurada.

Mucha parte de la frialdad marmórea de que parecía estar dotada Ester, debe atribuirse a la circunstancia de que se había operado un gran cambio en su vida, reinando ahora el pensamiento donde antes reinaban la pasión y los sentimientos.

Estando sola en el mundo, sola en cuanto a depender de la sociedad, y con la pequeña Perla a quien guiar y proteger,—sola y sin esperanzas de mejorar su posición, aunque no hubiera desdeñado semejante idea,—arrojó lejos de sí los fragmentos de una cadena hecha pedazos.

La ley universal no era la ley de su espíritu. Vivía además en una época en que la inteligencia humana, recientemente emancipada, había desplegado mayor actividad y entrado en una esfera más vasta de acción que lo que había hecho durante muchos siglos.

Nobles y tronos habían sido derrocados por los hombres de la espada; y antiguas preocupaciones habían sido destruídas por hombres aun más atrevidos que aquellos.

Ester se había penetrado de este espíritu puramente moderno, adoptando una libertad de especulación, común entonces al otro lado del Atlántico, pero que, a haber tenido noticia de ello nuestros antepasados, lo habrían juzgado un pecado más mortal que el que estigmatizaron con la letra escarlata.

En su cabaña solitaria, a orillas del mar, la visitaban ideas y pensamientos tales, como no era posible que se atrevieran a penetrar en otra morada de la Nueva Inglaterra: huéspedes invisibles, que habrían sido tan peligrosos para los que les daban entrada en su espíritu, como si se les hubiera visto en trato familiar con el enemigo del género humano.

Es digno de notarse que las personas que se entregan a las más atrevidas especulaciones mentales, son con frecuencia también las que más tranquilamente se conforman a las leyes externas de la sociedad. El pensamiento les basta, sin que traten de convertirlo en acción. Así parece que pasaba con Ester.

Sin embargo, si no hubiera tenido a Perla, las cosas habrían sido muy diferentes.

Entonces tal vez su nombre brillaría hoy en la Historia como la fundadora de una secta religiosa a par de Ana Hutchinson: quizás habría sido una especie de profetisa; pero probablemente los severos tribunales de la época la habrían condenado a muerte por intentar destruir los fundamentos en que descansaba la colonia puritana.

Pero en la educación de su hija, la osadía de sus pensamientos había abatido en gran parte su entusiasta vuelo. En la persona de su niñita, la Providencia le había asignado a Ester la tarea de hacer que germinaran y florecieran, en medio de grandes dificultades, los más dignos atributos de la mujer.

Todo estaba en contra de la madre: el mundo le era hostil; la naturaleza misma de la niña tenía algo perverso en su esencia, que hacía recordar continuamente que en su nacimiento había presidido la culpa,—el resultado de la pasión desordenada de la madre,—y repetidas veces se preguntaba Ester con amargura si esta criaturita había venido al mundo para bien o para mal.

Verdad es que la misma pregunta se hacía respecto al género humano en general. ¿Valía la pena aceptar la existencia, aun a los más felices entre los mortales? Por lo que a ella misma tocaba, tiempo hacía que la había contestado por la negativa, dando el punto por completamente terminado.

La tendencia a la especulación, aunque puede verter la calma en el espíritu de la mujer, como sucede con el hombre, la vuelve sin embargo triste, pues acaso vé ante sí una tarea irrealizable.

Primeramente, todo el edificio social tiene que derribarse, y reconstruirse todo de nuevo; luego, la naturaleza del hombre tiene que modificarse esencialmente antes de permitírsele a la mujer que ocupe lo que parece ser una posición justa y adecuada; y, finalmente, aun después de allanadas todas las otras dificultades, la mujer no podrá aprovecharse de todas estas reformas preliminares hasta que ella misma haya experimentado un cambio radical, en el cual, quizá, la esencia etérea, que constituye el alma verdaderamente femenina, se habría evaporado por completo.

Una mujer nunca resuelve estos problemas con el mero uso del pensamiento: son irresolubles, o solamente pueden resolverse de una manera. Si por casualidad prepondera el corazón, los problemas se desvanecen.

Ester, cuyo corazón, por decirlo así, había perdido su ritmo regular y saludable, vagaba errante, sin luz que la guiase, en el sombrío laberinto de su espíritu; y a veces se apoderaba de ella la duda terrible de

si no sería mejor enviar cuanto antes a Perla al cielo, y presentarse ella también a aceptar el destino a que la Eterna Justicia la creyese acreedora.

La letra escarlata no había llenado el objeto a que se la destinó.

Ahora, sin embargo, su entrevista con el Reverendo Sr. Dimmesdale en la noche de la vigilia de éste, la había proporcionado nueva materia de reflexiones, presentándole en perspectiva un objeto digno de toda clase de esfuerzos y sacrificios para conseguirlo.

Había presenciado el suplicio intenso bajo el cual luchaba el ministro, o, para hablar con más propiedad, había cesado de luchar. Vió que se encontraba al borde de la locura, si es que ya su razón no se había hundido.

Era imposible dudar que, por mucha que fuese la eficacia dolorosa de un punzante y secreto remordimiento, un veneno mucho más mortífero le había sido administrado por la misma mano que pretendía curarle.

Bajo la capa de amigo y favorecedor médico, había constantemente a su lado un secreto enemigo que se aprovechaba de las oportunidades que así se le presentasen para tocar, con malvada intención, todos los resortes de la naturaleza delicada del Sr. Dimmesdale.

Ester no podía menos de preguntarse si no fue desde el principio una falta de valor, de sinceridad y de lealtad de parte suya, permitir que el ministro se encontrara en una situación de la que nada bueno, y sí mucho malo, podría esperarse.

Su única justificación era la imposibilidad en que había estado de hallar otro medio de librarle de una ruina aun más terrible de la que a ella le había caído en suerte. Lo único posible fue acceder al plan del disfraz de Rogerio Chillingworth.

Movida de esta idea, se decidió, entonces, como ahora lo comprendía, por el partido peor que pudiera haber adoptado. Determinó, por lo tanto, remediar su error hasta donde le fuera posible.

Fortalecida por años de rudas pruebas, ya no se sentía tan incapacitada para luchar con Rogerio como la noche aquella en que, abatida por el pecado, y medio loca por la ignominia a que acababa de ser expuesta, tuvo con él la entrevista en el cuarto de la prisión.

Desde entonces, su espíritu se había ido remontando a mayores alturas; mientras que el anciano médico había ido descendiendo al nivel de Ester, o quizás muy por debajo de ella, merced a la idea de venganza de que se hallaba poseído.

En una palabra, Ester resolvió tener una nueva entrevista con su antiguo marido, y hacer cuanto estuviera en su poder para salvar a la víctima de que evidentemente se había apoderado. La ocasión no tardó en presentarse.

Una tarde, paseándose con Perla en un sitio retirado en las cercanías de su cabaña, vio al viejo médico con un cesto en una mano, y un bastón en la otra, buscando hierbas y raíces para confeccionar sus remedios y medicinas.

Capítulo catorce

Ester y el médico

Ester le dijo a Perla que corretease por la ribera del mar y jugara con las conchas y las algas marinas, mientras ella hablaba un rato con el hombre que estaba recogiendo hierbas a cierta distancia; por consiguiente, la niña partió como un pájaro, y descalzándose los piececitos empezó a recorrer la orilla húmeda del mar.

Aquí y allá se detenía junto a un charco de agua dejado por la marea, y se ponía a mirarse en él como si fuera un espejo.

Reflejábase en el charco la imagen de la niñita con brillantes y negros rizos y la sonrisa de un duendecillo, a la que Perla, no teniendo otra compañera con quien jugar, invitaba a que la tomara de la mano y diese una carrera con ella.

La imagen repetía la misma señal como diciendo:—"Este es un lugar mejor: ven aquí;"—y Perla, entrando en el agua hasta las rodillas, contemplaba sus piececitos blancos en el fondo mientras, aun más profundamente, veía una vaga sonrisa flotar en el agua agitada.

Entretanto la madre se había acercado al médico.

—Quisiera hablarte una palabra,—dijo Ester,—una palabra que a ambos nos interesa.

—¡Hola! ¿Es la Sra. Ester la que desea hablar una palabra con el viejo Rogerio Chillingworth?—respondió el médico, irguiéndose lentamente.—Con todo mi corazón, continuó; vamos, señora, oigo solamente buenas noticias vuestras en todas partes.

Sin ir más lejos, ayer por la tarde, un magistrado, hombre sabio y temeroso de Dios, estaba discurriendo conmigo acerca de vuestros asuntos, Sra. Ester, y me dijo que se había estado discutiendo en el Consejo si se podría quitar de vuestro pecho, sin que padeciera la comunidad, esa letra escarlata que ostentáis.

Os juro por mi vida, Ester, que rogué encarecidamente al digno magistrado que se hiciera eso sin pérdida de tiempo.

—No depende de la voluntad de los magistrados quitarme esta insignia,—respondió tranquilamente Ester.—Si yo fuere digna de verme libre de ella, ya se habría caído por sí misma, o se habría transformado en algo de una significación muy diferente.

—Llevadla, pues, si así os place,—replicó el médico.—Una mujer debe seguir su propio capricho en lo que concierne al adorno de su persona. La letra está bellamente bordada, y luce muy bien en vuestro pecho.

Mientras así hablaban, Ester había estado observando fijamente al anciano médico, y se quedó sorprendida a la vez que espantada, al notar el cambio que en él se había operado en los últimos siete años; no porque hubiera envejecido, pues aunque eran visibles las huellas de la edad, parecía retener aun su vigor y antigua viveza de espíritu; pero aquel aspecto de hombre intelectual y estudioso, tranquilo y apacible, que era lo que ella mejor recordaba, había desaparecido por completo, reemplazándole una expresión ansiosa, escudriñadora, casi feroz, aunque reservada.

Parecía que su deseo y su propósito eran ocultar esa expresión bajo una sonrisa, pero ésta le vendía, pues vagaba tan irrisoriamente por su rostro, que el espectador podía, merced a ella, discernir mejor la negrura de su alma.

De vez en cuando brillaban sus ojos con siniestro fulgor, como si el alma del anciano fuera presa de un incendio, que se manifestara solo de tarde en tarde por una rápida explosión de cólera y momentánea llamarada.

Esto lo reprimía el médico tan pronto como le era posible, y trataba entonces de parecer tan tranquilo como si nada hubiera sucedido.

En una palabra, el viejo médico era un ejemplo de la extraordinaria facultad que tiene el hombre de transformarse en un demonio, si quiere por cierto tiempo desempeñar el oficio de éste.

Transformación tal se había operado en el médico, por haberse dedicado durante siete años al constante análisis de un corazón lleno de agonía, hallando su placer en esa tarea, y añadiendo, por decirlo así, combustible a las horribles torturas que analizaba y en cuyo análisis hallaba tan intenso placer.

La letra escarlata abrasaba el seno de Ester Prynne. Aquí había otra ruina de que ella era en parte responsable.

—¿Qué véis en mi rostro, que contempláis con tal gravedad de expresión?—preguntó el médico.

—Algo que me haría llorar, si para ello hubiese en mí lágrimas bastante acerbas,—respondió Ester;—pero no hablemos de eso. De aquel infortunado hombre es de quien quisiera hablar.

—Y ¿qué hay con él?—preguntó el médico con ansiedad, como si el tema fuera muy de su agrado, y se alegrara de hallar una oportunidad de discutirlo con la única persona con quien pudiera hacerlo.—Para decir la verdad, mi Sra.

Ester, precisamente mis pensamientos estaban ahora ocupados en ese caballero: de consiguiente, hablad con toda libertad, que os responderé.

—Cuando nos hablamos la última vez, dijo Ester, de esto hace unos siete años, os complacísteis en arrancarme la promesa de que guardara el secreto acerca de las relaciones que en otro tiempo existieron entre nosotros.

Como la vida y el buen nombre del ministro estaban en vuestras manos, no me quedó otra cosa que hacer sino permanecer en silencio de acuerdo con vuestro deseo.

Sin embargo, no sin graves presentimientos, me obligué a ello; porque hallándome desligada de toda obligación para con los demás seres humanos, no lo estaba para con él; y algo había que me murmuraba en los oídos que al empeñar mi palabra de que obedecería vuestro mandato, le estaba haciendo traición.

Desde entonces, nadie como vos se halla tan cerca de él: seguís cada uno de sus pasos; estáis a su lado, despierto o dormido; escudriñáis sus pensamientos; miná is y ulceráis su corazón; su vida está en vuestras garras; le estáis matando con una muerte lenta, y todavía no os conoce, no sabe quién sois.

Al permitir yo esto, he procedido con falsedad respecto al único hombre con quien tenía el deber de ser sincera.

—¿Qué otro camino os quedaba?—preguntó el médico.—Si yo hubiera señalado a este hombre con el dedo, habría sido arrojado de su púlpito a un calabozo—y de allí tal vez al cadalso.

—Habría sido preferible,—dijo Ester.

—¡Qué mal le he hecho a ese hombre?—preguntó de nuevo el médico.—Te aseguro, Ester Prynne, que con los honorarios más crecidos y valiosos que un monarca pudiera haber pagado a un facultativo, no se habría conseguido todo el esmero y la atención que he consagrado a este infeliz eclesiástico.

A no ser por mí, su vida se habría extinguido en medio de tormentos y agonías en los dos primeros años que siguieron a la perpetración de su crimen y el tuyo.

Porque tú sabes, Ester, que su alma carece de la fortaleza de la tuya para sobrellevar, como lo has hecho, un peso semejante al de tu letra escarlata. ¡Oh! ¡yo podría revelar un secreto digno de ser conocido! Pero basta sobre este punto. Lo que la ciencia puede hacer, lo he hecho en su beneficio.

Si aun respira y se arrastra en este mundo, a mí solamente lo debe.

—Más le valiera haber muerto de una vez,—dijo Ester.

—Sí, mujer, tienes razón,—exclamó el viejo Rogerio haciendo brillar en los ojos todo el fuego infernal de su corazón;—más le valiera haber muerto de una vez. Jamás mortal alguno padeció lo que este hombre ha padecido.... Y todo, todo, a la vista de su peor enemigo.

Ha tenido una vaga sospecha acerca de mí: ha sentido que algo se cernía siempre sobre él a manera de una maldición; conocía instintivamente que la mano que sondeaba su corazón no era mano amiga, y que había un ojo que le observaba, buscando solamente la iniquidad, y la ha encontrado.

¡Pero no sabía que esa mano y ese ojo fueran los míos!

Con la superstición común a su clase, se imaginaba entregado a un demonio para que le atormentara con sueños espantosos, con pensamientos terribles, con el aguijón del remordimiento, y con la creencia de que no será perdonado, todo como anticipación de lo que le espera más allá de la tumba.

Pero era la sombra constante de mi presencia, la proximidad del hombre a quien más vilmente había ofendido, y que vive tan solo merced a este veneno perpetuo del más intenso deseo de venganza.

¡Sí; sí por cierto! No se equivocaba, tenía un enemigo implacable junto a sí.

Un mortal, dotado en otro tiempo de sentimientos humanos, se ha convertido en un demonio para su tormento especial.

El infortunado médico, al pronunciar estas palabras, alzó los brazos con una mirada de horror, como si hubiera visto alguna forma espantosa, que no podía reconocer y estuviese usurpando el lugar de su propia imagen en un espejo.

Era uno de esos raros momentos en que el aspecto moral de un hombre se revela con toda fidelidad a los ojos de su alma. Probablemente jamás se había visto a sí mismo como se veía ahora.

—¿No lo has torturado ya bastante?—le preguntó Ester notando la expresión del rostro del anciano.—¿No te ha pagado todo con usura?

—¡No! ¡no! Ha aumentado su deuda,—respondió el médico, y a medida que proseguía, su rostro fue perdiendo la expresión de fiereza, volviéndose más y más sombrío.—¿Te acuerdas, Ester, cómo era yo hace nueve años? Aun entonces me encontraba en el otoño de mis días, y no al principio del otoño.

Pero toda mi vida había consistido en años tranquilos de estudio severo y de meditación, consagrados a aumentar mis conocimientos, y también, fielmente, al progreso del bienestar del género humano. Ninguna vida había sido tan pacífica e inocente como la mía: pocas, tan ricas en beneficios conferidos. ¿No recuerdas lo que yo era?

Aunque frío en la apariencia, ¿no era yo un hombre que pensaba en el bien de los demás, sin acordarse mucho de sí mismo; bondadoso, sincero, justo, y constante en sus afectos, si bien éstos no muy ardientes? ¿No era yo todo esto?

—Todo esto, y más,—dijo Ester.

—¿Y qué soy ahora?—preguntó el anciano, mirándola fijamente al rostro, y dejando que toda la perversidad de su alma se retratase en la fisonomía.—¿Qué soy yo ahora? Ya te he dicho lo que soy: un enemigo implacable: un demonio en forma humana. ¿Quién me ha hecho así?

—Yo he sido,—exclamó Ester estremeciéndose.—Yo he sido, tanto o más que él. ¿Por qué no te has vengado en mí?

—Te he dejado entregada a la letra escarlata,—replicó Rogerio.—Si eso no me ha vengado, no puedo hacer más.

Y puso un dedo en la letra, con una sonrisa.

—¡Te ha vengado!—replicó Ester.

—Es lo que creía,—dijo el médico.—Y ahora ¿qué es lo que quieres de mí respecto a ese hombre?

—Tengo que revelarle el secreto,—respondió Ester con firmeza,—tiene que ver y saber lo que realmente eres. No sé cuáles serán las consecuencias. Pero esta deuda mía para con él, cuya ruina y tormento he sido, tiene al fin que quedar satisfecha.

En tus manos está la destrucción o la conservación de su buen nombre y estado social, y tal vez hasta su vida.

Ni puedo yo,—a quien la letra escarlata ha hecho comprender el valor de la verdad, si bien haciéndola penetrar en el alma como con un hierro candente,—no, ni puedo yo percibir la ventaja que él reporte de vivir por más tiempo esa vida de miseria y de horror, para rebajarme ante ti e implorarte compasión hacia tu víctima.

No; haz con él lo que quieras. No hay nada bueno que esperar para él—ni para mí—ni para ti—ni aun siquiera para mi pequeña Perla. No hay sendero alguno que nos saque de este triste y sombrío laberinto.

—Mujer, casi podría compadecerte,—dijo el médico a quien no fue posible contener un movimiento de admiración, pues había una cierta majestad en la desesperación con que Ester se expresó.—Había en ti grandes cualidades; y si hubieras hallado en tus primeros años un amor más adecuado que el mío, nada de esto habría acontecido.

Te compadezco por todo lo bueno que en ti se ha perdido.

—Y yo a ti,—contestó Ester,—por todo el odio que ha transformado en un monstruo infernal a un hombre justo y sabio. ¿Quieres despojarte de ese odio y volver de nuevo a ser una criatura humana? Si no por él, a lo menos por ti. Perdona; y deja su ulterior castigo al Poder a quien pertenece.

Dije ahora poco que nada bueno podíamos esperar él, ni tú, ni yo, que andamos vagando juntos en este sombrío laberinto de maldad, tropezando a cada paso contra la culpa que hemos esparcido en nuestra senda. No es así.

Puede haber algo bueno para ti; sí, para ti solo, porque tú eres el profundamente ofendido, y tienes el privilegio de poder perdonar. ¿Quieres abandonar ese único privilegio? ¿Quieres rechazar esa ventaja de incomparable valor?

—Basta, Ester, basta,—replicó el anciano médico con sombría entereza.—No me está concedido perdonar. No hay en mí esa facultad de que hablas. Mi antigua fe, olvidada hace tiempo, se apodera de nuevo de mí y explica todo lo que hacemos y todo lo que padecemos.

El primer paso errado que diste, sembró el germen del mal; pero desde aquel momento ha sido todo una fatal necesidad. Vosotros que de tal modo me habéis ofendido, no sois culpables, excepto en una especie de ilusión; ni soy yo el enemigo infernal que ha arrebatado al gran enemigo del género humano su oficio.

Es nuestro destino. Deja que se desenvuelva como quiera. Continúa en tu sendero, y haz lo que te parezca con ese hombre.

Hizo una señal con la mano y siguió recogiendo hierbas y raíces.

Capítulo quince

Ester y Perla

De este modo Rogerio Chillingworth,—viejo, deforme, y con un rostro que se quedaba grabado en la memoria de los hombres más tiempo de lo que hubieran querido,—se despidió de Ester y continuó su camino en la tierra.

Iba recogiendo aquí una hierba, arrancaba más allá una raíz, y lo ponía todo en el cesto que llevaba al brazo. Su barba gris casi tocaba el suelo cuando, inclinado, proseguía hacia adelante.

Ester le contempló un momento, con cierta extraña curiosidad, para ver si las tiernas hierbas de la temprana primavera no se marchitarían bajo sus pies, dejando un negro y seco rastro al través del alegre verdor que cubría el suelo. Se preguntaba qué clase de hierbas serían esas que el anciano recogía con tanto cuidado.

¿No le ofrecería la tierra, avivada para el mal, en virtud del influjo de su maligna mirada, raíces y hierbas venenosas de especies hasta ahora desconocidas que brotarían al contacto de sus dedos? ¿Ó no bastaría ese mismo contacto para convertir en algo deletéreo y mortífero los productos más saludables del seno de la tierra?

El sol, que con tanto esplendor brillaba donde quiera, ¿derramaba realmente sobre él sus rayos benéficos? ¿Ó acaso, como más bien parecía, le rodeaba un círculo de fatídica sombra que se movía a par de él donde quiera que dirigiera sus pasos? ¿Y a dónde iba ahora?

¿No se hundiría de repente en la tierra, dejando un lugar estéril y calcinado que con el curso del tiempo se cubriría de mortífera yerba

mora, beleño, cicuta, apócimo, y toda otra clase de hierbas nocivas que el clima produjese, creciendo allí con horrible abundancia?

¿Ó tal vez extendería enormes alas de murciélago, y echando a volar en los espacios, parecería tanto más feo cuanto más ascendiera hacia el cielo?

—Sea o no un pecado,—dijo Ester con amargura y con la mirada fija en el viejo médico,—¡odio a ese hombre!

Se reprendió a sí misma a causa de ese sentimiento, pero ni pudo sobreponerse a él ni disminuir su intensidad.

Para conseguirlo, pensó en aquellos días, ya muy lejanos, en que Rogerio acostumbraba dejar su cuarto de estudio a la caída de la tarde, y venía a sentarse junto a la lumbre del hogar, a los rayos de luz de su sonrisa nupcial.

Decía entonces que necesitaba calentarse al resplandor de aquella sonrisa, para que desapareciera de su corazón de erudito el frío producido por tantas horas solitarias pasadas entre sus libros.

Escenas semejantes le parecieron en otro tiempo investidas de cierta felicidad; pero ahora, contempladas al través de los acontecimientos posteriores, se habían convertido en sus recuerdos más amargos. Se maravillaba de que hubiera habido tales escenas; y sobre todo, de que se hubiera dejado inducir a casarse con él.

Consideraba eso el crimen mayor de que tuviera que arrepentirse, así como haber correspondido a la fría presión de aquella mano, y haber consentido que la sonrisa de sus labios y de sus ojos se mezclara a las de aquel hombre.

Y le parecía que el viejo médico, al persuadirla, cuando su corazón inexperto nada sabía del mundo, al persuadirla que se imaginase feliz a su lado, había cometido una ofensa mayor que todo lo que a él se le hubiere hecho.

—¡Sí, le odio!—repitió Ester con más intenso rencor que antes.—¡Me ha engañado! ¡Me hizo un mal mucho mayor que cuanto yo le he inferido!

¡Tiemble el hombre que consigue la mano de una mujer, si al mismo tiempo no obtiene por completo todo el amor de su corazón!

De lo contrario, le acontecerá lo que a Rogerio Chillingworth, cuando un acento más poderoso y elocuente que el suyo despierte las dormidas pasiones de la mujer; entonces le echarán en cara hasta aquel apacible contento, aquella fría imagen de la felicidad que se la hizo creer era la calurosa realidad.

Pero Ester hace tiempo que debía haberse desentendido de esta injusticia. ¿Qué significaba? ¿Acaso los siete largos años de tortura con la letra escarlata habían producido dolores indecibles sin que en su alma hubiese penetrado el remordimiento?

Las emociones de aquellos breves instantes, en que estuvo contemplando la figura contrahecha del viejo Rogerio, arrojaron una luz en el espíritu de Ester, revelando muchas cosas de que, de otro modo, ella misma no se habría dado cuenta.

Una vez que el médico hubo desaparecido, llamó a su hijita.

—¡Perla! ¡Perlita! ¿dónde estás?

Perla, cuya actividad de espíritu jamás flaqueaba, no había carecido de distracciones mientras su madre hablaba con el anciano herbolario.

Al principio se divirtió contemplando su propia imagen en un charco de agua; luego hizo pequeñas embarcaciones de corteza de abedul y las cargó de conchas marítimas, zozobrando la mayor parte; después se empeñó en tomar entre sus dedos la blanca espuma que dejaban las olas al retirarse, y la esparcía al viento; percibiendo luego una bandada de pajarillos ribereños, que revoloteaban a lo

largo de la playa, la traviesa niña se llenó de pequeños guijarros el delantal, y deslizándose de roca en roca en persecución de estas avecillas, deplegó una destreza notable en apedrearlas.

Un pajarito de pardo color y pecho blanco fue alcanzado por un guijarro, y se retiró revoloteando con el ala quebrada. Pero entonces la niña cesó de jugar, porque le causó mucha pena haber hecho daño a aquella criaturita tan caprichosa como la brisa del mar o como la misma Perla.

Su última ocupación fue reunir algas marinas de varias clases, haciendo con ellas una especie de banda o manto y un adorno para la cabeza, lo que le daba el aspecto de una pequeña sirena. Perla había heredado de su madre la facultad de idear trajes y adornos.

Como último toque a su vestido de sirena, tomó algunas algas y se las puso en el pecho imitando, lo mejor que pudo, la letra A que brillaba en el seno de su madre y cuya vista le era tan familiar, con la diferencia de que esta A era verde y no escarlata.

La niña inclinó la cabecita sobre el pecho y contempló este ornato con extraño interés, como si la única cosa para que hubiera sido enviada al mundo fuese para desentrañar su oculta significación.

—¿Quisiera saber si mi madre me preguntará qué significa esto?— pensó Perla.

Precisamente oyó entonces la voz de su madre, y corriendo con la misma ligereza que revoloteaban los pajaritos ribereños, se presentó ante Ester, bailando, riendo, y señalando con el dedo el adorno que se había fijado en el pecho.

—Mi Perlita,—dijo la madre después de un momento de silencio,— la letra verde y en tu seno infantil no tiene objeto. ¿Pero sabes tú, hija mía, lo que significa la letra que tu madre tiene que llevar?

—Sí, madre,—dijo la niña,—es la A mayúscula. Tú me lo has enseñado en la cartilla.

Ester la miró fijamente; pero aunque en los ojos negros de la niña había la singular expresión que tantas veces notara en ellos, no pudo descubrir si para Perla tenía realmente alguna significación aquel símbolo, y experimentó una mórbida curiosidad de averiguarlo.

—¿Sabes acaso, hija mía, por qué tu madre lleva esta letra?

—Sí lo sé,—respondió Perla fijando su inteligente mirada en el rostro de la madre,—por la misma causa que el ministro se lleva la mano al corazón.

—¿Y cuál es esa causa?—preguntó Ester medio sonriéndose al principio con la absurda respuesta de la niña, pero palideciendo un momento después.—¿Qué tiene que ver la letra con ningún corazón, excepto el mío?

—Nada, madre; he dicho todo lo que sé,—respondió Perla con mayor seriedad de la que le era habitual.—Pregúntale a ese viejo con quien has estado hablando. Tal vez él te lo pueda decir. Pero dime, mi querida madre, ¿qué significa esa letra escarlata? ¿Y por qué la llevas tú en el pecho?

¿Y por qué el ministro se lleva la mano al corazón?

Diciendo esto tomó la mano de su madre entre las dos suyas y fijó en su rostro las miradas con una expresión grave y reposada, poco común en su inquieto y caprichoso carácter.

Se le ocurrió a Ester la idea de que tal vez la niña estaba tratando realmente de identificarse con ella con infantil confianza, haciendo lo que podía y del modo más inteligente que le era dable, para establecer entre las dos un lazo más estrecho de cariño.

Perla se le mostraba bajo un aspecto que hasta entonces no había visto.

Aunque la madre amaba a su hija con la intensidad de un afecto único, había tratado de conformarse con la idea de que no podía esperar en cambio sino muy poco: un cariño pasajero, vago, con arranques de pasión, petulante en sus mejores horas, que nos hiela con más frecuencia que nos acaricia, que se muestra besando las mejillas con dudosa ternura, o jugando con el pelo, o de otro modo semejante, para desvanecerse el instante inmediato y continuar con sus juegos de costumbre.

Y esto era lo que pensaba una madre acerca de su hijita, pues los extraños habrían visto tan solo unos cuantos rasgos poco amables, haciéndolos aparecer aun más negros.

Pero ahora se apoderó de Ester la idea de que Perla, con su notable precocidad y perspicacia, había llegado ya a la edad en que podía hacerse de ella una amiga y confiarle mucho de lo que causaba el dolor de su corazón maternal, hasta donde fuera posible teniendo en cuenta la consideración debida a la niña y al padre.

En el pequeño caos del carácter de Perla había sin duda en embrión un valor indomable, una voluntad tenaz, un orgullo altivo que podía convertirse en respeto de sí misma, y un desprecio por muchas cosas que, bien examinadas, se vería que estaban contaminadas de falsedad.

Se hallaba igualmente dotada de afectos que, si bien poco tiernos, tenían todo el rico aroma de los frutos aun no madurados. Con todas estas altas cualidades creía Ester que esta niña se volvería una noble y excelente mujer, a menos que la parte mala heredada de la madre fuese grande en demasía.

La tendencia inevitable de Perla a ocuparse en el enigma de la letra escarlata, parecía una cualidad innata en la niña.

Ester había pensado a menudo que la Providencia, al dotar a Perla con esta marcada propensión, lo hizo movida de una idea de justicia y de retribución; pero nunca, hasta ahora, se le había ocurrido preguntarse si, enlazada a esta idea, no habría también la de benevolencia y perdón.

Si tratara a Perla teniendo en ella fe y confianza, considerándola mensajero espiritual al mismo tiempo que criatura terrestre, ¿no sería su destino suavizar y finalmente desvanecer el dolor que había convertido el corazón de su madre en una tumba?

¿No serviría también para ayudarla a vencer la pasión, en un tiempo tan impetuosa, y aun hoy ni muerta ni dormida sino sólo aprisionada en aquel sepulcro de su corazón?

Tales fueron algunos de los pensamientos que bulleron en la mente de Ester, con tanta viveza como si en realidad algún sér misterioso se los hubiera murmurado al oído.

Y allí estaba Perla todo este tiempo estrechando entre las manecitas suyas la mano de su madre, con las miradas fijas en su rostro, mientras repetía una y otra vez las mismas preguntas.

—¿Qué significa la letra, madre mía? y ¿por qué la llevas tú? y ¿por qué se lleva el ministro la mano al corazón?

—¿Qué le diré?—se preguntó Ester a sí misma.—¡No! Si este ha de ser el precio del afecto de mi hija, no puedo comprarlo a tal costo.

Después habló en voz alta.

—Tontuela,—le dijo,—¿qué preguntas son esas? Hay muchas cosas en este mundo que una niña no debe preguntar. ¿Qué sé yo acerca

del corazón del ministro? Y en cuanto a la letra escarlata, la llevo por lo bonito que lucen sus hilos de oro.

En todos los siete años ya transcurridos, jamás Ester había mostrado falsedad alguna respecto al símbolo que ostentaba su pecho, excepto en aquel momento, como si a pesar de su constante vigilancia hubiese penetrado en su corazón una nueva enfermedad moral, o alguna otra de antigua fecha no hubiera sido expulsada por completo.

En cuanto a Perla, la seriedad de su rostro ya había desaparecido.

Pero la niña no se dio por vencida en el asunto de la letra escarlata; y dos o tres veces, mientras regresaban a su morada, y otras tantas durante la cena, y cuando su madre la estaba acostando, y aun una vez después que parecía estar ya durmiendo, Perla con cierta malignidad en las miradas de sus negros ojos, continuó su pregunta:

—Madre, ¿qué significa la letra escarlata?

Y la mañana siguiente, la primera señal que dio la niña de estar despierta fue levantar la cabecita de la almohada y hacer la otra pregunta que de tan extraño modo había asociado a la letra escarlata:

—Madre, madre, ¿por qué tiene siempre el ministro la mano sobre el corazón?

—Cállate, niña traviesa,—respondió la madre con una aspereza que nunca había empleado hasta aquel momento.—No me mortifiques más, o te encerraré en un cuarto obscuro.

Capítulo dieciséis

Un paseo por el bosque

Ester permaneció firme en su propósito de hacer que el Reverendo Sr. Dimmesdale conociera el verdadero carácter del hombre que se había apoderado de su confianza, fuesen cuales fuesen las consecuencias de su revelación.

Durante varios días, sin embargo, en vano buscó la oportunidad de hablarle en uno de los paseos solitarios que el ministro acostumbraba dar, todo meditabundo, a lo largo de la costa o en las colinas cubiertas de bosques del campo vecino.

No habría habido sin duda nada de escandaloso ni de particular, ni peligro alguno para la buena reputación del ministro, si Ester le hubiera visitado en su propio estudio donde tanto penitente, antes de ahora, había confesado culpas quizás aun más graves que la que acusaba la letra escarlata.

Pero sea que ella temiese la intervención secreta o pública de Rogerio Chillingworth, o que su conciencia le hiciera temer que se concibiese una sospecha, que ningún otro habría imaginado, o que tanto el ministro como ella necesitaban de más amplitud de espacio para poder respirar con toda libertad mientras hablasen juntos,—o quizás todas estas razones combinadas, lo cierto es que Ester nunca pensó en hablarle en otro lugar sino a la faz del cielo, y de ningún modo entre cuatro paredes.

Al fin, una noche que asistía a un enfermo, supo que el Reverendo Sr. Dimmesdale, a quien habían ido a buscar para que le ayudase a

bien morir, había partido a visitar al apóstol Eliot, allá en su residencia entre sus indios convertidos, y que regresaría probablemente el día siguiente al mediodía.

Al acercarse la hora indicada, tomó de la mano a Perla, su constante compañera, y partió en busca del Sr. Dimmesdale.

El camino no era más que un sendero que se perdía en el misterio de una selva virgen, tan espesa que apenas podía entreverse el cielo al través de las copas de los árboles. Ester la comparó a la soledad y laberinto moral en que había estado ella vagando tanto tiempo.

El día era frío y obscuro: cubrían el firmamento espesas y cenicientas nubes ligeramente movidas por la brisa, lo que permitía que de cuando en cuando se vislumbrara un rayo de sol que jugueteaba en la estrecha senda.

Esta tenue y vacilante claridad se percibía siempre en la extremidad más lejana, visible al través de la selva, y parece como que se desvanecía o se alejaba a medida que los solitarios viajeros avanzaban en su dirección, dejando aun más sombríos los lugares en que brillaba, por lo mismo que habían esperado hallarlos luminosos.

—Madre,—dijo Perla,—la luz del sol no te quiere. Corre y se oculta, porque tiene miedo de algo que hay en tu pecho. Mira ahora: allí está jugando, a una buena distancia de nosotros. Quédate aquí, y déjame correr a mí para cogerla. Yo solamente soy una niña.

No huirá de mí porque aun no llevo nada sobre mi pecho.

—Y espero que nunca lo lleves, hija mía,—dijo Ester.

—Y ¿por qué no, madre?—preguntó Perla deteniéndose precisamente cuando iba a emprender la carrera. ¿No vendrá eso por sí mismo cuando yo sea una mujer grande?

—Corre, hija mía,—respondió la madre,—y atrapa el rayo del sol, pues pronto se irá.

Perla emprendió la carrera a toda prisa y pronto se halló en medio de la luz del sol, riendo, toda iluminada por su esplendor, y con los ojos brillantes de alegría.

Parecía como si el rayo solar se hubiera detenido en torno de la solitaria niña regocijándose en jugar con ella, hasta que la madre llegó bastante cerca para penetrar casi también en el círculo mágico.

—Ahora se irá,—dijo Perla moviendo la cabeza.

—Mira,—dijo Ester sonriendo,—ahora yo puedo alargar la mano y atrapar algo.

Pero al intentarlo, el rayo de sol desapareció; o, a juzgar por la brillantez con que irradiaba el rostro de Perla, su madre podía haberse imaginado que la niña lo había absorbido, y lo devolvería luego iluminando la senda por donde iban, cuando de nuevo penetrasen en los parajes sombríos de la selva.

Ninguno de los atributos de su tierna hija le causaba a la madre tanta impresión como aquella vivacidad constante de espíritu, reflejo quizás de la energía con que Ester había luchado combatiendo sus íntimos dolores antes del nacimiento de Perla.

Era ciertamente un encanto dudoso, que comunicaba al carácter de la niña cierto brillo metálico y duro. Necesitaba un dolor profundo para humanizarse y hacerse capaz de sentir compasión. Pero Perla tenía tiempo sobrado para ello.

—Ven, hija mía,—dijo Ester;—vamos a sentarnos en el bosque y a descansar un rato.

—Yo no estoy cansada, madre,—replicó la niña; pero tú puedes sentarte si quieres, y entretanto contarme un cuento.

—Un cuento, niña,—dijo Ester,—y ¿qué clase de cuento?

—¡Ah! algo acerca de la historia del Hombre Negro,—respondió asiéndola del vestido y mirándola con expresión entre seria y maliciosa.—Díme cómo recorre este bosque llevando bajo el brazo un libro grande, pesado, con broches de hierro; y como este Hombre Negro y feo ofrece su libro y una pluma de hierro a todos los que le encuentran aquí entre los árboles, y como también todos tienen que escribir sus nombres con su propia sangre.

Y entonces les hace una señal en el pecho. ¿Has encontrado alguna vez al Hombre Negro, madre?

—Y ¿quién te ha contado esta historia, Perla?—preguntó la madre reconociendo una superstición muy común en aquella época.

—Aquella señora vieja que estaba sentada en un rincón junto a la chimenea en la casa donde estuviste velando anoche,—dijo la niña. Ella me creía dormida mientras estaba hablando de eso. Dijo que mil y mil personas lo habían encontrado aquí, y habían escrito en su libro, y tenían su marca en el pecho.

Y una de las que lo han visto es esa mujer de tan mal genio, la anciana Señora Hibbins.

Y, madre, dijo también que esa letra escarlata que tú tienes es la señal que te puso el Hombre Negro, y que brilla como una llama roja cuando lo ves a media noche, aquí, en este bosque obscuro. ¿Es verdad, eso, madre? ¿Y es verdad que tú vas a verle de noche?

—¿Te has despertado alguna vez sin que me hayas visto junto a ti?—le preguntó Ester.

—No lo recuerdo,—dijo la niña.—Si temes dejarme sola en nuestra choza, debes llevarme contigo. Mucho me alegraría acompañarte. Pero, madre, dime ahora, ¿existe semejante Hombre Negro? ¿Y lo has visto alguna vez? ¿Y es ésta su señal?

—¿Quieres dejarme en paz, si te lo digo de una vez?—le preguntó su madre.

—Sí, si me lo dices todo,—respondió Perla.

—Pues bien, una vez en mi vida encontré al Hombre Negro,—dijo la madre.—Esta letra escarlata es su señal.

Conversando así, penetraron en el bosque lo bastante para ponerse a cubierto de las miradas de algún transeunte casual, y se sentaron en el tronco carcomido de un pino que en otros tiempos habría sido un árbol gigantesco y ahora era tan solo una masa de musgo.

El lugar en que se sentaron era una pequeña hondonada, atravesada por un arroyuelo que se deslizaba sobre un lecho de hojas de árboles.

Las ramas caídas de estos árboles interrumpían de trecho en trecho la corriente del arroyuelo, que formaba pequeños remolinos aquí y allí, mientras en otras partes se deslizaba a manera de un canal sobre un lecho de piedrecitas y arena.

Siguiendo con la vista el curso del agua se veía a veces en su superficie el reflejo de la luz del sol, pero pronto se perdía en medio del laberinto de árboles y matorrales que crecían a lo largo de sus orillas: aquí y allí tropezaba con alguna gran roca cubierta de liquen.

Todos estos árboles y estas rocas de granito parecían destinados a hacer un misterio del curso de este arroyuelo, temiendo quizás que su incesante locuacidad revelase las historias de la antigua selva.

Constantemente, es verdad, mientras el arroyuelo continuaba deslizándose hacia adelante, dejaba oir un suave, apacible y tranquilo murmurio, aunque lleno de dulce melancolía, como el acento de un niño que pasara los primeros años de su vida sin compañeros de su edad con quienes poder jugar, y no supiese lo que fuera estar alegre, por vivir entre tristes parientes y aun más tristes acontecimientos.

—¡Oh arroyuelo! ¡Oh loco y fastidioso arroyuelo!—exclamó Perla después de prestar oído un rato a sus murmullos.—¿Por qué estás tan triste? ¡Cobra ánimo y no estés todo el tiempo suspirando y murmurando!

Pero el arroyuelo, en el curso de su existencia entre los árboles de la selva, había pasado por una experiencia tan solemne que no podía menos sino expresarla con el rumor de sus ondas, y parecía que no tenía otra cosa que decir.

Perla se asemejaba al arroyuelo, en cuanto a que la corriente de su vida había brotado de una fuente también misteriosa, y se había deslizado entre escenas harto sombrías. Pero, todo lo contrario del arroyuelo, la niña bailaba, y se divertía y charlaba a medida que su existencia transcurría.

—¿Qué dice este arroyuelo tan triste, madre?—preguntó la niña.

—Si tuvieras algún pesar que te abrumara, el arroyuelo te lo diría, —respondió la madre,—así como me habla a mí del mío.

Pero ahora, Perla, oigo pasos en el camino y el ruido que forma el apartar las ramas de los árboles; vete a jugar y déjame que hable un rato con el hombre que viene allá a lo lejos.

—¿Es el Hombre Negro?—preguntó Perla.

—Vete a jugar,—repitió la madre,—pero no te internes mucho en el bosque, y ten cuidado de venir en el instante que te llame.

—Sí, madre,—respondió Perla,—pero si fuere el Hombre Negro, ¿no quieres permitirme que me quede un rato para mirarlo con su gran libro bajo el brazo?

—Vete a jugar, tontuela,—dijo la madre impaciente,—no es el Hombre Negro. Ahora puedes verlo por entre los árboles. Es el ministro.

—Sí, él es,—dijo la niña.—Y tiene la mano sobre el corazón, madre. Eso es porque cuando el ministro escribió su nombre en el libro, el Hombre Negro le puso la señal en el pecho. Y ¿por qué no la lleva como tú fuera del pecho?

—Ve a jugar ahora, niña, y atorméntame después cuanto quieras,—exclamó Ester.—Pero no te alejes mucho. Quédate donde puedas oir la charla del arroyuelo.

La niña se alejó cantando a lo largo de la corriente del arroyuelo, tratando de mezclar algunos acentos más alegres a la melancólica cadencia de sus aguas.

Pero el arroyuelo no quería ser consolado y continuó, como antes, refiriendo su secreto ininteligible de algo muy triste y misterioso que había sucedido, o lamentándose proféticamente de algo que iba a acontecer en la sombría floresta; pero Perla que tenía harta sombra en su breve existencia, se alejó del arroyuelo gemidor, y se puso a recoger violetas y anémonas y algunas florecillas color de escarlata que encontró creciendo en los intersticios de una alta roca.

Cuando la niña hubo partido, Ester dio un par de pasos hacia el sendero que atravesaba la selva, aunque permaneciendo todavía bajo la espesa sombra de los árboles. Vió al ministro que avanzaba solitario apoyándose en una rama que había cortado en el camino.

Su aspecto era el de una persona macilenta y débil, y se revelaba en todo su sér un abatimiento, que nunca se había notado en él en tanto grado, ni en sus paseos por la población, ni en ninguna otra oportunidad en que creyera que se le pudiese observar.

Aquí, en la intensa soledad de la selva, era penosamente visible.

En su modo de andar había una especie de cansancio, como si no viera razón alguna para dar un paso más, ni experimentase el deseo de hacerlo, sino que con sumo placer, si es que algo pudiera causarle

placer, habría preferido arrojarse al pie del árbol más cercano y tenderse allí a descansar para siempre.

Podrían cubrirle las hojas, y el terreno elevarse gradualmente y formar un montecillo sobre su cuerpo, sin importar nada que éste estuviera animado o no por la vida. La muerte era un objeto demasiado definido para que pudiese anhelarla o desease evitarla.

Para Ester, a juzgar por lo que ella podía ver, el Reverendo Arturo Dimmesdale no presentaba síntoma ninguno visible de un padecimiento real y profundo, excepto que, como Perla ya había notado, siempre se llevaba la mano al corazón.

Capítulo diecisiete

El pastor de almas y Su feligresa

A pesar de lo lentamente que caminaba el ministro, había éste pasado casi de largo, antes de que a Ester le hubiera sido posible hacerse oir y atraer su atención. Al fin lo consiguió.

—¡Arturo Dimmesdale!—dijo al principio con voz apenas perceptible, pero que fue creciendo en fuerza, aunque un tanto ronca,—¡Arturo Dimmesdale!

—¿Quién me llama?—respondió el ministro.

Irguiéndose rápidamente, permaneció en esa posición, como un hombre sorprendido en una actitud en que no quisiera haber sido visto.

Dirigiendo las miradas con ansiedad hacia el lugar de donde procedía la voz, percibió vagamente bajo los árboles una forma vestida con traje tan obscuro, y que se destacaba tan poco en medio de la penumbra que reinaba entre el espeso follaje, que casi no daba paso a la luz del mediodía, que apenas pudo distinguir si era una sombra o una mujer.

Se adelantó un paso hacia ella y descubrió la letra escarlata.

—¡Ester! ¡Ester Prynne!—exclamó,—¿eres tú? ¿Estás viva?

—Sí,—respondió,—¡con la vida con que he vivido estos siete últimos años! Y tú, Arturo Dimmesdale, ¿vives aún?

No debe causar sorpresa que se preguntaran mútuamente si estaban realmente vivos, y que hasta dudasen de su propia existencia

corporal.

De tan extraña manera se encontraron en el crepúsculo de aquella selva, que parecía como si fuese la primer entrevista que tuvieran más allá del sepulcro dos espíritus que habían estado íntimamente asociados en su vida terrestre, pero que ahora se hallaban temblando, llenos de mutuo temor, sin haberse familiarizado aún con su condición presente, ni acostumbrado a la compañía de almas desprovistas de sus cuerpos.

Cada uno era un espíritu que contemplaba, lleno de asombro, al otro espíritu.

Igualmente experimentaban respecto de sí mismos una extraña sensación, porque en aquel momento a cada cual se le representó, de una manera viva e intensa, toda su íntima historia y toda la amarga experiencia de la vida, como acontece tan solo en tales instantes en el curso de nuestra existencia.

El alma se contempla en el espejo de aquel fugitivo momento. Con temor pues, y trémulamente, cual si lo hiciera impulsado por necesidad ineludible, extendió Arturo Dimmesdale su mano, fría como la muerte, y tocó la helada mano de Ester Prynne.

A pesar de lo frígido del contacto de aquellas manos, se sintieron al fin habitantes de la misma esfera, desapareciendo lo que había de extraño y misterioso en la entrevista.

Sin hablar una sola palabra, sin que uno ni otro sirviera de guía a su compañero, pero con silencioso y mutuo acuerdo, se deslizaron entre las sombras del bosque de donde había salido Ester, y se sentaron en el mismo tronco de árbol cubierto de musgo en que ella y Perla habían estado sentadas antes.

Cuando al fin pudieron hallar una voz con que hablarse, emitieron al principio solo las observaciones y preguntas que podrían haber

hecho dos conocidos cualesquiera, acerca de lo sombrío del cielo, del mal tiempo que amenazaba, y luego de la salud de cada uno.

Procedieron después, por decirlo así, paso a paso, y con muchos rodeos, a tratar de los temas que más profundamente les interesaban y más a pecho tenían.

Separados tan largo tiempo por el destino y las circunstancias, necesitaban algo ligero, casual, casi indiferente en que ocuparse, antes de comenzar a dar salida a las ideas y pensamientos que realmente llenaban sus almas.

Después de un rato, el ministro fijó los ojos en los de Ester.

—Ester, dijo, ¿has hallado la paz del alma?

Ella sonrió tristemente dirigiéndose una mirada al pecho.

—¿La has hallado tú?—le preguntó ella a su vez.

—No: no; solamente desesperación,—contestó el ministro.—¿Ni qué otra cosa podía esperar, siendo lo que soy, y llevando una vida como la que llevo? Si yo fuera ateo, si fuera un hombre desprovisto de conciencia, un miserable con instintos groseros y brutales, ya habría hallado la paz hace tiempo: mejor dicho, nunca la habría perdido.

Pero tal como es el alma mía, cualquiera que fuese la capacidad que originalmente pudiera existir en mí para el bien, todos los dones de Dios, los más selectos y escogidos, se han convertido en otros tantos motivos de tortura espiritual. Ester, ¡yo soy inmensamente infeliz!

—El pueblo te reverencia,—dijo Ester,—y ciertamente producen mucho bien entre el pueblo tus palabras. ¿No te proporciona esto consuelo?

—Más padecimientos, Ester, solo más padecimientos!—contestó Dimmesdale con una amarga sonrisa.—En cuanto al bien que yo

pueda aparentemente hacer, no tengo fe en él. ¿Qué puede realizar un alma perdida como la mía, en pro de la redención de otras almas?

¿Ni qué puede un alma manchada hacer en beneficio de la purificación de otras almas? Y en cuanto a la reverencia del pueblo, ¡ojalá que se convirtiera en odio y desprecio!

¿Crees tú, Ester, que pueda servirme de consuelo tener que subir a mi púlpito, y allí exponerme a las miradas de tantos que dirigen a mí sus ojos, como si resplandeciera en mi rostro la luz del cielo?

¿Ó tener que contemplar mi rebaño espiritual sediento de verdad y oyendo mis palabras como si fueran vertidas por uno de los escogidos del Eterno, y luego contemplarme yo a mí mismo para no ver sino la triste y negra realidad que ellos idolatran?

¡Ah! me he reído con intensa amargura y agonía de espíritu ante el contraste que existe entre lo que parezco y lo que soy verdaderamente! ¡Y Satanás se ríe también!

—Tú eres injusto contigo mismo en esto,—dijo Ester con dulzura.—Tú te has arrepentido profunda y amargamente. Tu falta ha quedado relegada a una época que hace tiempo ha pasado para siempre. Tu vida presente no es menos santa, en realidad de verdad, de lo que aparece a la vista de los hombres.

¿No tiene por ventura fuerza alguna la penitencia a que han puesto un sello y de que dan testimonio tus buenas obras? ¿Y por qué no han de traer la paz a tu espíritu?

—¡No, Ester, no!—replicó el ministro.—No hay realidad en ello: es frío, inanimado y no puede producirme bien alguno. Padecimientos, he tenido muchos; penitencia, ninguna. De lo contrario, hace tiempo que debería haberme despojado de este traje de aparente santidad, y presentarme ante los hombres como me verán el día del Juicio Final.

¡Feliz tú, Ester, que llevas la letra escarlata al descubierto sobre el pecho! ¡La mía me abrasa en secreto! Tú no sabes cuán gran alivio es, después de un fraude de siete años, mirar unos ojos que me ven tal como soy.

Si tuviera yo un amigo,—o aunque fuese mi peor enemigo,—al que, cuando me siento enfermo con los elogios de todos los otros hombres, pudiera abrir mi pecho diariamente para que me viese como al más vil de los pecadores, creo que con eso recobraría nuevas fuerzas.

Aun esa parte de verdad, con ser tan poca, me salvaría.... Pero ahora, ¡todo es mentira!—¡todo es vanidad!—¡todo es muerte!

Ester le dirigió una mirada, quiso hablar, pero vaciló. Sin embargo, al dar el ministro rienda suelta a sus emociones largo tiempo reprimidas, y con la vehemencia que lo hizo, sus palabras ofrecieron a Ester la oportunidad de decir aquello para lo cual le había buscado. Venció sus temores, y habló.

—Un amigo como el que ahora has deseado,—dijo,—con quien poder llorar sobre tu falta, lo tienes en mí, la cómplice de esa falta. Vaciló de nuevo, pero al fin pronunció con un gran esfuerzo estas palabras:—en cuanto a un enemigo, largo tiempo lo has tenido, y has vivido con él, bajo un mismo techo.

El ministro se puso en pie, buscando aire que respirar, y llevándose la mano al corazón como si quisiera arrancárselo del pecho.

—¡Cómo! ¿Qué dices?—exclamó.—¡Un enemigo! ¡Y bajo mi mismo techo! ¿Qué quieres decir, Ester?

Ester Prynne comprendió ahora perfectamente el mal inmenso hecho a este hombre desgraciado, y de que era ella responsable, al dejarle permanecer por tantos años, más aun, por un solo momento, a la merced de un hombre cuyo propósito y objeto no podían ser sino perversos.

La sola proximidad de este enemigo, bajo cualquiera máscara que quisiera ocultarse, era ya suficiente para perturbar un alma tan delicadamente sensible como la de Arturo Dimmesdale.

Hubo cierto tiempo en que Ester no se dio bastante cuenta de todo esto; o quizás, en la profunda contemplación de su propia desgracia, dejó que el ministro soportara lo que ella podría imaginarse que era un destino más tolerable.

Pero últimamente, desde la noche aquella de su vigilia, sintió profunda compasión hacia él, pues podía leer ahora con más acierto en su corazón.

No dudaba que la continua presencia de Rogerio Chillingworth,—infectando con la ponzoña de su malignidad el aire que le rodeaba,—y su intervención autorizada, como médico, en las dolencias físicas y espirituales del ministro, no dudaba, no, que todas esas oportunidades las había aprovechado para fines aviesos.

Sí, esas oportunidades le habían permitido mantener la conciencia de su paciente en un estado de irritación constante, no para curarle por medio del dolor, sino para desorganizar y corromper su sér espiritual.

Su resultado en la tierra sería indudablemente la locura; y más allá de esta vida, aquel eterno alejamiento de Dios y de la Verdad, del que la locura es acaso el tipo terrestre.

¡A tal estado de infortunio y miseria había ella traído al hombre que en otro tiempo,—y, ¿por qué no decirlo?—que aun amaba apasionadamente!

Ester comprendió que el sacrificio del buen nombre del eclesiástico y hasta la muerte misma, como se lo había dicho a Rogerio Chillingworth, habrían sido infinitamente preferibles a la alternativa que ella se había visto obligada a escoger.

Y ahora, más bien que tener que confesar este funesto error, hubiera querido arrojarse sobre las hojas de la selva y morir allí a los pies de Arturo Dimmesdale.

—¡Oh Arturo!—exclamó Ester,—¡perdóname! En todas las cosas de este mundo he tratado de ser sincera y atenerme a la verdad.

La única virtud a que podía haberme aferrado, y a la que me aferré fuertemente hasta la última extremidad, ha sido la verdad; en todas las circunstancias lo hice, excepto cuando se trató de tu bien, de tu vida, de tu reputación; entonces consentí en el engaño.

Pero una mentira nunca es buena, aun cuando la muerte nos amenace, ¿No adivinas lo que voy a decir?... Ese anciano,—ese médico,—ese a quien llaman Rogerio Chillingworth... ¡fue mi marido!

Arturo Dimmesdale la miró un instante con toda aquella violenta pasión que,—entrelazada de más de un modo a sus otras cualidades más elevadas, puras y serenas,—era en realidad la parte a que dirigía sus ataques el enemigo del género humano, y por medio de la cual trataba de ganar todo el resto.

Nunca hubo en su rostro una expresión de cólera tan sombría y feroz como la que entonces vio Ester. Durante el breve espacio de tiempo que duró, fue verdaderamente una horrible transformación.

Pero el carácter de Dimmesdale en tal manera se había debilitado por el sufrimiento, que aun esos arranques de energía de un grado inferior no podían durar sino un rápido momento. Se arrojó al suelo y sepultó el rostro entre las manos.

—¡Debía haberlo conocido!—murmuró.—Sí: lo conocí, ¿No me reveló ese secreto la voz íntima de mi corazón desde la primera vez que le ví, y después cuantas veces le he visto desde entonces? ¿Por qué no lo comprendí? ¡Oh Ester Prynne! ¡qué poco, qué poco conoces todo el horror de esto! ¡Y la vergüenza!... ¡la vergüenza!...

¡la horrible fealdad de exponer un corazón enfermo y culpado a las miradas del hombre que con ello tanto había de regocijarse!... ¡Mujer, mujer, tú eres responsable de esto!... ¡Yo no puedo perdonarte!

—Sí, sí; tú tienes que perdonarme,—exclamó Ester arrojándose junto a él sobre las hojas del suelo.—¡Castígueme Dios, pero tú tienes que perdonarme!

Y con un rápido y desesperado arranque de ternura le rodeó el cuello con los brazos y le estrechó la cabeza contra su seno, sin cuidarse de si la mejilla del ministro reposaba sobre la letra escarlata. Dimmesdale, aunque en vano, intentó desasirse de los brazos que así le estrechaban.

Ester no quiso soltarle por temor de que fijase en ella una mirada severa. El mundo entero la había rechazado, y durante siete largos años había mirado con ceño a esta pobre mujer solitaria,—y ella lo había sufrido todo, sin devolver siquiera al mundo una mirada de sus ojos firmes, aunque tristes.

El cielo también la había mirado con ceño, y ella no había sucumbido sin embargo. Pero el ceño de este hombre pálido, débil, pecador, a quien el pesar abatía de tal modo, era lo que Ester no podía soportar y seguir viviendo.

—¿No me quieres perdonar? ¿No quieres perdonarme?—repetía una y otra vez.—¡No me rechaces! ¿Me quieres perdonar?

—Sí, te perdono, Ester,—replicó el ministro al fin, con hondo acento salido de un abismo de tristeza, pero sin cólera.—Te perdono ahora de todo corazón. Así nos perdone Dios a entrambos. No somos los más negros pecadores del mundo, Ester. ¡Hay uno que es aun peor que este contaminado ministro del altar!

La venganza de ese anciano ha sido más negra que mi pecado. A sangre fría ha violado la santidad de un corazón humano. Ni tú ni yo,

Ester, jamás lo hicimos.

—No: nunca, jamás,—respondió ella en voz baja. Lo que hicimos tenía en sí mismo su consagración, y así lo comprendimos. Nos lo dijimos mutuamente. ¿Lo has olvidado?

—Silencio, Ester, silencio,—dijo Arturo Dimmesdale alzándose del suelo;—no: no lo he olvidado.

Se sentaron de nuevo uno al lado del otro sobre el musgoso tronco del árbol caído, con las manos mutuamente entrelazadas.

Hora más sombría que ésta jamás les había traído la vida en el curso de los años: era el punto a que sus sendas se habían ido aproximando por tanto tiempo, obscureciéndose cada vez más y más a medida que avanzaban, y sin embargo tenía todo aquello un encanto singular que les hacía detenerse un instante, y otro, y después otro, y aun otro más.

Tenebroso era el bosque que les rodeaba, y las ramas de los árboles crujían agitadas por ráfagas violentas, mientras un solemne y añoso árbol se quejaba lastimosamente como si refiriese a otro árbol la triste historia de la pareja que allí se había sentado, o estuviera anunciando males futuros.

Y allí permanecieron aun más tiempo. ¡Cuán sombrío les parecía el sendero que llevaba a la población, donde Ester Prynne cargaría de nuevo con el peso de su ignominia y el ministro se revestiría con la máscara de su buen nombre! Y así permanecieron un instante más.

Ningún rayo de luz, por dorado y brillante que fuera, había sido jamás tan precioso como la obscuridad de esta selva tenebrosa. Aquí, vista solamente por los ojos del ministro, la letra escarlata no ardía en el seno de la mujer caída.

Aquí, visto solamente por los ojos de Ester, el ministro Dimmesdale, falso ante Dios y falso para con los hombres, podía ser sincero

un breve momento.

Dimmesdale se sobresaltó a la idea de un pensamiento que se le ocurrió súbitamente.

—¡Ester!—exclamó—¡he aquí un nuevo horror! Rogerio Chillingworth conoce tu propósito de revelarme su verdadero carácter. ¿Continuará entonces guardando nuestro secreto? ¿Cuál será ahora la nueva faz que tome su venganza?

—Hay en su naturaleza una extraña discreción,—replicó Ester pensativamente,—nacida tal vez de sus ocultos manejos de venganza. Yo no creo que publique el secreto, sino que busque otros medios de saciar su sombría pasión.

—¿Y cómo podré yo vivir por más tiempo respirando el mismo aire que respira este mi mortal enemigo?—exclamó Dimmesdale, todo trémulo, y llevándose nerviosamente la mano al corazón,—lo que ya se había convertido en él en acto involuntario.—Piensa por mí, Ester; tú eres fuerte. Resuelve por mí.

—No debes habitar más tiempo bajo un mismo techo con ese hombre,—dijo Ester lenta y resueltamente.—Tu corazón no debe permanecer por más tiempo expuesto a la malignidad de sus miradas.

—Sería peor que la muerte,—replicó el ministro,—¿pero cómo evitarlo? ¿Qué elección me queda? ¿Me tenderé de nuevo sobre estas hojas secas, donde me arrojé cuando me dijiste quien era? ¿Deberé hundirme aquí y morir de una vez?

—¡Ah! ¡de qué infortunio eras presa!—dijo Ester con los ojos anegados en llanto.—¿Quieres morir de pura debilidad de espíritu? No hay otra causa.

—El juicio de Dios ha caído sobre mí,—dijo el eclesiástico cuya conciencia estaba como herida de un rayo.—Es demasiado poderoso para luchar contra él.

—¡El cielo tendrá piedad de ti!—exclamó Ester. ¡Ojalá tuvieras la fuerza de aprovecharte de ella!

—Sé tú fuerte por mí,—respondió Dimmesdale. Aconséjame lo que debo hacer.

—¿Es por ventura el mundo tan estrecho?—exclamó Ester fijando su profunda mirada en los ojos del ministro, y ejerciendo instintivamente un poder magnético sobre un espíritu tan aniquilado y sumiso que apenas podía mantenerlo en pie.—¿Se reduce el universo a los límites de esa población, que hace poco no era sino un desierto, tan solitario como esta selva en que estamos?

¿A dónde conduce ese sendero? De nuevo a la población, dices. Sí: de ese lado, a ella conduce; pero del lado opuesto, se interna más y más en la soledad de los bosques, hasta que a algunas millas de aquí las hojas amarillas no dejan ya ver vestigio alguno de la huella del hombre.

¡Allí eres libre! Una jornada tan breve te llevará de un mundo, donde has sido tan intensamente desgraciado, a otro en que aun pudieras ser feliz. ¿No hay acaso en toda esta selva sin límites un lugar donde tu corazón pueda estar oculto a las miradas de Rogerio Chillingworth?

—Sí, Ester; pero solo debajo de las hojas caídas—replicó el ministro con una triste sonrisa.

—Ahí está también el vasto sendero del mar,—continuó Ester:—él te trajo aquí; si tú quieres, te llevará de nuevo a tu hogar. En nuestra tierra nativa, ya en alguna remota aldea, o en el vasto Londres,—o seguramente, en Alemania, en Francia, en Italia,—te hallarás lejos del poder y conocimiento de ese hombre.

¿Y qué tienes tú que ver con todos estos hombres de corazón de hierro ni con sus opiniones? Ellos han mantenido en abyecta servi-

dumbre, demasiado tiempo, lo que en ti hay de mejor y de más noble.

—No puede ser,—respondió el ministro como si se le pidiese que realizara con sueño.—No tengo las fuerzas para ir. Miserable y pecador como soy, no me ha animado otra idea que la de arrastrar mi existencia terrenal en la esfera en que la Providencia me ha colocado.

A pesar de que mi alma está perdida, continuaré haciendo todavía lo que pueda en beneficio de la salud de otras almas. No me atrevo a abandonar mi puesto, por más que sea un centinela poco fiel, cuya recompensa segura será la muerte y la deshonra cuando haya terminado su triste guardia.

—Estos siete años de infortunio y de desgracia te han abrumado con su peso,—replicó Ester resuelta a infundirle ánimo con su propia energía.—Pero tienes que dejar todo eso detrás de ti.

No ha de retardar tus pasos si escoges el sendero de la selva y quieres alejarte de la población; ni debes echar su peso en la nave, si prefieres atravesar el océano. Deja estos restos del naufragio y estas ruinas aquí, en el lugar donde aconteció. Echa todo eso a un lado.

Comiénzalo todo de nuevo. ¿Has agotado por ventura todas las posibilidades de acción en el fracaso de una sola prueba? De ningún modo. El futuro está aun lleno de otras pruebas, y finalmente de buen éxito. ¡Hay aun felicidad de que disfrutar! ¡Hay aun mucho bien que hacer!

Cambia esta vida falsa que llevas por una de sinceridad y de verdad. Si tu espíritu te inclina a esa vocación, sé el maestro y el apóstol de la raza indígena, Ó,—pues acaso se adapta más a tu naturaleza,—sé un sabio y un erudito entre los más sabios y renombrados del mundo de las letras.

Predica: escribe: sé hombre de acción. Haz cualquier cosa, excepto echarte al suelo y dejarte morir. Despójate de tu nombre de Arturo

Dimmesdale, y créate uno nuevo, un nombre excelso, tal como puedes llevarlo sin temor ni vergüenza.

¿Por qué has de soportar un solo día más los tormentos que de tal modo han devorado tu existencia,—que te han hecho débil para la voluntad y para la acción,—y que hasta te privarán de las fuerzas para arrepentirte?—Ánimo; arriba, y adelante.

—¡Oh Ester!—exclamó Arturo Dimmesdale cuyos ojos brillaron un momento, para perder el fulgor inmediatamente, a influjos del entusiasmo de aquella mujer,—¡oh Ester! estás hablando de emprender la carrera a un hombre cuyas rodillas vacilan y tiemblan. ¡Yo tengo que morir aquí!

No tengo ya ni fuerzas, ni valor, ni energía para lanzarme a un mundo extraño, inmenso, erizado de dificultades, y lanzarme solo.

Era esta la última expresión del abatimiento de un espíritu quebrantado. Le faltaba la energía para aprovecharse de la fortuna más favorable que parecía estar a su alcance.

Repitió la palabra.

—¡Solo, Ester!

—Tú no irás solo,—respondió Ester con profundo acento.

Y con esto, todo quedó dicho.

Capítulo dieciocho

Un torrente de luz

ARTURO DIMMESDALE fijó los ojos en Ester con miradas en que la esperanza y la alegría brillaban, seguramente, si bien mezcladas con cierto miedo y una especie de horror, ante la intrepidez con que ella había expresado lo que él vagamente indicó y no se atrevió a decir.

Pero Ester Prynne, con un espíritu lleno de innato valor y actividad, y por largo tiempo no sólo segregada, sino desterrada de la sociedad, se había acostumbrado a una libertad de especulación completamente extraña a la manera de ser del eclesiástico.

Sin guía ni regla de ninguna clase había estado vagando en una especie de desierto espiritual; tan vasto, tan intrincado, tan sombrío y selvático como aquel bosque en que estaban ahora sosteniendo un diálogo que iba a decidir del destino de ambos.

El corazón y la inteligencia de Ester puede decirse que se hallaban en su elemento en los lugares desiertos que ella recorría con tanta libertad como los indios salvajes sus bosques.

Durante años había contemplado las instituciones humanas, y todo lo establecido por la religión o las leyes, desde un punto de vista que le era peculiar; criticándolo todo con tan poca reverencia como la que experimentaría el indio de las selvas por la toga judicial, la picota, el cadalso, o la iglesia.

Tanto su destino como los acontecimientos de su vida habían tendido a hacer libre su espíritu. La letra escarlata era su pasaporte para

entrar en regiones a que otras mujeres no osaban acercarse.

La Vergüenza, la Desesperación, la Soledad: tales habían sido sus maestras; rudas y severas, pero que la habían hecho fuerte, aunque induciéndola al error.

El ministro, por el contrario, nunca había pasado por una experiencia tal que le condujera a poner en tela de juicio las leyes generalmente aceptadas; bien que en una sola ocasión hubiera quebrantado una de las más sagradas.

Pero esto había sido un pecado cometido por la pasión, no las consecuencias de principios determinados, ni siquiera de un propósito. Desde aquella malhadada época, había observado con mórbido celo y minuciosidad, no sus acciones, porque éstas eran fáciles de arreglar, sino cada emoción por leve que fuera, y hasta cada pensamiento.

Hallándose a la cabeza del sistema social, como lo estaba el eclesiástico en aquella época, se encontraba por esa misma causa más encadenado por sus reglas, sus principios y aun sus prevenciones injustas. Como ministro del altar que era, el mecanismo del sistema de la institución lo comprimía inevitablemente.

Como hombre que había cometido una falta una vez, pero que conservaba su conciencia viva y penosamente sensible, merced al roce constante de una herida que no se había cicatrizado, podía suponérsele más a salvo de pecar de nuevo que si nunca hubiese delinquido.

Así nos parece observar que, en cuanto a Ester, los siete años de ignominia y destierro social habían sido sólo una preparación para esta hora. Pero, ¿y Arturo Dimmesdale? Si este hombre delinquiera de nuevo, ¿qué excusa podría presentarse para atenuar su crimen?

Ninguna, a menos que le valiera de algo decir que sus fuerzas estaban quebrantadas en virtud de largos e intensos padecimientos;

que su espíritu estaba obscurecido y confuso por el remordimiento que lo corroía; que entre la alternativa de huir como un criminal confeso o permanecer siendo un hipócrita, sería difícil hallar la decisión más justa; que está en la naturaleza humana evitar el peligro de muerte e infamia y las sutiles maquinaciones de un enemigo; y, finalmente, que este pobre peregrino, débil, enfermo, infeliz, vio brillar inesperadamente, en su senda desierta y sombría, un rayo de afecto humano y de simpatía, una nueva vida, llena de sinceridad, en cambio de la triste y pesada vida de expiación que estaba ahora llevando.

Y dígase también la siguiente y amarga verdad: la brecha que el delito ha abierto una vez en el alma humana, jamás queda completamente cerrada mientras conservamos nuestra condición mortal.

Tiene que vigilarse y guardarse, para que el enemigo no penetre de nuevo en la fortaleza, y escoja quizás otros medios de entrar que los empleados antes.

Pero siempre está allí el muro abierto, y junto a él el enemigo artificioso que, con cautela y a hurtadillas, trata de obtener de nuevo una victoria más completa.

La lucha, si hubo alguna, no es preciso describirla; baste decir que Dimmesdale resolvió emprender la fuga, y no solo.

—Si en todos estos siete años pasados—pensó—pudiera yo recordar un solo momento de paz o de esperanza, aún lo soportaría todo confiando en la clemencia del Cielo; pero puesto que estoy irremediablemente condenado, ¿por qué no gozar del solaz concedido al sentenciado antes de su ejecución?

Ó si este sendero, como Ester trata de persuadirme, es el que conduce a una vida mejor, ¿por qué no seguirlo? Ni puedo vivir por más tiempo sin la compañía de Ester, cuya fuerza para sostenerme es tan

vigorosa, así como lo es también su poder para calmar las angustias de mi alma.

¡Oh Tú a quien no me atrevo a levantar las miradas!—¿me perdonarás?

—Tú partirás,—dijo Ester con reposado acento al encontrar las miradas de Dimmesdale.

Una vez tomada la decisión, el brillo de una extraña alegría esparció su vacilante esplendor sobre el rostro inquieto del ministro.

Fue el efecto animador que experimenta un prisionero, que precisamente acaba de librarse del calabozo de su propio corazón, al respirar la libre y borrascosa atmósfera de una región selvática, sin leyes y sin freno de ninguna especie.

Su espíritu se elevó, como de un golpe, a alturas más excelsas de las que le fue dado alcanzar durante todos los años que el infortunio le había mantenido clavado en la tierra; y como era de un temperamento en extremo religioso, en su actual animación había inevitablemente algo espiritual.

—¿Siento de nuevo la alegría?—se preguntaba, sorprendido de sí mismo.—Creía que el germen de todo contento había muerto en mí. ¡Oh Ester, tú eres mi ángel bueno!

Me parece que me arrojé, enfermo, contaminado por la culpa, abatido por el dolor, sobre estas hojas de la selva, y que me he levantado otro hombre completamente nuevo, y con nuevas fuerzas para glorificar a Aquel que ha sido tan misericordioso. Esta es ya una vida mejor. ¿Por qué no nos hemos encontrado antes?

—No miremos hacia atrás,—respondió Ester,—lo pasado es pasado: ¿para qué detenernos ahora en él? ¡Mira! con este símbolo deshago todo lo hecho y procedo como si nunca hubiera existido.

Y diciendo esto, desabrochó los corchetes que aseguraban la letra escarlata, y arrancándola de su pecho la arrojó a una gran distancia entre las hojas secas.

El símbolo místico cayó en la misma orilla del arroyuelo, y a poco más lo habría hecho en el agua que le hubiera arrastrado en su melancólica corriente, agregando un nuevo dolor a la historia que constantemente estaba refiriendo en sus murmullos.

Pero allí quedó la letra bordada brillando como una joya perdida que algún malhadado viajero podría recoger, para verse después perseguido quizá por extraños sueños de crimen, abatimiento del corazón e infortunio sin igual.

Una vez arrojada la insignia fatal, dio Ester un largo y profundo suspiro con el que su espíritu se libró de la vergüenza y angustia que la habían oprimido. ¡Oh exquisito alivio! No había conocido su verdadero peso hasta que se sintió libre de él.

Movida de otro impulso, se quitó la gorra que aprisionaba sus cabellos, que cayeron sobre sus espaldas, ricos, negros, con una mezcla de luz y sombra en su abundancia, comunicándole al rostro todo el encanto de una suave expresión.

Jugueteaba en los labios y brillaba en los ojos una tierna y radiante sonrisa, que parecía tener su origen en su femenino corazón. Las mejillas, tan pálidas hasta entonces, se veían animadas de rosado color.

Su sexo, su juventud, y toda la riqueza de su hermosura se diría que habían surgido de nuevo de lo que se llama el pasado irrevocable, y se agrupaban en torno de ella con su esperanza virginal y una felicidad hasta entonces desconocida, y todo dentro del mágico círculo de esta hora.

Y como si la obscuridad y tristeza de la tierra y del firmamento solo hubieran sido el reflejo de lo que pasaba en el corazón de estos dos mortales, se desvanecieron también con su dolor.

De pronto, como con repentina sonrisa del cielo, el sol hizo una especie de irrupción en la tenebrosa selva, derramando un torrente de esplendor, alegrando cada hoja verde, convirtiendo las amarillentas en doradas, y brillando entre los negruzcos troncos de los solemnes árboles.

Los objetos, que hasta entonces habían esparcido solamente sombras, eran ahora cuerpos luminosos. El curso del arroyuelo podría trazarse, merced a su alegre murmullo, hasta allá a lo lejos en el misterioso centro de aquella selva que se había convertido en testigo de una alegría aún más misteriosa.

Tal fue la simpatía de la Naturaleza con la felicidad de estos dos espíritus. El amor, ya brote por vez primera, o surja de cenizas casi apagadas, siempre tiene que crear un rayo de sol que llena el corazón de esplendores tales, que se esparcen en todo el mundo interior.

Si la selva hubiera conservado aun su triste obscuridad, habría parecido sin embargo brillante a los ojos de Ester, y brillante igualmente a los de Arturo Dimmesdale.

Ester le dirigió una mirada llena de la luz de una nueva alegría.

—Tienes que conocer a Perla,—le dijo,—¡nuestra Perlita! Tú la has visto,—sí, yo lo sé,—pero la verás ahora con otros ojos. Es una niña singular. Apenas la comprendo. Pero tú la amarás tiernamente, como yo, y me aconsejarás acerca del modo de manejarla.

—¿Crees que la niña se alegrará de conocerme?—preguntó el ministro visiblemente inquieto.—Siempre me he alejado de los niños, porque con frecuencia demuestran cierta desconfianza, una especie

de encogimiento en entrar en relaciones familiares conmigo. ¡Yo he temido siempre a Perla!

—Eso era triste,—respondió la madre,—pero ella te amará tiernamente y tú la amarás también. No se encuentra muy lejos. Voy a llamarla. ¡Perla! ¡Perla!

—Desde aquí la veo,—observó el ministro.—Allí está, en medio de la luz del sol, al otro lado del arroyuelo. ¿De modo que crees que la niña me amará?

Ester sonrió y llamó de nuevo a Perla que estaba visible a cierta distancia, como el ministro había dicho, y semejaba una brillante visión iluminada por un rayo de sol que caía sobre ella al través de las ramas de los árboles.

El rayo se agitaba de un lado a otro, haciendo que la niña pareciera más o menos confusa, ya como una criatura humana, ora como una especie de espíritu, a medida que el esplendor desaparecía y retornaba. Oyó la voz de su madre, y se dirigió a ella cruzando lentamente la selva.

Perla no había hallado largo ni fastidioso el tiempo, mientras su madre y el ministro estuvieron hablando. La gran selva, que tan sombría y severa se presentaba a los que allí traían la culpa y las angustias del mundo, se convirtió en compañera de los juegos de esta solitaria niña.

Se diría que, para divertirla, había adoptado las maneras más cautivadoras y halagüeñas: le ofreció bayas exquisitas de rojizo color, que la niña recogió, deleitándose con su agreste sabor. Los pequeños moradores de aquella soledad apenas se apartaban del camino de la niña.

Cierto es que una perdiz, seguida de diez perdigones, se adelantó hacia ella con aire amenazador, pero pronto se arrepintió de su fie-

reza y se volvió tranquila al lado de su tierna prole, como diciéndoles que no tuvieran temor.

Un pichón de paloma, que estaba solo en una rama baja, permitió a Perla que se le acercase, y emitió un sonido que lo mismo podía ser un saludo que un grito de alarma.

Una ardilla, desde lo alto del árbol en que tenía su morada, charlaba en són de cólera o de alegría, porque una ardilla es un animalito tan colérico y caprichoso que es muy difícil saber si está iracundo o de buen humor, y le arrojó una nuez a la cabeza.

Una zorra, a la que sobresaltó el ruido ligero de los pasos de la niña sobre las hojas, miró con curiosidad a Perla como dudando qué sería mejor, si alejarse de allí, o continuar su siesta como antes.

Se dice que un lobo,—pero aquí ya la historia ha degenerado en lo improbable,—se acercó a Perla, olfateó el vestido de la niña e inclinó la feroz cabeza para que se la acariciara con su manecita.

Sin embargo, lo que parece ser la verdad es que la selva, y todas estas silvestres criaturas a que daba sustento, reconocieron en aquella niña un sér humano de una naturaleza tan libre como la de ellas mismas.

También la niña desplegaba aquí un carácter más suave y dulce que en las calles herbosas de la población, o en la morada de su madre. Las flores parecían conocerla, y en un susurro le iban diciendo cuando cerca de ellas pasaba:

"Adórnate conmigo, linda niña, adórnate conmigo;"—y para darles gusto, Perla cogió violetas, y anémonas, y columbinas, y algunos ramos verdes, y se adornó los cabellos, y se rodeó la cintura, convirtiéndose en una ninfa infantil, en una tierna dríada, o en algo que armonizaba con el antiguo bosque.

De tal manera se había adornado cuando oyó la voz de su madre y se dirigía a ella lentamente.

Lentamente, sí, porque había visto al ministro.

Capítulo diecinueve

La niña junto al arroyuelo

—TÚ la amarás tiernamente,—repitió Ester mientras en unión de Dimmesdale contemplaban a Perla.—¿No la encuentras bella? Y mira con qué arte tan natural ha convertido en adorno esas flores tan sencillas. Si hubiera recogido perlas, y diamantes, y rubíes en el bosque, no le sentarían mejor. ¡Es una niña espléndida!

Pero bien sé a qué frente se parece la suya.

—¿Sabes tú, Ester,—dijo Arturo Dimmesdale con inquieta sonrisa,—que esta querida niña, que va siempre dando saltitos a tu lado, me ha producido más de una alarma? Me parecía... ¡oh Ester!... ¡qué pensamiento es ese, y qué terrible la idea!...

Me parecía que los rasgos de mis facciones se reproducían en parte en su rostro, y que todo el mundo podría reconocerlas. ¡Tal es su semejanza! ¡Pero más que todo es tu imagen.

—No, no es así,—respondió la madre con una tierna sonrisa. Espera algún tiempo, no mucho, y no necesitarás asustarte ante la idea de que se vea de quién es hija. ¡Pero qué singularmente bella parece con esas flores silvestres con que se ha adornado el cabello!

Se diría que una de las hadas que hemos dejado en nuestra querida Inglaterra la ha ataviado para que nos salga al encuentro.

Con un sentimiento que jamás hasta entonces ninguno de los dos había experimentado, contemplaban la lenta marcha de Perla. En ella era visible el lazo que los unía.

En estos siete años que habían transcurrido, fue la niña para el mundo un jeroglífico viviente en que se revelaba el secreto que ellos de tal modo trataron de ocultar: en este símbolo estaba todo escrito, todo patente de un modo sencillo, a haber existido un profeta o un hábil mago capaces de interpretar sus caracteres de fuego.

Sea cual fuere el mal pasado, ¿cómo podrían dudar que sus vidas terrenales y sus futuros destinos estaban entrelazados, cuando veían ante sí tanto la unión material como la idea espiritual en que ambos se confundían, y en que habían de morar juntos inmortalmente?

Pensamientos de esta naturaleza,—y quizás otros que no se confesaban o no describían,—revistieron a la niña de una especie de misteriosa solemnidad a medida que se adelantaba.

—Que no vea nada extraño, nada apasionado, ni ansiedad alguna en tu manera de recibirla y dirigirte a ella,—le dijo Ester al ministro en voz baja.—Nuestra Perla es a veces como un duende fantástico y caprichoso. Especialmente no puede tolerar las fuertes emociones, cuando no comprende plenamente la causa ni el objeto de las mismas.

Pero la niña es capaz de afectos intensos. Me ama y te amará.

—Tú no tienes una idea,—dijo el ministro mirando de soslayo a Ester,—de lo que temo esta entrevista, y al mismo tiempo cuánto la anhelo. Pero la verdad es, como ya te he dicho, que no me gano fácilmente la voluntad de los niños.

No se me suben a las rodillas, no me charlan al oído, no responden a mi sonrisa; sino que permanecen alejados de mí y me miran de una manera extraña. Aun los recién nacidos lloran fuertemente cuando los tomo en brazos. Sin embargo, Perla ha sido cariñosa para conmigo dos veces en su vida.

La primera vez... ¡bien sabes cuando fue! La última, cuando la llevaste contigo a la casa del severo y anciano Gobernador.

—Y cuando tú abogaste tan valerosamente en favor de ella y mío,—respondió la madre.—Lo recuerdo perfectamente, y también deberá recordarlo Perla. ¡No temas nada! Al principio podrá parecerte singular y hasta huraña, pero pronto aprenderá a amarte.

Ya Perla había llegado a la orilla del arroyuelo, y allí se quedó contemplando silenciosamente a Ester y al ministro, que permanecían sentados juntos en el tronco musgoso del viejo árbol, esperando que viniese.

Precisamente donde la niña se había detenido, el arroyuelo formaba un charco tan liso y tranquilo que reflejaba una imagen perfecta de su cuerpecito, con toda la pintoresca brillantez de su belleza, que realzaba su adorno de flores y hojas, si bien más espiritualizada y delicada que en la realidad.

Esta imagen, casi tan idéntica a lo que era Perla, parecía comunicar algo de su cualidad intangible y flotante a la niña misma.

La manera en que Perla permanecía allí, mirándoles fijamente al través de la semi-obscuridad de la selva, era realmente extraña; iluminada ella, sin embargo, por un rayo de sol atraído allí por cierta oculta simpatía.

Ester misma se sentía de un modo vago y misterioso como alejada de su hija; como si ésta, en su paseo solitario por la selva, se hubiera apartado por completo de la esfera en que tanto ella como su madre habitaban juntas, y estuviese ahora tratando de regresar, aunque en vano, al perdido hogar.

Y en esta sensación había a la vez verdad y error: hija y madre se sentían ahora mutuamente extrañas, pero por culpa de Ester, no de Perla.

Mientras la niña se paseaba solitariamente, otro sér había sido admitido en la esfera de los sentimientos de la madre, modificando de tal modo el aspecto de las cosas, que Perla, al regresar de su paseo, no pudo hallar su acostumbrado puesto y apenas reconoció a su madre.

—Una singular idea se ha apoderado de mí,—dijo el enfermizo ministro.—Se me figura que este arroyuelo forma el límite entre dos mundos, y que nunca más has de encontrar a tu Perla.

¿Ó acaso es ella una especie de duende o espíritu encantado a los que, como nos decían en los cuentos de nuestra infancia, les está prohibido cruzar una corriente de agua? Te ruego que te apresures, porque esta demora ya me ha puesto los nervios en conmoción.

—Ven, querida niña,—dijo Ester animándola y extendiendo los brazos hacia ella.—Ven: ¡qué lenta eres! ¿Cuándo, antes de ahora, te has mostrado tan floja? Aquí está un amigo mío que también quiere ser tu amigo. En adelante tendrás dos veces tanto amor como el que tu madre sola puede darte.

Salta sobre el arroyuelo y ven hacia nosotros. Tú puedes saltar como un corzo.

Perla, sin responder de ningún modo a estas melosas expresiones, permaneció al otro lado del arroyuelo, fijando los brillantes ojos ya en su madre, ya en el ministro, o incluyendo a veces a entrambos en la misma mirada, como si quisiera descubrir y explicarse lo que había de común entre los dos.

Debido a inexplicable motivo, al sentir Arturo Dimmesdale que las miradas de la niña se clavaban en él, se llevó la mano al corazón con el gesto que le era tan habitual y que se había convertido en acción involuntaria.

Al fin, tomando cierto aspecto singular de autoridad, Perla extendió la mano señalando con el dedo índice evidentemente el pecho de su madre. Y debajo, en el cristal del arroyuelo, se veía la imagen brillante y llena de flores de Perla, señalando también con su dedito.

—Niña singular, ¿por qué no vienes donde estoy?—exclamó Ester.

Perla tenía extendido aun el dedo índice, y frunció el entrecejo, lo que le comunicaba una significación más notable, atendidas las facciones infantiles que tal aspecto tomaban.

Como su madre continuaba llamándola, lleno el rostro de inusitadas sonrisas, la niña golpeó la tierra con el pie con gestos y miradas aun más imperiosos, que también reflejó el arroyuelo, así como el dedo extendido y el gesto imperioso de la niña.

—Apresúrate, Perla, o me incomodaré,—gritó Ester, quien, acostumbrada a semejante modo de proceder de parte de su hija en otras ocasiones, deseaba, como era natural, un comportamiento algo mejor en las circunstancias actuales.—Salta el arroyuelo, traviesa niña, y corre hacia aquí: de lo contrario yo iré a donde tú estás.

Pero Perla no hizo caso de las amenazas de su madre, como no lo había hecho de sus palabras afectuosas, sino que rompió en un arrebato de cólera, gesticulando violentamente y agitando su cuerpecito con las más extravagantes contorsiones, acompañando esta explosión de ira de agudos gritos que repercutió la selva por todas partes; de modo que a pesar de lo sola que estaba en su infantil e incomprensible furor, parecía que una oculta multitud la acompañaba y hasta la alentaba en sus acciones.

Y en el agua del arroyuelo se reflejó una vez más la colérica imagen de Perla, coronada de flores, golpeando el suelo con el pie, gesticulando violentamente y apuntando con el dedo índice al seno de Ester.

—Ya sé lo que quiere esta niña,—murmuró Ester al ministro, y palideciendo, a pesar de un gran esfuerzo para ocultar su disgusto y su mortificación, dijo:—los niños no permiten el más leve cambio en el aspecto acostumbrado de las cosas que tienen diariamente a la vista.

Perla echa de menos algo que siempre me ha visto llevar.

—Si tienes algún medio de apaciguar a la niña,—le dijo el ministro, —te ruego que lo hagas inmediatamente. Excepto el furor de una vieja hechicera, como la Sra. Hibbins,—agregó tratando de sonreir,—nada hay que me asuste tanto como un arrebato de cólera cual éste en un niño.

En la tierna belleza de Perla, así como en las arrugas de la vieja hechicera, tiene ese arrebato algo de sobrenatural. Apacíguala, si me amas.

Ester se dirigió de nuevo a Perla, con el rostro encendido, dando una mirada de soslayo al ministro, y exhalando luego un hondo suspiro; y aun antes de haber tenido tiempo de hablar, el color de sus mejillas se convirtió en mortal palidez.

—Perla,—dijo con tristeza,—mira a tus pies.... Ahí... frente a ti... al otro lado del arroyuelo.

La niña dirigió las miradas al punto indicado, y allí vio la letra escarlata, tan cerca de la orilla de la corriente, que el bordado de oro se reflejaba en el agua.

—Tráela aquí,—dijo Ester.

—Ven tú a buscarla,—respondió Perla.

—¡Habráse visto jamás niña igual!—observó Ester aparte al ministro.—¡Oh! Te tengo que decir mucho acerca de ella. Pero a la verdad, en el asunto de este odioso símbolo, tiene razón.

Debo sufrir este tormento todavía algún tiempo, unos cuantos días más, hasta que hayamos dejado esta región y la miremos como un país con que hemos soñado. La selva no puede ocultarla. El océano recibirá la letra de mis manos, y la tragará para siempre!

Diciendo esto se adelantó a la margen del arroyuelo, recogió la letra escarlata y la fijó de nuevo en el pecho.

Un momento antes, cuando Ester habló de arrojarla al seno del océano, había en ella un sentimiento de fundada esperanza; al recibir de nuevo este símbolo mortífero de la mano del destino, experimentó la sensación de una sentencia irrevocable que sobre ella pesaba.

La había arrojado al espacio infinito,—había respirado una hora el aire de la libertad,—y de nuevo estaba aquí la letra escarlata con todo su suplicio, brillando en el lugar acostumbrado. De la misma manera una mala acción se reviste siempre del carácter de ineludible destino.

Ester recogió inmediatamente las espesas trenzas de sus cabellos y las ocultó bajo su gorra.

Y como si hubiera un maleficio en la triste letra, desapareció su hermosura y todo lo que en ella había de femenino, a manera de rayo de sol que se desvanece, y como si una sombra se hubiera extendido sobre todo su sér.

Efectuado el terrible cambio, extendió la mano a Perla.

—¿Conoces ahora a tu madre, niña?—le preguntó con acento de reproche, aunque en un tono moderado. ¿Quieres atravesar el arroyo, y venir a donde está tu madre, ahora que se ha puesto de nuevo su ignominia,—ahora que está triste?

—Sí, ahora quiero,—respondió la niña atravesando el arroyuelo, y estrechando a su madre contra su pecho. Ahora eres realmente mi madre, y yo soy tu Perlita.

Y con una ternura que no era común en ella, atrajo hacia sí la cabeza de su madre y la besó en la frente y en las mejillas. Pero entonces,—por una especie de necesidad que siempre la impulsaba a mezclar en el contento que proporcionaba una parte de dolor,—Perla besó también la letra escarlata.

—Eso no es bueno,—dijo Ester,—cuando me has demostrado un poco de amor, te mofas de mí.

—¿Por qué está sentado el ministro allí?—preguntó Perla.

—Te está esperando para saludarte,—replicó su madre.—Vé y pídele su bendición. Él te ama, Perlita mía, y también ama a tu madre. ¿No lo amarás tú igualmente? Vé: él desea acariciarte.

—¿Nos ama realmente?—dijo Perla mirando a su madre con expresión de viva inteligencia.—¿Irá con nosotros, dándonos la mano, y entraremos los tres juntos en la población?

—Ahora no, mi querida hija,—respondió Ester.—Pero dentro de algunos días iremos juntos de la mano, y tendremos un hogar y una casa nuestra, y te sentarás sobre sus rodillas, y te enseñará muchas cosas y te amará muy tiernamente. Tú también lo amarás, ¿no es verdad?

—¿Y conservará siempre la mano sobre el corazón?

—¿Qué pregunta es esa, locuela?—exclamó la madre: ven y pídele su bendición.

Pero sea que influyeran en ella los celos que parecen instintivos en todos los niños mimados, en presencia de un rival peligroso, o que fuese un capricho de su naturaleza singular, Perla no quiso dar muestras de afecto alguno a Arturo Dimmesdale.

Solamente, y a la fuerza, la llevó su madre hacia el ministro, y eso quedándose atrás y manifestando su mala gana con raros visajes, de

los cuales, desde su más tierna infancia, poseía numerosa variedad, pudiendo transformar su móvil fisonomía de diversas maneras, y siempre con una expresión más o menos perversa.

El ministro,—penosamente desconcertado, pero con la esperanza de que un beso podría ser una especie de talismán que le ganara la buena voluntad de la niña,—se inclinó hacia ella y la besó en la frente.

Inmediatamente Perla logró desasirse de las manos de su madre, y corriendo hacia el arroyuelo, se detuvo en la orilla y se lavó la frente en sus aguas, hasta que creyó borrado completamente el beso recibido de mala gana.

Después permaneció a un lado contemplando en silencio a Ester y al ministro, mientras éstos conversaban juntos y hacían los arreglos sugeridos por su nueva posición y por los propósitos que pronto habían de realizar.

Y ahora esta fatídica entrevista quedó terminada. Aquel lugar donde se encontraban, permanecería abandonado en su soledad entre los sombríos y antiguos árboles de la selva que, con sus numerosas lenguas, susurrarían largamente lo que allí había pasado, sin que ningún mortal fuera por eso más cuerdo.

Y el melancólico arroyuelo agregaría esta nueva historia a los misteriosos cuentos que ya conocía, y continuaría su antiguo murmullo, no por cierto más alegre de lo que había sido durante siglos y siglos.

Capítulo veinte

El ministro perdido en un laberinto

ARTURO DIMMESDALE partió el primero, adelantándose a Ester y a Perla, y ya a cierta distancia dirigió una mirada hacia atrás, como si esperara descubrir tan sólo algunos rasgos débiles o los contornos de la madre y de la niña desvaneciéndose lentamente en la semiobscuridad de la selva.

Acontecimiento de tal importancia en su existencia, no podía concebir que fuese real.

Pero allí estaba Ester, vestida con su traje de pardo color, de pie todavía junto al tronco del árbol que algún viento tempestuoso derrumbó en tiempos inmemoriales, todo cubierto de musgo, para que esos dos seres predestinados, con el alma abrumada de pesar, pudieran sentarse allí juntos y encontrar una sola hora de descanso y solaz.

Y allí también estaba Perla, bailando alegremente a orillas del arroyuelo, ahora que aquel extraño intruso se había ido, y la dejaba ocupar su antiguo puesto al lado de su madre. No: el ministro no se había quedado dormido, ni había soñado.

Para conseguir que desaparecieran de su mente la vaguedad y confusión de sus impresiones, que le hacían experimentar una extraña inquietud, se puso a recordar de una manera precisa y definida los planes y proyectos que él y Ester habían bosquejado para su partida.

Se había convenido entre los dos que el Antiguo Mundo, con sus ciudades populosas, les ofrecería mejor abrigo y mayor oportunidad,

para pasar inadvertidos que no las selvas mismas de la Nueva Inglaterra o de toda la América, con sus alternativas de una que otra choza de indios o las pocas ciudades de europeos, escasamente pobladas, esparcidas aquí y allí a lo largo de las costas.

Todo esto sin hablar de la mala salud del ministro, que no se prestaba ciertamente a soportar los trabajos y privaciones de la vida de los bosques, cuando sus dones naturales, su cultura y el desenvolvimiento de todas sus facultades le adaptaban para vivir tan sólo en medio de pueblos de adelantada civilización.

Para que pudiesen llevar a cabo lo que habían determinado, la casualidad les deparó que hubiera en el puerto un buque, una de esas embarcaciones de dudoso carácter, cosa muy común en aquellos tiempos, que sin ser realmente piratas, recorrían sin embargo los mares con muy poco respeto a las leyes de propiedad.

Este buque había llegado recientemente del Mar de las Antillas, y debía hacerse a la vela dentro de tres días con rumbo a Brístol en Inglaterra.

Ester, cuya vocación para hermana de la Caridad la había puesto en contacto con el capitán y los tripulantes de la nave, se ocuparía en conseguir el pasaje de dos individuos y una niña, con todo el secreto que las circunstancias hacían más que necesario.

El ministro había preguntado a Ester, con no poco interés, la fecha precisa en que el buque había de partir. Probablemente sería dentro de cuatro días a contar de aquel en que estaban. "¡Feliz casualidad!"—se dijo para sus adentros. Por qué razón el Reverendo Arturo Dimmesdale lo consideró una feliz casualidad, vacilamos en revelarlo.

Sin embargo, para que el lector lo sepa todo, diremos que dentro de tres días tenía que predicar el sermón de la elección; y como se-

mejante acto formaba una época honrosa en la vida de un eclesiástico de la Nueva Inglaterra, el Sr.

Dimmesdale no podía haber escogido una oportunidad más conveniente para terminar su carrera profesional.

"A lo menos, dirán de mí,—pensó este hombre ejemplar,—que no he dejado por desempeñar ningún deber público, ni lo he desempeñado mal."—¡Triste es, indudablemente, ver que una persona que podía hacer un examen tan profundo y minucioso de sí mismo, se engañara a tal extremo!

Ya hemos dicho, y aun nos quedan por decir, cosas peores de él; pero ninguna tan lastimosamente débil; ninguna que diera una prueba tan irrefragable de la sutil enfermedad que había, desde tiempo atrás, minado la verdadera base de su carácter.

Ningún hombre puede llevar por mucho tiempo, por decirlo así, dos rostros: uno en público y otro frente a frente de su conciencia, sin que al fin llegue a no saber cuál es el verdadero.

La agitación que experimentó el Sr. Dimmesdale al regresar de su entrevista con Ester, le comunicó una energía física inusitada, y le hizo caminar hacia la población con rápido paso.

El sendero al través de los bosques le pareció más bravío, más áspero con sus obstáculos naturales, y menos hollado por pies humanos, que cuando lo recorrió en sentido inverso.

Pero saltaba sobre los lugares pantanosos, se introducía por entre el frondoso ramaje, trepaba cuando encontraba cuestas que subir, o descendía a las hondonadas; en una palabra, venció todas las dificultades que se le presentaron en el camino, con una actividad infatigable que a él mismo le sorprendía.

No pudo menos de recordar cuán fatigosamente, y con cuántas paradas para recobrar aliento, había recorrido ese mismo camino tan

solo dos días antes.

A medida que se acercaba a la ciudad fue creyendo que notaba un cambio en los objetos que le eran más familiares, como si desde que salió de la población no hubieran transcurrido solamente dos o tres días, sino muchos años.

Ciertamente que las calles presentaban el mismo aspecto que antes, según las recordaba, y las casas tenían las mismas peculiaridades, con su multitud de aleros y una veleta precisamente en el lugar en que su memoria se lo indicaba.

Sin embargo, la idea de cambio le acosaba a cada instante, aconteciéndole igual fenómeno con las personas conocidas que veía, y con todas las que le eran familiares en la pequeña población.

No las hallaba ahora ni más jóvenes ni más viejas; las barbas de los ancianos no eran más blancas, ni el niño que andaba a gatas ayer podía moverse hoy haciendo uso de sus pies: era imposible decir en qué diferían de las personas a quienes había visto antes de partir; y sin embargo, algo interno parecía sugerirle que se había efectuado un cambio.

Recibió una impresión de esta naturaleza, de la manera más notable, al pasar junto a la iglesia que estaba a su cargo. El edificio se le presentó con un aspecto a la vez tan extraño y tan familiar, que el Sr.

Dimmesdale estuvo vacilando entre estas dos ideas: o que hasta entonces lo había visto solamente en un sueño, o que ahora estaba simplemente soñando.

Este fenómeno, en las varias formas que iba tomando, no indicaba un cambio externo, sino un cambio tan repentino e importante en el espectador mismo, que el espacio de un solo día de intervalo había sido para él equivalente al transcurso de varios años.

La voluntad del ministro y la de Ester, y el destino que sobre ellos pesaba, habían operado esta transformación. Era la misma ciudad que antes; pero no era el mismo ministro el que había regresado de la selva. Podría haber dicho a los amigos que le saludaban: "No soy el hombre por quien me tomáis.

Lo he dejado allá en la selva, retirado en un oculto vallecillo, junto a un tronco musgoso de árbol, no lejos de un melancólico arroyuelo.

Id: buscad a vuestro ministro, y ved si su cuerpo extenuado, sus mejillas descarnadas, y su pálida frente surcada de arrugas por el dolor, no han sido arrojados allí como vestido de que uno se deshace." Sin duda alguna sus amigos habrían insistido, diciéndole:

"Tú eres el mismo hombre"; pero el error hubiera estado de parte de sus amigos y no del ministro.

Antes de que el Sr. Dimmesdale llegara a su morada, su sér íntimo le dio otras pruebas de que una revolución se había operado en su modo de pensar y de sentir. A la verdad, solo a una revolución de esa naturaleza, completa y total, podían atribuirse los impulsos que agitaban al infortunado ministro.

A cada paso se sentía movido del deseo de hacer algo extraño, inusitado, violento o perverso, con la convicción de que sería a la vez involuntario e intencional y a despecho de sí mismo, pero emanando de un sentimiento más profundo que el que se oponía al impulso.

Por ejemplo, se encontró con uno de los diáconos de su iglesia, buen anciano que le saludó con el afecto paternal y el aire patriarcal a que tenía derecho por sus años, sus virtudes y su posición, y al mismo tiempo con el profundo respeto, casi veneración, que el carácter público y privado del ministro reclamaban.

Nunca se vio un ejemplo más hermoso de cómo la majestad y sabiduría de los años pueden hermanarse a la obediencia y respeto que

una categoría social e inteligencia inferiores deben a una persona superior en esas cualidades. Pues bien, durante una conversación de unos pocos momentos entre el Reverendo Sr.

Dimmesdale y este excelente y anciano diácono, solo merced a la más cuidadosa circunspección y casi haciéndose violencia, evitó el ministro proferir ciertas reflexiones heréticas que se le ocurrieron sobre varios puntos religiosos.

Temblaba y palidecía temiendo que sus labios, a despecho de sí mismo, emitiesen algunos de los horribles pensamientos que le cruzaban por la mente.

Y sin embargo, aunque con el corazón lleno de tal terror, no pudo menos de sonreirse al imaginar lo estupefacto que se habría quedado el santo varón y patriarcal diácono ante la impiedad de su ministro.

Referiremos otro incidente de igual naturaleza. Yendo a toda prisa por la calle, el Reverendo Sr.

Dimmesdale tropezó de manos a boca con uno de los más antiguos miembros de su iglesia, una anciana señora, la más piadosa y ejemplar que pueda darse: pobre, viuda, sola, y con el corazón todo lleno de reminiscencias de su marido y de sus hijos, ya muertos, así como de sus amigos fallecidos también hacía tiempo.

Sin embargo, todo esto, que de otro modo habría sido un dolor intenso, se había casi convertido para esta alma piadosa en un goce solemne, gracias a los consuelos religiosos y a las verdades de las Sagradas Escrituras, con que puede decirse que se había nutrido continuamente por espacio de más de treinta años.

Desde que el Reverendo Sr.

Dimmesdale la tomó a su cargo, el principal consuelo terrenal de la buena señora consistía en ver a su pastor espiritual, ya de propósito deliberado, ya por casualidad, y sentir confortada el alma con

una palabra que respirase las verdades consoladoras del Evangelio, y que saliendo de aquellos labios reverenciados, penetrase en su pobre pero atento oído.

Mas en la presente ocasión, al querer el Reverendo Sr. Dimmesdale abrir los labios, no le fue posible recordar un solo texto de las Sagradas Escrituras, y lo único que pudo decir fue algo breve, enérgico, que según le pareció a él mismo entonces, venía a ser un argumento irrefutable contra la inmortalidad del alma.

La simple insinuación de semejante idea habría hecho probablemente caer a tierra sin sentido a esta anciana señora, como por efecto de una infusión de veneno intensamente mortífero. Lo que el ministro dijo en realidad, no pudo recordarlo nunca.

Tal vez hubo en sus palabras una cierta obscuridad que impidió a la buena viuda comprender exactamente la idea que Dimmesdale quiso expresar, o quizás ella las interpretó allá a su manera.

Lo cierto es, que cuando el ministro volvió la mirada hacia atrás, notó en el rostro de la santa mujer una expresión de éxtasis y divina gratitud, como si estuviera iluminado por los resplandores de la ciudad divina.

Aun referiremos un tercer ejemplo. Después de separarse de la anciana viuda, encontró a la más joven de sus feligreses. Era una tierna doncella a quien el sermón predicado por el Reverendo Sr.

Dimmesdale, el día después de la noche pasada en vela en el tablado, había hecho trocar los goces transitorios del mundo por la esperanza celestial que iría ganando brillantez a medida que las sombras de la existencia se fueran aumentando, y que finalmente convertiría las tinieblas postreras en oleadas de luz gloriosa.

Era tan pura y tan bella como un lirio que hubiese florecido en el Paraíso. El ministro sabía perfectamente que su imagen se hallaba ve-

nerada en el santuario inmaculado del corazón de la doncella, que mezclaba su entusiasmo religioso con el dulce fuego del amor, y comunicaba al amor toda la pureza de la religión.

De seguro que el enemigo del género humano había apartado aquel día a la joven doncella del lado de su madre, para ponerla al paso de este hombre que podemos llamar perdido y desesperanzado.

A medida que la joven se iba acercando al ministro, el maligno espíritu le murmuró a éste en el oído que condensara en la forma más breve, y vertiera en el tierno corazón de la virgen, un germen de maldad que pronto produciría negras flores y frutos aún más negros.

Era tal la convicción de su influencia sobre esta alma virginal, que de este modo a él se confiaba, que el ministro sabía muy bien que le era dado marchitar todo este jardín de inocencia con una sola mirada perversa, o hacerle florecer en virtudes con una sola buena palabra.

De consiguiente, después de sostener consigo mismo una lucha más fuerte que las que ya había sostenido, se cubrió el rostro con el capote y apresuró el paso sin darse por entendido que la había visto, dejando a la pobre muchacha que interpretase su rudeza como quisiera.

Ella escudriñó su conciencia, llena de pequeñas acciones inocentes, y la infeliz se reprochó mil faltas imaginarias, y al día siguiente estuvo desempeñando sus quehaceres domésticos toda cabizbaja y con ojos llorosos.

Antes de que el ministro hubiera tenido tiempo de celebrar su victoria sobre esta última tentación, experimentó otro impulso no ya ridículo, sino casi horrible. Era,—nos avergonzamos de decirlo,—nada menos que detenerse en la calle y enseñar algunas palabrotas muy malsonantes a un grupo de niños puritanos, que apenas empezaban a hablar.

Habiendo resistido este impulso como completamente indigno del traje que vestía, encontró a un marinero borracho de la tripulación del buque del Mar de las Antillas de que hemos hablado; y esta vez, después de haber rechazado tan valerosamente todas las otras perversas tentaciones, el pobre Sr.

Dimmesdale deseó, al fin, dar un apretón de manos a este tunante alquitranado, y recrearse con algunos de esos chistes de mala ley de que tal acopio tienen los marineros, sazonado todo con una andanada de ternos y juramentos capaces de estremecer el cielo.

Detuviéronle no tanto sus buenos principios, como su pudor innato y las decorosas costumbres adquiridas bajo su traje de eclesiástico.

—¿Qué es lo que me persigue y me tienta de esta manera?—se preguntó el ministro a sí mismo, deteniéndose en la calle y golpeándose la frente.—¿Estoy loco por ventura, o me hallo completamente en poder del enemigo malo? ¿Hice un pacto con él en la selva y lo firmé con mi propia sangre?

¿Y me pide ahora que lo cumpla, sugiriéndome que lleve a cabo todas las iniquidades que pueda concebir su perversa imaginación?

En los momentos en que el Reverendo Sr. Dimmesdale razonaba de este modo consigo mismo, y se golpeaba la frente con la mano, se dice que la anciana Sra.

Hibbins, la dama reputada por hechicera, pasaba por allí, vestida con rico traje de terciopelo, fantásticamente peinada, y con un hermoso cuello de lechuguilla, todo lo cual le daba una apariencia de persona de muchas campanillas.

Como si la hechicera hubiese leído los pensamientos del ministro, se detuvo ante él, fijó las miradas astutamente en su rostro, sonrió con malicia, y,—aunque no muy dada a hablar con gente de la iglesia,—tuvo con él el siguiente diálogo:

—De modo, Reverendo Señor, que habéis hecho una visita a la selva,—observó la hechicera inclinando su gran peinado hacia el ministro.—La próxima vez que vayáis, os ruego me lo aviséis en tiempo, y me consideraré muy honrada en acompañaros.

Sin querer exagerar mi importancia, creo que una palabra mía servirá para proporcionar a cualquier caballero extraño una excelente recepción de parte de aquel potentado que sabéis.

—Os aseguro, señora,—respondió el ministro con respetuoso saludo, como demandaba la alta jerarquía de la dama, y como su buena educación se lo exigía,—os aseguro, bajo mi conciencia y honor, que estoy completamente a obscuras acerca del sentido que entrañan vuestras palabras.

No he ido a la selva a buscar a ningún potentado; ni intento hacer allí una futura visita con el fin de ganarme la protección y favor de semejante personaje.

Mi único objeto fue saludar a mi piadoso amigo el apóstol Eliot, y regocijarme con él por las muchas preciosas almas que ha arrancado a la idolatría.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!—exclamó la anciana bruja, inclinando siempre su alto peinado hacia el ministro.—Bien, bien: no necesitamos hablar de esto durante el día; pero a media noche, y en la selva, tendremos juntos otra conversación.

La vieja hechicera continuó su camino con su acostumbrada majestad, pero de cuando en cuando volvía hacia atrás las miradas y se sonreía, exactamente como quien quisiera dar a entender que existía entre ella y el ministro una secreta y misteriosa intimidad.

—¿Me habré vendido yo mismo,—se preguntó el ministro,—al maligno espíritu a quien, si es verdad lo que se dice, esta vieja y amari-

llenta bruja, vestida de terciopelo, ha escogido por su príncipe y señor?

¡Infeliz ministro! Había hecho un pacto muy parecido a ese de que hablaba.

Alucinado por un sueño de felicidad, había cedido, deliberadamente, como nunca lo hizo antes, a la tentación de lo que sabía que era un pecado mortal; y el veneno inficionador de ese pecado se había difundido rápidamente en todo su sér moral; adormeciendo todos sus buenos impulsos, y despertando en él todos los malos a vida animadísima.

El odio, el desprecio, la malignidad sin provocación alguna, el deseo gratuito de ser perverso, de ridiculizar todo lo bueno y santo, se despertaron en él para tentarle al mismo tiempo que le llenaban de pavor.

Y su encuentro con la vieja hechicera Hibbins, caso de que hubiera acontecido realmente, sólo vino a mostrarle sus simpatías y su compañerismo con mortales perversos y con el mundo de perversos espíritus.

Ya para este tiempo había llegado a su morada, cerca del cementerio, y subiendo apresuradamente las escaleras se refugió en su estudio.

Mucho se alegró el ministro de verse al fin en este asilo, sin haberse vendido él mismo cometiendo una de esas extrañas y malignas excentricidades, a que había estado continuamente expuesto, mientras atravesaba las calles de la población.

Entró en su cuarto, y dio una mirada alrededor examinando los libros, las ventanas, la chimenea para el fuego, y los tapices, experimentando la misma sensación de extrañeza que le había acosado durante el trayecto desde la selva a la ciudad.

En esta habitación había estudiado y escrito; aquí había ayunado y pasado las noches en vela, hasta quedar casi medio muerto de fatiga y debilidad; aquí se había esforzado en orar; aquí había padecido mil y mil tormentos y agonías.

Allí estaba su Biblia, en el antiguo y rico hebreo, con Moisés y los Profetas que le hablaban constantemente, y resonando en toda ella la voz de Dios.

Allí, sobre la mesa, con la pluma al lado, había un sermón por terminar, con una frase incompleta tal como la dejó cuando salió a hacer su visita dos días antes.

Sabía que él era el mismo, el ministro delgado de pálidas mejillas que había hecho y sufrido todas estas cosas, y tenía ya muy adelantado su sermón de la elección. Pero parecía como si estuviera aparte contemplando su antiguo sér con cierta curiosidad desdeñosa, compasiva y semienvidiosa.

Aquel antiguo sér había desaparecido, y otro hombre había regresado de la selva: más sabio, dotado de un conocimiento de ocultos misterios que la sencillez del primero nunca pudo haber conseguido. ¡Amargo conocimiento por cierto!

Mientras se hallaba ocupado en estas reflexiones, resonó un golpecito en la puerta del estudio, y el ministro dijo: "Entrad"—no sin cierto temor de que pudiera ser un espíritu maligno. ¡Y así fue! Era el anciano Rogerio Chillingworth.

El ministro se puso en pie, pálido y mudo, con una mano en las Sagradas Escrituras y la otra sobre el pecho.

—¡Bienvenido, Reverendo Señor!—dijo el médico.—Y cómo habéis hallado a ese santo varón, el apóstol Eliot? Pero me parece, mi querido señor, que estáis pálido; como si el viaje al través de las selvas

hubiera sido muy penoso. ¿No necesitáis de mi auxilio para fortaleceros algo, cosa de que podáis predicar el sermón de la elección?

—No, creo que no,—replicó el Reverendo Sr. Dimmesdale.—Mi viaje, y la vista del santo apóstol, y el aire libre y puro que allí he respirado, después de tan largo encierro en mi estudio, me han hecho mucho bien.

Creo que no tendré más necesidad de vuestras drogas, mi benévolo médico, a pesar de lo buenas que son y de estar administradas por una mano amiga.

Durante todo este tiempo el anciano Rogerio había estado contemplando al ministro con la mirada grave y fija de un médico para con su paciente; pero a pesar de estas apariencias, el ministro estaba casi convencido de que Chillingworth sabía, o por lo menos sospechaba, su entrevista con Ester.

El médico conocía, pues, que para su enfermo él no era ya un amigo íntimo y leal, sino su más encarnizado enemigo; de consiguiente, era natural que una parte de esos sentimientos tomara forma visible.

Es sin embargo singular el hecho de que a veces transcurra tanto tiempo antes de que ciertos pensamientos se expresen por medio de palabras, y así vemos con cuanta seguridad dos personas, que no desean tratar el asunto que más a pecho tienen, se acercan hasta sus mismos límites y se retiran sin tocarlo.

Por esta razón, el ministro no temía que el médico tratara de un modo claro y distinto la posición verdadera en que mutuamente se encontraban uno y otro. Sin embargo, el anciano Rogerio, con su manera tenebrosa de costumbre, se acercó considerablemente al particular del secreto.

—¿No sería mejor, dijo, que os sirvierais esta noche de mi poca habilidad? Realmente, mi querido señor, tenemos que esmerarnos y hacer todo lo posible para que estéis fuerte y vigoroso el día del sermón de la elección.

El público espera grandes cosas de vos, temiendo que al llegar otro año ya su pastor haya partido.

—Sí, a otro mundo,—replicó el ministro con piadosa resignación.—Concédame el cielo que sea a un mundo mejor, porque, en verdad, apenas creo que podré permanecer entre mis feligreses las rápidas estaciones de otro año. Y en cuanto a vuestras medicinas, buen señor, en el estado actual de mi cuerpo, no las necesito.

—Mucho me alegro de oírlo,—respondió el médico.—Pudiera ser que mis remedios, administrados tanto tiempo en vano, empezaran ahora a surtir efecto. Por feliz me tendría si así fuere, pues merecería la gratitud de la Nueva Inglaterra, si pudiese efectuar tal cura.

—Os doy las gracias con todo mi corazón, vigilante amigo,—dijo el Reverendo Sr. Dimmesdale con una solemne sonrisa.—Os doy las gracias, y sólo podré pagar con mis oraciones vuestros buenos servicios.

—Las preces de un hombre bueno son la más valiosa recompensa,—contestó el anciano médico al despedirse.—Son las monedas de oro corriente en la Nueva Jerusalén, con el busto del Rey grabado en ellas.

Cuando estuvo solo, el ministro llamó a un sirviente de la casa y le pidió algo de comer, lo que traído que fue, puede decirse que despachó con voraz apetito; y arrojando a las llamas lo que ya tenía escrito de su sermón, empezó acto continuo a escribir otro, con tal afluencia de pensamientos y de emoción que se creyó verdaderamente inspirado, admirándose sólo de que el cielo quisiera transmitir la grande y

solemne música de sus oráculos por un conducto tan indigno como él se consideraba.

Dejando, sin embargo, que ese misterio se resolviese por sí mismo, o permaneciera eternamente sin resolverse, continuó su labor con empeño y entusiasmo.

Y así se pasó la noche hasta que apareció la mañana, arrojando un rayo dorado en el estudio, donde sorprendió al ministro, pluma en mano, con innumerables páginas escritas y esparcidas por donde quiera.

Capítulo veintiuno

El día de fiesta en la Nueva Inglaterra

Muy temprano, en la mañana del día en que el nuevo Gobernador había de ser elegido por el pueblo, fueron Ester y Perla a la plaza del mercado, que ya estaba llena de artesanos y otros plebeyos habitantes de la ciudad en número considerable.

Entre estos había muchos individuos de aspecto rudo, cuyos vestidos, hechos de piel de ciervo, daban a conocer que pertenecían a algunos de los establecimientos situados en las selvas que rodeaban la pequeña metrópoli de la colonia.

En este día de fiesta, como en todas las demás ocasiones durante los siete últimos años, llevaba Ester un traje de paño burdo de color gris, que no tanto por su color como por cierta peculiaridad indescriptible de su corte, daba por resultado relegar su persona a la obscuridad, como si la hiciera desaparecer a las miradas de todos, mientras la letra escarlata, por el contrario, la hacía surgir de esta especie de crepúsculo o penumbra, presentándola al mundo bajo el aspecto moral de su propio brillo.

Su rostro, por tanto tiempo familiar a las gentes de la ciudad, dejaba ver la calma marmórea que estaban acostumbrados a contemplar.

Era una especie de máscara; o mejor dicho, era la calma congelada de las facciones de una mujer ya muerta, y esta triste semejanza se debía a la circunstancia de que Ester estaba en realidad muerta, en lo concerniente a poder reclamar alguna simpatía o afecto, y a que ella

se había segregado por completo del mundo con el cual parecía que aún se mezclaba.

Quizás en este día especial pudiera decirse que había en el rostro de Ester una expresión no vista hasta entonces, aunque en realidad no tan marcada que pudiese notarse fácilmente, a no ser por un observador dotado de tales facultades de penetración que leyera, primero, lo que pasaba en el corazón, y luego hubiese buscado un reflejo correspondiente en el rostro y aspecto general de esa mujer.

Semejante observador, o más bien adivino, podría haber pensado que, después de haber sostenido Ester las miradas de la multitud durante siete largos y malhadados años soportándolas como una necesidad, una penitencia, y una especie de severa religión, ahora, por la última vez, las afrontaba libre y voluntariamente para convertir también en una especie de triunfo lo que había sido una prolongada agonía.

"¡Mirad por última vez la letra escarlata y a la que la lleva!"—parecía decirles la víctima del pueblo.—"Esperad un poco y me veré libre de vosotros.

Unas cuantas horas, no más, y el misterioso y profundo océano recibirá en su seno, y ocultará en él para siempre, el símbolo que habéis hecho brillar por tanto tiempo en mi pecho!"

Ni sería incurrir en una inconsistencia demasiado grande, si supusiéramos que Ester experimentaba cierto sentimiento de pesar en aquellos instantes mismos en que estaba a punto de verse libre del dolor, que puede decirse se había encarnado profundamente en su sér.

¿No habría quizás en ella un deseo irresistible de apurar por última vez, y a grandes tragos, la copa del amargo absintio y acíbar que había estado bebiendo durante casi todos los años de su juventud?

El licor que en lo sucesivo se llevaría a los labios, tendría que ser seguramente rico, delicioso, vivificante y en pulido vaso de oro; o de otro modo produciría una languidez inevitable y tediosa, viniendo después de las heces de amargura que hasta entonces había apurado a manera de cordial de intensa potencia.

Perla estaba ataviada alegremente.

Habría sido imposible adivinar que esta brillante y luminosa aparición debía su existencia a aquella mujer de sombrío traje; o que la fantasía tan espléndida, y a la vez tan delicada, que ideó el vestido de la niña, era la misma que llevase a cabo la tarea, quizá más difícil, de dar al sencillo traje de Ester el aspecto peculiar tan notable que tenía.

De tal modo se adaptaba a Perlita su vestido, que éste parecía la emanación o el desarrollo inevitable y la manifestación externa de su carácter, tan imposible de separarse de ella, como al ala de una mariposa desprenderse de su brillantez abigarrada, o a los pétalos de una espléndida flor despojarse de su radiante colorido.

En este día extraordinario, había sin embargo una cierta inquietud y agitación singular en todo el sér de la niña, parecidas al brillo de los diamantes que fulguran y centellean al compás de los latidos del pecho en que se ostentan.

Los niños participan siempre de las agitaciones de aquellas personas con quienes están en íntima relación; experimentan siempre el malestar debido a cualquier disgusto o trastorno inminente, de cualquier clase que sea, en el hogar doméstico; y por lo tanto Perla, que era entonces la joya del inquieto corazón de la madre, revelaba en su misma vivacidad las emociones que nadie podía descubrir en la impasibilidad marmórea de la frente de Ester.

Esta efervescencia la hizo moverse como un ave, más bien que andar al lado de su madre, prorrumpiendo continuamente en exclama-

ciones inarticuladas, agudas, penetrantes.

Cuando llegaron a la plaza del mercado, se volvió aún más inquieta y febril al notar el bullicio y movimiento que allí reinaban, pues por lo común aquel lugar tenía en realidad el aspecto de un solitario prado frente a la iglesia de una aldea, y no el del centro de los negocios de una población.

—¿Qué significa esto, madre?—gritó la niña.—¿Por qué han abandonado todos hoy su trabajo? ¿Es un día de fiesta para todo el mundo? Mira, ahí está el herrero.

Se ha lavado su cara sucia y se ha puesto la ropa de los domingos, y parece que quisiera estar contento y alegre, si hubiese solamente quien le enseñase el modo de estarlo. Y aquí está el Sr. Brackett, el viejo carcelero, que se sonríe conmigo y me saluda. ¿Por qué lo hace, madre?

—Se acuerda cuando tú eras muy chiquita,—hija mía,—respondió Ester.

—Ese viejo horrible, negro y feo, no debe sonreirme ni saludarme, —dijo Perla.—Que lo haga contigo, si quiere, porque estás vestida de color obscuro y llevas la letra escarlata. Pero mira, madre, ¡cuántas gentes extrañas, y entre ellos indios y también marineros! ¿Para qué han venido todos esos hombres a la plaza del mercado?

—Están esperando que la procesión pase para verla,—dijo Ester,—porque el Gobernador y los magistrados han de venir, y los ministros, y todas las personas notables y buenas han de marchar con música y soldados a la cabeza.

—¿Y estará allí el ministro?—preguntó Perla,—¿y extenderá las dos manos hacia mí, como hizo cuando tú me llevaste a su lado desde el arroyuelo?

—Sí estará,—respondió su madre,—pero no te saludará hoy, ni tampoco debes tú saludarle.

—¡Qué hombre tan triste y tan raro es el ministro!—dijo la niña como si hablara en parte a solas y consigo misma.—En medio de la noche nos llama y estrecha tus manos y las mías, como cuando estuvimos juntas con él sobre el tablado.

Y en el bosque, donde solo los antiguos árboles pueden oir a uno, y donde sólo un pedacito de cielo puede vernos, se pone a hablar contigo sentado en un tronco de árbol. Y me besa la frente de modo que el arroyuelo apenas puede borrar su beso.

Pero aquí, a la luz del sol, y en medio de todas estas gentes, no nos conoce, ni nosotros debemos conocerle. ¡Sí, un hombre raro y triste con la mano siempre sobre el corazón!

—No hables más, Perla,—le dijo su madre,—tú no entiendes de estas cosas. No pienses ahora en el ministro, sino mira lo que pasa a tu alrededor y verás cuán alegre parece hoy todo el mundo.

Los niños han venido de sus escuelas, y las personas crecidas han dejado sus tiendas, sus talleres y los campos con el objeto de divertirse; porque hoy empieza a regirlos un nuevo Gobernador.

Como Ester decía, era mucho el contento y alegría que brillaban en el rostro de todos los presentes.

En un día semejante, como sucedió después durante la mayor parte de dos siglos, los puritanos se entregaban a todo el regocijo y alborozo público que consideraban permisibles a la fragilidad humana; disipando solo en el espacio de un día de fiesta, aquella nube sombría en que siempre estaban envueltos, pero de manera tal, que apenas si aparecían menos graves que otras comunidades en tiempo de duelo general.

Pero tal vez exageramos el aspecto sombrío que indudablemente caracterizaba la manera de ser de aquel tiempo. Las personas que se hallaban en la plaza del mercado de Boston no eran todas herederas del adusto y triste carácter puritano.

Había allí individuos naturales de Inglaterra, cuyos padres habían vivido en la época de la Reina Isabel, cuando la vida social inglesa, considerada en conjunto, parece haber sido tan magnífica, fastuosa y alegre como el mundo pueda haber presenciado jamás.

Si hubieran seguido su gusto hereditario, los colonos de la Nueva Inglaterra habrían celebrado todos los acontecimientos de interés público con hogueras, banquetes, procesiones cívicas, todo con gran pompa y esplendor.

Ni habría sido difícil combinar, en la observación de las majestuosas ceremonias, el recreo alegre con la solemnidad, como si el gran traje de gala que en tales fiestas reviste una nación, estuviese adornado de una manera brillante a la vez que grotesca.

Algo parecido a esto había en el modo de celebrar el día que daba comienzo al año político de la colonia.

El vago reflejo de una magnificencia que vivía en el recuerdo, una imitación pálida y débil de lo que habían presenciado en el viejo Londres, no diremos de una coronación real, sino de las fiestas con que se inaugura el Lord Corregidor de aquella gran capital, podría trazarse en las costumbres que observaban nuestros antepasados en la instalación anual de sus magistrados.

Los padres y fundadores de la República,—el hombre de Estado, el sacerdote y el militar,—creían de su deber revestirse en esta oportunidad de toda la pompa y aparato majestuoso que, de acuerdo con las antiguas tradiciones, se consideraba el adminículo indispensable de la eminencia pública o social.

Todos venían a formar parte de la procesión que había de desfilar ante las miradas del pueblo, comunicando de este modo cierta dignidad a la sencilla estructura de un gobierno tan recientemente constituído.

En ocasiones semejantes se le permitía al pueblo, y hasta se le animaba, a que se solazara y dejase sus diversos trabajos e industrias, a que en todo tiempo parecía se aplicaba con la misma rigidez y severidad que a sus austeras prácticas religiosas.

Por de contado que aquí no podía esperarse nada parecido a lo que se hubiera visto en las fiestas populares de Inglaterra en tiempos de la Reina Isabel; ni rudas representaciones teatrales; ni ministriles con sus arpas y baladas legendarias; ni músicos ambulantes con un mono bailando al son de la música; ni jugadores de mano y titiriteros con sus suertes y artificios de hechicería; ni payasos y saltimbanquis tratando de alegrar la multitud con sus chistes, quizás de varios siglos de antigüedad, pero surtiendo siempre buen efecto, porque se dirigen a los sentimientos universales dispuestos a la alegría y buen humor.

Toda esta clase de profesores de los diferentes ramos de diversión y entretenimiento habían sido severamente suprimidos, no sólo por la rígida disciplina de la ley, sino por la sanción general que es lo que constituye la vitalidad de las leyes.

Sin embargo, aún careciendo de todo esto, la honrada y buena cara del pueblo sonreía, quizás con cierta dureza, pero también a quijada batiente.

Ni se diga por eso que faltaban juegos y recreos de la clase que los colonos habían presenciado muchos años atrás, en las ferias campestres de Inglaterra, en los que acaso tomaron parte, y consideraban sería conveniente conservar en estas nuevas tierras; por ejemplo, se veían luchas a brazo partido, de diferentes clases, aquí y allí en la

plaza del mercado; en una esquina había un combate amistoso al garrote; y lo que más que todo llamaba la atención, en el tablado de la picota a que ya se ha hecho referencia varias veces en estas páginas, dos maestros de armas comenzaban a dar una muestra de sus habilidades con broquel y espadón.

Pero con gran chasco y disgusto de los espectadores, este entretenimiento fue suspendido mediante la intervención del alguacil de la ciudad, que no quería permitir que la majestad de la ley se violase con semejante abuso de uno de sus lugares consagrados.

Aunque los colores del cuadro de la vida humana que se desplegaba en la plaza del mercado fueran en lo general sombríos, no por eso dejaban de estar animados con diversidad de matices.

Había una cuadrilla de indios con trajes de piel de ciervo curiosamente bordados, cinturones rojos y amarillos, plumas en la cabeza, y armados con arco, flechas y lanzas de punta de pedernal, que permanecían aparte, como separados de todo el mundo, con rostros de inflexible gravedad, que ni aun la de los puritanos podía superar.

Pero a pesar de todo, no eran estos salvajes pintados de colores, los que pudieran presentarse como tipo de lo más violento o licencioso de las gentes que allí estaban congregadas.

Semejante honor, si en ello le hay, podían reclamarlo con más fundamento algunos de los marineros que formaban parte de la tripulación del buque procedente del Mar Caribe, que también habían venido a tierra a divertirse el día de la elección.

Eran hombres que se habían echado el alma a las espaldas, de rostros tostados por el sol y grandes y espesas barbas; sus pantalones, cortos y anchos, estaban sostenidos por un cinturón, que a veces cerraban placas o hebillas de oro, y del cual pendía siempre un gran cuchillo, y en algunos casos un sable.

Por debajo de las anchas alas de sus sombreros de paja, se veían brillar ojos que, aun en momentos de alegría y buen humor, tenían una especie de ferocidad instintiva.

Sin temor ni escrúpulo de ninguna especie, violaban las reglas de buen comportamiento a que se sometían todos los demás, fumando a las mismas narices del alguacil de la población, aunque cada bocanada de humo habría costado buena suma de reales, por vía de multa, a todo otro vecino de la ciudad, y apurando sin ningún reparo tragos de vino o de aguardiente en frascos que sacaban de sus faltriqueras, y que ofrecían liberalmente a la asombrada multitud que los rodeaba.

Nada caracteriza tanto la moralidad a medias de aquellos tiempos, que hoy calificamos de rígidos, como la licencia que se permitía a los marineros, no hablamos sólo de sus calaveradas cuando estaban en tierra, sino aún mucho más tratándose de sus actos de violencia y rapiña cuando se hallaban en su propio elemento.

El marinero de aquella época correría hoy el peligro de que se le acusara de pirata ante un tribunal.

Por ejemplo, poca duda podría abrigarse que los tripulantes del buque de que hemos hablado, aunque no de lo peor de su género, habían sido culpables de depredaciones contra el comercio español, de tal naturaleza, que pondrían en riesgo sus vidas en un moderno tribunal de justicia.

Pero en aquellos antiguos tiempos el mar se alborotaba, se henchía y se rizaba, según su capricho, o estaba sujeto solamente a los vientos tempestuosos, sin que apenas se hubiera intentado establecer código alguno que regulase las acciones de los que lo surcaban.

El bucanero podía abandonar su profesión y convertirse, si así lo deseaba, en hombre honrado y piadoso, dejando las olas y fijándose en tierra; y ni aun en plena carrera de su existencia borrascosa se le

consideraba como individuo con quien no era decente tener tratos ni relación social, aunque fuera casualmente.

De consiguiente, los viejos puritanos con sus capas negras y sombreros puntiagudos, no podían menos de sonreirse ante la manera bulliciosa y ruda de comportarse de estos alegres marineros; sin que excitara sorpresa, ni diese lugar a críticas, ver que una persona tan respetable como el anciano Rogerio Chillingworth entrase en la plaza del mercado en íntima y amistosa plática con el capitán del buque de dudosa reputación.

Puede afirmarse que entre toda aquella multitud allí congregada no había figura de aspecto tan vistoso y bizarro, a lo menos en lo que hace al traje, como la de aquel capitán.

Llevaba el vestido profusamente cubierto de cintas, galón de oro en el sombrero que rodeaba una cadenilla, también de oro, y adornado además con una pluma. Tenía espada al cinto, y ostentaba en la frente una cuchillada que, merced a cierto arreglo especial del cabello, parecía más deseoso de mostrar que de esconder.

Un ciudadano que no hubiera sido marino, apenas se habría atrevido a llevar ese traje y mostrar esa cara, con tal desenfado y arrogancia, sabiendo que se exponía a sufrir un severo interrogatorio ante un magistrado, incurriendo probablemente en una crecida multa o en algunos cuantos días de cárcel: pero tratándose de un capitán de buque, todo se consideraba perteneciente al oficio, así como las escamas son parte de un pez.

Después de separarse del médico, el capitán del buque con destino a Brístol empezó a pasearse lentamente por la plaza del mercado, hasta que, acercándose por casualidad al sitio en que estaba Ester, pareció reconocerla y no vaciló en dirigirle la palabra.

Como acontecía por lo común donde quiera que se hallaba Ester, en torno suyo se formaba un corto espacio vacío, una especie de círculo mágico en el que, aunque el pueblo se estuviera codeando y pisoteando a muy corta distancia, nadie se aventuraba ni se sentía dispuesto a penetrar.

Era un ejemplo vivo de la soledad moral a que la letra escarlata condenaba a su portadora, debido en parte a la reserva de Ester, y en parte al instintivo alejamiento de sus conciudadanos, a pesar de que hacía ya tiempo que habían dejado de mostrarse poco caritativos para con ella.

Ahora, más que nunca, le sirvió admirablemente, pues le proporcionó el modo de hablar con el marino sin peligro de que los circunstantes se enteraran de su conversación; y tal cambio se había operado en la reputación de que gozaba Ester a los ojos del público, que la matrona más eminente de la colonia en punto a rígida moralidad, no podría haberse permitido aquella entrevista, sin dar margen al escándalo.

—De modo, señora,—dijo el capitán,—que debo ordenar a mi mayordomo que prepare otro camarote, además de los que Vd. ha contratado.

Lo que es en este viaje no habrá temor de escorbuto o tifus; porque con el cirujano de abordo, y este otro médico, nuestro único peligro serán las píldoras o las drogas que nos administren, pues tengo en el buque una buena provisión de medicinas que compré a un buque español.

—¿Qué está Vd. diciendo?—preguntó Ester con mayor alarma de la que quisiera haber mostrado.—¿Tiene Vd. otro pasajero?

—¡Cómo! ¿No sabe Vd.,—exclamó el capitán del barco,—que el médico de esta plaza,—Chillingworth como dice llamarse,—está dis-

puesto a compartir mi cámara con Vd.?

Sí, sí, Vd. debe saberlo, pues me ha dicho que es uno de la compañía, y además íntimo amigo del caballero de quien Vd. habló, de ese que corre peligro aquí en manos de estos viejos y ásperos gobernantes puritanos.

—Sí, se conocen íntimamente,—replicó Ester con semblante sereno, aunque toda llena de la más profunda consternación,—han vivido juntos mucho tiempo.

Nada más pasó entre el marino y Ester.

Pero en aquel mismo instante vio ésta al viejo Rogerio de pie en el ángulo más remoto de la plaza del mercado, sonriéndole; sonrisa que, —al través de aquel vasto espacio de terreno, y en medio de tanta charla, alegría, bullicio y animación, y de tanta diversidad de intereses y de sentimientos,—encerraba una significación secreta y terrible.

Capítulo veintidós

La procesión

Antes de que Ester hubiera podido darse cuenta de lo que pasaba, y considerar lo que podía hacerse en vista de este nuevo e inesperado aspecto del asunto, se oyeron los sones de una música militar que se acercaba por una de las calles contiguas, indicando la marcha de la procesión de los magistrados y ciudadanos en dirección de la iglesia, donde, de acuerdo con una antigua costumbre adoptada en los primeros tiempos de la colonia, el Reverendo Señor Dimmesdale debía predicar el sermón de la elección.

Pronto se dejó ver la cabeza de la procesión que, procediendo lenta y majestuosamente, doblaba una esquina y se abría paso al través de la muchedumbre que llenaba la plaza del mercado.

Primeramente venía la banda de música, compuesta de variedad de instrumentos, quizás imperfectamente adaptados unos a otros, y tocados sin mucho arte; sin embargo, se alcanzaba el gran objeto que la armonía de los tambores y del clarín debe producir en la multitud; esto es, revestir de un aspecto más heroico y elevado la escena que se desarrollaba ante la vista.

Perla, al principio, empezó a palmotear, pero luego, por un instante, perdió la agitación febril que la había mantenido en un estado de continua efervescencia toda la mañana: contempló silenciosamente lo que pasaba, y parecía como si los sonidos de la música, arrebatando su espíritu, la hicieran, a manera de ave acuátil, cernerse sobre aquellas oleadas de armonía.

Pero volvió a su antigua agitación al ver fulgurar a los rayos del sol las armas y brillantes arreos de los soldados que venían inmediatamente después de la banda de música, y formaban la escolta de honor de la procesión.

Este cuerpo militar,—que aun subsiste como institución, y continúa su vieja existencia con antigua y honrosa fama,—no se componía de hombres asalariados, sino de caballeros que, animados de ardor marcial, deseaban establecer una especie de Colegio de Armas donde, como en una Asociación de Caballeros Templarios, pudieran aprender la ciencia de la guerra y las prácticas de la misma, hasta donde lo permitieran sus ocupaciones pacíficas habituales.

La alta estimación en que se tenía a los militares en aquella época, podía verse en el porte majestuoso de cada uno de los individuos que formaban la compañía.

Algunos, en realidad de verdad, por sus servicios en los Países Bajos y en otros campos de batalla, habían conquistado perfectamente el derecho de usar el nombre de soldado con toda la pompa y prosopopeya del oficio.

Toda aquella columna vestida con petos de luciente acero y brillantes morriones coronados de penachos de plumas, presentaba un golpe de vista cuyo esplendor ningún despliegue de tropas modernas puede igualar.

Y sin embargo, los hombres de eminencia en lo civil, que marchaban inmediatamente en seguida de la escolta militar, eran aun más dignos de la observación de una persona pensadora. Su aspecto exterior tenía cierto sello de majestad que hacía parecer vulgar, y hasta absurdo a su lado, el altivo continente del guerrero.

Era aquel un siglo en que el talento merecía menos estimación que ahora, reservándose ésta en mayor grado para las cualidades sólidas

que denotaban firmeza y dignidad de carácter.

El pueblo, por herencia, era respetuoso y deferente; y los colonos ingleses que habían fijado sus moradas en estas ásperas costas, dejando tras sí, rey, nobles, y toda la escala de la jerarquía social, aunque con la idea de respeto y obediencia todavía muy arraigada en ellos, la reservaban para las canas y las cabezas que los años hacían venerables; para la integridad a toda prueba; para la sólida sabiduría y amarga experiencia de la vida; en fin, para todas aquellas cualidades que indican peso, madurez, y se comprenden bajo el calificativo general de respetabilidad.

Por lo tanto, aquellos primitivos hombres de Estado, tales como Bradstreet, Endicott, Dudley, Bellingham y sus compañeros, que fueron elevados al poder por la elección popular, no parece que pertenecieron a esa clase de hombres que hoy se llaman brillantes, sino que se distinguían como personas de madurez y de peso, más bien que de inteligencias vivas y extraordinarias.

Tenían fortaleza de ánimo y confianza en sus propias fuerzas, y en tiempos difíciles o peligrosos, cuando se trataba del bienestar de la cosa pública, eran como muralla de rocas contra los embates de las tempestuosas olas.

Los rasgos de carácter aquí indicados se manifestaban perfectamente en sus rostros casi cuadrados y en el gran desarrollo físico de los nuevos magistrados coloniales; y en lo que concierne a porte y autoridad natural, la madre patria no se habría avergonzado de admitir a estos hombres en la Cámara de los Pares o en el Consejo del Soberano.

Después de los magistrados venía el joven y eminente eclesiástico cuyos labios habían de pronunciar el discurso religioso en celebración del acto solemne. En la época de que hablamos, la profesión que

él ejercía se prestaba mucho más que la política al despliegue de las facultades intelectuales. Los que veían ahora al Sr.

Dimmesdale, observaron que jamás mostró tanta energía en su aspecto y hasta en su modo de andar, como la que desplegaba en la procesión. Su pisada no era vacilante, como en otras ocasiones, sino firme; no iba con el cuerpo casi doblado, ni se llevaba como de costumbre la mano al corazón.

Sin embargo, bien considerado, su vigor no parecía corporal sino espiritual, como si se debiera a favor especial de los ángeles; o quizás era la animación procedente de una inteligencia absorbida por serios y profundos pensamientos; o acaso su temperamento sensible se veía vigorizado por los sonidos penetrantes de la música que, ascendiendo al cielo, le arrastraban y hacían mover con inusitada vivacidad.

Sin embargo, tal era la abstracción de sus miradas, que podía pensarse que el Sr. Dimmesdale ni aun siquiera oía la música. Allí estaba su cuerpo marchando adelante con vigor no acostumbrado. ¿Pero dónde estaba su espíritu?

Allá en las profundidades de su sér, ocupado con actividad extraordinaria en coordinar la legión de pensamientos majestuosos que pronto habían de verter sus labios; y de consiguiente ni veía, ni oía, ni tenía idea de nada de lo que le rodeaba; pero la parte espiritual se apoderó de aquella débil fábrica y la arrastró consigo adelante, inconscientemente, y convertida también en espíritu.

Los hombres de inteligencia poco común, que han llegado a adquirir cierta condición mórbida, poseen a veces esta facultad de hacer un esfuerzo poderoso en el cual invierten la fuerza vital de muchos días, para permanecer después como agotados durante mucho tiempo.

Ester, con los ojos fijos en el ministro, se sentía dominada por tristes ideas, sin saber por qué ni de qué provenían. Se había imaginado que una mirada, siquiera rápida, tenía que cambiarse entre los dos.

Recordaba la obscura selva con su pradillo solitario, y el amor y la angustia de que había sido testigo; y el tronco mohoso del árbol donde, sentados, asidos de las manos, mezclaron sus tristes y apasionadas palabras al murmullo melancólico del arroyuelo.

¡Cuán profundo conocimiento adquirieron entonces de lo que eran en realidad uno y otro! ¿Y era éste el mismo hombre? Apenas lo conocía ahora.

¿Era acaso él, ese hombre que pasaba altivo al compás de la hermosa música, en compañía de los venerables y majestuosos magistrados, él, tan inaccesible en su posición social, y aún mucho más como ahora le veía allí, entregado a los poco simpáticos pensamientos que le preocupaban?

El corazón de Ester se entristeció a la idea de que todo había sido una ilusión, y que por vívido que hubiera sido su sueño, no podía existir un verdadero lazo de unión entre ella y el ministro.

Y había en Ester tal suma de sentimiento femenino, que apenas podía perdonarle,—y menos que nunca ahora cuando casi se oían, cada vez más próximas, las pisadas del Destino que se acercaba a toda prisa,—no, no podía perdonarle que de tal modo le fuera dado abstraerse del mundo que a los dos les era común, mientras ella, perdida en las tinieblas, extendía las manos congeladas buscándole, sin poder hallarle.

Perla, o vio y respondió a los pensamientos íntimos de su madre, o sintió por sí misma también el alejamiento del ministro y creyó notar la especie de barrera inaccesible que los separaba.

Mientras pasaba la procesión, la niña estuvo inquieta, moviéndose y balanceándose como un ave a punto de emprender el vuelo; pero cuando todo hubo terminado, miró a Ester en el rostro, y le dijo:

—Madre, ¿es ese el mismo ministro que me besó junto al arroyo?

—Calla ahora, mi querida Perla,—le contestó su madre en voz baja, —no debemos hablar siempre en la plaza del mercado de lo que nos acontece en la selva.

—No puedo estar segura de que sea él, ¡tan diferente me parece!— continuó la niña;—de otro modo habría corrido hacia él y le hubiera pedido que me besara ahora, delante de todo el mundo, como lo hizo allá, bajo aquellos árboles sombríos. ¿Qué habría dicho el ministro, madre?

¿Se habría llevado la mano al corazón, riñéndome y ordenándome que me alejara?

—¿Qué otra cosa podría haber dicho, Perla,—respondió su madre, —sino que no era esta la ocasión de besar a nadie, y que los besos no deben darse en la plaza del mercado? Perfectamente hiciste, locuela, en no hablarle.

Hubo otra persona que expresó igualmente sus ideas acerca del Sr. Dimmesdale. Esta persona era la Sra. Hibbins, cuyas excentricidades, o mejor dicho, locura, la llevaban a hacer lo que pocos de la población se hubieran atrevido a realizar, esto es: sostener una conversación, delante del público, con la portadora de la letra escarlata.

Vestida con gran magnificencia, con un triple cuello alechugado, talle bordado, bata de rico terciopelo y apoyada en un bastón de puño de oro, había salido a ver la procesión cívica.

Como esta anciana señora tenía la fama (que después le costó la vida) de ser parte principal en todos los trabajos de nigromancia que continuamente se estaban ejecutando, la multitud le abrió paso

franco y se apartó de ella, pareciendo temer el contacto de sus vestidos, como si llevaran la peste oculta entre sus primorosos pliegues.

Vista en unión de Ester Prynne,—a pesar del sentimiento de benevolencia con que muchos miraban a esta última,—el terror que de suyo inspiraba la Sra. Hibbins se aumentó y dio lugar a un alejamiento general de aquel sitio en que se encontraban las dos mujeres.

—¿Qué imaginación mortal podría concebirlo?—dijo la anciana en voz baja, confidencialmente, a Ester.—¡Ese hombre religioso, ese santo en la tierra como el pueblo lo creía, y como realmente lo parece!

¿Quién que le vio ahora en la procesión podría pensar que no hace mucho que salió de su estudio,—apostaría que murmurando algunas frases de la Biblia en hebreo,—a dar una vuelta por la selva? ¡Ah! Nosotras, Ester Prynne, sabemos lo que eso significa.

Pero, en realidad de verdad, no puedo resolverme a creer que ese sea el mismo hombre.

He visto marchando detrás de la música a más de un eclesiástico que ha bailado conmigo cuando Alguien, que no quiero nombrar aquí, tocaba el violín, y que tal vez sea un hechicero indio o un brujo laponés que nos saluda y estrecha las manos en otras ocasiones.

Pero eso es una bicoca, para quien sabe lo que es el mundo, ¿Pero este ministro? ¿Podrás decirme con seguridad, Ester, si es el mismo hombre a quien encontraste en el sendero de la selva?

—Señora, no sé de qué me estáis hablando,—respondió Ester, conociendo, como conocía, que la dama Hibbins no tenía todos sus sentidos cabales, pero sorprendida en extremo, y hasta amedrentada, al oir la seguridad con que afirmaba las relaciones personales que existían entre tantos individuos (entre ellos Ester misma) y el enemigo malo.—No me corresponde a mí hablar con ligereza de un ministro tan piadoso y sabio como el Reverendo Sr.

Dimmesdale.

—¡Ja! ¡ja! ¡mujer!—exclamó la anciana señora alzando el dedo y moviéndolo de un modo significativo.—¿Crees tú que después de haber ido yo a la selva tantas veces, no me sería dado conocer a los que han estado también allí?

Sí; aunque no hubiera quedado en sus cabellos ninguna hojita de las guirnaldas silvestres con que se adornaron la cabeza mientras bailaban. Yo te conozco, Ester; pues veo la señal que te distingue entre todas las demás. Todos podemos verla a la luz del sol; pero en las tinieblas brilla como una llama rojiza.

Tú la llevas a la faz del mundo; de modo que no hay necesidad de preguntarte nada acerca de este asunto. ¡Pero este ministro!... ¡Déjame decírtelo al oído!

Cuando el Hombre Negro ve a alguno de sus propios sirvientes, que tiene la marca y el sello suyo, y que se muestra tan cauteloso en no querer que se sepan los lazos que a él le ligan, como sucede con el Reverendo Sr.

Dimmesdale, entonces tiene un medio de arreglar las cosas de manera que la marca se ostente a la luz del día y sea visible a los ojos de todo el mundo. ¿Qué es lo que el ministro trata de ocultar con la mano siempre sobre el corazón? ¡Ah! ¡Ester Prynne!

—¿Qué es lo que oculta, buena Sra. Hibbins?—preguntó con vehemencia Perla.—¿Lo has visto?

—Nada, querida niña,—respondió la Sra. Hibbins haciendo una profunda reverencia a Perla.—Tú misma lo verás algún día. Dicen, niña, que desciendes del Príncipe del Aire. ¿Quieres venir conmigo una noche que sea hermosa a visitar a tu padre? Entonces sabrás por qué el ministro se lleva siempre la mano al corazón.

Y riendo tan estrepitosamente, que todos los que estaban en la plaza del mercado pudieron oirla, la anciana hechicera se separó de Ester.

Mientras esto pasaba, se había hecho la plegaria preliminar en la iglesia, y el Reverendo Sr. Dimmesdale había comenzado su discurso. Un sentimiento irresistible mantenía a Ester cerca del templo.

Como el sagrado edificio estaba tan lleno que no podía dar cabida a ninguna persona más, se situó junto al tablado de la picota, hallándose lo bastante cerca de la iglesia para poder oir todo el sermón como si fuera un murmullo vago, pero variado, lo mismo que el débil acento de la voz peculiar del ministro.

El órgano vocal del Sr. Dimmesdale era de suyo un rico tesoro, de modo que el oyente, aunque no comprendiera nada del idioma en que el orador hablaba, podía sin embargo sentirse arrastrado por el simple sonido y cadencia de las palabras.

Como toda otra música respiraban pasión y vehemencia, y despertaban emociones ya tiernas, ya elevadas, en una lengua que todos podían entender.

A pesar de lo indistinto de los sonidos, Ester escuchaba con atención tal y con tan profunda simpatía, que el sermón tuvo para ella una significación propia, completamente personal, y sin relacionarse en manera alguna con las palabras; las cuales, si las hubiera podido oir más claramente, sólo habrían sido un medio materializado que hubiera obscurecido su sentido espiritual.

Ya oía las notas bajas a semejanza del viento que se calma como para reposarse; ya se elevaba con los sonidos, como si ascendiera por gradaciones progresivas, ora suaves, ya fuertes, hasta que el volumen de la voz parecía envolverla en una atmósfera de respetuoso temor y solemne grandeza.

Y sin embargo, a pesar de lo imponente que a veces se volvía aquella voz, tenía siempre algo esencialmente quejumbroso.

Había en ella una expresión de angustia, ya leve, ya aguda, el murmullo o el grito, como quiera concebírsele, de la humanidad sufriente, que brotaba de un corazón que padecía e iba a herir la sensibilidad de los demás corazones.

A veces lo único que se percibía era esta expresión inarticulada de profundo sentimiento, a manera de un sollozo que se oyera en medio de hondo silencio.

Pero aún en los momentos en que la voz del ministro adquiría más fuerza y vigor, ascendiendo de una manera irresistible, con mayor amplitud y volumen, llenando la iglesia de tal modo que parecía querer abrirse paso al través de las paredes y difundirse en los espacios, —aún entonces, si el oyente prestaba cuidadosa atención, con ese objeto determinado, podía descubrir también el mismo grito de dolor.

¿Qué era eso? La queja de un corazón humano, abrumado de penas, quizás culpable, que revelaba su secreto, cualquiera que éste fuese, al gran corazón de la humanidad, pidiendo su simpatía o su perdón,—a cada momento—en cada acento—y nunca en vano.

Esta nota profunda y dominante, era lo que proporcionaba gran parte de su poder al ministro.

Durante todo este tiempo Ester permaneció, como una estatua, clavada al pie del tablado fatídico. Si la voz del ministro no la hubiese mantenido allí, habría de todos modos habido un inevitable magnetismo en aquel lugar, en que comenzó la primera hora de su vida de ignominia.

Reinaba en Ester la idea vaga, confusa, aunque pesaba gravemente en su espíritu, de que toda la órbita de su vida, tanto antes como des-

pués de aquella fecha, estaba relacionada con aquel sitio, como si fuera el punto que le diera unidad a su existencia.

Perla, entretanto, se había apartado de su madre y estaba jugando como mejor le parecía en la plaza del mercado, alegrando a aquella sombría multitud con sus movimientos y vivacidad, a manera de un ave de brillantes plumas que ilumina todo un árbol de follaje obscuro, saltando de un lado a otro, medio visible y medio oculta entre la sombra de las espesas hojas.

Tenía movimientos ondulantes, a veces irregulares, que indicaban la inquietud de su espíritu, mucho mayor en aquel día porque reflejaba la de su madre.

Donde quiera que Perla veía algo que excitara su curiosidad, siempre alerta, allí se dirigía rápidamente, pudiendo decirse que la niña tomaba plena posesión de lo que fuere, como si lo considerase su propiedad.

Los puritanos la miraban y si se sonreían; mas no por eso se sentían menos inclinados a creer que la niña era el vástago de un espíritu malo, a juzgar por el encanto indescriptible de belleza y excentricidad que brillaba en todo su cuerpecito y se manifestaba en su actividad.

Se dirigió hacia el indio salvaje y le miró fijamente al rostro, hasta que el indio tuvo conciencia de que se las había con un sér más selvático que él mismo.

De allí, con innata audacia, pero siempre con característica reserva, corrió al medio de un grupo de marineros de tostadas mejillas, aquellos salvajes del océano, como los indios lo eran de la tierra, los que con sorpresa y admiración contemplaron a Perla como si una espuma del mar hubiese tomado la forma de una niñita, y estuviera do-

tada de un alma con esa fosforescencia de las olas que se vé brillar de noche bajo la proa del buque que va cortando las aguas.

Uno de estos marinos, el capitán seguramente, que había hablado con Ester, se quedó tan prendado del aspecto de Perla, que intentó asirla para besarla; pero viendo que eso era tan imposible como atrapar un colibrí en el aire, tomó la cadena de oro que adornaba su sombrero, y se la arrojó a la niñita.

Perla inmediatamente se la puso al rededor del cuello y de la cintura, con tal habilidad que, al verla, parecía que formaba parte de ella y era difícil imaginarla sin ese adorno.

—¿Es tu madre aquella mujer que está allí con la letra escarlata?—dijo el capitán.—¿Quieres llevarle un recado mío?

—Si el recado me agrada, lo haré,—dijo Perla.

—Entonces dile,—replicó el capitán,—que he hablado otra vez con el viejo médico de rostro moreno, y que él se compromete a traer a su amigo, el caballero que ella sabe, a bordo de mi buque. De consiguiente, tu madre sólo tiene que pensar en ella y en ti. ¿Quieres decirle esto, niña brujita?

—La Sra. Hibbins dice que mi padre es el Príncipe del Aire,—exclamó Perla con una maligna sonrisa.—Si vuelves a llamarme bruja, se lo diré a ella, y perseguirá tu buque con una tempestad.

Atrevesando la plaza del mercado regresó la niña junto a su madre y le comunicó lo que el marino le había dicho.

Ester, a pesar de su ánimo fuerte, tranquilo, resuelto, y constante en la adversidad, estuvo a punto de desmayarse al oir esta noticia precursora de inevitable desastre, precisamente en los momentos en que parecía haberse abierto un camino para que ella y el ministro pudieran salir del laberinto de dolor y de angustias en que estaban perdidos.

Abrumado su espíritu y llena de terrible perplejidad con las noticias que le comunicaba el capitán del buque, se vio además sujeta en aquellos momentos a otra clase de prueba.

Se hallaban allí presentes muchos individuos de los lugares circunvecinos, que habían oído hablar con frecuencia de la letra escarlata, y para quienes ésta se había convertido en algo terrífico por los millares de historias falsas o exageradas que acerca de ella circulaban, pero que nunca la habían visto con sus propios ojos; los cuales, después de haber agotado toda otra clase de distracciones, se agolpaban en torno de Ester de una manera rudamente indiscreta.

Pero a pesar de lo poco escrupulosos que eran, no podían llegar sino a unas cuantas varas de distancia de ella. Allí se detenían, merced a la especie de fuerza repulsiva de la repugnancia que les inspiraba el místico símbolo.

Los marineros, observando la aglomeración de los espectadores, y enterados de lo que significaba la letra escarlata, vinieron con sus rostros ennegrecidos por el sol, y de hombres de alma atravesada, a formar también parte del círculo que rodeaba a Ester; y hasta los indios se vieron contagiados con la curiosidad de los blancos, y deslizándose al través de la multitud, fijaron sus ojos negros, a manera de serpiente, en el seno de la pobre mujer, creyendo acaso que el portador de este brillante emblema bordado tenía que ser persona de alta categoría entre los suyos.

Finalmente, los vecinos de la población, a pesar de que no experimentaban ya interés alguno en este asunto, se dirigieron también a aquel sitio y atormentaron a Ester, tal vez mucho más que todo el resto de los circunstantes, con la fría e indiferente mirada que fijaban en la insignia de su vergüenza.

Ester vio y reconoció los mismos rostros de aquel grupo de matronas que habían estado esperando su salida en la puerta de la cárcel

siete años antes; todas estaban allí, excepto la más joven y la única compasiva entre ellas, cuya veste funeraria hizo después de aquel acontecimiento.

En aquella hora final, cuando creía que pronto iba a arrojar para siempre la letra candente, se había ésta convertido singularmente en centro de la mayor atención y curiosidad, abrasándole el seno más dolorosamente que en ningún tiempo desde el primer día que la llevó.

Mientras Ester permanecía dentro de aquel círculo mágico de ignominia donde la crueldad de su sentencia parecía haberla fijado para siempre, el admirable orador contemplaba desde su púlpito un auditorio subyugado por el poder de su palabra hasta las fibras más íntimas de su múltiple sér. ¡El santo ministro en la iglesia!

¡La mujer de la letra escarlata en la plaza del mercado! ¿Qué imaginación podría hallarse tan falta de reverencia que hubiera sospechado que ambos estaban marcados con el mismo candente estigma?

Capítulo veintitrés

La revelación de la letra escarlata

La elocuente voz que había arrebatado el alma de los oyentes, haciéndoles agitarse como si se hallaran mecidos por las olas de turbulento océano, cesó al fin de resonar. Hubo un momento de silencio, profundo como el que tendría que reinar después de las palabras de un oráculo.

Luego hubo un murmullo, seguido de una especie de ruido tumultuoso: se diría que los circunstantes, viéndose ya libres de la influencia del encanto mágico que los había transportado a las esferas en que se cernía el espíritu del orador, estaban volviendo de nuevo en sí mismos, aunque todavía llenos de la admiración y respeto que aquel les infundiera.

Un momento después, la multitud empezó a salir por las puertas de la iglesia; y como ahora todo había concluído, necesitaban respirar una atmósfera más propia para la vida terrestre a que habían descendido, que aquella a que el predicador los elevó con sus palabras de fuego.

Una vez al aire libre, los oyentes expresaron su admiración de diversas maneras: la calle y la plaza del mercado resonaron de extremo a extremo con las alabanzas prodigadas al ministro, y los circunstantes no hallaban reposo hasta haber referido cada cual a su vecino lo que pensaba recordar o saber mejor que él.

Según el testimonio universal, jamás hombre alguno había hablado con espíritu tan sabio, tan elevado y santo como el ministro

aquel día; ni jamás hubo labios mortales tan evidentemente inspirados como los suyos.

Podría decirse que esa inspiración descendió sobre él y se apoderó de su sér, elevándole constantemente sobre el discurso escrito que yacía ante sus ojos, llenándole con ideas que habían de parecerle a él mismo tan maravillosas como a su auditorio.

Según se colige de lo que hablaba la multitud, el asunto del sermón había sido la relación entre la Divinidad y las sociedades humanas, con referencia especial a la Nueva Inglaterra que ellos habían fundado en el desierto; y a medida que se fue acercando al final de su discurso, descendió sobre él un espíritu de profecía, que le obligaba a continuar en su tema como acontecía con los antiguos profetas de Israel, con esta diferencia, sin embargo, que mientras aquellos anunciaban la ruina y desolación de su patria, Dimmesdale predecía un grande y glorioso destino al pueblo allí congregado.

Pero en todo su discurso había cierta nota profunda, triste, dominante, que sólo podía interpretarse como el sentimiento natural y melancólico de uno que pronto ha de abandonar este mundo.

Sí: su ministro, a quien tanto amaban, y que los amaba tanto a todos ellos, que no podía partir hacia el cielo sin exhalar un suspiro de dolor,—tenía el presentimiento de que una muerte prematura le esperaba, y de que pronto los dejaría bañados en lágrimas.

Esta idea de su permanencia transitoria en la tierra, dio el último toque al efecto que el predicador había producido; diríase que un ángel, en su paso por el firmamento, había sacudido un instante sus luminosas alas sobre el pueblo, produciendo al mismo tiempo sombra y esplendor, y derramando una lluvia de verdades sobre el auditorio.

De este modo llegó para el Reverendo Sr. Dimmesdale,—como llega para la mayoría de los hombres en sus varias esferas de acción,

aunque con frecuencia demasiado tarde,—una época de vida más brillante y llena de triunfos que ninguna otra en el curso de su existencia, o que jamás pudiera esperar.

En aquel momento se encontraba en la cúspide de la altura a que los dones de la inteligencia, de la erudición, de la oratoria, y de un nombre de intachable pureza, podían elevar a un eclesiástico en los primeros tiempos de la Nueva Inglaterra, cuando ya una carrera de esa clase era en sí misma un alto pedestal.

Tal era la posición que el ministro ocupaba, cuando inclinó la cabeza sobre el borde del púlpito al terminar su discurso. Entre tanto, Ester Prynne permanecía al pie del tablado de la picota con la letra escarlata abrasando aún su corazón.

Oyéronse de nuevo los sones de la música y el paso mesurado de la escolta militar que salía por la puerta de la iglesia. La procesión debía dirigirse a la casa consistorial, donde un solemne banquete iba a completar las ceremonias del día.

Por lo tanto, de nuevo la comitiva de venerables y majestuosos padres de la ciudad empezó a moverse en el espacio libre que dejaba el pueblo, haciéndose respetuosamente a uno y otro lado, cuando el Gobernador y los magistrados, los hombres ancianos y cuerdos, los santos ministros del altar, y todo lo que era eminente y renombrado en la población, avanzaban por en medio de los espectadores.

Cuando llegaron a la plaza del mercado, su presencia fue saludada con una aclamación general; que si bien podía atribuirse al sentimiento de lealtad que en aquella época experimentaba el pueblo hacia sus gobernantes, era también la explosión irresistible del entusiasmo que en el alma de los oyentes había despertado la elevada elocuencia que aun vibraba en sus oídos.

Cada uno sintió el impulso en sí mismo y casi instantáneamente este impulso se hizo unánime.

Dentro de la iglesia a duras penas pudo reprimirse; pero debajo de la bóveda del cielo no fue posible contener su manifestación, más grandiosa que los rugidos del huracán, del trueno o del mar, en aquella potente oleada de tantas voces reunidas en una gran voz por el impulso universal que de muchos corazones forma uno solo.

Jamás en el suelo de la Nueva Inglaterra había resonado antes igual clamoreo. Jamás, en el suelo de la Nueva Inglaterra, se había visto un hombre de tal modo honrado por sus conciudadanos como lo era ahora el predicador.

¿Y qué era de él? ¿No se veían por ventura en el aire las partículas brillantes de una aureola al rededor de su cabeza? Habiéndose vuelto tan etéreo, habiendo sus admiradores hecho su apoteosis, ¿pisaban sus pies el polvo de la tierra cuando iba marchando en la procesión?

Mientras las filas de los hombres de la milicia y de los magistrados civiles avanzaban, todas las miradas se dirigían al lugar en que marchaba el Sr. Dimmesdale. La aclamación se iba convirtiendo en murmullo a medida que una parte de los espectadores tras otra lograba divisarle.

¡Cuán pálido y débil parecía en medio de todo este triunfo suyo! La energía,—o, mejor dicho, la inspiración que lo sostuvo mientras pronunciaba el sagrado mensaje que le comunicó su propia fuerza, como venida del cielo,—ya le había abandonado después de haber cumplido tan fielmente su misión.

El color que antes parecía abrasar sus mejillas, se había extinguido como llama que se apaga irremediablemente entre los últimos rescoldos.

La mortal palidez de su rostro era tal, que apenas semejaba éste el de un hombre vivo; ni el que marchaba con pasos tan vacilantes como si fuera a desplomarse a cada momento, sin hacerlo sin embargo, apenas podía tampoco tomarse por un ser viviente.

Uno de sus hermanos eclesiásticos,—el venerable Juan Wilson,—observando el estado en que se hallaba el Sr. Dimmesdale después que pronunció su discurso, se adelantó apresuradamente para ofrecerle su apoyo; pero el ministro, todo trémulo, aunque de una manera decidida, alejó el brazo que le presentaba su anciano colega.

Continuó andando, si es que puede llamarse andar lo que más bien parecía el esfuerzo vacilante de un niño a la vista de los brazos de su madre, extendidos para animarle a que se adelante.

Y ahora, casi imperceptiblemente a pesar de la lentitud de sus últimos pasos, se encontraba frente a frente de aquel tablado, cuyo recuerdo jamás se borró de su memoria, de aquel tablado donde, muchos años antes, Ester Prynne había tenido que soportar las miradas ignominiosas del mundo.

¡Allí estaba Ester teniendo de la mano a Perla! ¡Y allí estaba la letra escarlata en su pecho! El ministro hizo aquí alto, aunque la música continuaba tocando la majestuosa y animada marcha al compás de la cual la procesión iba desfilando. ¡Adelante!—le decía la música,—¡adelante, al banquete!

Pero el ministro se quedó allí como si estuviera clavado.

El Gobernador Bellingham, que durante los últimos momentos había tenido fijas en el ministro las ansiosas miradas, abandonando ahora su puesto en la procesión, se adelantó para prestarle auxilio, creyendo, por el aspecto del Sr. Dimmesdale, que de lo contrario caería al suelo.

Pero en la expresión de las miradas del ministro había algo que hizo retroceder al magistrado, aunque no era hombre que fácilmente cediese a las vagas intimaciones de otro. Entre tanto la multitud contemplaba todo aquello con temor respetuoso y admiración.

Este desmayo terrenal era, según creían, sólo otra faz de la fuerza celestial del ministro; ni se hubiera tenido por un milagro demasiado sorprendente contemplarle ascender en los espacios, ante sus miradas, volviéndose cada vez más transparente y más brillante, hasta verle por fin desvanecerse en la claridad de los cielos.

El ministro se acercó al tablado y extendió los brazos.

—¡Ester!—dijo,—¡ven aquí! ¡Ven aquí también, Perlita!

La mirada que les dirigió fue lúgubre, pero había en ella a la vez que cierta ternura, una extraña expresión de triunfo. La niña, con sus movimientos parecidos a los de un ave, que eran una de sus cualidades características, corrió hacia él y estrechó las rodillas del ministro entre sus tiernos bracitos.

Ester, como impelida por inevitable destino, y contra toda su voluntad, se acercó también a Dimmesdale, pero se detuvo antes de llegar.

En este momento el viejo Rogerio Chillingworth se abrió paso al través de la multitud, o, tan sombría, maligna e inquieta era su mirada, que acaso surgió de una región infernal para impedir que su víctima realizara su propósito.

Pero sea de ello lo que se quiera, el anciano médico se adelantó rápidamente hacia el ministro y le asió del brazo.

—¡Insensato, detente! ¿qué intentas hacer?—le dijo en voz baja.—¡Haz seña a esa mujer de que se aleje! ¡Haz que se retire también esta niña! Todo irá bien. ¡No manches tu buen nombre, ni mueras deshon-

rado! ¡Todavía puedo salvarte! ¿Quieres cubrir de ignominia tu sagrada profesión?

—¡Ah! ¡tentador! Me parece que vienes demasiado tarde,—respondió el ministro fijando las miradas en los ojos del médico, con temor, pero con firmeza.—Tu poder no es el que antes era. Con la ayuda de Dios me libraré ahora de tus garras.

Y extendió de nuevo la mano a la mujer de la letra escarlata.

—Ester Prynne,—gritó con penetrante vehemencia,—en el nombre de Aquel tan terrible y tan misericordioso, que en este último momento me concede la gracia de hacer lo que, con grave pecado y agonía infinita me he abstenido de hacer hace siete años, ven aquí ahora y ayúdame con tus fuerzas.

Préstame tu auxilio, Ester, pero deja que lo guíe la voluntad que Dios me ha concedido. Este perverso y agraviado anciano se opone a ello con todo su poder, con todo su propio poder y el del enemigo malo. ¡Ven, Ester, ven! Ayúdame a subir ese tablado.

En la multitud reinaba la mayor confusión.

Los hombres de categoría y dignidad que se hallaban más inmediatos al ministro, se quedaron tan sorprendidos y perplejos acerca de lo que significaba aquello que veían, tan incapaces de comprender la explicación que más fácilmente se les presentaba, o imaginar alguna otra, que permanecieron mudos y tranquilos espectadores del juicio que la Providencia parecía iba a pronunciar.

Veían al ministro, apoyado en el hombro de Ester y sostenido por el brazo con que ésta le rodeaba, acercarse al tablado y subir sus gradas, teniendo entre las manos las de aquella niñita nacida en el pecado.

El viejo Rogerio Chillingworth le seguía, como persona íntimamente relacionada con el drama de culpa y de dolor en que todos

ellos habían sido actores, y por lo tanto con derecho bastante a hallarse presente en la escena final.

—Si hubieras escudriñado toda la tierra,—dijo mirando con sombríos ojos al ministro,—no habrías hallado un lugar tan secreto, ni tan alto, ni tan bajo, donde hubieras podido librarte de mí,—como este cadalso en que ahora estás.

—¡Gracias sean dadas a Aquel que me ha traído aquí!—contestó el ministro.

Temblaba sin embargo, y se volvió hacia Ester con una expresión de duda y ansiedad en los ojos que fácilmente podía distinguirse, por estar acompañada de una débil sonrisa en sus labios.

—¿No es esto mejor,—murmuró,—que lo que imaginamos en la selva?

—¡No sé! ¡No sé!—respondió ella rápidamente.—¿Mejor? Sí: ¡ojalá pudiéramos morir aquí ambos, y Perlita con nosotros!

—Respecto a ti y a Perla, ¡sea lo que Dios ordene!—dijo el ministro, —y Dios es misericordioso. Déjame hacer ahora lo que Él ha puesto claramente de manifiesto ante mis ojos, porque yo me estoy muriendo, Ester. Deja, pues, que me apresure a tomar sobre mi alma la parte de vergüenza que me corresponde.

En parte sostenido por Ester, y teniendo de la mano a Perla, el Reverendo Sr.

Dimmesdale se volvió a los dignos y venerables magistrados, a los sagrados ministros que eran sus hermanos en el Señor, al pueblo cuya gran alma estaba completamente consternada, aunque llena de simpatía dolorosa, como si supiera que un asunto vital y profundo, que si repleto de culpa también lo estaba de angustia y de arrepentimiento, se iba a poner ahora de manifiesto a la vista de todos.

El sol, que había pasado ya su meridiano, derramaba su luz sobre el ministro y hacía destacar su figura perfectamente, como si se hubiera desprendido de la tierra para confesar su delito ante el tribunal de la Justicia Eterna.

—¡Pueblo de la Nueva Inglaterra!—exclamó con una voz que se elevó por encima de todos los circunstantes, alta, solemne y majestuosa,—pero que con todo era siempre algo trémula, y a veces semejaba un grito que surgía luchando desde un abismo insondable de remordimiento y de dolor,—vosotros, continuó, que me habéis amado,—vosotros, que me habéis creído santo,—miradme aquí, mirad al más grande pecador del mundo.

¡Al fin, al fin estoy de pie en el lugar en que debía haber estado hace siete años: aquí, con esta mujer, cuyo brazo, más que la poca fuerza con que me he arrastrado hasta aquí, me sostiene en este terrible momento y me impide caer de bruces al suelo!

¡Ved ahí la letra escarlata que Ester lleva! Todos os habéis estremecido a su vista. Donde quiera que esta mujer ha ido, donde quiera que, bajo el peso de tanta desgracia, hubiera podido tener la esperanza de hallar reposo,—esa letra ha esparcido en torno suyo un triste fulgor que inspiraba espanto y repugnancia.

¡Pero en medio de vosotros había un hombre, ante cuya marca de infamia y de pecado jamás os habéis estremecido!

Al llegar a este punto, pareció que el ministro tenía que dejar en silencio el resto de su secreto; pero luchó contra su debilidad corporal, y aun mucho más contra la flaqueza de ánimo que se esforzaba en subyugarle.

Se desembarazó entonces de todo sostén corporal, y dio un paso hacia adelante resueltamente, dejando detrás de sí a la mujer y a la niña.

—¡Esa marca la tenía él!—continuó con una especie de fiero arrebato. ¡Tan determinado estaba a revelarlo todo!—¡El ojo de Dios la veía! ¡Los ángeles estaban siempre señalándola! ¡El enemigo malo la conocía muy bien y la estregaba constantemente con sus dedos candentes!

Pero él la ocultaba con astucia a la mirada de los hombres, y se movía entre vosotros con rostro apesadumbrado, como el de un hombre muy puro en un mundo tan pecador; y triste, porque echaba de menos sus compañeros celestiales.

Ahora, en los últimos momentos de su vida, se presenta ante vosotros; os pide que contempléis de nuevo la letra escarlata de Ester; y os dice que, con todo su horror misterioso, no es sino la pálida sombra de la que él lleva en su propio pecho; y que aun esta marca roja que tengo aquí, esta marca roja mía, es solo el reflejo de la que está abrasando lo más íntimo de su corazón.

¿Hay aquí quién pueda poner en duda el juicio de Dios sobre un pecador? ¡Mirad! ¡Contemplad un testimonio terrible de ese juicio!

Con un movimiento convulsivo desgarró la banda eclesiástica que llevaba en el pecho. ¡Todo quedó revelado! Pero sería irreverente describir aquella revelación.

Durante un momento las miradas de la multitud horrorizada se concentraron en el lúgubre milagro, mientras el ministro permanecía en pie con una expresión triunfante en el rostro, como la de un hombre que en medio de una crisis del más agudo dolor ha conseguido una victoria. Después cayó desplomado sobre el cadalso.

Ester lo levantó parcialmente y le hizo reclinar la cabeza sobre su seno. El viejo Rogerio se arrodilló a su lado con aspecto sombrío, desconcertado, con un rostro en el cual parecía haberse extinguido la vida.

—¡Has logrado escaparte de mí!—repetía con frecuencia.—¡Has logrado escaparte de mí!

—¡Que Dios te perdone!—dijo el ministro.—¡Tú también has pecado gravemente!

Apartó sus miradas moribundas del anciano, y las fijó en la mujer y la niña.

—¡Mi pequeña Perla!—dijo débilmente, y una dulce y tierna sonrisa iluminó su semblante, como el de un espíritu que va entrando en profundo reposo; mejor dicho, ahora que el peso que abrumaba su alma había desaparecido, parecía que deseaba jugar con la niña,—mi querida Perlita, ¿me besarás ahora? ¡No lo querías hacer en la selva!

Pero ahora sí lo harás.

Perla le dio un beso en la boca. El encanto se deshizo.

La gran escena de dolor en que la errática niña tuvo su parte, había madurado de una vez todos sus sentimientos y afectos; y las lágrimas que derramaba sobre las mejillas de su padre, eran una prenda de que ella iría creciendo entre la pena y la alegría, no para estar siempre en lucha contra el mundo, sino para ser en él una verdadera mujer.

También respecto de su madre la misión de Perla, como mensajera de dolor, se había cumplido plenamente.

—Ester,—dijo el ministro,—¡adiós!

—¿No nos volveremos a encontrar?—murmuró Ester inclinando la cabeza junto a la del ministro.—¿No pasaremos juntos nuestra vida inmortal? Sí, sí, con todo este dolor nos hemos rescatado mutuamente. Tú estás mirando muy lejos, allá en la eternidad, con tus brillantes y moribundos ojos. Díme, ¿qué es lo que ves?

—¡Silencio, Ester, silencio!—dijo el ministro con trémula solemnidad.—La ley que quebrantamos,—la culpa tan terriblemente revelada,—sean tus solos pensamientos. ¡Yo temo!... ¡temo!... Quizás desde que olvidamos a nuestro Dios, desde que violamos el mutuo respeto que debíamos a nuestras almas,—fue ya vano esperar el poder asociarnos después de esta vida en una unión pura y sempiterna.

Dios sólo lo sabe y Él es misericordioso.

Ha mostrado su compasión, más que nunca, en medio de mis aflicciones, con darme esta candente tortura que llevaba en el pecho; con enviarme a ese terrible y sombrío anciano, que mantenía siempre esa tortura cada vez más viva; con traerme aquí, para acabar mi vida con esta muerte de triunfante ignominia ante los ojos del pueblo.

Si alguno de estos tormentos me hubiera faltado, yo estaría perdido para siempre! ¡Loado sea su nombre! ¡Hágase su voluntad! ¡Adiós!

Con la última palabra, el ministro exhaló también su último aliento. La multitud, silenciosa hasta entonces, prorrumpió en un murmullo extraño y profundo de temor y de sorpresa que no pudieron hallar otra expresión, sino en ese murmullo que resonó tan gravemente después que aquella alma hubo partido.

Capítulo veinticuatro

Conclusión

Al cabo de muchos días, cuando el pueblo pudo coordinar sus ideas acerca de la escena que acabamos de referir, hubo más de una versión de lo que había ocurrido en el tablado de la picota.

La mayor parte de los espectadores aseguró haber visto impresa en la carne del pecho del infeliz ministro una LETRA ESCARLATA, que era la exacta reproducción de la que tenía Ester en el vestido. Respecto a su origen se dieron varias explicaciones, todas las cuales fueron simplemente conjeturas. Algunos afirmaban que el Reverendo Sr.

Dimmesdale, el mismo día en que Ester Prynne llevó por vez primera su divisa ignominiosa, había comenzado una serie de penitencias, que después continuó de diversos modos, imponiéndose él mismo una horrible tortura corporal.

Otros aseguraban que el estigma no se había producido sino mucho tiempo después, cuando el viejo Rogerio Chillingworth, que era un poderoso nigromántico, la hizo aparecer con sus artes mágicas y venenosas drogas.

Otros había,—y estos eran los más a propósito para apreciar la sensibilidad exquisita del ministro y la maravillosa influencia que ejercía su espíritu sobre su cuerpo,—que pensaban que el terrible símbolo era el efecto del constante y roedor remordimiento que se albergaba en lo más íntimo del corazón, manifestándose al fin el inexorable juicio del Cielo por la presencia visible de la letra.

El lector puede escoger entre estas teorías la que más le agrade.

Es singular, sin embargo, que varios individuos, que fueron espectadores de toda la escena, y sostenían no haber apartado un instante las miradas del Reverendo Sr. Dimmesdale, negaran absolutamente que se hubiese visto señal alguna en su pecho.

Y a juzgar por lo que estas mismas personas decían, las últimas palabras del moribundo no admitieron, ni aun siquiera remotamente, que hubiera habido, de su parte, la más leve relación con la culpa que obligó a Ester a llevar por tanto tiempo la letra escarlata.

Según estos testigos, dignos del mayor respeto y consideración, el ministro, que tenía conciencia de que estaba moribundo y también de que la reverencia de la multitud le colocaba ya entre el número de los santos y de los ángeles, había deseado, exhalando el último aliento en los brazos de la mujer caída, expresar ante la faz del mundo cuán completamente vano era lo que se llama virtud y perfección del hombre.

Después de haberse acabado la vida con sus esfuerzos en pró del bien espiritual de la humanidad, había convertido su manera de morir en una especie de parábola viviente, con objeto de imprimir en la mente de sus admiradores la poderosa y triste enseñanza de que, comparados con la Infinita Pureza, todos somos igualmente pecadores; para enseñarles también que el más inmaculado entre nosotros, sólo ha podido elevarse sobre sus semejantes lo necesario para discernir con mayor claridad la misericordia que nos contempla desde las alturas, y repudiar más absolutamente el fantasma del mérito humano que dirige sus miradas hacia arriba.

Sin querer disputar la verdad de este aserto, se nos debe permitir que consideremos esta versión de la historia del Sr.

Dimmesdale, tan sólo como un ejemplo de la tenaz fidelidad con que los amigos de un hombre, y especialmente de un eclesiástico, defienden su reputación, aun cuando pruebas tan claras como la luz del sol al mediodía iluminando la letra escarlata, lo proclamen una criatura terrenal, falsa y manchada con el pecado.

La autoridad que hemos seguido principalmente,—esto es, un manuscrito de fecha muy antigua, redactado en vista del testimonio verbal de varias personas, algunas de las cuales habían conocido a Ester Prynne, mientras otras habían oído su historia de los labios de testigos presenciales,—confirma plenamente la opinión adoptada en las páginas que preceden.

Entre muchas conclusiones morales que se pueden deducir de la experiencia dolorosa del pobre ministro, y que se agolpan a nuestra mente, escogemos esta:—"¡Sé sincero! ¡Sé sincero! ¡Sé sincero! Muestra al mundo, sin ambajes, si no lo peor de tu naturaleza, por lo menos algún rasgo del que se pueda inferir lo peor."

Nada hubo que llamara tanto la atención como el cambio que se operó casi inmediatamente después de la muerte del Sr. Dimmesdale, en el aspecto y modo de ser del anciano conocido bajo el nombre de Rogerio Chillingworth.

Todo su vigor y su energía, toda su fuerza vital e intelectual, parecieron abandonarle de una vez, hasta el extremo de que realmente se consumió, se arrugó, y hasta desapareció de la vista de los mortales, como una hierba arrancada de raíz que se seca a los rayos ardientes del sol.

Este hombre infeliz había hecho de la prosecución y ejercicio sistemático de la venganza el objeto primordial de su existencia; y una vez obtenido el triunfo más completo, el principio maléfico que le animaba no tuvo ya en que emplearse, y no habiendo tampoco en la tierra ninguna obra diabólica que realizar, no le quedaba a aquel

mortal inhumano otra cosa que hacer, sino ir a donde su Amo le proporcionase tarea suficiente, y le recompensase con el salario debido.

Pero queremos ser clementes con todos esos seres impalpables que por tanto tiempo han sido nuestros conocidos, lo mismo con Rogerio Chillingworth que con sus compañeros. Es asunto digno de investigarse saber hasta qué punto el odio y el amor vienen a ser en realidad la misma cosa.

Cada uno de estos sentimientos, en su más completo desarrollo, presupone un profundo e íntimo conocimiento del corazón humano; también cada uno de estos sentimientos presupone que un individuo depende de otro para la satisfacción de sus afectos y de su vida espiritual; cada una de esas sensaciones deja en el desamparo y la desolación al amante apasionado o al aborrecedor no menos apasionado, desde el momento en que desaparece el objeto del odio o del amor.

Por lo tanto, considerados filosóficamente los dos sentimientos de que hablamos, vienen a ser en su esencia uno mismo, excepto que el amor se contempla a la luz de un esplendor celestial, y el odio al reflejo de sombría y lúgubre llamarada.

En el mundo espiritual, el anciano médico y el joven ministro,—habiendo sido ambos víctimas mutuas,—quizás, hayan encontrado toda la suma de su odio y antipatía terrenal transformada en amor.

Pero dejando a un lado esta discusión, comunicaremos al lector algunas noticias de otra naturaleza. Al fallecimiento del anciano Rogerio Chillingworth (que aconteció al cabo de un año), se vio por su testamento y última voluntad, del cual fueron albaceas el Gobernador Bellingham y el Reverendo Sr.

Wilson, que había legado una considerable fortuna, tanto en la Nueva Inglaterra como en la madre patria, a Perlita, la hija de Ester Prynne.

De consiguiente Perla, la niña duende, el vástago del demonio como algunas personas aún persistían en considerarla, se convirtió en la heredera más rica de su época en aquella parte del Nuevo Mundo; y probablemente esta circunstancia produjo un cambio muy notable en la estimación pública, y si la madre y la hija hubieran permanecido en la población, la pequeña Perla, al llegar a la edad de poder casarse, habría mezclado su sangre impetuosa con la del linaje de los más devotos puritanos de la colonia.

Pero no mucho tiempo después del fallecimiento del médico, la portadora de la letra escarlata desapareció de la ciudad y con ella Perla.

Durante muchos años, aunque de tarde en tarde solían llegar algunos vagos rumores al través de los mares, no se recibieron sin embargo noticias auténticas de la madre y de la hija.

La historia de la letra escarlata se convirtió en leyenda; la fascinación que ejercía se mantuvo poderosa por mucho tiempo, y tanto el tablado fatídico como la cabaña junto a la orilla del mar donde vivió Ester, continuaron siendo objeto de cierto respetuoso temor.

Varios niños que jugaban una tarde cerca de la referida cabaña, vieron a una mujer alta, con traje de color obscuro, acercarse a la puerta; ésta no se había abierto ni una sola vez en muchos años; pero sea que la mujer la abriera, o que la puerta cediese a la presión de su mano, por hallarse la madera y el hierro en estado de descomposición, o sea que se deslizara como un fantasma al través de cualquier obstáculo,—lo cierto es que aquella mujer entró en la desierta y abandonada cabaña.

Se detuvo en el umbral, y dirigió una mirada en torno suyo,—porque tal vez la idea de entrar sola, y después de tantos cambios, en aquella morada en que también había padecido tanto, fue algo más triste y horrible de lo que ella podía soportar.

Pero su vacilación, aunque no duró sino un instante, fue lo suficiente para dejar ver una letra escarlata en su pecho.

Ester Prynne había, pues, regresado y tomado de nuevo la divisa de su ignominia, ya largo tiempo dada al olvido. ¿Pero dónde estaba Perlita? Si aún vivía, se hallaba indudablemente en todo el brillo y florescencia de su primera juventud.

Nadie sabía, ni se supo jamás a ciencia cierta, si la niña duende había descendido a una tumba prematura, o si su naturaleza tumultuosa y exuberante se había calmado y suavizado, haciéndola capaz de experimentar la apacible felicidad propia de una mujer.

Pero durante el resto de la vida de Ester, hubo indicios de que la reclusa de la letra escarlata era objeto del amor e interés de algún habitante de otras tierras. Se recibían cartas estampadas con un escudo de armas desconocidas en la heráldica inglesa.

En la cabaña consabida había objetos y artículos de diversa clase, hasta de lujo, que nunca se ocurrió a Ester usar, pero que solamente una persona rica podría haber comprado, o en los que podría haber pensado sólo el afecto hacia ella.

Se veían allí bagatelas, adornos, dijes, bellos presentes que indicaban un recuerdo constante y que debieron de ser hechos por delicados dedos, a impulsos de un tierno corazón.

Una vez se vio a Ester bordando un trajecito de niño de tierna edad, con tal profusión de oro, que casi habría dado origen a un motín, si en las calles de Boston se hubiera presentado un tierno infante con un vestido de tal jaez.

En fin, las comadres de aquel tiempo creían, y el administrador de aduana Sr.

Pue, que investigó el asunto un siglo más tarde, creía igualmente,— y uno de sus recientes sucesores en el mismo empleo cree también a

puño cerrado, que Perla no solo vivía, sino que estaba casada, era feliz, y se acordaba de su madre, y que con el mayor contento habría tenido junto a sí y festejado en su hogar a aquella triste y solitaria mujer.

Pero había para Ester Prynne una vida más real en la Nueva Inglaterra, que no en la región desconocida donde se había establecido Perla. Su culpa la cometió en la Nueva Inglaterra: aquí fue donde padeció; y aquí donde tenía aún que hacer penitencia.

Por lo tanto había regresado, y volvió a llevar en el pecho, por efecto de su propia voluntad, pues ni el más severo magistrado de aquel rígido período se lo hubiera impuesto, el símbolo cuya sombría historia hemos referido, sin que después dejara jamás de lucir en su seno.

Pero con el transcurso de los años de trabajos, de meditación y de obras de caridad que constituyeron la vida de Ester, la letra escarlata cesó de ser un estigma que atraía la malevolencia y el sarcasmo del mundo, y se convirtió en un emblema de algo que producía tristeza, que se miraba con cierto asombro temeroso y sin embargo con reverencia.

Y como Ester Prynne no tenía sentimientos egoístas, ni de ningún modo vivía pensando solo en su propio bienestar y satisfacción personal, las gentes iban a confiarle todos sus dolores y tribulaciones y le pedían consejo, como a persona que había pasado por pruebas severísimas.

Especialmente las mujeres, con la historia eterna de almas heridas por afectos mal retribuidos, o mal puestos, o no bien apreciados, o en consecuencia de pasión errada o culpable,—o abrumadas bajo el grave peso de un corazón inflexible, que de nadie fue solicitado ni estimado,—estas mujeres eran las que especialmente iban a la cabaña

de Ester a consultarla, y preguntarle por qué se sentían tan desgraciadas y cuál era el remedio para sus penas.

Ester las consolaba y aconsejaba lo mejor que podía, dándoles también la seguridad de su creencia firmísima de que algún día, cuando el mundo se encuentre en estado de recibirla, se revelará una nueva doctrina que establezca las relaciones entre el hombre y la mujer sobre una base más sólida y más segura de mutua felicidad.

En la primera época de su vida Ester se había imaginado, aunque en vano, que ella misma podría ser la profetisa escogida por el destino para semejante obra; pero desde hace tiempo había reconocido la imposibilidad de que la misión de dar a conocer una verdad tan divina y misteriosa, se confiara a una mujer manchada con la culpa, humillada con la vergüenza de esa culpa, o abrumada con un dolor de toda la vida.

El ángel, y al mismo tiempo el apóstol de la futura revelación, tiene que ser indudablemente una mujer, pero excelsa, pura y bella; y además sabía y cuerda, no como resultado del sombrío pesar, sino del suave calor de la alegría, demostrando cuán felices nos puede hacer el santo amor, mediante el ejemplo de una vida dedicada a ese fin con éxito completo.

Así decía Ester Prynne dirigiendo sus tristes miradas a la letra escarlata.

Y después de muchos, muchos años, se abrió una nueva tumba, cerca de otra ya vieja y hundida, en el cementerio de la ciudad, dejándose un espacio entre ellas, como si el polvo de los dos dormidos no tuviera el derecho de mezclarse; pero una misma lápida sepulcral servía para las dos tumbas.

Al rededor se veían por todas partes monumentos en que había esculpidos escudos de armas; y en esta sencilla losa,—como el curioso

investigador podrá aún discernirlo, aunque se quede confuso acerca de su significado, se veía algo a semejanza de un escudo de armas.

Llevaba una divisa cuyos términos heráldicos podrían servir de epígrafe y ser como el resumen de la leyenda a que damos fin: sombría, y aclarada solo por un punto luminoso, a veces más tétrico que la misma sombra:—